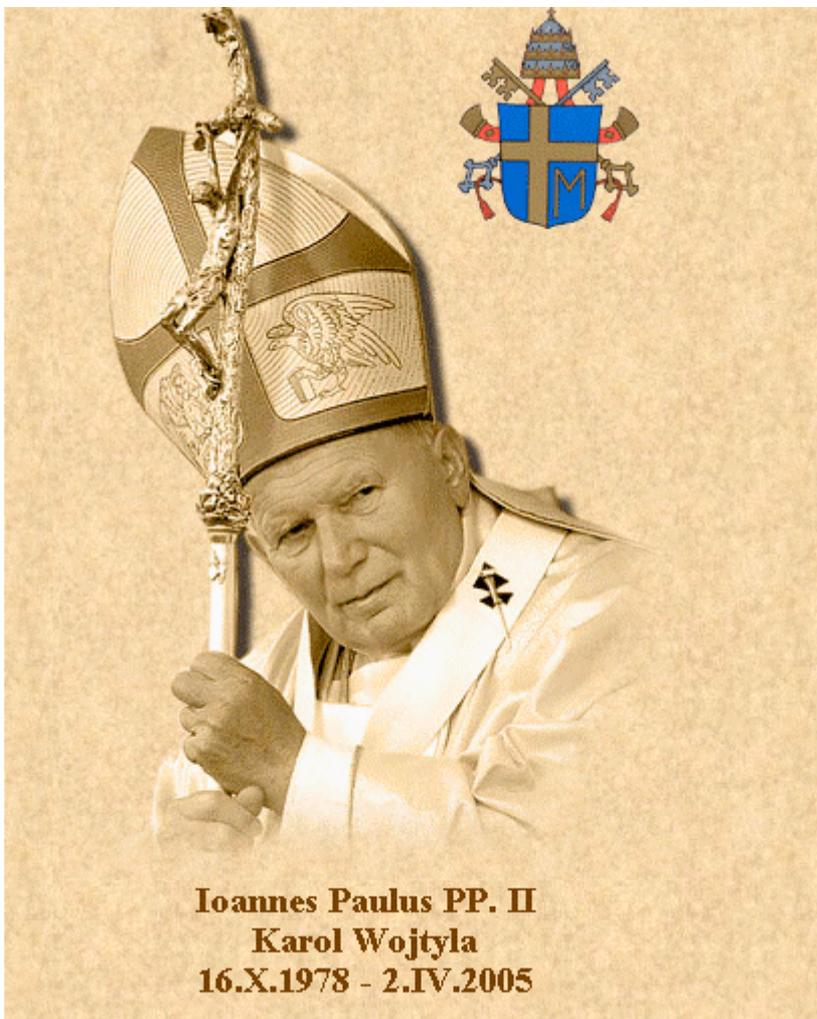


Comentario de Juan Pablo II a los Salmos y Cánticos de Laudes



Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 5

La oración de la mañana para obtener la ayuda del Señor

1. "Por la mañana escucharás mi voz; por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando". Con estas palabras, el salmo 5 se presenta como una oración de la mañana y, por tanto, se sitúa muy bien en la liturgia de las Laudes, el canto de los fieles al inicio de la jornada. Sin embargo, el tono de fondo de esta súplica está marcado por la tensión y el ansia ante los peligros y las amarguras inminentes. Pero no pierde la confianza en Dios, que siempre está dispuesto a sostener a sus fieles para que no tropiecen en el camino de la vida.

"Nadie, salvo la Iglesia, posee esa confianza" (san Jerónimo, Tractatus LIX in psalmos, 5, 27: PL 26, 829). Y san Agustín, refiriéndose al título que se halla al inicio del salmo, un título que en su versión latina reza: "Para aquella que recibe la herencia", explica: "Se trata, por consiguiente, de la Iglesia, que recibe en herencia la vida eterna por medio de nuestro Señor Jesucristo, de modo que posee a Dios mismo, se adhiere a él, y encuentra en él su felicidad, de acuerdo con lo que está escrito: "Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra" (Mt 5, 4)" (Enarrationes in Psalmos, 5: CCL 38, 1, 2-3).

2. Como acontece a menudo en los salmos de súplica dirigidos al Señor para que libre a los fieles del mal, son tres los personajes que entran en escena en este salmo. El primero es Dios (vv. 2-7), el Tú por excelencia del salmo, al que el orante se dirige con confianza. Frente a las pesadillas de una jornada dura y tal vez peligrosa, destaca una certeza. El Señor es un Dios coherente, riguroso en lo que respecta a la injusticia y ajeno a cualquier componenda con el mal: "Tú no eres un Dios que ame la maldad" (v. 5).

Una larga lista de personas malas -el malvado, el arrogante, el malhechor, el mentiroso, el sanguinario y el traicionero- desfila ante la mirada del Señor. Él es el Dios santo y justo, y está siempre de parte de quienes siguen los caminos de la verdad y del amor, mientras que se opone a quienes escogen "los senderos que llevan al reino de las sombras" (cf. Pr 2, 18). Por eso el fiel no se siente solo y abandonado al afrontar la ciudad, penetrando en la sociedad y en el torbellino de las vicisitudes diarias.

3. En los versículos 8 y 9 de nuestra oración matutina, el segundo personaje, el orante, se presenta a sí mismo con un Yo, revelando que toda su persona está dedicada a Dios y a su "gran misericordia". Está seguro de que las puertas del templo, es decir, el lugar de la comunión y de la intimidad divina, cerradas para los impíos, están abiertas de par en par ante él. Él entra en el templo para gozar de la seguridad de la protección divina, mientras afuera el mal domina y celebra sus aparentes y efímeros triunfos.

La oración matutina en el templo proporciona al fiel una fortaleza interior que le permite afrontar un mundo a menudo hostil. El Señor mismo lo tomará de la mano y lo guiará por las sendas de la ciudad, más aún, le "allanará el camino",

como dice el salmista con una imagen sencilla pero sugestiva. En el original hebreo, esta serena confianza se funda en dos términos (hésed y sedaqáh): "misericordia o fidelidad", por una parte, y "justicia o salvación", por otra. Son las palabras típicas para celebrar la alianza que une al Señor con su pueblo y con cada uno de sus fieles.

4. Por último, se perfila en el horizonte la oscura figura del tercer actor de este drama diario: son los enemigos, los malvados, que ya se habían insinuado en los versículos anteriores. Después del "Tú" de Dios y del "Yo" del orante, viene ahora un "Ellos" que alude a una masa hostil, símbolo del mal del mundo (vv. 10 y 11). Su fisonomía se presenta sobre la base de un elemento fundamental en la comunicación social: la palabra. Cuatro elementos -boca, corazón, garganta y lengua- expresan la radicalidad de la malicia que encierran sus opciones. En su boca no hay sinceridad, su corazón es siempre perverso, su garganta es un sepulcro abierto, que sólo quiere la muerte, y su lengua es seductora, pero "está llena de veneno mortífero" (St 3, 8).

5. Después de este retrato crudo y realista del perverso que atenta contra el justo, el salmista invoca la condena divina en un versículo (v. 11), que la liturgia cristiana omite, queriendo así conformarse a la revelación neotestamentaria del amor misericordioso, el cual ofrece incluso al malvado la posibilidad de conversión.

La oración del salmista culmina en un final lleno de luz y de paz (vv. 12-13), después del oscuro perfil del pecador que acaba de dibujar. Una gran serenidad y alegría embarga a quien es fiel al Señor. La jornada que se abre ahora ante el creyente, aun en medio de fatigas y ansias, resplandecerá siempre con el sol de la bendición divina. Al salmista, que conoce a fondo el corazón y el estilo de Dios, no le cabe la menor duda: "Tú, Señor, bendices al justo y como un escudo lo cubre tu favor" (v. 13).

Audiencia del Miércoles 30 de mayo de 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 8

1. «El hombre..., en esta empresa, nos parece un gigante. Nos parece divino, no en sí mismo, sino en su principio y en su destino. Honor, por tanto, al hombre, honor a su dignidad, a su espíritu, a su vida». Con estas palabras, en julio de 1969, Pablo VI confiaba a los astronautas estadounidenses que partían para la luna el texto del Salmo 8, que acabamos de escuchar, para que penetrara en los espacios cósmicos («Insegnamenti VII» [1969], pp. 493-494).

Este himno es, de hecho, una celebración del hombre, pequeña criatura comparada con la inmensidad del universo, una frágil «caña», utilizando una famosa imagen del gran filósofo Blaise Pascal («Pensamientos», n. 264). Y, sin embargo, es una «caña que piensa», que puede comprender la creación, por ser señor de lo creado, «coronado» por el mismo Dios (Cf. Salmo 8, 6). Como sucede con frecuencia en los himnos que exaltan al Creador, el Salmo 8 comienza y termina con una solemne antifona dirigida al Señor, cuya magnificencia es diseminada por el universo: «Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra» (versículos 2.10).

2. El contenido del canto parece hacer referencia a una atmósfera nocturna, con la luna y las estrellas que se encienden en el cielo. La primera estrofa del himno (Cf. versículos 2-5) está dominada por una confrontación entre Dios, el hombre y el cosmos. En la escena aparece ante todo el Señor, cuya gloria es cantada por los cielos, y por los labios de la humanidad. La alabanza que surge espontánea de los labios de los niños cancela y confunde los discursos presuntuosos de los que niegan a Dios (Cf. versículos 3). Éstos son definidos como «adversarios, enemigos, rebeldes», pues se engañan pensando que desafían y se oponen al Creador con su razón y con su acción (Cf. Salmo 13, 1).

De este modo, inmediatamente después, se abre el sugerente escenario de una noche de estrellas. Ante este horizonte infinito surge la eterna pregunta: «¿Qué es el hombre?» (Salmo 8, 5). La primera e inmediata respuesta habla de nulidad, ya sea en relación con la inmensidad de los cielos, ya sea sobre todo en relación con la majestad del Creador. El cielo dice el Salmista es «tuyo», la luna y las estrellas son «obra de tus dedos» (Cf. versículo 4). Esta expresión, diferente a la más común «obra de tus manos» (Cf. versículo 7), es particularmente bella: Dios ha creado estas realidades colosales con la facilidad y la finura de un bordado o del cincel, con el ligero toque de quien acaricia las cuerdas del arpa con los dedos.

3. La primera reacción es, por ello, de turbación: ¿cómo se puede «acordar» Dios y «cuidar» de esta criatura tan frágil y pequeña (Cf. versículo 5)? Pero entonces surge la gran sorpresa: Dios ha dado al hombre, criatura débil, una dignidad estupenda: le ha hecho poco inferior a los ángeles, o como podría traducirse del original hebreo, poco inferior a un Dios (Cf. versículo 6).

Entramos así en la segunda estrofa del Salmo (Cf. versículos 6-10). El hombre es visto como lugarteniente del mismo Creador. Dios, de hecho, le ha

«coronado» como a un virrey, destinándolo a una soberanía universal: «todo lo sometiste bajo sus pies» y la palabra «todo» resuena mientras desfilan las diferentes criaturas (Cf. versículos 7-9). Este dominio, sin embargo, no es conquistado por la capacidad del hombre, realidad frágil y limitada, y tampoco es alcanzado con una victoria sobre Dios, como pretendía el mito griego de Prometeo. Es un dominio donado por Dios: confía a las manos frágiles y con frecuencia egoístas del hombre todo el horizonte de las criaturas, para que conserve su armonía y belleza, para que la use pero no abuse de ella, descubra sus secretos y desarrolle sus potencialidades.

Como declara la Constitución pastoral «Gaudium et spes» del Concilio Vaticano II, «el hombre ha sido creado "a imagen de Dios", capaz de conocer y amar a su propio Creador, y ha sido colocado por él por encima de todas las criaturas terrenas como señor de las mismas para gobernarlas y servir a la gloria de Dios» (n. 12).

4. Por desgracia, el dominio del hombre, afirmado en el Salmo 8, puede ser mal entendido y deformado por el hombre egoísta, que con frecuencia se ha convertido más bien en un loco tirano y no en un gobernador sabio e inteligente. El Libro de la Sabiduría alerta ante desviaciones de este tipo, cuando precisa que Dios «formó al hombre para que dominase sobre los seres creados, administrase el mundo con santidad y justicia y juzgase con rectitud de espíritu» (9, 2-3). En un contexto diferente, también Job recurre a nuestro Salmo para recordar en particular la debilidad humana, que no merecería tanta atención por parte de Dios: «¿Qué es el hombre para que tanto de él te ocupes, para que pongas en él tu corazón, para que le escrutes todas las mañanas y a cada instante le escudriñes?» (7, 17-18). La historia documenta el mal que la libertad humana disemina en el mundo con las devastaciones ambientales y con las tremendas injusticias sociales.

A diferencia de los seres humanos, que humillan a sus semejantes y a la creación, Cristo se presenta como el hombre perfecto, «coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios experimentó la muerte para bien de todos» (Hebreos 2, 9). Él reina sobre el universo con ese dominio de paz y de amor que prepara el nuevo mundo, los nuevos cielos, y la nueva tierra (Cf. 2 Pedro 3, 13). Es más, ejerce su autoridad soberana --como sugiere el autor de la Carta a los Hebreos aplicándole el Salmo 8-- a través de su entrega suprema en la muerte «para bien de todos».

Cristo no es un soberano que se hace servir, sino que sirve, y se entrega a los demás: «el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Marcos 10, 45). De ese modo, recapitula en sí «todas las cosas, las del cielo y las de la tierra» (Efesios 1, 10). Desde esta perspectiva cristológica, el Salmo 8 revela toda la fuerza de su mensaje y de su esperanza, invitándonos a ejercer nuestra soberanía sobre la creación no como dominadores sino con el amor.

Audiencia del Miércoles 26 de junio del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 8

1. Al meditar en el Salmo 8, admirable himno de alabanza, se concluye nuestro largo camino a través de los salmos y de los cánticos que constituyen el alma de la oración de la Liturgia de Laudes. Durante estas catequesis nuestra reflexión se ha detenido en 84 oraciones bíblicas, de las que hemos tratado de destacar en particular su intensidad espiritual, sin descuidar su belleza poética.

La Biblia, de hecho, nos invita a comenzar el camino de nuestra jornada con un canto que no sólo proclame las maravillas realizadas por Dios y nuestra respuesta de fe, sino que además lo haga «con arte» (Cf. Salmo 46,8), es decir, de una manera bella, luminosa, dulce y fuerte al mismo tiempo.

Espléndido como ninguno es el Salmo 8, en el que el hombre, sumergido en la noche, cuando en la inmensidad del cielo se iluminan la luna y las estrellas (Cf. versículo 4), se siente como un granito de arena en la infinidad y en los espacios ilimitados que lo envuelven.

2. En el corazón del Salmo 8, de hecho, emerge una doble experiencia. Por un lado, la persona humana se siente como aplastada por la grandiosidad de la creación, «obra de tus dedos» divinos. Esta curiosa expresión sustituye a las «obras de tus manos» (Cf. versículo 7), como queriendo indicar que el Creador ha trazado un diseño o un bordado con los astros resplandecientes, arrojados en la inmensidad del cosmos.

Por otro lado, sin embargo, Dios se inclina sobre el hombre y le corona como si fuera su virrey: «lo coronaste de gloria y dignidad» (versículo 6). Es más, a esta criatura tan frágil le confía todo el universo para que pueda conocerlo y sustentarse (Cf. versículos 7-9).

El horizonte de la soberanía del hombre sobre las criaturas queda circunscrito, en una especie de evocación de la página de apertura del Génesis: rebaños, manadas, animales del campo, aves del cielo y peces del mar son entregados al hombre para que les dé un nombre (Cf. Génesis 2, 19-20), descubra su realidad profunda, la respete y la transforme a través del trabajo y se convierta en fuente de belleza y de vida. El Salmo nos hace conscientes de nuestra grandeza y de nuestra responsabilidad ante la creación (Cf. Sabiduría 9, 3).

3. Releyendo el Salmo 8, el autor de la Carta a los Hebreos percibe una comprensión más profunda del designio de Dios para el hombre. La vocación del hombre no puede quedar limitada en el actual mundo terreno; al afirmar que Dios ha puesto «todo» bajo sus pies, el salmista quiere decir que le somete también «el mundo venidero» (Hebreos 2, 5), «un reino incommovible » (12, 28). En definitiva, la vocación del hombre es la «vocación celestial» (3,1). Dios quiere llevar «a muchos hijos a la gloria» (2, 10). Para que se pudiera realizar este proyecto divino era necesario que la vocación del hombre encontrara su primer cumplimiento perfecto en un «pionero» (Cf. *Ibidem*). Este pionero es Cristo.

El autor de la Carta a los Hebreos ha observado en este sentido que las expresiones del Salmo se aplican a Cristo de manera privilegiada, es decir, más precisa que para el resto de los hombres. De hecho, en el original el Salmista utiliza el verbo «rebajar», diciendo a Dios: «Lo rebajaste a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad» (Cf. Salmo 8,6; Hebreos 2, 6). Para cualquier persona este verbo es impropio; los hombres no han sido «rebajados» a los ángeles, pues nunca han estado por encima de ellos. Sin embargo, en el caso de Cristo, este verbo es exacto, pues en cuanto Hijo de Dios, él se encontraba por encima de los ángeles y se hizo inferior al hacerse hombre, después fue coronado de gloria en su resurrección. De este modo, Cristo cumplió plenamente la vocación del hombre y la cumplió, precisa el autor, «para bien de todos» (Hebreos 2, 9).

4. Desde esta perspectiva, san Ambrosio comenta el Salmo y lo aplica a nosotros. Comienza con la frase en la que se describe la «coronación» del hombre: «lo coronaste de gloria y dignidad» (versículo 6). En esa gloria, él vislumbra el premio que el Señor nos reserva cuando hemos superado la prueba de la tentación.

Estas son las palabras del gran padre de la Iglesia en su «Tratado del Evangelio según San Lucas»: «El Señor ha coronado también de gloria y magnificencia a su amado. Ese Dios que desea distribuir las coronas, permite las tentaciones: por ello, cuando seas tentado, recuerda de que te está preparando la corona. Si descartas el combate de los mártires, descartarás también sus coronas; si descartas sus suplicios, descartarás también su dicha» (Edición en italiano IV, 41: Saemo 12, pp. 330-333).

Dios prepara para nosotros esa «corona de justicia» (2 Timoteo 4, 8) con la que recompensará nuestra fidelidad que le demostramos incluso en los momentos de tempestad que sacuden nuestro corazón y nuestra mente. Pero en todo momento él está atento para ver qué es lo que le pasa a su criatura predilecta y quiere que en ella brille para siempre la «imagen» divina (Cf. Génesis 1, 26) de modo que sea en el mundo signo de armonía, de luz y de paz.

Audiencia del Miércoles 24 de septiembre del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 10

1. Continúa nuestra reflexión sobre los Salmos, que constituyen el texto esencial de la Liturgia de las Vísperas. Acaba de resonar en nuestros corazones el Salmo 10, una breve oración de confianza que, en el original hebreo, está salpicada por el nombre divino sagrado «Adonai», el Señor. En la apertura se escucha el eco de este nombre (Cf. versículo 1), aparece en tres ocasiones en el centro del Salmo (Cf. versículos 4-5) y vuelve a aparecer en el final (Cf. versículo 7).

El tono espiritual de todo el canto está bien expresado por el versículo conclusivo: «el Señor es justo y ama la justicia». Este es el motivo de toda confianza y el manantial de toda esperanza en el día de la oscuridad y de la prueba. Dios no es indiferente ante el bien y el mal, es un Dios bueno y no un hado oscuro, indescifrable y misterioso.

2. El Salmo se desarrolla esencialmente en dos escenas. En la primera (Cf. versículos 1-3), se describe al impío en su triunfo aparente. Es descrito con imágenes de carácter bélico y de caza: es el perverso, que tensa su arco de guerra o de caza para disparar violentamente contra su víctima, es decir, el fiel (Cf. versículo 2). Este último, por este motivo, se siente tentado por la idea de evadirse y liberarse de un ataque tan implacable. Quisiera huir «como un pájaro al monte» (versículo 1), lejos del remolino del mal, del asedio de los malvados, de las flechas de las calumnias lanzadas a traición por los pecadores.

Se da una especie de desaliento en el fiel que se siente sólo e impotente ante la irrupción del mal. Tiene la impresión de que se sacuden los fundamentos del orden social justo y que se minan las bases mismas de la convivencia humana (Cf. versículo 3).

3. Viene entonces el gran cambio, descrito en la segunda escena (Cf. versículos 4-7). El Señor, sentado en su trono celestial, abarca con su mirada penetrante todo el horizonte humano. Desde esa posición trascendental, signo de la omnisciencia y de la omnipotencia divina, Dios puede escrutar y valorar a cada persona, distinguiendo el bien del mal y condenando con vigor la injusticia (Cf. versículos 4-5).

Es sumamente sugerente y consoladora la imagen del ojo divino, cuya pupila analiza fija y atentamente nuestras acciones. El Señor no es un soberano remoto, cerrado en su mundo dorado, sino una presencia vigilante que está de la parte del bien y de la justicia. Ve y provee, interviniendo con su palabra y su acción

El justo prevé que, como sucedió en Sodoma (Cf. Génesis 19, 24), el Señor «hará llover sobre los malvados ascuas y azufre» (Salmo 10, 6), símbolos del juicio de Dios que purifica la historia, condenando el mal. El impío, golpeado por esta lluvia ardiente, que prefigura su suerte futura, experimenta finalmente que «hay un Dios que juzga en la tierra» (Salmo 57, 12).

4. El Salmo, sin embargo, no concluye con esta imagen trágica de castigo y condena. El último versículo abre el horizonte a la luz y a la paz destinadas para el justo, que contemplará a su Señor, juez y justo, pero sobre todo liberador misericordioso: «los buenos verán su rostro». (Salmo 10, 7). Es una experiencia de comunión gozosa y de serena confianza en el Dios que libera del mal.

Una experiencia así la han hecho innumerables justos a través de la historia. Muchas narraciones describen la confianza de los mártires cristianos ante los tormentos, así como su firmeza, que no rehuía de la prueba.

En las «Actas de Euplo», diácono de Catania, asesinado en torno al año 304 bajo Diocleciano, el mártir pronuncia espontáneamente esta secuencia de oraciones: «Gracias, Cristo: protégeme porque sufro por ti... Adoro al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Adoro a la Santa Trinidad... Gracias, Cristo. ¡Ayúdame, Cristo! Por ti sufro, Cristo... ¡Tu gloria es grande, Señor, en los siervos que te has dignado en llamar!... Te doy gracias, Señor Jesucristo, porque tu fuerza me ha consolado; no has permitido que mi alma pereciera con los impíos y me has concedido la gracia de tu nombre. Confirma ahora lo que has hecho en mí para que quede confundida la soberbia del Adversario» (A. Hamman, «Oraciones de los primeros cristianos» --«Preghiere dei primi cristiani»--, Milán 1955, pp. 72-73).

Audiencia del Miércoles 28 de enero del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 14

¿Quién es justo ante el Señor?

1. Los estudiosos de la Biblia clasifican con frecuencia el salmo 14, objeto de nuestra reflexión de hoy, como parte de una "liturgia de ingreso". Como sucede en algunas otras composiciones del Salterio (cf., por ejemplo, los salmos 23, 25 y 94), se puede pensar en una especie de procesión de fieles, que llega a las puertas del templo de Sión para participar en el culto. En un diálogo ideal entre los fieles y los levitas, se delinean las condiciones indispensables para ser admitidos a la celebración litúrgica y, por consiguiente, a la intimidad divina.

En efecto, por una parte, se plantea la pregunta: "Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?" (Sal 14, 1). Por otra, se enumeran las cualidades requeridas para cruzar el umbral que lleva a la "tienda", es decir, al templo situado en el "monte santo" de Sión. Las cualidades enumeradas son once y constituyen una síntesis ideal de los compromisos morales fundamentales recogidos en la ley bíblica (cf. vv. 2-5).

2. En las fachadas de los templos egipcios y babilónicos a veces se hallaban grabadas las condiciones requeridas para el ingreso en el recinto sagrado. Pero conviene notar una diferencia significativa con las que sugiere nuestro salmo. En muchas culturas religiosas, para ser admitidos en presencia de la divinidad, se requería sobre todo la pureza ritual exterior, que implicaba abluciones, gestos y vestiduras particulares.

En cambio, el salmo 14 exige la purificación de la conciencia, para que sus opciones se inspiren en el amor a la justicia y al prójimo. Por ello, en estos versículos se siente vibrar el espíritu de los profetas, que con frecuencia invitan a conjugar fe y vida, oración y compromiso existencial, adoración y justicia social (cf. Is 1, 10-20; 33, 14-16; Os 6, 6; Mi 6, 6-8; Jr 6, 20).

Escuchemos, por ejemplo, la vehemente reprimenda del profeta Amós, que denuncia en nombre de Dios un culto alejado de la vida diaria: "Yo detesto, desprecio vuestras fiestas; no me gusta el olor de vuestras reuniones solemnes. Si me ofrecéis holocaustos, no me complazco en vuestras oblaciones, ni miro a vuestros sacrificios de comunión de novillos cebados. (...) ¡Que fluya, sí, el juicio como agua y la justicia como arroyo perenne!" (Am 5, 21-24).

3. Veamos ahora los once compromisos enumerados por el salmista, que podrán constituir la base de un examen de conciencia personal cuando nos preparemos para confesar nuestras culpas a fin de ser admitidos a la comunión con el Señor en la celebración litúrgica.

Los tres primeros compromisos son de índole general y expresan una opción ética: seguir el camino de la integridad moral, de la práctica de la justicia y, por último, de la sinceridad perfecta al hablar (cf. Sal 14, 2).

Siguen tres deberes que podríamos definir de relación con el prójimo: eliminar la calumnia de nuestra lengua, evitar toda acción que pueda causar daño a nuestro hermano, no difamar a los que viven a nuestro lado cada día (cf. v. 3).

Viene luego la exigencia de una clara toma de posición en el ámbito social: considerar despreciable al impío y honrar a los que temen al Señor.

Por último, se enumeran los últimos tres preceptos para examinar la conciencia: ser fieles a la palabra dada, al juramento, incluso en el caso de que se sigan consecuencias negativas para nosotros; no prestar dinero con usura, delito que también en nuestros días es una infame realidad, capaz de estrangular la vida de muchas personas; y, por último, evitar cualquier tipo de corrupción en la vida pública, otro compromiso que es preciso practicar con rigor también en nuestro tiempo (cf. v. 5).

4. Seguir este camino de decisiones morales auténticas significa estar preparados para el encuentro con el Señor. También Jesús, en el Sermón de la montaña, propondrá su propia "liturgia de ingreso" esencial: "Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda" (Mt 5, 23-24).

Como concluye nuestra plegaria, quien actúa del modo que indica el salmista "nunca fallará" (Sal 14, 5). San Hilario de Poitiers, Padre y Doctor de la Iglesia del siglo IV, en su *Tractatus super Psalmos*, comenta así esta afirmación final del salmo, relacionándola con la imagen inicial de la tienda del templo de Sión. "Quien obra de acuerdo con estos preceptos, se hospeda en la tienda, habita en el monte. Por tanto, es preciso guardar los preceptos y cumplir los mandamientos.

Debemos grabar este salmo en lo más íntimo de nuestro ser, escribirlo en el corazón, anotarlo en la memoria. Debemos confrontarnos de día y de noche con el tesoro de su rica brevedad. Y así, adquirida esta riqueza en el camino hacia la eternidad y habitando en la Iglesia, podremos finalmente descansar en la gloria del cuerpo de Cristo" (PL 9, 308).

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 15

1. Tenemos la oportunidad de meditar, después de haberlo escuchado y convertido en oración, en un salmo de una fuerte tensión espiritual. A pesar de las dificultades del texto, que se aprecian en el original hebreo sobre todo en los primeros versículos, el Salmo 15 es un luminoso cántico místico, como sugiere la profesión de fe del inicio: «yo digo al Señor: "Tú eres mi bien"» (versículo 2). Dios es visto como el único bien y, por este motivo, el que ora decide formar parte de la comunidad de todos aquellos que son fieles al Señor: «los santos que hay en la tierra» (versículo 3). Por este motivo, el salmista rechaza radicalmente la tentación de la idolatría con sus ritos sanguinarios y con sus invocaciones blasfemas (Cf. versículo 4).

Es una opción clara y decisiva, que parece hacer eco a la del Salmo 72, otro canto de confianza en Dios, conquistada a través de una fuerte y difícil opción moral: «¿Quién hay para mí en el cielo? Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra... Para mí, mi bien es estar junto a Dios; he puesto mi cobijo en el Señor» (Salmo 72, 25.28).

2. Nuestro salmo desarrolla dos temas que son expresados a través de tres símbolos. Ante todo, el símbolo de la «heredad», término que cimienta los versículos 5 y 6: se habla de «lote de mi heredad», «mi copa»; «suerte». Se usaban estos términos para describir el don de la tierra prometida al pueblo de Israel. Nosotros sabemos ahora que la única tribu que no había recibido un lote de tierra era la de los levitas, pues el Señor mismo constituía su heredad. El salmista declara: «El Señor es el lote de mi heredad y mi copa... me encanta mi heredad» (versículos 5 y 6). Por tanto, da la impresión de ser un sacerdote que está proclamando la alegría de estar totalmente entregado al servicio de Dios.

San Agustín comenta: «El salmista no dice: "Dios, ¡dame una heredad! ¿Qué me darás como heredad?". Dice por el contrario: todo lo que me des fuera de ti no vale nada. Sé tu mismo mi heredad. Eres tú a quien yo amo... Buscar a Dios en Dios, ser colmado de Dios por Dios. Él te basta, fuera de él nada te puede bastar» (Sermón 334,3: PL 38, 1469).

3. El segundo tema es el de la comunión perfecta y continua con el Señor. El salmista expresa la firme esperanza de ser preservado de la muerte para poder permanecer en la intimidad de Dios, pues ésta no es posible en la muerte (Cf. Salmo 6, 6; 87, 6). Sus expresiones no ponen, sin embargo, ningún límite a esta preservación; es más, pueden ser entendidas en la línea de una victoria sobre la muerte que asegura la intimidad eterna con Dios.

El orante utiliza dos símbolos. Ante todo, evoca el cuerpo: los exegetas nos dicen que en el original hebreo (Cf. Salmo 15, 7-10) se habla de «riñones», símbolo de las pasiones y de la interioridad más escondida; de «derecha», signo de fuerza; de «corazón», sede de la conciencia; incluso de «hígado», que

expresa emotividad; de «carne», que indica la existencia frágil del hombre; y por último de «aliento de vida».

Se trata por tanto de la representación de todo el ser de la persona, que no es absorbido ni aniquilado en la corrupción del sepulcro (Cf. versículo 10), sino que es mantenido en una vida plena y feliz con Dios.

4. Aparece, así, el segundo símbolo del Salmo 15, el del «camino»: «Me enseñarás el sendero de la vida» (versículo 11). Es el camino que conduce al «gozo en tu presencia» divina, a la «alegría perpetua a tu derecha». Estas palabras se adaptan perfectamente a una interpretación que amplía la perspectiva a la esperanza de la comunión con Dios, más allá de la muerte, en la vida eterna.

De este modo, es fácil comprender por qué el Salmo ha sido tomado por el Nuevo Testamento para hacer referencia a la resurrección de Cristo. San Pedro, en su discurso de Pentecostés, cita precisamente la segunda parte del himno con una luminosa aplicación pascual y cristológica: «Dios le resucitó [a Cristo] librándole de los dolores de la muerte, pues no era posible que quedase bajo su dominio» (Hechos de los Apóstoles 2, 24).

San Pablo hace referencia al Salmo 15 en el anuncio de la Pascua de Cristo durante su discurso en la sinagoga de Antioquia de Pisidia. También nosotros lo proclamamos desde esta perspectiva: «No permitirás que tu santo experimente la corrupción. Ahora bien, David, después de haber servido en sus días a los designios de Dios, murió, se reunió con sus padres y experimentó la corrupción. En cambio aquel a quien Dios resucitó [Jesucristo], no experimentó la corrupción» (Hechos de los Apóstoles 13, 35-37).

Audiencia del Miércoles 28 de julio de 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 18

Himno a Dios creador

1. El sol, con su resplandor progresivo en el cielo, con el esplendor de su luz, con el calor benéfico de sus rayos, ha conquistado a la humanidad desde sus orígenes. De muchas maneras los seres humanos han manifestado su gratitud por esta fuente de vida y de bienestar con un entusiasmo que en ocasiones alcanza la cima de la auténtica poesía. El estupendo salmo 18, cuya primera parte se acaba de proclamar, no sólo es una plegaria, en forma de himno, de singular intensidad; también es un canto poético al sol y a su irradiación sobre la faz de la tierra. En él el salmista se suma a la larga serie de cantores del antiguo Oriente Próximo, que exaltaba al astro del día que brilla en los cielos y que en sus regiones permanece largo tiempo irradiando su calor ardiente. Basta pensar en el célebre himno a Atón, compuesto por el faraón Akenatón en el siglo XIV a. C. y dedicado al disco solar, considerado como una divinidad.

Pero para el hombre de la Biblia hay una diferencia radical con respecto a estos himnos solares: el sol no es un dios, sino una criatura al servicio del único Dios y creador. Basta recordar las palabras del Génesis: "Dijo Dios: haya luceros en el firmamento celeste, para apartar el día de la noche, y valgan de señales para solemnidades, días y años; (...) Hizo Dios los dos luceros mayores; el lucero grande para el dominio del día, y el lucero pequeño para el dominio de la noche (...) y vio Dios que estaba bien" (Gn 1, 14. 16. 18).

2. Antes de repasar los versículos del salmo elegidos por la liturgia, echemos una mirada al conjunto. El salmo 18 es como un dístico. En la primera parte (vv. 2-7) -la que se ha convertido ahora en nuestra oración- encontramos un himno al Creador, cuya misteriosa grandeza se manifiesta en el sol y en la luna. En cambio, en la segunda parte del Salmo (vv. 8-15) hallamos un himno sapiencial a la Torah, es decir, a la Ley de Dios.

Ambas partes están unidas por un hilo conductor común: Dios alumbra el universo con el fulgor del sol e ilumina a la humanidad con el esplendor de su Palabra, contenida en la Revelación bíblica. Se trata, en cierto sentido, de un sol doble: el primero es una epifanía cósmica del Creador; el segundo es una manifestación histórica y gratuita de Dios salvador. Por algo la Torah, la Palabra divina, es descrita con rasgos "solares": "los mandatos del Señor son claros, dan luz a los ojos" (v. 9).

3. Pero consideremos ahora la primera parte del Salmo. Comienza con una admirable personificación de los cielos, que el autor sagrado presenta como testigos elocuentes de la obra creadora de Dios (vv. 2-5). En efecto, "proclaman", "pregonan" las maravillas de la obra divina (cf. v. 2). También el día y la noche son representados como mensajeros que transmiten la gran noticia de la creación. Se trata de un testimonio silencioso, pero que se escucha con fuerza, como una voz que recorre todo el cosmos.

Con la mirada interior del alma, con la intuición religiosa que no se pierde en la superficialidad, el hombre y la mujer pueden descubrir que el mundo no es mudo, sino que habla del Creador. Como dice el antiguo sabio, "de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor" (Sb 13, 5). También san Pablo recuerda a los Romanos que "desde la creación del mundo, lo invisible de Dios se deja ver a la inteligencia a través de sus obras" (Rm 1, 20).

4. Luego el himno cede el paso al sol. El globo luminoso es descrito por el poeta inspirado como un héroe guerrero que sale del tálamo donde ha pasado la noche, es decir, sale del seno de las tinieblas y comienza su carrera incansable por el cielo (vv. 6-7). Se asemeja a un atleta que avanza incansable mientras todo nuestro planeta se encuentra envuelto por su calor irresistible.

Así pues, el sol, comparado a un esposo, a un héroe, a un campeón que, por orden de Dios, cada día debe realizar un trabajo, una conquista y una carrera en los espacios siderales. Y ahora el salmista señala al sol resplandeciente en el cielo, mientras toda la tierra se halla envuelta por su calor, el aire está inmóvil, ningún rincón del horizonte puede escapar de su luz.

5. La liturgia pascual cristiana recoge la imagen solar del Salmo para describir el éxodo triunfante de Cristo de las tinieblas del sepulcro y su ingreso en la plenitud de la vida nueva de la resurrección. La liturgia bizantina canta en los Maitines del Sábado santo: "Como el sol brilla, después de la noche, radiante en su luminosidad renovada, así también tú, oh Verbo, resplandecerás con un nuevo fulgor cuando, después de la muerte, dejarás tu tálamo". Una oda (la primera) de los Maitines de Pascua vincula la revelación cósmica al acontecimiento pascual de Cristo: "Alégrese el cielo y goce la tierra, porque el universo entero, tanto el visible como el invisible, participa en esta fiesta: ha resucitado Cristo, nuestro gozo perenne". Y en otra oda (la tercera) añade: "Hoy el universo entero -cielo, tierra y abismo- rebosa de luz y la creación entera canta ya la resurrección de Cristo, nuestra fuerza y nuestra alegría". Por último, otra (la cuarta) concluye: "Cristo, nuestra Pascua, se ha alzado desde la tumba como un sol de justicia, irradiando sobre todos nosotros el esplendor de su caridad".

La liturgia romana no es tan explícita como la oriental al comparar a Cristo con el sol. Sin embargo, describe las repercusiones cósmicas de su resurrección, cuando comienza su canto de Laudes en la mañana de Pascua con el famoso himno: "Aurora lucis rutilat, caelum resultat laudibus, mundus exsultans iubilat, gemens infernus ululat": "La aurora resplandece de luz, el cielo exulta con cantos de alabanza, el mundo se llena de gozo, y el infierno gime con alaridos".

6. En cualquier caso, la interpretación cristiana del Salmo no altera su mensaje básico, que es una invitación a descubrir la palabra divina presente en la creación. Ciertamente, como veremos en la segunda parte del Salmo, hay otra Palabra, más elevada, más preciosa que la luz misma: la de la Revelación bíblica.

Con todo, para los que tienen oídos atentos y ojos abiertos, la creación constituye en cierto sentido una primera revelación, que tiene un lenguaje elocuente: es casi otro libro sagrado, cuyas letras son la multitud de las criaturas presentes en el universo. San Juan Crisóstomo afirma: "El silencio de los cielos es una voz más resonante que la de una trompeta: esta voz pregona a nuestros ojos, y no a nuestros oídos, la grandeza de Aquel que los ha creado" (PG 49, 105). Y san Atanasio: "El firmamento, con su grandeza, su belleza y su orden, es un admirable predicador de su Artífice, cuya elocuencia llena el universo" (PG 27, 124).

Audiencia del Miércoles 30 de enero del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 23

El Señor entra en su templo

1. El antiguo canto del pueblo de Dios, que acabamos de escuchar, resonaba ante el templo de Jerusalén. Para poder descubrir con claridad el hilo conductor que atraviesa este himno es necesario tener muy presentes tres presupuestos fundamentales. El primero atañe a la verdad de la creación: Dios creó el mundo y es su Señor. El segundo se refiere al juicio al que somete a sus criaturas: debemos comparecer ante su presencia y ser interrogados sobre nuestras obras. El tercero es el misterio de la venida de Dios: viene en el cosmos y en la historia, y desea tener libre acceso, para entablar con los hombres una relación de profunda comunión. Un comentarista moderno ha escrito: "Se trata de tres formas elementales de la experiencia de Dios y de la relación con Dios; vivimos por obra de Dios, en presencia de Dios y podemos vivir con Dios" (G. Ebeling, *Sobre los Salmos*, Brescia 1973, p. 97).

2. A estos tres presupuestos corresponden las tres partes del salmo 23, que ahora trataremos de profundizar, considerándolas como tres paneles de un tríptico poético y orante. La primera es una breve aclamación al Creador, al cual pertenece la tierra, incluidos sus habitantes (vv. 1-2). Es una especie de profesión de fe en el Señor del cosmos y de la historia. En la antigua visión del mundo, la creación se concebía como una obra arquitectónica: Dios funda la tierra sobre los mares, símbolo de las aguas caóticas y destructoras, signo del límite de las criaturas, condicionadas por la nada y por el mal. La realidad creada está suspendida sobre este abismo, y es la obra creadora y providente de Dios la que la conserva en el ser y en la vida.

3. Desde el horizonte cósmico la perspectiva del salmista se restringe al microcosmos de Sión, "el monte del Señor". Nos encontramos ahora en el segundo cuadro del salmo (vv. 3-6). Estamos ante el templo de Jerusalén. La procesión de los fieles dirige a los custodios de la puerta santa una pregunta de ingreso: "¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro?". Los sacerdotes -como acontece también en algunos otros textos bíblicos llamados por los estudiosos "liturgias de ingreso" (cf. Sal 14; Is 33, 14-16; Mi 6, 6-8)- responden enumerando las condiciones para poder acceder a la comunión con el Señor en el culto. No se trata de normas meramente rituales y exteriores, que es preciso observar, sino de compromisos morales y existenciales, que es necesario practicar. Es casi un examen de conciencia o un acto penitencial que precede la celebración litúrgica.

4. Son tres las exigencias planteadas por los sacerdotes. Ante todo, es preciso tener "manos inocentes y corazón puro". "Manos" y "corazón" evocan la acción y la intención, es decir, todo el ser del hombre, que se ha de orientar radicalmente hacia Dios y su ley. La segunda exigencia es "no mentir", que en el lenguaje bíblico no sólo remite a la sinceridad, sino sobre todo a la lucha contra la idolatría, pues los ídolos son falsos dioses, es decir, "mentira". Así se reafirma el primer mandamiento del Decálogo, la pureza de la religión y del culto. Por último, se presenta la tercera condición, que atañe a las relaciones

con el prójimo: "No jurar contra el prójimo en falso". Como es sabido, en una civilización oral como la del antiguo Israel, la palabra no podía ser instrumento de engaño; por el contrario, era el símbolo de relaciones sociales inspiradas en la justicia y la rectitud.

5. Así llegamos al tercer cuadro, que describe indirectamente el ingreso festivo de los fieles en el templo para encontrarse con el Señor (vv. 7-10). En un sugestivo juego de llamamientos, preguntas y respuestas, se presenta la revelación progresiva de Dios, marcada por tres títulos solemnes: "Rey de la gloria; Señor valeroso, héroe de la guerra; y Señor de los ejércitos". A las puertas del templo de Sión, personificadas, se las invita a alzar los dinteles para acoger al Señor que va a tomar posesión de su casa.

El escenario triunfal, descrito por el salmo en este tercer cuadro poético, ha sido utilizado por la liturgia cristiana de Oriente y Occidente para recordar tanto el victorioso descenso de Cristo a los infiernos, del que habla la primera carta de san Pedro (cf. 1 P 3, 19), como la gloriosa ascensión del Señor resucitado al cielo (cf. Hch 1, 9-10). El mismo salmo se sigue cantando, en coros que se alternan, en la liturgia bizantina la noche de Pascua, tal como lo utilizaba la liturgia romana al final de la procesión de Ramos, el segundo domingo de Pasión.

La solemne liturgia de la apertura de la Puerta santa durante la inauguración del Año jubilar nos permitió revivir con intensa emoción interior los mismos sentimientos que experimentó el salmista al cruzar el umbral del antiguo templo de Sión.

6. El último título: "Señor de los ejércitos", no tiene, como podría parecer a primera vista, un carácter marcial, aunque no excluye una referencia a los ejércitos de Israel. Por el contrario, entraña un valor cósmico: el Señor, que está a punto de encontrarse con la humanidad dentro del espacio restringido del santuario de Sión, es el Creador, que tiene como ejército todas las estrellas del cielo, es decir, todas las criaturas del universo que le obedecen. En el libro del profeta Baruc se lee: "Brillan las estrellas en su puesto de guardia, llenas de alegría; las llama él y dicen: "Aquí estamos". Y brillan alegres para su Hacedor" (Ba 3, 34-35). El Dios infinito, todopoderoso y eterno, se adapta a la criatura humana, se le acerca para encontrarse con ella, escucharla y entrar en comunión con ella. Y la liturgia es la expresión de este encuentro en la fe, en el diálogo y en el amor.

Audiencia del miércoles 20 de junio de 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 26

1. Nuestro recorrido a través de las Vísperas se reanuda hoy con el Salmo 26, que la liturgia distribuye en dos pasajes. Reflexionaremos ahora en la primera parte de este dístico poético y espiritual (Cf. versículos 1-6) que tiene como telón de fondo el templo de Sión, sede del culto de Israel. De hecho, el salmista habla explícitamente de la «casa del Señor», del «templo» (versículo 4), de la «morada» (Cf. versículos 5-6). En el original hebreo, estos términos indican más precisamente el «tabernáculo» y la «tienda», es decir, el corazón mismo del templo, en el que el Señor se revela con su presencia y palabra. Se evoca también la «roca» de Sión (Cf. versículo 5), lugar de seguridad y de refugio, y se alude a la celebración de los sacrificios de acción de gracias (Cf. versículo 6).

Si la liturgia es la atmósfera espiritual en la que está sumergido el Salmo, el hilo conductor de la oración es la confianza en Dios, ya sea en el día del gozo, ya sea en momentos de miedo.

2. La primera parte del Salmo, que ahora meditamos, está marcada por una gran serenidad, basada en la confianza en Dios en el día tenebroso del asalto de los malvados. Las imágenes utilizadas para describir a estos adversarios, que son el signo del mal que contamina la historia, son de dos clases. Por un lado, parece presentarse una imagen de caza feroz: los malvados son como fieras que avanzan para agarrar a su presa y desgarrar su carne, pero tropiezan y caen (Cf. versículo 2). Por otro lado, se presenta el símbolo militar de un asalto de toda una armada: es una batalla que estalla con ímpetu sembrando terror y muerte (Cf. versículo 3).

La vida del creyente es sometida con frecuencia a tensiones y contestaciones, en ocasiones también al rechazo e incluso a la persecución. El comportamiento del hombre justo fastidia, pues resuena como una admonición para los prepotentes y perversos. Lo reconocen sin ambigüedades los impíos descritos por el Libro de la Sabiduría: el justo «es un reproche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible, lleva una vida distinta de todas y sus caminos son extraños» (Sabiduría 2, 14-15).

3. El fiel es consciente de que la coherencia crea aislamiento y provoca incluso desprecio y hostilidad en una sociedad que escoge con frecuencia como estandarte la ventaja personal, el éxito exterior, la riqueza, el goce desenfrenado. Sin embargo, él no está solo y su corazón mantiene una paz interior sorprendente, pues --como dice la espléndida «antifona» de apertura del Salmo --«El Señor es mi luz y mi salvación» (Salmo 26, 1). Repite continuamente: «¿a quién temeré?... ¿quién me hará temblar?... mi corazón no tiembla... me siento tranquilo» (versículos 1 y 3).

Parece ser un eco de las palabras de san Pablo que proclaman: «Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?» (Romanos 8, 31). Pero la tranquilidad interior, la fortaleza de espíritu y la paz son un don que se obtiene refugiándose en el templo, es decir, recurriendo a la oración personal y comunitaria.

4. El orante, de hecho, se pone en las manos de Dios y su sueño queda expresado también por otro Salmo (Cf. 22, 6): «habitaré en la casa del Señor por años sin término». Entonces podrá «gozar de la dulzura del Señor» (Salmo 26, 4), contemplar y admirar el misterio divino, participar en la liturgia del sacrificio y elevar sus alabanzas al Dios liberador (Cf. versículo 6). El Señor crea alrededor del fiel un horizonte de paz, que excluye el estruendo del mal. La comunión con Dios es manantial de serenidad, de alegría, de tranquilidad; es como entrar en un oasis de luz y de amor.

5. Escuchemos como conclusión de nuestra reflexión las palabras del monje Isaías, de origen sirio, quien vivió en el desierto egipcio y murió en Gaza hacia el año 491. En su «Asceticon», aplica nuestro Salmo a la oración en la tentación: «Si vemos que los enemigos nos rodean con su astucia, es decir, con la acidia, debilitando nuestra alma en el placer, ya sea porque no contenemos nuestra cólera contra el prójimo cuando actúa contra su deber, o si tientan nuestros ojos con la concupiscencia, o si quieren llevarnos a experimentar los placeres de gula, si hacen que para nosotros la palabra del prójimo sean como el veneno, si nos hacen devaluar la palabra de los demás, si nos inducen a diferenciar a los hermanos diciendo: "Este es bueno, este es malo", si nos rodean de este modo, no nos desalentemos, más bien, gremos como David con corazón firme diciendo: "El Señor es la defensa de mi vida" (Salmo 26, 1)» («Recueil ascétique», Bellefontaine 1976, p. 211).

Audiencia del Miércoles 21 de abril de 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 26

1. La Liturgia de las Vísperas ha dividido en dos partes el Salmo 26, siguiendo la estructura misma del texto que es parecida a la de un dístico. Acabamos de proclamar la segunda parte de este canto de confianza que se eleva al Señor en el día tenebroso del asalto del mal. Son los versículos 7 a 14 del Salmo: comienzan con un grito lanzado al Señor: «ten piedad, respóndeme» (versículo 7); después expresan una intensa búsqueda del Señor con el temor doloroso de sentirse abandonado por él (cfr vv. 8-9); por último, presentan ante nuestros ojos un horizonte dramático en el que los mismos afectos familiares desfallecen (Cf. versículo 10), mientras aparecen «enemigos», «adversarios», «testigos falsos» (versículo 12).

Pero también ahora, como en la primera parte del Salmo, el elemento decisivo es la confianza del que ora en el Señor que salva en la prueba y ofrece su apoyo en la tempestad. En este sentido, es bellissimo el llamamiento que se dirige a sí mismo al final el salmista: «Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor» (versículo 14; Cf. Salmo 41,6.12 y 42,5).

También en otros Salmos estaba viva la certeza de que del Señor se obtiene fortaleza y esperanza: «a los fieles protege el Señor... ¡Valor, que vuestro corazón se afirme, vosotros todos que esperáis en el Señor!» (Salmo 30, 24-25). El profeta Oseas exhortaba así a Israel: «espera en tu Dios siempre» (Oseas 12, 7).

2. Nos limitamos ahora a destacar tres símbolos de gran intensidad espiritual. El primero de carácter negativo es el de la pesadilla de los enemigos (Cf. Salmo 26,12). Son descritos como una bestia que acecha a su presa y, después, de manera más directa, como «testigos falsos» que parecen resoplar violencia por la nariz, como las fieras ante sus víctimas.

Por tanto, en el mundo hay un mal agresivo, que tiene por guía e inspirador a Satanás, como recuerda san Pedro: «vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar» (1 Pedro 5, 8).

3. La segunda imagen ilustra claramente la confianza serena del fiel, a pesar del abandono incluso por parte de los padres: «Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá» (Salmo 26, 10).

También en la soledad y en la pérdida de los afectos más queridos, el orante nunca está totalmente solo porque sobre él se inclina Dios misericordioso. El pensamiento se dirige a un célebre pasaje del profeta Isaías que atribuye a Dios sentimientos de compasión y de ternura más que materna: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (Isaías 49, 15).

A todas las personas ancianas, enfermas, olvidadas de todos, a las que nadie dará nunca una caricia, recordemos estas palabras del salmista y del profeta

para que sientan cómo la mano paterna y materna del Señor toca silenciosamente y con amor sus rostros sufrientes y quizá regados por las lágrimas.

4. Llegamos así al tercer y último símbolo, repetido en varias ocasiones por el Salmo: «Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (versículos 8-9). El rostro de Dios es, por tanto, la meta de la búsqueda espiritual del orante. Al final emerge una certeza indiscutible, la de poder «gozar de la dicha del Señor» (versículo 13).

En el lenguaje de los salmos, «buscar el rostro del Señor» es con frecuencia sinónimo de la entrada en el templo para celebrar y experimentar la comunión con el Dios de Sión. Pero la expresión comprende también la exigencia mística de la intimidad divina a través de la oración. En la liturgia, por tanto, y en la oración personal, se nos concede la gracia de intuir ese rostro que nunca podremos ver directamente durante nuestra existencia terrena (Cf. Éxodo 33,20). Pero Cristo nos ha revelado, de manea accesible, el rostro divino y ha prometido que en el encuentro definitivo de la eternidad --como nos recuerda san Juan-- «le veremos tal cual es» (1 Juan 3, 2). Y san Pablo añade: «Entonces veremos cara a cara» (1 Corintios 13, 12).

5. Al comentar este Salmo, el gran escritor cristiano del siglo III, Orígenes, escribe: «Si un hombre busca el rostro del Señor, verá la gloria del Señor de manera desvelada y, al hacerse igual que los ángeles, verá siempre el rostro del Padre que está en los cielos» (PG 12, 1281).

Y san Agustín, en su comentario a los Salmos, continúa de este modo la oración del salmista: «No he buscado en ti algún premio que esté fuera de ti, sino tu rostro. "Tu rostro buscaré, Señor". Con perseverancia insistiré en esta búsqueda; no buscaré otra cosa insignificante, sino tu rostro, Señor, para amarte gratuitamente, ya que no encuentro nada más valioso... "No te alejes airado de tu siervo" para que buscándote no me encuentre con otra cosa. ¿Qué pena puede ser más dura que ésta para quien ama y busca la verdad de tu rostro? (Comentarios a los Salmos, 26,1, 8-9, Roma 1967, pp. 355.357).

Audiencia del Miércoles 28 de abril de 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 28

El Señor proclama solemnemente su palabra

1. Algunos estudiosos consideran el salmo 28, que acabamos de proclamar, como uno de los textos más antiguos del Salterio. Es fuerte la imagen que lo sostiene en su desarrollo poético y orante: en efecto, se trata de la descripción progresiva de una tempestad. Se indica en el original hebraico con un vocablo, qol, que significa simultáneamente "voz" y "trueno". Por eso algunos comentaristas titulan este texto: "el salmo de los siete truenos", a causa del número de veces que resuena en él ese vocablo. En efecto, se puede decir que el salmista concibe el trueno como un símbolo de la voz divina que, con su misterio trascendente e inalcanzable, irrumpe en la realidad creada hasta estremecerla y asustarla, pero que en su significado más íntimo es palabra de paz y armonía. El pensamiento va aquí al capítulo 12 del cuarto evangelio, donde la muchedumbre escucha como un trueno la voz que responde a Jesús desde el cielo (cf. Jn 12, 28-29).

La Liturgia de las Horas, al proponer el salmo 28 para la plegaria de Laudes, nos invita a tomar una actitud de profunda y confiada adoración de la divina Majestad.

2. Son dos los momentos y los lugares a los que el cantor bíblico nos lleva. Ocupa el centro (vv. 3-9) la representación de la tempestad que se desencadena a partir de "las aguas torrenciales" del Mediterráneo. Las aguas marinas, a los ojos del hombre de la Biblia, encarnan el caos que atenta contra la belleza y el esplendor de la creación, hasta corroerla, destruirla y abatirla. Así, al observar la tempestad que arrecia, se descubre el inmenso poder de Dios. El orante ve que el huracán se desplaza hacia el norte y azota la tierra firme. Los altísimos cedros del monte Líbano y del monte Siryón, llamado a veces Hermón, son descuajados por los rayos y parecen saltar bajo los truenos como animales asustados. Los truenos se van acercando, atraviesan toda la Tierra Santa y bajan hacia el sur, hasta las estepas desérticas de Cadés.

3. Después de este cuadro de fuerte movimiento y tensión se nos invita a contemplar, por contraste, otra escena que se representa al inicio y al final del salmo (vv. 1-2 y 9b-11). Al temor y al miedo se contrapone ahora la glorificación adorante de Dios en el templo de Sión.

Hay casi un canal de comunicación que une el santuario de Jerusalén y el santuario celestial: en estos dos ámbitos sagrados hay paz y se eleva la alabanza a la gloria divina. Al ruido ensordecedor de los truenos sigue la armonía del canto litúrgico; el terror da paso a la certeza de la protección divina. Ahora Dios "se sienta por encima del aguacero (...) como rey eterno" (v. 10), es decir, como el Señor y el Soberano supremo de toda la creación.

4. Ante estos dos cuadros antitéticos, el orante es invitado a hacer una doble experiencia. En primer lugar, debe descubrir que el hombre no puede comprender y dominar el misterio de Dios, expresado con el símbolo de la

tempestad. Como canta el profeta Isaías, el Señor, a semejanza del rayo o la tempestad, irrumpe en la historia sembrando el pánico en los malvados y en los opresores. Bajo la intervención de su juicio, los adversarios soberbios son descuajados como árboles azotados por un huracán o como cedros destrozados por los rayos divinos (cf. Is 14, 7-8). Desde esta perspectiva resulta evidente lo que un pensador moderno, Rudolph Otto, definió lo tremendum de Dios, es decir, su trascendencia inefable y su presencia de juez justo en la historia de la humanidad. Esta cree vanamente que puede oponerse a su poder soberano. También María exaltará en el Magnificat este aspecto de la acción de Dios: "Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos" (Lc 1, 51-52).

5. Con todo, el salmo nos presenta otro aspecto del rostro de Dios: el que se descubre en la intimidad de la oración y en la celebración de la liturgia. Según el pensador citado, es lo fascinatum de Dios, es decir, la fascinación que emana de su gracia, el misterio del amor que se derrama sobre el fiel, la seguridad serena de la bendición reservada al justo. Incluso ante el caos del mal, ante las tempestades de la historia y ante la misma cólera de la justicia divina, el orante se siente en paz, envuelto en el manto de protección que la Providencia ofrece a quien alaba a Dios y sigue sus caminos. En la oración se conoce que el Señor desea verdaderamente dar la paz.

En el templo se calma nuestra inquietud y desaparece nuestro terror; participamos en la liturgia celestial con todos "los hijos de Dios", ángeles y santos. Y por encima de la tempestad, semejante al diluvio destructor de la maldad humana, se alza el arco iris de la bendición divina, que recuerda "la alianza perpetua entre Dios y toda alma viviente, toda carne que existe sobre la tierra" (Gn 9, 16).

Este es el principal mensaje que brota de la relectura "cristiana" del salmo. Si los siete "truenos" de nuestro salmo representan la voz de Dios en el cosmos, la expresión más alta de esta voz es aquella con la cual el Padre, en la teofanía del bautismo de Jesús, reveló su identidad más profunda de "Hijo amado" (Mc 1, 11 y paralelos). San Basilio escribe: "Tal vez, más místicamente, "la voz del Señor sobre las aguas" resonó cuando vino una voz de las alturas en el bautismo de Jesús y dijo: "Este es mi Hijo amado". En efecto, entonces el Señor aleteaba sobre muchas aguas, santificándolas con el bautismo. El Dios de la gloria tronó desde las alturas con la voz alta de su testimonio (...). Y también se puede entender por "trueno" el cambio que, después del bautismo, se realiza a través de la gran "voz" del Evangelio" (Homilías sobre los salmos: PG 30, 359).

Audiencia del Miércoles 13 de junio de 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 29

1. Una intensa y suave acción de gracias se eleva a Dios desde el corazón de quien reza, después de desvanecerse en él la pesadilla de la muerte. Este es el sentimiento que emerge con fuerza en el Salmo 29, que acaba de resonar en nuestros oídos y, sin duda, también en nuestros corazones. Este himno de gratitud posee una gran fineza literaria y se basa en una serie de contrastes que expresan de manera simbólica la liberación obtenida gracias al Señor.

De este modo, al descenso «a la fosa» se le opone la salida «del abismo» (versículo 4); a su «cólera» que «dura un instante» le sustituye «su bondad de por vida» (versículo 6); al «lloro» del atardecer le sigue el «júbilo» de la mañana (ibídem); al «luto» le sigue la «danza», al «sayal» luctuoso el «vestido de fiesta» (versículo 12).

Pasada, por tanto, la noche de la muerte, surge la aurora del nuevo día. Por este motivo, la tradición cristiana ha visto este Salmo como un canto pascual. Lo atestigua la cita de apertura que la edición del texto litúrgico de las Vísperas toma de un gran escritor monástico del siglo IV, Juan Casiano: «Cristo da gracias al padre por su resurrección gloriosa».

2. El que ora se dirige en varias ocasiones al «Señor» --al menos ocho veces--, ya sea para anunciar que le alabará (Cf. versículos 2 y 13), ya sea para recordar el grito que le ha dirigido en tiempos de prueba (Cf. versículos 3 y 9) y su intervención liberadora (Cf. versículos 2, 3, 4, 8, 12), ya sea para invocar nuevamente su misericordia (Cf. versículo 11). En otro pasaje, el orante invita a los fieles a elevar himnos al Señor para darle gracias (Cf. versículo 5).

Las sensaciones oscilan constantemente entre el recuerdo terrible de la pesadilla pasada y la alegría de la liberación. Ciertamente, el peligro que ha quedado atrás es grave y todavía provoca escalofríos; el recuerdo del sufrimiento pasado es todavía claro y vivo; hace muy poco tiempo que se ha enjugado el llanto de los ojos. Pero ya ha salido la aurora del nuevo día; a la muerte le ha seguido la perspectiva de la vida que continúa.

3. El Salmo demuestra de este modo que no tenemos que rendirnos ante la oscuridad de la desesperación, cuando parece que todo está perdido. Pero tampoco hay que caer en la ilusión de salvarnos solos, por nuestras propias fuerzas. El salmista, de hecho, está tentado por la soberbia y la autosuficiencia: «Yo pensaba muy seguro: "no vacilaré jamás"» (versículo 7).

Los Padres de la Iglesia también reflexionaron sobre esta tentación que se presenta en tiempos de bienestar, y descubrieron en la prueba un llamamiento divino a la humildad. Es lo que dice, por ejemplo, Fulgencio, obispo de Ruspe (467-532), en su «Carta 3», dirigida a la religiosa Proba, en la que comenta este pasaje del Salmo con estas palabras: «El salmista confesaba que en ocasiones se enorgullecía de estar sano, como si fuera mérito suyo, y que así descubría el peligro de una enfermedad gravísima. De hecho, dice: ¡"Yo pensaba muy seguro: 'no vacilaré jamás'"! Y, dado que al decir esto, había sido

abandonado del apoyo de la gracia divina, y turbado, cayó en su enfermedad, siguió diciendo: "Tu bondad, Señor, me aseguraba el honor y la fuerza; pero escondiste tu rostro, y quedé desconcertado". Para mostrar que la ayuda de la gracia divina, aunque ya se cuente con ella, tiene que ser de todos modos invocada humildemente sin interrupción, añade: "A ti, Señor, llamo, suplico a mi Dios". Nadie pide ayuda si no reconoce su necesidad, ni cree que puede conservar lo que posee confiando sólo en sus propias fuerzas» (Fulgencio de Ruspe, «Las Cartas» --«Le lettere»--, Roma 1999, p. 113).

4. Después de haber confesado la tentación de soberbia experimentada en tiempos de prosperidad, el salmista recuerda la prueba que le siguió, diciendo al Señor: «escondiste tu rostro, y quedé desconcertado» (versículo 8).

Quien ora recuerda entonces la manera en que imploró al Señor: (Cf. versículos 9-11): gritó, pidió ayuda, suplicó que le preservara de la muerte, ofreciendo como argumento el hecho de que la muerte no ofrece ninguna ventaja a Dios, pues los muertos no son capaces de alabar a Dios, no tienen ya ningún motivo para proclamar la fidelidad de Dios, pues han sido abandonados por Él.

Podemos encontrar este mismo argumento en el Salmo 87, en el que el orante, ante la muerte, le pregunta a Dios: « ¿Se anuncia en el sepulcro tu misericordia, o tu fidelidad en el reino de la muerte?» (Salmo 87, 12). Del mismo modo, el rey Ezequías, gravemente enfermo y después curado, decía a Dios: «El Seol no te alaba ni la Muerte te glorifica..., El que vive, el que vive, ése te alaba» (Isaías 38, 18-19).

El Antiguo Testamento expresaba de este modo el intenso deseo humano de una victoria de Dios sobre la muerte y hacía referencia a los numerosos casos en los que fue alcanzada esta victoria: personas amenazadas de morir de hambre en el desierto, prisioneros que escaparon a la pena de muerte, enfermos curados, marineros salvados de naufragio (Cf. Salmo 106, 4-32). Ahora bien, se trataba de victorias que no eran definitivas. Tarde o temprano, la muerte lograba imponerse.

La aspiración a la victoria se ha mantenido siempre a pesar de todo y se convirtió al final en una esperanza de resurrección. Es la satisfacción de que esta aspiración poderosa ha sido plenamente asegurada con la resurrección de Cristo, por la que nunca daremos suficientemente gracias a Dios.

Audiencia del Miércoles 12 de mayo de 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 31

1. « Dichoso el que está absuelto de su culpa». Esta bienaventuranza, con la que comienza el Salmo 31 que se acaba de proclamar, nos permite comprender inmediatamente el motivo por el que ha sido introducido por la tradición cristiana en la serie de los siete salmos penitenciales. Tras la doble bienaventuranza del inicio (Cf. versículos 1-2), no nos encontramos ante una reflexión genérica sobre el pecado y el perdón, sino ante el testimonio personal de un convertido.

La composición del Salmo es más bien compleja: tras el testimonio personal (Cf. versículos 3-5), se presentan dos versículos que hablan de peligro, de oración y de salvación (Cf. versículos 6-7), después viene una promesa divina de consejo (Cf. versículo 8) y una advertencia (Cf. versículo 9). Por último, se enuncia un dicho sapiencial antitético (Cf. versículo 10) y una invitación a alegrarse en el Señor (Cf. versículo 11).

2. En esta ocasión, retomaremos sólo algunos elementos de esta composición. Ante todo, el que ora describe la penosa situación de conciencia en que se encontraba cuando callaba (Cf. versículo 3): habiendo cometido graves culpas, no tenía el valor de confesar a Dios sus pecados. Era un tormento interior terrible, descrito con imágenes impresionantes. Se le consumían los huesos bajo la fiebre desecante, el calor asfixiante atenazaba su vigor disolviéndolo, su gemido era constante. El pecador sentía sobre él el peso de la mano de Dios, consciente de que Dios no es indiferente ante el mal perpetrado por la criatura, pues él es el guardián de la justicia y de la verdad.

3. Al no poder resistir más, el pecador decide confesar su culpa con una declaración valiente, que parece una anticipación de la del hijo pródigo en la parábola de Jesús (Cf. Lucas 15, 18). Dice con corazón sincero: «confesaré al Señor mi culpa». Son pocas palabras, pero nacen de la conciencia; Dios responde inmediatamente con un perdón generoso (Cf. Salmo 31, 5).

El profeta Jeremías dirigía este llamamiento de Dios: «Vuelve, Israel apóstata, dice el Señor; no estará airado mi semblante contra vosotros, porque piadoso soy, no guardo rencor para siempre. Tan sólo reconoce tu culpa, pues contra el Señor tu Dios te rebelaste» (3,12-13).

Se abre de este modo ante «todo fiel» arrepentido y perdonado un horizonte de seguridad, de confianza, de paz, a pesar de las pruebas de la vida (Cf. Salmo 31, 6-7). Puede llegar todavía el momento de la angustia, pero el oleaje del miedo no prevalecerá, pues el Señor conducirá a su fiel hasta un lugar seguro: « Tú eres mi refugio, me libras del peligro, me rodeas de cantos de liberación» (versículo 7).

4. En este momento, el Señor toma la palabra para prometer que guiará al pecador convertido. No es suficiente con purificarse; es necesario caminar por el camino recto. Por eso, al igual que en el libro de Isaías, (Cf. 30, 21), el Señor promete: «Te enseñaré el camino que has de seguir» (Salmo 31, 8) y hace una

invitación a la docilidad. El llamamiento se hace apremiante y algo irónico con la llamativa comparación del mulo y del caballo, símbolos de la obstinación (Cf. versículo 9). La verdadera sabiduría, de hecho, lleva a la conversión, dejando a las espaldas el vicio y su oscuro poder de atracción. Pero sobre todo, lleva a gozar de esa paz que surge de ser liberados y perdonados.

San Pablo, en la Carta a los Romanos, se refiere explícitamente al inicio de nuestro Salmo para celebrar la gracia liberadora de Cristo (Cf. Romanos 4, 6-8). Nosotros podríamos aplicarlo al sacramento de la Reconciliación. En él, a la luz del Salmo, se experimenta la conciencia del pecado, con frecuencia ofuscada en nuestros días, y al mismo tiempo la alegría del perdón. Al binomio «delito-castigo», le sustituye el binomio «delito-perdón», pues el Señor es un Dios «que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado» (Éxodo 34, 7).

5. San Cirilo de Jerusalén (siglo IV) utilizará el Salmo 31 para mostrar a los catecúmenos la profunda renovación del Bautismo, purificación radical de todo pecado («Procatequesis» n. 15). También él exaltará con las palabras del salmista la misericordia divina. Concluimos nuestra catequesis con sus palabras: «Dios es misericordioso y no escatima su perdón... El cúmulo de tus pecados no será más grande que la misericordia de Dios, la gravedad de tus heridas no superará las capacidades del sumo Médico, con tal de que te abandones en él con confianza. Manifiesta al médico tu enfermedad, y dirígele las palabras que pronunció David: "Confesaré mi culpa al Señor, tengo siempre presente mi pecado". De este modo, lograrás que se haga realidad: "Has perdonado la maldad de mi corazón"» («Las catequesis» --«Le catechesi», Roma 1993, pp. 52-53).

Audiencia del Miércoles 19 de mayo de 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 32

Un himno a la providencia de Dios

1. El salmo 32, dividido en 22 versículos, tantos cuantas son las letras del alfabeto hebraico, es un canto de alabanza al Señor del universo y de la historia. Está impregnado de alegría desde sus primeras palabras: "Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos. Dad gracias al Señor con la cítara, tocad en su honor el arpa de diez cuerdas; cantadle un cántico nuevo, acompañando los vítores con bordones" (vv. 1-3). Por tanto, esta aclamación (tern'ah) va acompañada de música y es expresión de una voz interior de fe y esperanza, de felicidad y confianza. El cántico es "nuevo", no sólo porque renueva la certeza en la presencia divina dentro de la creación y de las situaciones humanas, sino también porque anticipa la alabanza perfecta que se entonará el día de la salvación definitiva, cuando el reino de Dios llegue a su realización gloriosa.

San Basilio, considerando precisamente el cumplimiento final en Cristo, explica así este pasaje: "Habitualmente se llama "nuevo" a lo insólito o a lo que acaba de nacer. Si piensas en el modo de la encarnación del Señor, admirable y superior a cualquier imaginación, cantas necesariamente un cántico nuevo e insólito. Y si repasas con la mente la regeneración y la renovación de toda la humanidad, envejecida por el pecado, y anuncias los misterios de la resurrección, también entonces cantas un cántico nuevo e insólito" (Homilía sobre el salmo 32, 2: PG 29, 327). En resumidas cuentas, según san Basilio, la invitación del salmista, que dice: "Cantad al Señor un cántico nuevo", para los creyentes en Cristo significa: "Honrad a Dios, no según la costumbre antigua de la "letra", sino según la novedad del "espíritu". En efecto, quien no valora la Ley exteriormente, sino que reconoce su "espíritu", canta un "cántico nuevo" (ib.).

2. El cuerpo central del himno está articulado en tres partes, que forman una trilogía de alabanza. En la primera (cf. vv. 6-9) se celebra la palabra creadora de Dios. La arquitectura admirable del universo, semejante a un templo cósmico, no surgió y ni se desarrolló a consecuencia de una lucha entre dioses, como sugerían ciertas cosmogonías del antiguo Oriente Próximo, sino sólo gracias a la eficacia de la palabra divina. Precisamente como enseña la primera página del Génesis: "Dijo Dios... Y así fue" (cf. Gn 1). En efecto, el salmista repite: "Porque él lo dijo, y existió; él lo mandó, y surgió" (Sal 32, 9).

El orante atribuye una importancia particular al control de las aguas marinas, porque en la Biblia son el signo del caos y el mal. El mundo, a pesar de sus límites, es conservado en el ser por el Creador, que, como recuerda el libro de Job, ordena al mar detenerse en la playa: "¡Llegarás hasta aquí, no más allá; aquí se romperá el orgullo de tus olas!" (Jb 38, 11).

3. El Señor es también el soberano de la historia humana, como se afirma en la segunda parte del salmo 32, en los versículos 10-15. Con vigorosa antítesis se oponen los proyectos de las potencias terrenas y el designio admirable que Dios está trazando en la historia. Los programas humanos, cuando quieren ser

alternativos, introducen injusticia, mal y violencia, en contraposición con el proyecto divino de justicia y salvación. Y, a pesar de sus éxitos transitorios y aparentes, se reducen a simples maquinaciones, condenadas a la disolución y al fracaso.

En el libro bíblico de los Proverbios se afirma sintéticamente: "Muchos proyectos hay en el corazón del hombre, pero sólo el plan de Dios se realiza" (Pr 19, 21). De modo semejante, el salmista nos recuerda que Dios, desde el cielo, su morada trascendente, sigue todos los itinerarios de la humanidad, incluso los insensatos y absurdos, e intuye todos los secretos del corazón humano.

"Dondequiera que vayas, hagas lo que hagas, tanto en las tinieblas como a la luz del día, el ojo de Dios te mira", comenta san Basilio (Homilía sobre el salmo 32, 8: PG 29, 343). Feliz será el pueblo que, acogiendo la revelación divina, siga sus indicaciones de vida, avanzando por sus senderos en el camino de la historia. Al final sólo queda una cosa: "El plan del Señor subsiste por siempre; los proyectos de su corazón, de edad en edad" (Sal 32, 11).

4. La tercera y última parte del Salmo (vv. 16-22) vuelve a tratar, desde dos perspectivas nuevas, el tema del señorío único de Dios sobre la historia humana. Por una parte, invita ante todo a los poderosos a no engañarse confiando en la fuerza militar de los ejércitos y la caballería; por otra, a los fieles, a menudo oprimidos, hambrientos y al borde de la muerte, los exhorta a esperar en el Señor, que no permitirá que caigan en el abismo de la destrucción. Así, se revela la función también "catequística" de este salmo. Se transforma en una llamada a la fe en un Dios que no es indiferente a la arrogancia de los poderosos y se compadece de la debilidad de la humanidad, elevándola y sosteniéndola si tiene confianza, si se fía de él, y si eleva a él su súplica y su alabanza.

"La humildad de los que sirven a Dios -explica también san Basilio- muestra que esperan en su misericordia. En efecto, quien no confía en sus grandes empresas, ni espera ser justificado por sus obras, tiene como única esperanza de salvación la misericordia de Dios" (Homilía sobre el salmo 32, 10: PG 29, 347).

5. El Salmo concluye con una antífona que es también el final del conocido himno Te Deum: "Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti" (v. 22). La gracia divina y la esperanza humana se encuentran y se abrazan. Más aún, la fidelidad amorosa de Dios (según el valor del vocablo hebraico original usado aquí, *hésed*), como un manto, nos envuelve, calienta y protege, ofreciéndonos serenidad y proporcionando un fundamento seguro a nuestra fe y a nuestra esperanza.

Audiencia del Miércoles 8 de agosto de 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 35

Malicia del pecador, bondad del Señor

1. Cada persona, al iniciar una jornada de trabajo y de relaciones humanas, puede adoptar dos actitudes fundamentales: elegir el bien o ceder al mal. El salmo 35, que acabamos de escuchar, presenta precisamente estas dos posturas antitéticas. Algunos, muy temprano, ya desde antes de levantarse, traman proyectos inicuos; otros, por el contrario, buscan la luz de Dios, "fuente de la vida" (cf. v. 10). Al abismo de la malicia del malvado se opone el abismo de la bondad de Dios, fuente viva que apaga la sed y luz que ilumina al fiel. Por eso, son dos los tipos de hombres descritos en la oración del salmo que acabamos de proclamar y que la Liturgia de las Horas nos propone para las Laudes del miércoles de la primera semana.

2. El primer retrato que el salmista nos presenta es el del pecador (cf. vv. 2-5). En su interior -como dice el original hebreo- se encuentra el "oráculo del pecado" (v. 2). La expresión es fuerte. Hace pensar en una palabra satánica, que, en contraste con la palabra divina, resuena en el corazón y en la lengua del malvado.

En él el mal parece tan connatural a su realidad íntima, que aflora en palabras y obras (cf. vv. 3-4). Pasa sus jornadas eligiendo "el mal camino", comenzando ya de madrugada, cuando aún está "acostado" (v. 5), hasta la noche, cuando está a punto de dormirse. Esta elección constante del pecador deriva de una opción que implica toda su existencia y engendra muerte.

3. Pero al salmista le interesa sobre todo el otro retrato, en el que desea reflejarse: el del hombre que busca el rostro de Dios (cf. vv. 6-13). Eleva un auténtico himno al amor divino (cf. vv. 6-11), que concluye pidiendo ser liberado de la atracción oscura del mal y envuelto para siempre por la luz de la gracia.

Este canto presenta una verdadera letanía de términos que celebran los rasgos del Dios de amor: gracia, fidelidad, justicia, juicio, salvación, sombra de tus alas, abundancia, delicias, vida y luz.

Conviene subrayar, en particular, cuatro de estos rasgos divinos, expresados con términos hebreos que tienen un valor más intenso que los correspondientes en las traducciones de las lenguas modernas.

4. Ante todo está el término *hésed*, "gracia", que es a la vez fidelidad, amor, lealtad y ternura. Es uno de los términos fundamentales para exaltar la alianza entre el Señor y su pueblo. Y es significativo que se repita 127 veces en el Salterio, más de la mitad de todas las veces que esta palabra aparece en el resto del Antiguo Testamento.

Luego viene el término *'emunáh*, que deriva de la misma raíz de amén, la palabra de la fe, y significa estabilidad, seguridad y fidelidad inquebrantable.

Sigue, a continuación, el término *sedaqáh*, la "justicia", que tiene un significado fundamentalmente salvífico: es la actitud santa y providente de Dios que, con su intervención en la historia, libra a sus fieles del mal y de la injusticia.

Por último, encontramos el término *mishpát*, el "juicio", con el que Dios gobierna sus criaturas, inclinándose hacia los pobres y oprimidos, y doblegando a los arrogantes y prepotentes. Se trata de cuatro palabras teológicas, que el orante repite en su profesión de fe, mientras sale a los caminos del mundo, con la seguridad de que tiene a su lado al Dios amoroso, fiel, justo y salvador.

5. Además de los diversos títulos con los que exalta a Dios, el salmista utiliza dos imágenes sugestivas. Por una parte, la abundancia de alimento, que hace pensar ante todo en el banquete sagrado que se celebraba en el templo de Sión con la carne de las víctimas de los sacrificios.

También están la fuente y el torrente, cuyas aguas no sólo apagan la sed de la garganta seca, sino también la del alma (cf. vv. 9-10; Sal 41, 2-3; 62, 2-6). El Señor sacia y apaga la sed del orante, haciéndolo partícipe de su vida plena e inmortal.

La otra imagen es la del símbolo de la luz: "tu luz nos hace ver la luz" (v. 10). Es una luminosidad que se irradia, casi "en cascada", y es un signo de la revelación de Dios a su fiel.

Así aconteció a Moisés en el Sinaí (cf. Ex 34, 29-30) y así sucede también al cristiano en la medida en que "con el rostro descubierto, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, se va transformando en esa misma imagen" (cf. 2 Co 3, 18).

En el lenguaje de los salmos "ver la luz del rostro de Dios" significa concretamente encontrar al Señor en el templo, donde se celebra la plegaria litúrgica y se escucha la palabra divina.

También el cristiano hace esta experiencia cuando celebra las alabanzas del Señor al inicio de la jornada, antes de afrontar los caminos, no siempre rectos, de la vida diaria.

Audiencia del Miércoles 22 de agosto de 2001

Catequesis del papa Juan Pablo II: Salmo 41

1. Una cierva sedienta, con la garganta reseca, lanza su lamento ante el árido desierto, anhelando las aguas frescas de un riachuelo. Con esta célebre imagen comienza el Salmo 41, que acaba de ser entonado. En ella, podemos constatar una especie de símbolo de la profunda espiritualidad de esta composición, auténtica joya de fe y poesía. En realidad, según los expertos en el Salterio, nuestro Salmo debe ser relacionado íntimamente con el sucesivo, el 42, del que fue dividido cuando los Salmos fueron colocados en orden para formar el libro de oración del Pueblo de Dios. De hecho, ambos Salmos -- además de estar unidos por el tema y el desarrollo-- están salpicados por la misma antifona: «¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios que volverás a alabarlo: "Salud de mi rostro, Dios mío"» (Salmo 41, 6.12; 42, 5). Este llamamiento, repetido dos veces en nuestro Salmo, y en una tercera ocasión en el sucesivo, es una invitación que se dirige a sí mismo el orante para superar la melancolía por medio de la confianza en Dios, que ciertamente se manifestará de nuevo como Salvador.

2. Pero volvamos a la imagen de inicio del Salmo, que podría meditarse con agrado con el fondo musical del canto gregoriano o de esa obra maestra polifónica, el «Sicut cervus» de Pierluigi da Palestrina. La cierva sedienta es, de hecho, el símbolo de quien reza, que tiende con todo su ser, cuerpo y espíritu, hacia el Señor, experimentado como lejano y al mismo tiempo necesario: «mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Salmo 41, 3). En hebreo, una sola palabra, «nefesh», indica al mismo tiempo el «alma» y la «garganta». Por tanto, podemos decir que el alma y el cuerpo de quien reza quedan involucrados en el deseo primario, espontáneo, substancial de Dios (cf. Salmo 62, 2). No es casualidad el que se haya dado una larga tradición que describe la oración como «respiración»: como algo originario, necesario, fundamental, aliento vital.

Orígenes, gran autor cristiano del siglo III, explicaba que la búsqueda de Dios por parte del hombre es una empresa que no termina nunca, pues en ella siempre son posibles y necesarios nuevos progresos. En una de sus Homilías sobre el libro de los Números, escribe: «Quienes recorren el camino de la sabiduría de Dios no construyen casas estables, sino tiendas de campaña, pues viven de viajes continuos, progresando siempre hacia adelante, y cuanto más progresan, más camino se les abre ante sí, descubriendo un horizonte que se pierde en la inmensidad» (Homilía XVII, «In Numeros», GCS VII, 159-160).

3. Tratemos de intuir ahora la trama de esta súplica, como si estuviera dividida en tres actos, dos de los cuales forman parte de nuestro Salmo, mientras que el último se desarrollará en el Salmo siguiente, el 42, sobre el que meditaremos sucesivamente. La primera escena (cf. Salmo 41, 2-6) expresa la profunda nostalgia suscitada por el recuerdo de un pasado en el que se vivía la felicidad de las bellas celebraciones litúrgicas hoy inaccesibles: «Recuerdo otros tiempos,
y desahogo mi alma conmigo: cómo marchaba a la cabeza del grupo, hacia la

casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta» (v. 5).

«La casa de Dios» con su liturgia es ese templo de Jerusalén al que en el pasado iba el fiel, pero es también la sede de la intimidad con Dios «manantial de agua viva», como canta Jeremías (2, 13). Ahora, sólo mana de sus pupilas el agua de las lágrimas (Sal 41, 4) por la lejanía de la fuente de la vida. La oración festiva de entonces, elevada al Señor durante el culto en el templo, es sustituida ahora por el llanto, el lamento, la imploración.

4. Por desgracia, un presente triste se opone a aquel pasado gozoso y sereno. El Salmista se encuentra ahora lejos de Sión: el horizonte que lo circunda es el de Galilea, la región septentrional de la Tierra Santa, como sugiere la mención a los manantiales del Jordán, de la cumbre del Hermón de la que mana este río, y de otra montaña para nosotros desconocida, el Monte Menor (cf. v. 7). Nos encontramos, por tanto, más o menos en el área en la que se encuentran las cataratas del Jordán, pequeñas cascadas con las que comienza el recorrido de este río que atraviesa toda la Tierra Prometida. Estas aguas, sin embargo, no quitan la sed como las de Sión. A los ojos del Salmista, son más bien como las aguas caóticas del diluvio, que lo destruyen todo. Siente como si se le echaran encima, como un torrente impetuoso que aniquila la vida: «tus torrentes y tus olas me han arrollado» (v. 8). En la Biblia, de hecho, el caos y el mal e incluso el mismo juicio divino son representados como un diluvio que genera destrucción y muerte (Génesis 6, 5-8; Salmo 68, 2-3).

5. Esta irrupción se explica después con su significado simbólico: el de los perversos, los adversarios del orante, los paganos quizá, que viven en esta región remota en la que el fiel es relegado. Desprecian al justo y se ríen de su fe preguntándole irónicamente: «¿Dónde está tu Dios?» (v. 11; cf. v. 4). Y lanza a Dios su angustiada pregunta: «¿por qué me olvidas?» (v. 10). Ese porqué dirigido al Señor, que parece ausentarse en el día de la prueba, es típico de las súplicas bíblicas.

Ante estos labios secos que gritan, ante este alma atormentada, ante este rostro que está a punto de quedar sumergido por un mar de fango, ¿podrá quedar enmudecido Dios? ¡Claro que no! El orante se anima, por tanto, y recobra de nuevo la esperanza (cf. versículos 6.12). El tercer acto, constituido por el Salmo sucesivo, el 42, será una invocación confiada dirigida a Dios (Salmo 42, 1.2a.3a.4b) y utilizará expresiones gozosas y llenas de reconocimiento: «Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría».

Audiencia del Miércoles 16 de enero del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 42

1. En una audiencia general de hace algún tiempo, comentando el Salmo que precede al que acabamos de cantar, decíamos que está íntimamente unido al Salmo sucesivo. Los Salmos 41 y 42 constituyen, de hecho, un único canto, separado en tres partes por la misma antífona: «¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: "Salud de mi rostro, Dios mío"». (Salmo 41, 6.12; 42, 5).

Estas palabras, parecidas a un soliloquio, expresan los sentimientos profundos del Salmista. Se encuentra lejos de Sión, punto de referencia de su existencia por ser la sede privilegiada de la presencia divina y del culto de los fieles. Siente, por ello, una soledad hecha de incompreensión e incluso de agresión por parte de los impíos, agravada por el aislamiento y por el silencio por parte de Dios. El Salmista, sin embargo, reacciona ante la tristeza con una invitación a la confianza, que se dirige a sí mismo, y con una bella afirmación de esperanza: confía en poder alabar todavía a Dios, «salud de mi rostro».

En el Salmo 42, en vez de dirigirse sólo a sí mismo, como en el Salmo precedente, el Salmista se dirige a Dios y le pide que le defienda contra los adversarios. Retomando casi al pie de la letra una invocación anunciada en el otro Salmo (cf. 41, 10), el orante dirige esta vez su grito desolado a Dios: «¿por qué me rechazas?, ¿por qué voy andando sombrío, hostigado por mi enemigo?» (Salmo 42, 2).

2. Sin embargo, experimenta ya que el paréntesis oscuro de la lejanía está a punto de acabar y expresa la certeza del regreso a Sión para volver a encontrar la morada divina. La ciudad santa ya no es la patria perdida, como sucedía en el lamento del Salmo precedente (cf. Sal 41, 3-4), sino la meta gozosa hacia la que camina. El guía hacia el regreso a Sión será la «verdad» de Dios y su «luz» (cf. Salmo 42, 3). El mismo Señor será el final último de su viaje. Es invocado como juez y defensor (cf. versículos 1-2). Tres verbos marcan su llamamiento de imploración: «Hazme justicia», «defiende mi causa», «sálvame» (v. 1). Son como tres estrellas de esperanza que se encienden en el cielo tenebroso de la prueba y señalan la inminente aurora de la salvación.

Es significativa la relectura que san Ambrosio hace de esta esperanza del Salmista, aplicándola a Jesús, en la oración de Getsemaní: «No quiero que te maravilles si el profeta dice que su alma está convulsionada, pues el mismo Señor Jesús dice: "Ahora, mi alma está turbada". Quien ha cargado con nuestras debilidades, ha asumido también nuestra sensibilidad, y por este motivo siente una tristeza de muerte, pero no por la muerte. No habría podido provocar amargura una muerte voluntaria, de la que dependía la felicidad de todos los hombres... Por tanto, estaba triste hasta la muerte, en espera de que la gracia llegara a su cumplimiento. Lo demuestra su mismo testimonio, cuando dice al hablar de su muerte: "Hay un bautismo en el que debo ser bautizado: y ¡qué angustia siento hasta que se cumpla!"» («Le rimostranze di Giobbe e di Davide», VII, 28, Roma 1980, p. 233).

3. Ahora, en el Salmo 42, el Salmista está a punto de descubrir la satisfacción tan suspirada: el regreso al manantial de la vida y de la comunión con Dios. La «verdad», es decir, la fidelidad amorosa del Señor, y la «luz», es decir, la revelación de su benevolencia, son representadas como mensajeras que Dios mismo enviará desde el cielo para llevar de la mano al fiel y conducirlo hacia la meta deseada (cf. Sal 42, 3).

Sumamente elocuente es la secuencia de las etapas de acercamiento a Sión y a su centro espiritual. Primero aparece «el monte santo», la colina en la que se eleva el templo y la ciudadela de David. Después se presenta la «morada», es decir, el santuario de Sión con todos los edificios que lo componen. Luego viene «el altar de Dios», la sede de los sacrificios y del culto oficial de todo el pueblo. La meta última y decisiva es el Dios de la alegría, es el abrazo, la intimidad recuperada con Él, antes lejano y silencioso.

4. En ese momento, todo se convierte en canto, alegría, fiesta (cf. v. 4). En el original hebreo se habla del «Dios que es alegría de mi júbilo». Es una expresión semítica para expresar el superlativo: el Salmista quiere subrayar que el Señor es la raíz de toda felicidad, es la alegría suprema, es la plenitud de la paz.

La traducción griega de Los Setenta ha recurrido, según parece, a un término equivalente en arameo que indica la juventud y ha traducido «al Dios que alegra mi juventud», introduciendo así la idea de frescura y de intensidad de la alegría que da el Señor. El salterio latino de la Vulgata, que es una traducción hecha del griego, dice por tanto: «ad Deum qui laetificat juventutem meam». De este modo, el Salmo era recitado a los pies del altar, en la precedente liturgia eucarística, como invocación introductiva al encuentro con el Señor.

5. El lamento inicial de la antifona de los Salmos 41 y 42 resuena por última vez ya al final (cf. Sal 42, 5). El orante no ha llegado todavía al templo de Dios, está todavía envuelto en la oscuridad de la prueba; pero en ese momento en sus ojos brilla ya la luz del encuentro futuro y sus labios perciben ya la tonalidad del canto de alegría. Al llegar a ese punto, el llamamiento se caracteriza sobre todo por la esperanza. Observa, de hecho, san Agustín al comentar nuestro Salmo: «"Espera en Dios", responderá a su alma quien se siente turbado por ella... Vive mientras tanto en la esperanza. La esperanza que se ve no es esperanza; pero si esperamos lo que no vemos es gracias a la paciencia de lo que esperamos (cf. Romanos 8, 24-25)» (Esposizione sui Salmi I, Roma 1982, p. 1019).

El Salmo se convierte, entonces, en la oración de quien peregrina sobre la tierra y se encuentra todavía en contacto con el mal y con el sufrimiento, pero tiene la certeza de que el punto de llegada de la historia no es el abismo, la muerte, sino el encuentro salvífico con Dios. Esta certeza es todavía más fuerte para los cristianos, a quienes la Carta a los Hebreos proclama: «Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, y a Dios, juez universal, y a los espíritus de los justos llegados ya a su consumación, y a Jesús, mediador de una nueva

Alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel» (Hebreos 12, 22-24).

Audiencia del Miércoles 6 de febrero del 2002

Catequesis del papa Juan Pablo II: Salmo 44

1. «Recito mis versos a mi rey»: estas palabras del inicio del Salmo 44 orientan al lector sobre el carácter fundamental de este himno. El escriba de la corte que lo compuso nos revela inmediatamente que se trata de un canto en honor del soberano judío. Es más, al recorrer los versículos de la composición, se puede ver que se está en presencia de un epitalamio, es decir, un cántico nupcial.

Los estudiosos han tratado de identificar las coordenadas históricas del Salmo, basándose en indicios, como la relación de la reina con la ciudad fenicia de Tiro (Cf. versículo 13), pero sin lograr identificar de manera precisa a la pareja real. Es de destacar que habla de un rey judío, pues esto ha permitido a la tradición judía transformar el texto en un canto al rey Mesías, y a la cristiana releer el salmo en clave cristológica y, a causa de la presencia de la reina, también en una perspectiva mariológica.

2. La Liturgia de las Vísperas nos presenta este salmo como oración, dividiéndolo en dos partes. Acabamos de escuchar la primera (Cf. versículos 2-10) que, tras la introducción del escriba autor del texto ya evocada (Cf. versículo 2), presenta un espléndido retrato del rey que está a punto de celebrar su boda.

Por este motivo, el judaísmo ha visto en el Salmo 44 un canto nupcial, que exalta la belleza y la intensidad del don del amor entre los cónyuges. En particular, la mujer puede repetir con el Cantar de los Cantares: «Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado» (2,16). «Yo soy para mi amado y mi amado es para mí» (6,3).

3. Se traza el perfil del esposo real de manera solemne, recurriendo a una escena de corte. Lleva las insignias militares (Salmo 44, 4-6), a las que se añaden suntuosos vestidos perfumados, mientras en el fondo brillan los edificios revestidos de marfil con sus salas grandiosas en las que resuena la música (Cf. versículos 9-10). En el centro, se eleva el trono y se menciona el cetro, dos signos del poder y de la investidura real (Cf. versículos 7-8).

Quisiéramos subrayar dos elementos. Ante todo, la belleza del esposo, signo de un esplendor interior y de la bendición divina. «Eres el más bello de los hombres» (versículo 3). Precisamente en virtud de este versículo, la tradición cristiana representó a Cristo en forma de hombre perfecto y fascinante. En un mundo, que con frecuencia está marcado por la fealdad y la degradación, esta imagen constituye una invitación a volver a encontrar la «via pulchritudinis» [la vía de la belleza, ndr.] en la fe, en la teología, y en la vida social para elevarse hacia la belleza divina.

4. Ahora bien, la belleza no es un fin en sí misma. La segunda característica que quisiéramos proponer afecta precisamente al encuentro entre la belleza y la justicia. De hecho, el soberano, su «cabalga por la verdad y la justicia» (versículo 5); «ama la justicia y odia la impiedad» (versículo 8), y «de rectitud es tu cetro real» (versículo 7). Hay que armonizar la belleza con la bondad y la

santidad de vida para que resplandezca en el mundo el rostro luminoso de Dios bueno, admirable y justo.

En el versículo 7, según los expertos, el apelativo «Dios», estaría dirigido al mismo rey, pues era consagrado por el Señor y, por tanto, pertenecía en cierto sentido al área divina: «Tu trono, oh Dios, permanece para siempre». O quizá podría ser una invocación al único rey supremo, el Señor, que se inclina sobre el rey Mesías. Lo cierto es que la Carta a los Hebreos, al aplicar este Salmo a Cristo, no duda en atribuir la divinidad plena y no simplemente simbólica al Hijo, que ha entrado en su gloria (Cf. Hebreos 1, 8-9).

5. Siguiendo esta interpretación cristológica, concluimos haciendo referencia a la voz de los Padres de la Iglesia, que atribuyen a cada uno de los versículos valores espirituales. De este modo, al comentar la frase del Salmo que dice «el Señor te bendice eternamente», haciendo referencia al rey Mesías (Cf. Salmo 44, 3), san Juan Crisóstomo hizo esta aplicación cristológica: «El primer Adán fue colmado de una maldición grandísima; el segundo por el contrario de una duradera bendición. Aquél escuchó: "maldito sea el suelo por tu causa" (Génesis 3, 17), y de nuevo: "Maldito quien haga el trabajo del Señor con dejadez" (Jeremías 48, 10), y "Maldito quien no mantenga las palabras de esta Ley, poniéndolas en práctica" (Deuteronomio 27, 26) y "Maldito el colgado del madero" (Deuteronomio 21,23). ¿Ves cuántas maldiciones? De todas estas maldiciones te ha liberado Cristo, al hacerse maldición (Cf. Gálatas 3, 13): al humillarse para elevarte y al morir para hacerte inmortal, se convirtió en maldición para llenarte de bendiciones. ¿Qué puedes comparar a esta bendición, que por medio de una maldición te imparte una bendición? Él no tenía necesidad de bendición, pero te la entrega» («Expositio in Psalmum XLIV», 4: PG 55, 188-189).

Audiencia del Miércoles 29 de setiembre del 2004

Catequesis del papa Juan Pablo II: Salmo 44

1. El dulce retrato femenino que se nos ha presentado constituye el segundo pasaje del dístico que compone el Salmo 44, un sereno y gozoso canto nupcial, que nos propone leer la Liturgia de las Vísperas. Después de haber contemplado al rey que está celebrando su boda (Cf. versículos 2-10), nuestros ojos se concentran ahora en la figura de la reina esposa (Cf. versículos 11-18). Esta perspectiva nupcial nos permite dedicar este Salmo a todas las parejas que viven con intensidad y frescura interior su matrimonio, signo de un «gran misterio», como sugiere san Pablo, el del amor del Padre por la humanidad y el de Cristo por su Iglesia (Cf. Efesios 5, 32). Ahora bien, el Salmo ofrece otro horizonte.

En la escena aparece el rey judío en el que la tradición judía sucesiva ha visto el perfil del Mesías davídico, mientras que el cristianismo ha transformado el himno en un canto en honor de Cristo.

2. Nuestra atención se concentra ahora, sin embargo, en el perfil de la reina que el poeta de la corte, autor del Salmo (Cf. Salmo 44, 2), presenta con gran delicadeza y sentimiento. La indicación de la ciudad fenicia de Tiro (cf. versículo 13) permite suponer que se trata de una princesa extranjera. Se entiende así el llamamiento a olvidar al pueblo y a la casa del padre (Cf. versículo 11), de los que ha tenido que alejarse la princesa.

La vocación nupcial constituye un giro en la vida y cambia la existencia, como ya se puede ver en el libro del Génesis: «Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne» (Génesis 2, 24). La esposa reina avanza ahora, con su cortejo nupcial que lleva los regalos hacia el rey prendando de su belleza (Cf. Salmo 44, 12-13).

3. Es significativa la insistencia con la que el salmista exalta a la mujer: es «bellísima» (versículo 14) y esta magnificencia es expresada por el vestido de novia, de perlas y brocado (Cf. versículos 14-15).

La Biblia ama la belleza como reflejo del esplendor del mismo Dios, incluso los vestidos pueden ser signos de una luz interior resplandeciente, del candor del alma.

El pensamiento se dirige paralelamente, por un lado, a las admirables páginas del Cantar de los Cantares (Cf. cantares 4 y 7) y, por otro, al pasaje del Apocalipsis que describe las «bodas del Cordero», es decir, de Cristo con la comunidad de los redimidos, en las que se subraya el valor simbólico de los trajes de bodas: «han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura -- el lino son las buenas acciones de los santos» (Apocalipsis 19, 7-8).

4. Junto a la belleza, se exalta la alegría que se refleja en el séquito de vírgenes «compañeras», las damas que acompañan a la novia «entre alegría y algazara» (Cf. Salmo 44, 15-16). El gozo genuino, mucho más profundo que la

simple alegría, es expresión del amor, que participa en el bien de la persona amada con serenidad de corazón.

Ahora, según los auspicios conclusivos, se perfila otra realidad radicalmente inherente al matrimonio: la fecundidad. Se habla, de hecho, de «hijos» y de «generaciones» (Cf. versículos 17-18). El futuro, no sólo de la dinastía, sino de la humanidad, tiene lugar precisamente porque la pareja ofrece al mundo nuevas criaturas.

Se trata de un tema importante y actual en Occidente, a menudo incapaz de asegurar su propia existencia en el futuro a través de la generación y cuidado de las nuevas criaturas que continúen la civilización de los pueblos y realicen la historia de la salvación.

5. Como es sabido, muchos Padres de la Iglesia han aplicado el retrato de la reina a María, comenzando por el llamamiento inicial: «Escucha, hija, mira: inclina el oído...» (versículo 11). Así sucede, por ejemplo, en la «Homilía sobre la Madre de Dios» de Crisipo de Jerusalén, un capadocio que fue en Palestina uno de los monjes iniciadores del monasterio de san Eutimio y que, una vez sacerdote, fue guardián de la santa Cruz en la basílica de la Anástasis en Jerusalén.

«Te dedico mi discurso --afirma dirigiéndose a María--, esposa del grande soberano; te dedico mi discurso a ti que vas a concebir al Verbo de Dios, del modo que Él sabe... "Escucha, hija, mira: inclina el oído"; de hecho, se verifica el grandioso anuncio de la redención del mundo. Inclina tu oído y lo que escucharás levantará tu corazón... "Olvida tu pueblo y la casa paterna": no prestes atención a la parentela terrena, pues serás transformada en una reina celeste. Y escucha --dice-- para darte cuenta de cómo te ama el Creador y Señor de todo. "Prendado está el rey de tu belleza", dice: el mismo Padre te escogerá por esposa; el Espíritu dispondrá todas las condiciones necesarias para este matrimonio... No creas que darás a luz un niño humano, pues "te postrarás ante él, que él es tu señor". Tu creador se ha convertido en tu niño; lo concebirás y lo adorarás junto a los demás como a tu Señor» («Textos marianos del primer milenio» - «Testi mariani del primo millennio», I, Roma 1988, páginas 605-606).

Audiencia del Miércoles 06 de octubre del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 45

1. Acabamos de escuchar el primero de los seis himnos a Sión que contiene el Salterio (Cf. Salmo 47; 75; 83; 86; 121). El Salmo 45, al igual que otras composiciones análogas, es una celebración de la ciudad santa de Jerusalén, «la ciudad de Dios», donde «el Altísimo consagra su morada» (versículo 5), pero expresa sobre todo una confianza inquebrantable en Dios que «es nuestro refugio y nuestra fuerza, poderoso defensor en el peligro» (versículo 2; Cf. versículo 8 y 12).

El Salmo evoca las más tremendas catástrofes para afirmar la fuerza de la intervención victoriosa de Dios, que da plena seguridad. A causa de la presencia de Dios, Jerusalén «no vacila; Dios le socorre» (versículo 6).

Recuerda al oráculo del profeta Sofonías que se dirige a Jerusalén y le dice: «¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén! [...] El Señor tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta (Sofonías 3, 14. 17-18).

2. El Salmo 45 está dividido en dos grandes partes por una especie de antifona, que resuena en los versículos 8 y 12: «El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob». El título «Señor de los ejércitos» es típico del culto hebreo en el templo de Sión y, a pesar de su aspecto marcial, ligado al arca de la alianza, hace referencia al Señorío de Dios en el cosmos y en la historia.

Este título es, por tanto, manantial de confianza, porque el mundo entero y todas sus vicisitudes están bajo el supremo gobierno del Señor. Este Señor está, por tanto, «con nosotros», como sigue dice la antifona, con una implícita referencia al Emmanuel, el «Dios-con-nosotros» (Cf. Isaías 7,14; Mateo 1, 23).

3. La primera parte del himno (Cf. Salmo 45, 2-7) se centra en el símbolo del agua y tiene un doble significado contrastante. Por un lado, de hecho, se desencadenan las aguas tempestuosas que en el lenguaje bíblico son símbolo de las devastaciones del caos y del mal. Hacen temblar las estructuras del ser y del universo, simbolizadas por montes, azotados por una especie de diluvio destructor (Cf. versículos 3-4).

Por otro lado, sin embargo, aparecen las aguas refrescantes de Sión, ciudad colocada sobre áridos montes, pero regada por «acequias» (versículo 5). El salmista, si bien alude a las fuentes de Jerusalén, como la de Siloé (Cf. Isaías 8, 6-7), ve en ella un signo de la vida que prospera en la ciudad santa, de su fecundidad espiritual, de su fuerza regeneradora.

Por este motivo, a pesar de las zozobras de la historia que hacen temblar a los pueblos y que sacuden a los reinos (Cf. Salmo 45, 7), el fiel encuentra en Sión la paz y la serenidad que proceden de la comunión con Dios.

4. La segunda parte del Salmo (Cf. versículos 9-11) esboza de este modo un mundo transformado. El mismo Señor desde su trono en Sión interviene con el máximo vigor contra las guerras y establece la paz que todos anhelan. El versículo 10 de nuestro himno --«Pone fin a la guerra hasta el extremo del orbe, rompe los arcos, quiebra las lanzas, prende fuego a los escudos»-- recuerda espontáneamente a Isaías.

También el profeta cantó el final de la carrera de armamentos y la transformación de los instrumentos bélicos de muerte en medios para el desarrollo de los pueblos: «Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra» (Isaías 2, 4).

5. La tradición cristiana ha ensalzado con este Salmo a Cristo, «nuestra paz» (Cf. Efesios 2, 14) y nuestro liberador del mal a través de su muerte y resurrección. Es sugerente el comentario cristológico de san Ambrosio al versículo 6 del Salmo 45, que describe el «auxilio» ofrecido a la ciudad del Señor «al despuntar la aurora». El célebre Padre de la Iglesia percibe en él una alusión profética a la resurrección.

De hecho, explica, «la resurrección matutina nos procura la ayuda celeste. Habiendo rechazado la noche, nos ha traído el día, como dice la Escritura: «Despierta, álzate y sal de entre los muertos! Y resplandecerá en ti la luz de Cristo». ¡Observa el sentido místico! En el atardecer tuvo lugar la pasión de Cristo... En la aurora la resurrección... En el atardecer del mundo es asesinado, cuando fenece la luz, pues este mundo yacía en tinieblas y hubiera quedado sumergido en el horror de tinieblas todavía más oscuras si no hubiera venido del cielo Cristo, luz de eternidad, para volver a traer la edad de la inocencia al género humano. El Señor Jesús sufrió, por tanto, y con su sangre perdonó nuestros pecados, refulgió la luz con la conciencia más limpia y brilló el día de una gracia espiritual» («Comentario a doce salmos» --«Commento a dodici Salmi»--: Saemo, VIII, Milán-Roma 1980, p. 213).

Audiencia del Miércoles 16 de Junio del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 46

El Señor, Rey del universo

1. "El Señor es sublime y terrible, emperador de toda la tierra". Esta aclamación inicial es repetida con tonos diferentes en el Salmo 46, que acabamos de escuchar. Se presenta como un himno al señor soberano del universo y de la historia. "Dios es el rey del mundo... Dios reina sobre las naciones (versículos 8-9).

Este himno al Señor, rey del mundo y de la humanidad, al igual que otras composiciones semejantes del Salterio (cf. Salmo 92; 95-98), supone una atmósfera de celebración litúrgica. Nos encontramos, por tanto, en el corazón espiritual de la alabanza de Israel, que se eleva al cielo partiendo del templo, el lugar en el que el Dios infinito y eterno se revela y encuentra a su pueblo.

2. Seguiremos este canto de alabanza gloriosa en sus momentos fundamentales, como dos olas que avanzan hacia la playa del mar. Difieren en la manera de considerar la relación entre Israel y las naciones. En la primera parte del Salmo, la relación es de dominio: Dios "nos somete los pueblos y nos sojuzga las naciones" (versículo 4); en la segunda parte, sin embargo, es de asociación: "Los príncipes de los gentiles se reúnen con el pueblo del Dios de Abraham" (v. 10). Se constata, por tanto, un progreso importante.

Dios sublime...

En la primera parte (cf. versículos 2-6) se dice: "Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo" (versículo 2). El centro de este aplauso festivo es la figura grandiosa del Señor supremo, a la que se atribuyen títulos gloriosos: "sublime y terrible" (versículo 3). Exaltan la transcendencia divina, la primacía absoluta en el ser, la omnipotencia. También Cristo resucitado exclamará: "Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra" (Mateo 28, 18).

3. En el señorío universal de Dios sobre todos los pueblos de la tierra (cf. versículo 4) el orante descubre su presencia particular en Israel, el pueblo de la elección divina, "el predilecto", la herencia más preciosa y querida por el Señor (cf. versículo 5). Israel se siente, por tanto, objeto de un amor particular de Dios que se ha manifestado con la victoria sobre las naciones hostiles. Durante la batalla, la presencia del arca de la alianza entre las tropas de Israel les aseguraba la ayuda de Dios; después de la victoria, el arca se subía al monte Sión (cf. Salmo 67, 19) y todos proclamaban: "Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas" (Salmo 46, 6).

...Dios cercano a sus criaturas

4. El segundo momento del Salmo (cf. versículos 7-10) se abre con otra ola de alabanza y de canto festivo: "tocad para Dios, tocad, tocad para nuestro Rey, tocad". (versículos 7-8). También ahora se alaba al Señor, sentado en su trono en la plenitud de su realeza (cf. versículo 9). Este trono es definido "santo",

pues es inalcanzable por el hombre limitado y pecador. Pero también es un trono celeste el arca de la alianza, presente en el área más sagrada del templo de Sión. De este modo, el Dios lejano y trascendente, santo e infinito, se acerca a sus criaturas, adaptándose al espacio y al tiempo (cf. 1 Reyes 8, 27.30).

Dios de todos

5. El Salmo concluye con una nota sorprendente por su apertura universal: "Los príncipes de los gentiles se reúnen con el pueblo del Dios de Abraham" (versículo 10). Se remonta a Abraham, el patriarca que se encuentra en el origen no sólo de Israel sino también de otras naciones. Al pueblo elegido, que descende de él, se le confía la misión de hacer converger en el Señor todas las gentes y todas las culturas, pues Él es el Dios de toda la humanidad.

De oriente a occidente se reunirán entonces en Sión para encontrar a este rey de paz y de amor, de unidad y fraternidad (cf. Mateo 8, 11). Como esperaba el profeta Isaías, los pueblos hostiles entre sí recibirán la invitación a tirar las armas y vivir juntos bajo la única soberanía divina, bajo un gobierno regido por la justicia y la paz (Isaías 2, 2-5). Los ojos de todos estarán fijos en la nueva Jerusalén, donde el Señor "asciende" para revelarse en la gloria de su divinidad. Será una "muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas... Todos gritarán con fuerte voz: "La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero"" (Apocalipsis 7, 9.10).

6. La Carta a los Efesios ve la realización de esta profecía en el misterio de Cristo redentor, cuando afirma, al dirigirse a los cristianos que no provienen del judaísmo: "Así que, recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles según la carne... estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad" (Efesios 2, 11-14).

En Cristo, por tanto, la realeza de Dios, cantada por nuestro Salmo, se ha realizado en la tierra en relación con todos los pueblos. Una homilía anónima del siglo VIII comenta así este misterio: "Hasta la venida del Mesías, esperanza de las naciones, los pueblos gentiles no adoraban a Dios y no sabían que Él existía. Hasta que el Mesías no les rescató, Dios no reinaba sobre las naciones por medio de su obediencia y de su culto. Ahora, sin embargo, Dios reina sobre ellos con su palabra y su espíritu, pues les ha salvado del engaño y les ha hecho sus amigos" (Palestino anónimo, "Homilía árabe-cristiana del siglo VIII", Roma 1994, p. 100).

Al final de su intervención, Juan Pablo II hizo un resumen de la catequesis en castellano y saludo a los peregrinos procedentes de América Latina y España.

Audiencia del Miércoles 5 de Setiembre del 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 47

1. El Salmo que se acaba de proclamar es un canto en honor de Sión, "la ciudad de nuestro Dios" (Salmo 47,3), que entonces era sede del templo del Señor y lugar de su presencia en medio de la humanidad. La fe cristiana lo aplica ahora a la "Jerusalén de lo alto", que es "nuestra madre" (Gálatas 4, 26).

La tonalidad litúrgica de este himno, la evocación de una procesión festiva (cf. versículos 13-14), la visión pacífica de Jerusalén, que refleja la salvación divina, hacen del Salmo 47 una oración para comenzar el día y hacer de él un canto de alabanza, aunque haya nubes que oscurezcan el horizonte.

Para comprender el sentido del Salmo, nos pueden servir de ayuda tres aclamaciones que aparecen al inicio, en medio y al final, como ofreciéndonos la clave espiritual de la composición e introduciéndonos así en su clima interior. Estas son las tres invocaciones: "Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios" (v. 2); "Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo" (v. 10); "Este es el Señor, nuestro Dios. Él nos guiará por siempre jamás" (v. 15).

2. Estas tres aclamaciones, que exaltan al Señor, así como "la ciudad de nuestro Dios" (v. 2), enmarcan dos grandes partes del Salmo. La primera es una gozosa celebración de la ciudad santa, la Sión victoriosa contra los asaltos de los enemigos, serena bajo el manto de la protección divina (cf. versículos 3-8). Se ofrece una especie de letanía de definiciones de esta ciudad: es una altura admirable que se yergue como un faro de luz, una fuente de alegría para todos los pueblos de la tierra, el único y auténtico "Olimpo" en el que el cielo y la tierra se encuentran. Utilizando una expresión del profeta Ezequiel es la ciudad del Emanuel, pues "Dios está allí", presente en ella (cf. Ezequiel 48, 35). Pero en torno a Jerusalén se están agolpando las tropas de un asedio, casi un símbolo del mal que atenta contra el esplendor de la ciudad. El enfrentamiento tiene un resultado obvio y casi inmediato.

3. Los potentes de la tierra, de hecho, asaltando la ciudad santa, provocan al mismo tiempo a su Rey, el Señor. El salmista muestra cómo se disuelve el orgullo de un ejército potente con la imagen sugerente de los dolores de parto: "Allí los agarró un temblor y dolores como de parto" (v. 7). La arrogancia se transforma en fragilidad y debilidad, la potencia en caída y fracaso.

Este mismo concepto es expresado con otra imagen: el ejército atacante es comparado con una armada naval invencible sobre la que sopla un terrible viento de Oriente (cf. v. 8). Queda, por tanto, una certeza para quien está bajo la sombra de la protección divina: no es el mal quien tiene la última palabra, sino el bien; Dios triunfa sobre las potencias hostiles, incluso cuando parecen grandiosas e invencibles.

4. Entonces, el fiel celebra precisamente en el templo su acción de gracias a Dios liberador. Eleva un himno al amor misericordioso del Señor, expresado con el término hebreo "hésed", típico de la teología de la alianza. Llegamos así

a la segunda parte del Salmo (cf. versículos 10-14). Tras el gran canto de alabanza al Dios fiel, justo y salvador (cf. versículos 10-12), tiene lugar una especie de procesión en torno al templo y a la ciudad santa (cf. versículos 13-14). Se cuentan los torreones, signo de la segura protección de Dios, se observan las fortificaciones, expresión de la estabilidad ofrecida a Sión por su Fundador. Los muros de Jerusalén hablan y sus piedras recuerdan los hechos que deben ser transmitidos "a la próxima generación" (v. 14) con la narración que harán los padres a sus hijos (cf. Salmo 77,3-7). Sión es el espacio de una cadena ininterrumpida de acciones salvadoras del Señor, que son anunciadas en la catequesis y celebradas en la liturgia, para que los creyentes mantengan la esperanza en la intervención liberadora de Dios.

5. En el versículo conclusivo se presenta una de las más elevadas definiciones del Señor como pastor de su pueblo: "Él nos guiará" (v. 15). El Dios de Sión es el Dios del Éxodo, de la libertad, de la cercanía al pueblo esclavo de Egipto y peregrino en el desierto. Ahora que Israel se ha instalado en la tierra prometida, sabe que el Señor no le abandona: Jerusalén es el signo de su cercanía y el templo es el lugar de su esperanza.

Al releer estas expresiones, el cristiano se eleva a la contemplación de Cristo, nuevo y viviente templo de Dios (cf. Juan 2, 21), y se dirige a la Jerusalén celeste, que ya no tiene necesidad de un templo ni de una luz exterior, pues "el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es su Santuario... la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero" (Apocalipsis 21, 22-23). San Agustín nos invita a hacer esta relectura "espiritual" convencido de que en los libros de la Biblia "no hay nada que afecte sólo a la ciudad terrena, pues todo lo que se dice de ella simboliza algo que puede ser referido también por alegoría a la Jerusalén celeste" ("Ciudad de Dios", XVII, 3, 2). Le hace eco san Paulino de Nola, que precisamente al comentar las palabras de nuestro Salmo exhorta a rezar para que "podamos ser piedras vivas en los muros de la Jerusalén celeste y libre" (Carta 28, 2 a Severo). Y contemplando la firmeza y solidez de esta ciudad, el mismo Padre de la Iglesia sigue diciendo: "De hecho, quien habita esta ciudad se revela como el Uno en tres personas... Cristo ha sido constituido no sólo su fundamento, sino también su torreón y puerta... Por tanto, si se funda sobre él la casa de nuestra alma y se eleva sobre él una construcción digna de un fundamento tan grande, entonces la puerta de entrada en su ciudad será para nosotros precisamente Aquel que nos guiará en los siglos y nos colocará en el lugar de su grey".

Audiencia del Miércoles 17 de octubre 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 48

1. Nuestra meditación sobre el Salmo 48 se dividirá en dos etapas, como hace la Liturgia de las Vísperas, que nos lo propone en dos momentos. Comentaremos ahora de manera esencial la primera parte, en la que la reflexión toma pie de una situación difícil, como en el Salmo 72. El justo tiene que afrontar «días aciagos», pues le acechan «los malvados, que confían en su opulencia» (Cf. Salmo 48, 6-7).

La conclusión a la que llega el justo es formulada como una especie de proverbio, que volverá a aparecer al final del Salmo. Sintetiza nítidamente el mensaje de esta composición poética: «El hombre rico e inconsciente es como un animal que perece» (versículo 13). En otras palabras, las «inmensas riquezas» no son una ventaja, sino todo lo contrario. Es mejor ser pobre y estar unido a Dios.

2. El proverbio parece hacerse eco de la voz austera de un antiguo sabio bíblico, el Eclesiastés o Cohélet, cuando describe el destino aparentemente igual de toda criatura viviente, la muerte, que hace totalmente inútil el apego frenético a los bienes terrenos: «Como salió del vientre de su madre, desnudo volverá, como ha venido; y nada podrá sacar de sus fatigas que pueda llevar en la mano» (Eclesiastés 5, 14). «Porque el hombre y la bestia tienen la misma suerte: muere el uno como la otra... Todos caminan hacia una misma meta» (Eclesiastés 3, 19.20).

3. Una profunda ceguera se adueña del hombre cuando cree que evitará la muerte afanándose por acumular bienes materiales: de hecho, el salmista habla de una inconciencia comparable a la de los animales.

El tema será explorado también por todas las culturas y todas las espiritualidades y será expresado de manera esencial y definitiva por Jesús, cuando declara: «Guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes» (Lucas 12, 15). Después narra la famosa parábola del rico necio que acumula bienes sin medida sin darse cuenta de que la muerte le está acechando (Cf. Lucas 12, 16-21).

4. La primera parte del Salmo está totalmente centrada precisamente en esta ilusión que se apodera del corazón del rico. Está convencido de que puede «comprar» incluso la muerte, tratando así de corromperla, como ha hecho con todas las demás cosas de las que se ha apoderado: el éxito, el triunfo sobre los demás en el ámbito social y político, la prevaricación impune, la avaricia, la comodidad, los placeres.

Pero el salmista no duda en calificar de necia esta ilusión. Recurre a una palabra que tiene un valor incluso financiero, «rescate»: «Es tan caro el rescate de la vida, que nunca les bastará para vivir perpetuamente sin bajar a la fosa» (Salmo 48, 8-10).

5. El rico, apegado a sus inmensas fortunas, está convencido de que logrará dominar incluso la muerte, tal y como ha dominado a todo y a todos con el dinero. Pero por más dinero que pueda ofrecer, su destino último será inexorable. Al igual que todos los hombres y mujeres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, un día será llevado a la tumba, tal y como les ha sucedido a los poderosos y tendrá que dejar su tierra y ese oro tan amado, esos bienes materiales tan idolatrados (Cf. versículos 11-12). Jesús insinuará a quienes le escuchaban esta pregunta inquietante: «¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?» (Mateo 16, 26). No se puede cambiar por nada pues la vida es don de Dios, «que tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre» (Job 12, 10).

6. Entre los Padres de la Iglesia que han comentado el Salmo 48 merece particular atención san Ambrosio, que amplía su significado gracias a una visión más amplia, a partir de la invitación inicial que hace el salmista: «Oíd esto, todas las naciones; escuchadlo, habitantes del orbe».

El antiguo obispo de Milán comentaba: «Reconocemos aquí, precisamente al inicio, la voz del Señor salvador que llama los pueblos para que vengan a la Iglesia y renuncien al pecado, se conviertan en seguidores de la verdad y reconozcan la ventaja de la fe». De hecho, «todos los corazones de las diferentes generaciones han quedado contaminados por el veneno de la serpiente y la conciencia humana, esclava del pecado, no era capaz de desapegarse». Por esto el Señor, «por iniciativa suya, promete el perdón con la generosidad de su misericordia, para que el culpable deje de tener miedo y, con plena conciencia, se alegre de poder ofrecerse como siervo al Señor bueno, que ha sabido perdonar los pecados, premiar las virtudes» («Comentario a los doce Salmos», «Commento a dodici Salmi», n. 1: SAEMO, VIII, Milán-Roma 1980, p. 253).

7. En estas palabras del Salmo se escucha el eco de la invitación evangélica: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo» (Mateo 11, 28). Ambrosio sigue diciendo: «Como quien visita a los enfermos, como un médico que viene a curar nuestras dolorosas heridas, así nos prescribe el tratamiento, para que los hombres lo escuchen y todos corran con confianza a recibir el remedio de la curación... Llama a todos los pueblos al manantial de la sabiduría y del conocimiento, promete a todos la redención para que nadie viva en la angustia, para que nadie viva en la desesperación» (n. 2: ibídem, pp. 253.255).

Audiencia del Miércoles 20 de octubre 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 48

1. La Liturgia de las Vísperas nos presenta el Salmo 48, de carácter sapiencial, del que se acaba de proclamar la segunda parte (Cf. versículos 14-21). Al igual que en la anterior (Cf. versículos 1-13), en la que ya hemos reflexionado, también esta sección del Salmo condena la ilusión generada por la idolatría de la riqueza. Esta es una de las tentaciones constantes de la humanidad: apeándose al dinero por considerar que está dotado de una fuerza invencible, se cae en la ilusión de poder «comprar también la muerte», alejándola de uno mismo.

2. En realidad, la muerte irrumpe con su capacidad para demoler toda ilusión, barriendo todo obstáculo, humillando toda confianza en uno mismo (Cf. versículo 14) y encaminando a ricos y pobres, soberanos y súbditos, ignorantes y sabios hacia el más allá. Es eficaz la imagen que traza el salmista al presentar la muerte como un pastor que guía con mano firme el rebaño de las criaturas corruptibles (Cf. versículo 15). El Salmo 48 nos propone, por tanto, una meditación severa y realista sobre la muerte, fundamental meta ineludible de la existencia humana.

Con frecuencia, tratamos de ignorar con todos los medios esta realidad, alejándola del horizonte de nuestro pensamiento. Pero este esfuerzo, además de inútil es inoportuno. La reflexión sobre la muerte, de hecho, es benéfica, pues relativiza muchas realidades secundarias que por desgracia hemos absolutizado, como es el caso precisamente de la riqueza, el éxito, el poder... Por este motivo, un sabio del Antiguo Testamento, Sirácida, advierte: «En todas tus acciones ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado» (Eclesiástico, 7, 36).

3. En nuestro Salmo se da un paso decisivo. Si el dinero no logra «liberarnos» de la muerte (Cf. Salmo 48, 8-9), hay uno que puede redimirnos de ese horizonte oscuro y dramático. De hecho, el salmista dice: «Pero a mí, Dios me salva, me saca de las garras del abismo» (versículo 16).

Para el justo se abre un horizonte de esperanza y de inmortalidad. Ante la pregunta planteada al inicio del Salmo --«¿Por qué habré de temer?», versículo 6--, se ofrece ahora la respuesta: «No te preocupes si se enriquece un hombre» (versículo 17).

4. El justo, pobre y humillado en la historia, cuando llega a la última frontera de la vida, no tiene bienes, no tiene nada que ofrecer como «rescate» para detener la muerte y liberarse de su gélido abrazo. Pero llega entonces la gran sorpresa: el mismo Dios ofrece un rescate y arranca de las manos de la muerte a su fiel, pues Él es el único que puede vencer a la muerte, inexorable para las criaturas humanas.

Por este motivo, el salmista invita a «no preocuparse», a no tener envidia del rico que se hace cada vez más arrogante en su gloria (Cf. *ibídem*), pues, llegada la muerte, será despojado de todo, no podrá llevar consigo ni oro ni

plata, ni fama ni éxito (Cf. versículos 18-19). El fiel, por el contrario, no será abandonado por el Señor, que le indicará «el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre» (Cf. Salmo 15, 11).

5. Entonces podremos pronunciar, como conclusión de la meditación sapiencial del Salmo 48, las palabras de Jesús que nos describe el verdadero tesoro que desafía a la muerte: «No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mateo 6, 19-21).

6. Siguiendo las huellas de las palabras de Cristo, san Ambrosio en su «Comentario al Salmo 48» confirma de manera clara y firme la inconsistencia de las riquezas: «No son más que caducidades y se van más rápidamente de lo que han tardado en venir. Un tesoro de este tipo no es más que un sueño. Te despiertas y ya ha desaparecido, pues el hombre que logre purgar la borrachera de este mundo y apropiarse de la sobriedad de las virtudes, desprecia todo esto y no da valor al dinero» («Comentario a los doce salmos» - «Comento a dodici salmi»--, n. 23: SAEMO, VIII, Milán-Roma 1980, p. 275).

7. El obispo de Milán invita, por tanto, a no dejarse atraer ingenuamente por las riquezas de la gloria humana: «¡No tengas miedo, ni siquiera cuando te des cuenta de que se a agigantado la gloria de algún linaje! Aprende a mirar a fondo con atención, y te resultará algo vacío si no tiene una brizna de la plenitud de la fe». De hecho, antes de que viniera Cristo, el hombre estaba arruinado y vacío: «La desastrosa caída del antiguo Adán nos dejó sin nada, pero hemos sido colmados por la gracia de Cristo. Él se despojó de sí mismo para llenarnos y para hacer que en la carne del hombre demore la plenitud de la virtud». San Ambrosio concluye diciendo que precisamente por este motivo, podemos exclamar ahora con san Juan: «De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia» (Juan 1, 16) (Cf. *ibídem*).

Audiencia del Miércoles 27 de octubre 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 50

Miserere (ten piedad)

1. Hemos escuchado el "Miserere", una de las oraciones más célebres del Salterio, el Salmo penitencial más intenso y repetido, el canto del pecado y del perdón, la meditación más profunda sobre la culpa y su gracia. La Liturgia de las Horas nos lo hace repetir en las Laudes de todos los viernes. Desde hace siglos y siglos se eleva hacia el cielo desde muchos corazones de fieles judíos y cristianos como un suspiro de arrepentimiento y de esperanza dirigido a Dios misericordioso.

La tradición judía ha puesto el Salmo 50 en labios de David, quien fue invitado a hacer penitencia por las palabras severas del profeta Natán (cf. versículos 1-2; 2Samuel 11-12), que le reprochaba el adulterio cometido con Betsabé y el asesinato de su marido Urías. El Salmo, sin embargo, se enriquece en los siglos sucesivos con la oración de otros muchos pecadores que recuperan los temas del "corazón nuevo" y del "Espíritu" de Dios infundido en el hombre redimido, según la enseñanza de los profetas Jeremías y Ezequiel (cf. v. 12; Jeremías 31,31-34; Ezequiel 11,19; 36, 24-28).

2. El Salmo 50 presenta dos horizontes. Ante todo, aparece la región tenebrosa del pecado (cf. versículos 3-11), en la que se sitúa el hombre desde el inicio de su existencia: "Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre" (versículo 7). Si bien esta declaración no puede ser asumida como una formulación explícita de la doctrina del pecado original tal y como ha sido delineada por la teología cristiana, no cabe duda de que es coherente: expresa de hecho la dimensión profunda de la debilidad moral innata en el hombre. El Salmo se presenta en esta primera parte como un análisis ante Dios del pecado. Utiliza tres términos hebreos para definir esta triste realidad que procede de la libertad humana mal utilizada.

3. El primer vocablo "hattá" significa literalmente "no dar en el blanco": el pecado es una aberración que nos aleja de Dios, meta fundamental de nuestras relaciones, y por consiguiente también nos aleja del prójimo. El segundo término hebreo es "awôn", que hace referencia a la imagen de "torcer", "curvar". El pecado es, por tanto, una desviación tortuosa del camino recto; es la inversión, la distorsión, la deformación del bien y del mal, en el sentido declarado por Isaías: "¡Ay, los que llaman al mal bien, y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad" (Isaías 5, 20). Precisamente por este motivo, en la Biblia la conversión es indicada como un "regresar" (en hebreo "shûb") al camino recto, haciendo una corrección de ruta.

La tercera palabra con la que el Salmista habla del pecado es "peshá". Expresa la rebelión del súbdito contra su soberano, y por tanto constituye un desafío abierto dirigido a Dios y a su proyecto para la historia humana.

4. Si por el contrario el hombre confiesa su pecado, la justicia salvífica de Dios se demuestra dispuesta a purificarlo radicalmente. De este modo, se pasa a la

segunda parte espiritual del Salmo, la luminosa de la gracia (cf. versículos 12-19). A través de la confesión de las culpas se abre de hecho para el orante un horizonte de luz en el que Dios actúa. El Señor no obra sólo negativamente, eliminando el pecado, sino que vuelve a crear la humanidad pecadora a través de su Espíritu vivificante: infunde en el hombre un "corazón" nuevo y puro, es decir, una conciencia renovada, y le abre la posibilidad de una fe límpida y de un culto agradable a Dios.

Orígenes habla en este sentido de una terapia divina, que el Señor realiza a través de su palabra mediante la obra sanadora de Cristo: "Al igual que Dios dispuso los remedios para el cuerpo de las hierbas terapéuticas sabiamente mezcladas, así también preparó para el alma medicinas con las palabras infusas, esparciéndolas en las divinas Escrituras... Dios dio también otra actividad médica de la que es primer exponente el Salvador, quien dice de sí: "No tienen necesidad de médico los sanos; sino los enfermos". Él es el médico por excelencia capaz de curar toda debilidad, toda enfermedad" ("Omélie sui Salmi" --"Homilías sobre los Salmos"--, Florencia 1991, páginas 247-249).

5. La riqueza del Salmo 50 merecería una exégesis detallada en todas sus partes. Es lo que haremos cuando vuelva a resonar en las Laudes de los diferentes viernes. La mirada de conjunto, que ahora hemos dirigido a esta gran súplica bíblica, nos revela ya algunos componentes fundamentales de una espiritualidad que debe reflejarse en la existencia cotidiana de los fieles. Ante todo se da un sentido sumamente vivo del pecado, percibido como una decisión libre, de connotaciones negativas a nivel moral y teológico: "contra ti, contra ti sólo pecqué, cometí la maldad que aborreces" (versículo 6).

No menos vivo es el sentimiento de la posibilidad de conversión que aparece después en el Salmo: el pecador, sinceramente arrepentido (cf. versículo 5), se presenta en toda su miseria y desnudez ante Dios, suplicándole que lo rechace de su presencia (cf. versículo 13).

Por último, en el "Miserere", se da una arraigada convicción del perdón divino que "borra", "lava", "limpia" al pecador (cf. versículos 3-4) y llega incluso a transformarlo en una nueva criatura de espíritu, lengua, labios, corazón transfigurados (cf. versículos 14-19). "Aunque nuestros pecados fueran negros como la noche --afirmaba santa Faustina Kowalska--, la misericordia divina es más fuerte que nuestra miseria. Sólo hace falta una cosa: que el pecador abra al menos un poco la puerta de su corazón... el resto lo hará Dios... Todo comienza en tu misericordia y en tu misericordia termina" (M. Winowska, "L'icona dell'Amore misericordioso. Il messaggio di suor Faustina" --"Icono del Amor misericordioso. El mensaje de sor Faustina"--, Roma 1981, p. 271).

Audiencia del Miércoles 24 de octubre 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 50

Miserere (ten piedad)

1. Cada semana la Liturgia de los Laudes marca el viernes con el Salmo 50, el «Miserere», el Salmo penitencial más amado, cantado, y meditado, himno al Dios misericordioso elevado por el pecador arrepentido. Tuvimos ya la oportunidad en una catequesis anterior de presentar el marco general de esta gran oración. Ante todo, se entra en la región tenebrosa del pecado para llevar la luz del arrepentimiento humano y del perdón divino (Cf. versículos 3-11). Se pasa después a exaltar el don de la gracia divina, que transforma y renueva el espíritu y el corazón del pecador arrepentido: es una región luminosa, llena de esperanza y confianza (Cf. versículo 12-21).

En nuestra reflexión de hoy, nos detendremos a hacer algunas consideraciones sobre la primera parte del Salmo 50 profundizando alguno de sus aspectos. Para comenzar, sin embargo, propondremos la estupenda proclamación divina del Sinaí, que supone casi el retrato del Dios cantado por el «Miserere»: «el Señor es el Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Éxodo 34, 6-7).

2. La invocación inicial se eleva a Dios para alcanzar el don de la purificación de modo que, como decía el profeta Isaías, haga los pecados --que en sí mismos son semejantes a «la grana» o «rojos como el carmesí»--, «blancos como la nieve» y «como la lana» (Cf. Isaías 1, 18). El Salmista confiesa su pecado de manera clara y sin dudas: «Reconozco mi culpa... contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces» (Salmo 50, 5-6).

Entra, por tanto, en escena la conciencia personal del pecador, que se abre a percibir claramente su mal. Es una experiencia que involucra la libertad y la responsabilidad, y lleva a admitir que ha roto un lazo para construir una opción de vida alternativa a la Palabra divina. La consecuencia es una decisión radical de cambio. Todo esto está comprendido en ese «reconocer», un verbo que en hebreo no comprende sólo una adhesión intelectual, sino una opción de vida.

Es el paso que, por desgracia, no dan muchos, como advierte Orígenes: «Hay algunos que, después de haber pecado, se quedan totalmente tranquilos y no se preocupan por su pecado ni les pasa por la conciencia el mal cometido; por el contrario viven como si no hubiera pasado nada. Éstos no podrían decir: "tengo siempre presente mi pecado". Sin embargo, cuando tras el pecado uno se aflige por su pecado, es atormentado por el remordimiento, se angustia sin tregua y experimenta los asaltos en su interior que se levanta para rebatirlo, y exclama: "no hay paz para mis huesos ante el aspecto de mis pecados"... Cuando, por tanto, ponemos ante los ojos de nuestro corazón los pecados cometidos, los miramos uno por uno, los reconocemos, sonrojamos y nos arrepentimos por lo que hemos hecho, entonces, conmovidos y aterrados

decimos que "no hay paz en nuestros huesos frente al aspecto de nuestros pecados"» («Homilías sobre los Salmos» --Omelie sui Salmi--, Florencia 1991, pp. 277-279). El reconocimiento y la conciencia del pecado es, por tanto, fruto de una sensibilidad alcanzada gracias a la luz de la Palabra de Dios.

3. En la confesión del «Miserere» se subraya un aspecto particular: el pecado no es concebido sólo en su dimensión personal y «psicológica», sino que es delineado sobre todo en su calidad teológica. «Contra ti, contra ti sólo pequé» (Samo 50, 6), exclama el pecador, a quien la tradición le dio el rostro de David, consciente de su adulterio con Betsabé, y de la denuncia del profeta Natán contra este crimen y el del asesinato del marido de ella, Urías (Cf. v. 2; 2 Samuel 11-12).

El pecado no es, por tanto, una mera cuestión psicológica o social, sino un acontecimiento que afecta a la relación con Dios, violando su ley, rechazando su proyecto en la historia, alterando la jerarquía de valores, «cambiando la oscuridad por la luz y la luz por la oscuridad» es decir, llamando «al mal bien, y al bien mal» (Cf. Isaías 5, 20). Antes de ser una posible injuria contra el hombre, el pecado es ante todo traición de Dios. Son emblemáticas las palabras que el hijo pródigo de bienes pronuncia ante su padre pródigo de amor: «Padre, he pecado contra el cielo --es decir contra Dios-- y contra ti» (Lucas 15, 21).

4. En este momento, el Salmista introduce otro aspecto, ligado más directamente a la realidad humana. Es la frase que ha suscitado muchas interpretaciones y que ha sido relacionada con la doctrina del pecado original: «Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre» (Salmo 50, 7). El que reza quiere indicar la presencia del mal en el interior de nuestro ser, como es evidente en la mención de la concepción y del nacimiento, una manera de hacer referencia a toda la existencia, comenzando desde su origen. El Salmista, sin embargo, no relaciona formalmente esta situación con el pecado de Adán y Eva, es decir, no habla explícitamente de pecado original.

De todos modos, queda claro que, según el texto del Salmo, el mal se anida en las profundidades mismas del hombre, es inherente a su realidad histórica y por este motivo es decisiva la petición de la intervención de la gracia divina. La potencia del amor de Dios es superior a la del pecado, el río destructor del mal tiene menos fuerza que el agua fecundante del perdón: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Romanos 5, 20).

5. De este modo, se evocan indirectamente la teología del pecado original y a toda la visión bíblica del hombre pecador con palabras que dejan al mismo tiempo entrever la luz de la gracia y de la salvación.

Como tendremos la oportunidad de descubrir en el futuro al volver a meditar sobre este Salmo y sus versículos sucesivos, la confesión de la culpa y la conciencia de la propia misericordia no acaban en el terror o en la pesadilla del juicio, sino más bien en la esperanza de la purificación, de la liberación, de la nueva creación.

De hecho, Dios nos salva «no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador» (Tito 3, 5-6).

Audiencia del Miércoles 8 de mayo 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 50

1. Cada semana la Liturgia de los Laudes presenta el Salmo 50, el famoso «Miserere». Nosotros lo hemos meditado ya en otras ocasiones en algunas de sus partes. También ahora nos detendremos de manera particular en una sección de esta grandiosa súplica de perdón: los versículos 12-16.

Es significativo, ante todo, constatar que, en el original hebreo, en tres ocasiones resuena la palabra «espíritu», invocado por Dios como don y acogido por la criatura arrepentida de su pecado: «Renuévame por dentro con espíritu firme... No me quites tu santo espíritu... Afiánzame con espíritu generoso» (versículos 12, 13, 14). Se podría decir --recurriendo a un término litúrgico-- que se trata de una «epiclesis», es decir, una triple invocación al Espíritu que, al igual que en la creación aleteaba por encima de las aguas (Cf. Génesis 1, 2), ahora penetra en el alma del fiel infundiendo una nueva vida e elevándola del reino del pecado al cielo de la gracia.

2. Los Padres de la Iglesia, con el «espíritu» invocado por el Salmista, ven aquí la presencia eficaz del Espíritu Santo. De este modo, san Ambrosio está convencido de que se trata del único Espíritu Santo que «enfervorizó a los profetas, que fue insuflado [por Cristo] a los apóstoles, que quedó unido al Padre y al Hijo en el sacramento del bautismo» («El Espíritu Santo» --«Lo Spirito Santo»-- I, 4, 55: SAEMO 16, p. 95).

La misma convicción es expresada por otros padres, como Dídimo el Ciego de Alejandría de Egipto y Basilio de Cesarea, en sus respectivos tratados sobre el Espíritu Santo (Dídimo el Ciego, «Lo Spirito Santo», Roma 1990, p. 59; Basilio de Cesarea, «Lo Spirito Santo», IX, 22, Roma 1993, p. 117 s.).

Y san Ambrosio, al observar que el Salmista habla de la alegría que invade al alma una vez que ha recibido el Espíritu generoso y potente de Dios, comenta: «El gozo y la alegría son fruto del Espíritu y el Espíritu Soberano es aquello sobre lo que nos cimentamos. Por ello, quien está revigorizado por el Espíritu Soberano no queda sometido a la esclavitud, no es esclavo del pecado, no es indeciso, no vaga por aquí y por allá, no duda en las decisiones, sino que, asentado sobre la roca, está firme y sus pies no vacilan» («Apología del profeta David a Teodosio Augusto», 15,72: SAEMO 5,129).

3. Con esta triple mención del «espíritu», el Salmo 50, después de haber descrito en los versículos precedentes la prisión oscura de la culpa, se abre al horizonte luminoso de la gracia. Es un gran cambio, comparable al de una nueva creación: como en los orígenes Dios había insuflado su espíritu en la materia y había dado origen a la persona humana (Cf. Génesis 2, 7), de este modo ahora el mismo Espíritu divino recrea (Cf. Salmo 50, 12), renueva, transfigura y transforma al pecador arrepentido, lo vuelve a abrazar (Cf. versículo 13), le hace partícipe de la alegría de la salvación (Cf. versículo 14). De este modo, el hombre, animado por el Espíritu divino, se encamina por la senda de la justicia y del amor, como se dice en otro Salmo: «Enséñame a

cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios. Tú espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana» (Salmo 142, 10).

4. Una vez experimentado este renacimiento interior, el orante se transforma en testigo; promete a Dios «enseñaré a los malvados tus caminos» (Salmo 50, 15), de modo que puedan, como el hijo pródigo, regresar a la casa del Padre. Del mismo modo, san Agustín, después de haber recorrido los caminos tenebrosos del pecado, había experimentado la necesidad en sus «Confesiones» de testimoniar la libertad y la alegría de la salvación.

Quien ha experimentado el amor misericordioso de Dios se convierte en su testigo ardiente, sobre todo para quienes están todavía atrapados en las redes del pecado. Pensemos en la figura de Pablo, que, fulgurado por Cristo en el camino de Damasco, se convierte en incansable peregrino de la gracia divina.

5. Por último, el orante mira a su pasado oscuro y grita a Dios: «Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios, Salvador mío» (versículo 16). La «sangre» a la que se refiere es interpretada de diferentes maneras en la Escritura. La alusión, puesta en labios del rey David, hace referencia al asesinato de Urías, el marido de Betsabé, la mujer que se había convertido en la pasión del soberano. En sentido más genérico, la invocación indica el deseo de purificación del mal, de la violencia, del odio siempre presentes en el corazón humano con fuerza tenebrosa y maléfica. Ahora, sin embargo, los labios del fiel, purificados por el pecado, cantan al Señor.

El pasaje del Salmo 50, que hemos comentado, termina precisamente con el compromiso de proclamar la «justicia» de Dios. El término «justicia» que, como sucede con frecuencia en el lenguaje bíblico, no designa propiamente la acción de castigo de Dios ante el mal, sino que indica más bien la rehabilitación del pecador, pues Dios manifiesta su justicia haciendo justos a los pecadores (Cf. Romanos 3, 26). Dios no busca la muerte del malvado, sino que desista de su conducta y viva (Cf. Ezequiel 18, 23).

Audiencia del Miércoles 4 de diciembre 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 50

1. Es la cuarta vez que escuchamos, durante nuestras reflexiones sobre la «Liturgia de los Laudes», la proclamación del Salmo 50, el famoso «Miserere». De hecho, es presentado todos los viernes de cada semana para que se convierta en un oasis de meditación en cual descubrir el mal que se anida en la conciencia e invocar del Señor purificación y perdón. Como confiesa el Salmista en otra súplica, «no es justo ante ti ningún viviente», Señor (Salmo 142, 2). En el libro de Job se puede leer: «¿Cómo un hombre será justo ante Dios? ¿cómo puro el nacido de mujer? Si ni la luna misma tiene brillo, ni las estrellas son puras a sus ojos, ¡cuánto menos un hombre, esa gusanera, un hijo de hombre, ese gusano!» (25, 4-6).

Frases fuertes y dramáticas que quieren mostrar con toda seriedad el límite y la fragilidad de la criatura humana, su capacidad perversa para sembrar el mal y la violencia, la impureza y la mentira. Sin embargo, el mensaje de esperanza del «Miserere», que el Salterio pone en labios de David, pecador convertido, es éste: Dios «borra», «lava», «limpia» la culpa confesada con corazón contrito (Cf. Salmo 50, 2-3). Con la voz de Isaías, el Señor dice: «Así fueren vuestros pecados como la grana, cual la nieve blanquearán. Y así fueren rojos como el carmesí, cual la lana quedarán» (1,18).

2. En esta ocasión, nos detendremos brevemente en el final del Salmo 50, lleno de esperanza pues el orante es consciente de haber sido perdonado por Dios (Cf. versículos 17-21). Su boca está a punto de proclamar al mundo la alabanza del Señor, atestiguando de este modo la alegría que experimenta el alma purificada del mal y, por ello, liberada del remordimiento (Cf. versículo 17).

El orante testimonia de manera clara otra convicción, relacionada con la enseñanza reiterada por los profetas (Cf. Isaías 1, 10-17; Amós 5, 21-25; Oseas 6, 6): el sacrificio más grato que se eleva hasta el Señor como delicado perfume (Cf. Génesis 8, 21) no es el holocausto de toros o de corderos, sino más bien el «corazón quebrantado y humillado» (Salmo 50, 19).

La «Imitación de Cristo», texto sumamente querido por la tradición espiritual cristiana, repite la misma admonición del Salmista: «La contrición de los pecados es para ti sacrificio grato, un perfume mucho más delicado que el perfume del incienso... En ella se purifica y se lava toda iniquidad» (III, 52,4).

3. El Salmo concluye de manera inesperada con una perspectiva totalmente diferente, que parece incluso contradictoria (Cf. versículos 20-21). De la última súplica de un pecador se pasa a una oración en la que se pide la reconstrucción de toda la ciudad de Jerusalén, transportándonos de la época de David a la de la destrucción de la ciudad, siglos después. Por otra parte, tras haber expresado en el versículo 18 el rechazo divino de las inmolaciones de los animales, el Salmo anuncia en el versículo 21 que a Dios le agradarán estas mismas inmolaciones.

Está claro que este pasaje final es un añadido posterior de tiempos del exilio, que en cierto sentido quiere corregir o al menos completar la perspectiva del Salmo de David. Lo hace en dos aspectos: por una parte, no quiere que el Salmo se reduzca a una oración individual; era necesario pensar también en la situación penosa de toda la ciudad. Por otra parte, quiere redimensionar el rechazo divino de los sacrificios rituales; este rechazo no podía ser completo ni definitivo pues se trataba de un culto prescrito por el mismo Dios en la Torá. Quien completó el Salmo tuvo una válida intuición: comprendió la necesidad en que se encuentran los pecadores, la necesidad de la mediación de un sacrificio. Los pecadores no son capaces de purificarse por sí mismos; no son suficientes los buenos sentimientos. Se necesita una mediación exterior eficaz. El Nuevo Testamento revelará en sentido pleno esta intuición, mostrando que, con la entrega de su vida, Cristo ha realizado una mediación de sacrificio perfecto.

4. En sus «Homilías sobre Ezequiel», san Gregorio Magno comprendió bien la diferencia de perspectiva que se da entre los versículos 19 y 21 del «Miserere». Propone una interpretación que podemos hacer nuestra, concluyendo así nuestra reflexión. San Gregorio aplica el versículo 19, que habla de espíritu contrito, a la existencia terrena de la Iglesia, mientras que refiere el versículo 21, que habla de Holocausto, a la Iglesia en el cielo. Estas son las palabras de aquel gran pontífice: «La santa Iglesia tiene dos vidas: una en el tiempo y otra en la eternidad; una de fatiga en la tierra, otra de recompensa en el cielo; una en la que se gana los méritos, otra en la que goza de los méritos ganados. Tanto en una como en la otra vida ofrece el sacrificio: aquí el sacrificio de la compunción y allá arriba el sacrificio de alabanza. Sobre el primer sacrificio se ha dicho: «Mi sacrificio a Dios es un espíritu quebrantado» (Salmo 50, 19); sobre el segundo está escrito: «entonces aceptarás los sacrificios rituales, ofrendas y holocaustos» (Salmo 50, 21)... En ambos casos se ofrece la carne, pues aquí la oblación de la carne es la mortificación del cuerpo, mientras que allá arriba la oblación de la carne es la gloria de la resurrección en la alabanza a Dios. Allá arriba se ofrecerá la carne como holocausto, cuando transformada en la incorruptibilidad eterna, ya no se dé ningún conflicto ni haya nada mortal, pues perdurará totalmente encendida de amor por Él, en la alabanza sin fin» («Homilías sobre Ezequiel» 2, Roma 1993, p. 271).

Audiencia del Miércoles 30 de julio 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 61

1. Acaban de resonar las dulces palabras del Salmo 61, un canto de confianza, que comienza con una especie de antifona, repetida en la mitad del texto. Es como una jaculatoria fuerte y serena, una invocación que es también un programa de vida: «Sólo en Dios descansa mi alma, porque de Él viene mi salvación; sólo Él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré» (versículos 2-3.6-7).

2. El Salmo, sin embargo, más adelante pone en contraposición dos formas de confianza. Son dos opciones fundamentales, una buena y otra perversa, que comportan dos conductas morales diferentes. Ante todo, está la confianza en Dios, exaltada en la invocación inicial, donde aparece un símbolo de estabilidad y seguridad, la «roca», es decir, una fortaleza y un baluarte de protección.

El Salmista confirma: «De Dios viene mi salvación y mi gloria, él es mi roca firme, Dios es mi refugio» (versículo 8). Lo dice tras haber evocado las confabulaciones de sus enemigos que «sólo piensan en derribarme de mi altura» (Cf. versículos 4-5).

3. Pero está también la confianza de carácter idólatra, ante la que el orante fija con insistencia su atención crítica. Es una confianza que lleva a buscar la seguridad y la estabilidad en la violencia, en el robo y en la riqueza.

Entonces, se hace un llamamiento sumamente claro: «No confiéis en la opresión, no pongáis ilusiones en el robo; y aunque crezcan vuestras riquezas, no les deis el corazón» (versículo 11). Evoca tres ídolos, proscritos como contrarios a la dignidad del hombre y a la convivencia social.

4. El primer falso dios es la violencia a la que la humanidad sigue recurriendo por desgracia también en nuestros días ensangrentados. A este ídolo le acompaña un inmenso cortejo de guerras, opresiones, prevaricaciones, torturas y asesinatos execrables, cometidos sin remordimiento.

El segundo falso dios es el robo, que se manifiesta en la extorsión, en la injusticia social, en la usura, en la corrupción política y económica. Demasiada gente cultiva la «ilusión» de satisfacer de este modo su propia codicia.

Por último, la riqueza es el tercer ídolo al que «se apega el corazón» del hombre con la esperanza engañosa de poderse salvar de la muerte (Cf. Salmo 48) y asegurarse el prestigio y el poder.

5. Al servir a esta tríada diabólica, el hombre olvida que los ídolos no tienen consistencia, es más, son dañinos. Al confiar en las cosas y en sí mismo, olvida que es «un soplo», «apariencia», es más, si se pesa en la balanza, sería «más leve que un soplo» (Salmo 61,10; Cf. Salmo 38, 6-7).

Si fuéramos más conscientes de nuestra caducidad y de nuestros límites como criaturas, no escogeríamos el camino de la confianza en los ídolos, ni

organizaríamos nuestra vida según una jerarquía de pseudo-valores frágiles e inconsistentes. Optaríamos más bien por la otra confianza, la que se centra en el Señor, manantial de eternidad y de paz. Sólo Él «tiene el poder»; sólo Él es manantial de gracia; sólo Él es plenamente justo, pues paga «a cada uno según sus obras» (Cf. Salmo 61, 12-13).

6. El Concilio Vaticano II dirigió a los sacerdotes la invitación del Salmo 61 a «no apegar el corazón a la riqueza». El decreto sobre el ministerio y la vida sacerdotal exhorta: «han de evitar siempre toda clase de ambición y abstenerse cuidadosamente de toda especie de comercio» (Presbyterorum ordinis, n. 17).

Ahora bien, este llamamiento a rechazar la confianza perversa y a escoger la que nos lleva a Dios es válido para todos y debe convertirse en nuestra estrella polar en el comportamiento cotidiano, en las decisiones morales, en el estilo de vida.

7. Es verdad, es un camino arduo, que comporta incluso pruebas para el justo y opciones valientes, pero siempre caracterizadas por la confianza en Dios (Cf. Salmo 61, 2). Desde este punto de vista, los Padres de la Iglesia vieron en el orante del Salmo 61 una premonición de Cristo y pusieron en sus labios la invocación inicial de total confianza y adhesión a Dios.

En este sentido, en el «Comentario al Salmo 61», san Ambrosio argumenta: «Nuestro Señor Jesús, al asumir la carne del hombre para purificarla con su persona, ¿no debería haber cancelado inmediatamente la influencia maléfica del antiguo pecado? Por la desobediencia, es decir, violando los mandamientos divinos, la culpa se había introducido, arrastrándose. Ante todo, por tanto, tuvo que restablecer la obediencia para bloquear el foco del pecado... Asumió con su persona la obediencia para transmitírnosla» («Comentario a los doce salmos» --«Commento a dodici Salmi»-- 61,4: SAEMO, VIII, Milano-Roma 1980, p. 283).

Audiencia del Miércoles 10 de noviembre de 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 62

El alma sedienta de Dios

1. El salmo 62, sobre el que reflexionaremos hoy, es el salmo del amor místico, que celebra la adhesión total a Dios, partiendo de un anhelo casi físico y llegando a su plenitud en un abrazo íntimo y perenne. La oración se hace deseo, sed y hambre, porque implica el alma y el cuerpo. Como escribe santa Teresa de Ávila, "sed me parece a mí quiere decir deseo de una cosa que nos hace tan gran falta que, si nos falta, nos mata" (Camino de perfección, c. 19).

La liturgia nos propone las primeras dos estrofas del salmo, centradas precisamente en los símbolos de la sed y del hambre, mientras la tercera estrofa nos presenta un horizonte oscuro, el del juicio divino sobre el mal, en contraste con la luminosidad y la dulzura del resto del salmo.

2. Así pues, comenzamos nuestra meditación con el primer canto, el de la sed de Dios (cf. versículos 2-4). Es el alba, el sol está surgiendo en el cielo terso de la Tierra Santa y el orante comienza su jornada dirigiéndose al templo para buscar la luz de Dios. Tiene necesidad de ese encuentro con el Señor de modo casi instintivo, se podría decir "físico".

De la misma manera que la tierra árida está muerta, hasta que la riega la lluvia, y a causa de sus grietas parece una boca sedienta y seca, así el fiel anhela a Dios para ser saciado por él y para poder estar en comunión con él. Ya el profeta Jeremías había proclamado: el Señor es "manantial de aguas vivas", y había reprendido al pueblo por haber construido "cisternas agrietadas, que no retienen el agua" (Jr 2, 13). Jesús mismo exclamará en voz alta: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba, el que crea en mí" (Jn 7, 37-38). En pleno mediodía de una jornada soleada y silenciosa, promete a la samaritana: "El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna" (Jn 4, 14).

3. Con respecto a este tema, la oración del salmo 62 se entrelaza con el canto de otro estupendo salmo, el 41: "Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo" (vv. 2-3). Ahora bien, en hebreo, la lengua del Antiguo Testamento, "el alma" se expresa con el término nefesh, que en algunos textos designa la "garganta" y en muchos otros se extiende para indicar todo el ser de la persona.

El vocablo, entendido en estas dimensiones, ayuda a comprender cuán esencial y profunda es la necesidad de Dios: sin él falta la respiración e incluso la vida. Por eso, el salmista llega a poner en segundo plano la misma existencia física, cuando no hay unión con Dios: "Tu gracia vale más que la vida" (Sal 62, 4). También en el salmo 72 el salmista repite al Señor: "Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra. Mi carne y mi corazón se consumen: ¡Roca de mi corazón, mi porción, Dios por siempre! (...) Para mí, mi bien es estar junto a Dios" (vv. 25-28).

4. Después del canto de la sed, las palabras del salmista modulan el canto del hambre (cf. Sal 62, 6-9). Probablemente, con las imágenes del "gran banquete" y de la saciedad, el orante remite a uno de los sacrificios que se celebraban en el templo de Sion: el llamado "de comunión", o sea, un banquete sagrado en el que los fieles comían la carne de las víctimas inmoladas. Otra necesidad fundamental de la vida se usa aquí como símbolo de la comunión con Dios: el hambre se sacia cuando se escucha la palabra divina y se encuentra al Señor.

En efecto, "no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor" (Dt 8, 3; cf. Mt 4, 4). Aquí el cristiano piensa en el banquete que Cristo preparó la última noche de su vida terrena y cuyo valor profundo ya había explicado en el discurso de Cafarnaúm: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Jn 6, 55-56).

5. A través del alimento místico de la comunión con Dios "el alma se une a él", como dice el salmista. Una vez más, la palabra "alma" evoca a todo el ser humano. No por nada se habla de un abrazo, de una unión casi física: Dios y el hombre están ya en plena comunión, y en los labios de la criatura no puede menos de brotar la alabanza gozosa y agradecida.

Incluso cuando atravesamos una noche oscura, nos sentimos protegidos por las alas de Dios, como el arca de la alianza estaba cubierta por las alas de los querubines. Y entonces florece la expresión estática de la alegría: "A la sombra de tus alas canto con júbilo" (Sal 62, 8). El miedo desaparece, el abrazo no encuentra el vacío sino a Dios mismo; nuestra mano se estrecha con la fuerza de su diestra (cf. Sal 62, 9).

6. En una lectura de ese salmo a la luz del misterio pascual, la sed y el hambre que nos impulsan hacia Dios, se sacian en Cristo crucificado y resucitado, del que nos viene, por el don del Espíritu y de los sacramentos, la vida nueva y el alimento que la sostiene. Nos lo recuerda san Juan Crisóstomo, que, comentando las palabras de san Juan: de su costado "salió sangre y agua" (cf. Jn 19, 34), afirma: "Esa sangre y esa agua son símbolos del bautismo y de los misterios", es decir, de la Eucaristía.

Y concluye: "¿Veis cómo Cristo se unió a su esposa? ¿Veis con qué nos alimenta a todos? Con ese mismo alimento hemos sido formados y crecemos. En efecto, como la mujer alimenta al hijo que ha engendrado con su propia sangre y leche, así también Cristo alimenta continuamente con su sangre a aquel que él mismo ha engendrado" (Homilía III dirigida a los neófitos, 16-19, passim: SC 50 bis, 160-162).

Audiencia del Miércoles 25 de abril de 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 64

1. Nuestro viaje por los Salmos de la Liturgia de las Horas nos lleva hoy a meditar en un himno que nos conquista sobre todo por el fascinante paisaje primaveral de su última parte (cf. Salmo 64, 10-14), una escena llena de frescura y colores, compuesta por voces de alegría.

En realidad, el Salmo 64 tiene una estructura más amplia, cruce de dos tonos diferentes: emerge, ante todo, el histórico tema del perdón de los pecados y de la acogida por Dios (cf. versículos 2-5); después hace referencia al tema cósmico de la acción de Dios con los mares y los montes (cf. versículos 6-9a); desarrolla al final la descripción de la primavera (cf. versículos 9b-14): en el desolado y árido panorama de Oriente Próximo, la lluvia fecunda es la expresión de la fidelidad del Señor a la creación (cf. Salmo 103, 13-16). Para la Biblia la creación es la sede de la humanidad y el pecado es un atentado contra el orden y la perfección del mundo. La conversión y el perdón vuelven a dar, por tanto, integridad y armonía al cosmos.

2. En la primera parte del Salmo, nos encontramos dentro del templo de Sión. Allí llega el pueblo con sus miserias morales para invocar la liberación del mal (cf. Salmo 64, 2-4a). Una vez obtenida la absolución de las culpas, los fieles se sienten huéspedes de Dios, cercanos a él, dispuestos a ser admitidos a su mesa y a participar en la fiesta de la intimidad divina (cf. versículos 4b-5).

El Señor, que se ensalza en el templo, es representado después con un perfil glorioso y cósmico. Se dice, de hecho, que es la «esperanza del confín de la tierra y del océano remoto»; afianza los montes con su fuerza... reprime el estruendo del mar, el estruendo de las olas y el tumulto... Los habitantes del extremo del orbe se sobrecogen ante sus signos, desde oriente hasta occidente (versículos 6-9).

3. En esta celebración de Dios Creador, encontramos un acontecimiento que querría subrayar: el Señor logra dominar y acallar incluso el tumulto de las aguas del mar, que en la Biblia son símbolo del caos, en oposición al orden de la creación (cf. Job 38, 8-11). Es una manera de exaltar la victoria divina no sólo sobre la nada, sino incluso sobre el mal: por este motivo, el «estruendo del mar» y el «estruendo de las olas» es asociado al «tumulto de los pueblos» (cf. Salmo 64, 8), es decir, la rebelión de los soberbios.

San Agustín lo comenta de manera eficaz: «El mar es imagen del mundo presente: amargo a causa de la sal, turbado por tempestades, donde los hombres, con sus ambiciones perversas y desordenadas, parecen peces que se devoran unos a otros. ¡Mirad este mar proceloso, este mar amargo, cruel con sus olas! No nos comportemos así, hermanos, pues el Señor es la "esperanza del confín de la tierra"» («Esposizione sui Salmi II», Roma 1990, p. 475).

La conclusión que nos sugiere el Salmo es sencilla: ese Dios, que acaba con el caos y el mal del mundo y de la historia, puede vencer y perdonar la malicia y

el pecado que el orante lleva en su interior y que presenta en el templo con la certeza de la purificación divina.

4. En este momento, irrumpen en la escena otro tipo de aguas: las de la vida y las de la fecundidad, que en primavera irrigan la tierra y que representan la nueva vida del fiel perdonado. Los versículos finales del Salmo (cf. Salmo 64, 10-14), como decía, son de extraordinaria belleza y significado. Dios quita la sed a la tierra agrietada por la aridez y el hielo invernal, con la lluvia. El Señor es como un agricultor (cf. Juan 15, 1), que hace crecer el trigo y las plantas con su trabajo. Prepara el terreno, riega los surcos, iguala los terrones, rocía todas las partes de su campo.

El salmista utiliza diez verbos para describir esta amorosa obra del Creador con la tierra, que se transforma en una especie de criatura viviente. De hecho, todo aclama y canta de alegría (cf. Salmo 64, 14). En este sentido, son también sugerentes los tres verbos ligados al símbolo de las vestiduras: «las colinas se orlan de alegría; las praderas se cubren de rebaños, y los valles se visten de mieses» (versículos 13-14). Es la imagen de un prado salpicado por el candor de las ovejas; las colinas se ciñen con el cinturón de las viñas, signo de la exultación de su producto, el vino, que «alegra el corazón del hombre» (Salmo 103, 15); los valles se visten con la capa dorada de las mieses. El versículo 12 evoca también la corona, que podría hacer pensar en las guirnaldas de los banquetes festivos, colocadas sobre la cabeza de los invitados (cf. Isaías 28, 1.5).

5. Todas las criaturas juntas, como en procesión, se dirigen hacia su Creador y Soberano, danzando y cantando, alabando y rezando. Una vez más la naturaleza se convierte en un signo elocuente de la acción divina; es una página abierta a todos, dispuesta a manifestar el mensaje trazado en ella por el Creador, pues «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sabiduría 13, 5; cf. Romanos 1, 20). Contemplación teológica y abandono poético se funden en este pasaje poético, convirtiéndose en adoración y alabanza.

Pero el encuentro más intenso, hacia el que tiende el Salmista con todo su cántico, es el que une creación y redención. Como la tierra resurge en primavera por la acción del Creador, así el hombre resurge de su pecado por la acción del Redentor. Creación e historia están, de este modo, bajo la mirada providente y salvadora del Señor, que vence a las aguas tumultuosas y destructoras y da el agua que purifica, fecunda y quita la sed. El Señor, de hecho, «sana a los de roto corazón, y venda sus heridas», pero también «cubre de nubes los cielos, prepara lluvia a la tierra prepara, hace germinar en los montes la hierba» (Salmo 146, 3.8).

El Salmo se convierte así en un canto a la gracia divina. San Agustín vuelve a recordar, al comentar nuestro salmo, este don trascendente y único: «El Señor Dios te dice al corazón: yo soy tu riqueza. No hagas caso a lo que promete el mundo, sino a lo que promete el Creador del mundo! Presta atención a lo que Dios promete, si observas la justicia; y desprecia lo que te promete el hombre para alejarte de la justicia. ¡No hagas caso, por tanto, a lo que te promete el

mundo! Considera más bien aquello que promete el Creador del mundo
(«Esposizione sui Salmi II», Roma 1990, p. 481).

Audiencia del Miércoles 6 de marzo del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 66

1. Acaba de resonar la voz del antiguo salmista que elevó al Señor un gozoso canto de acción de gracias. Es un texto breve y esencial, pero que abarca un inmenso horizonte hasta alcanzar a todos los pueblos de la tierra.

Esta apertura universal refleja probablemente el espíritu profético de la época sucesiva al exilio en Babilonia, cuando se auspiciaba el que incluso los extranjeros fueran guiados por Dios a su monte santo para ser colmados de alegría. Sus sacrificios y holocaustos habrían sido gratos, pues el templo del Señor se convertiría en «casa de oración para todos los pueblos» (Isaías 56,7).

También en nuestro Salmo, el 66, el coro universal de las naciones es invitado a asociarse a la alabanza que Israel eleva en el templo de Sión. En dos ocasiones, de hecho, se pronuncia la antífona: «Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben» (versículos 4.6).

2. Incluso los que no pertenecen a la comunidad escogida por Dios reciben de Él una vocación: están llamados a conocer el «camino» revelado a Israel. El «camino» es el plan divino de salvación, el reino de luz y de paz, en cuya actuación quedan asociados también los paganos, a quienes se les invita a escuchar la voz de Yahvé (Cf. versículo 3). El resultado de esta escucha obediente es el temor del Señor «hasta los confines del orbe» (v. 8), expresión que no evoca el miedo sino más bien el respeto adorante del misterio trascendente y glorioso de Dios.

3. Al inicio y en la conclusión del Salmo, se expresa un insistente deseo de bendición divina: «El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros... Nos bendice el Señor, nuestro Dios. Que Dios nos bendiga» (versículos 2.7-8).

Es fácil escuchar en estas palabras el eco de la famosa bendición sacerdotal enseñada, en nombre de Dios, por Moisés y Aarón a los descendientes de la tribu sacerdotal: «Que el Señor te bendiga y te guarde; que el Señor ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio; que el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Números 6, 24-26).

Pues bien, según el Salmista, esta bendición sobre Israel será como una semilla de gracia y de salvación que será enterrada en el mundo entero y en la historia, dispuesta a germinar y a convertirse en un árbol frondoso.

El pensamiento recuerda también la promesa hecha por el Señor a Abraham en el día de su elección: «De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición... Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Génesis 12, 2-3).

4. En la tradición bíblica, uno de los efectos de la bendición divina es el don de la vida, de la fecundidad y de la fertilidad.

Nuestro Salmo hace referencia explícitamente a esta realidad concreta, preciosa para la existencia: «La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor, nuestro Dios» (versículo 7). Esta constatación ha llevado a los expertos a poner en relación el Salmo con el rito de acción de gracias por una abundante cosecha, signo del favor divino y testimonio para los demás pueblos de la cercanía del Señor a Israel.

La misma frase llamó la atención de los Padres de la Iglesia, que del horizonte agrícola pasaron a un nivel simbólico. De este modo, Orígenes aplicó el versículo a la Virgen María y a la Eucaristía, es decir, a Cristo que proviene de la flor de la Virgen y se convierte en fruto que puede ser comido. Desde este punto de vista, «la tierra es santa María, que procede de nuestra tierra, de nuestra semilla, de este fango, de este barro, de Adán». Esta tierra ha dado su fruto: lo que perdió en el paraíso, lo ha vuelto a encontrar en el Hijo. «La tierra ha dado su fruto: primero produjo una flor..., después esta flor se convirtió en fruto para que pudiéramos comerlo, para que comiéramos su carne. ¿Queréis saber qué es este fruto? Es el Virgen de la Virgen, el Señor de la esclava, Dios del hombre, el Hijo de la Madre, el fruto de la tierra» («74 Homilías sobre el libro de los Salmos» - «74 Omelie sul libro dei Salmi»; Milán 1993, p. 141).

5. Concluimos con las palabras de san Agustín en su comentario al Salmo. Identifica el fruto germinado en la tierra con la novedad provocada en los hombres gracias a la venida de Cristo, una novedad de conversión y un fruto de alabanza a Dios.

De hecho, «la tierra estaba llena de espinas», explica. Pero «se acercó la mano de aquel que quita las raíces, se acercó la voz de su majestad y de su misericordia; y la tierra comenzó a cantar alabanzas. Ahora la tierra ya sólo da frutos». Ciertamente no daría su fruto, «si antes no hubiera sido regada» por la lluvia, «si no hubiera venido antes de lo alto la misericordia de Dios». Pero ahora asistimos a un fruto maduro en la Iglesia gracias a la predicación de los Apóstoles: «Enviando la lluvia a través de sus nubes, es decir, a través de los apóstoles que han anunciado la verdad, la tierra ha dado su fruto más copiosamente, y esta mies ha llenado ya al mundo entero» («Comentarios sobre los Salmos», «Esposizioni sui Salmi»; II, Roma 1970, p. 551).

Audiencia del Miércoles 9 de octubre del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 66

1. «La tierra ha dado su fruto», exclama el Salmo que acabamos de proclamar, el 66, uno de los textos introducidos en la Liturgia de las Vísperas. La frase nos hace pensar en un himno de acción de gracias dirigido al Creador por los dones de la tierra, signo de la bendición divina. Pero este elemento natural está íntimamente ligado al histórico: los frutos de la naturaleza son considerados como una ocasión para pedir repetidamente que Dios bendiga a su pueblo (Cf. versículos 2. 7. 8.), de modo que todas las naciones de la tierra se vuelvan a Israel, tratando de llegar a través de él al Dios salvador.

La composición ofrece, por tanto, una perspectiva universal y misionera, tras las huellas de la promesa divina hecha a Abraham «Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Génesis 12, 3; Cf. 18, 18; 28, 14).

2. La bendición divina pedida por Israel se manifiesta concretamente en la fertilidad de los campos y en la fecundidad, es decir, en el don de la vida. Por ello, el Salmo se abre con un versículo (Cf. Salmo 66, 2), que hace referencia a la famosa bendición sacerdotal del Libro de los Números: «El Señor te bendiga y te guarde; ilumine el Señor su rostro sobre ti y te sea propicio; el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Números 6, 24-26).

El eco del tema de la bendición resuena al final del Salmo, donde reaparecen los frutos de la tierra (Cf. Salmo 66, 7-8). Ahí aparece este tema universal que confiere a la espiritualidad de todo el himno una sorprendente amplitud de horizontes. Es una apertura que refleja la sensibilidad de un Israel que ya está dispuesto a confrontarse con todos los pueblos de la tierra. La composición del Salmo debe enmarcarse, quizá, tras la experiencia del exilio de Babilonia, cuando el pueblo comenzó a experimentar la Diáspora entre las naciones extranjeras y en nuevas regiones.

3. Gracias a la bendición implorada por Israel, toda la humanidad podrá experimentar «la vida» y «la salvación» del Señor (Cf. versículo 3), es decir, su proyecto salvífico. A todas las culturas y a todas las sociedades se les revela que Dios juzga y gobierna a los pueblos y a las naciones de todas las partes de la tierra, guiando a cada uno hacia horizontes de justicia y paz (Cf. v. 5).

Es el gran ideal hacia el que estamos orientados, es el anuncio más apremiante que surge del Salmo 66 y de muchas páginas proféticas (Cf. Isaías 2,1-5; 60,1-22; Jonás 4,1-11; Sofonías 3,9-10; Malaquías 1, 11).

Esta será también la proclamación cristiana que delinearán san Pablo al recordar que la salvación de todos los pueblos es el centro del «misterio», es decir, del designio salvífico divino: «los gentiles sois coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio» (Efesios 3, 6).

4. Ahora Israel puede pedir a Dios que todas las naciones participen en su alabanza; será un coro universal: «Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben», se repite en el Salmo (Cf. Salmo 66, 4.6).

El auspicio del Salmo precede al acontecimiento descrito por la Carta a los Efesios, cuando parece hacer alusión al muro que en el templo de Jerusalén separaba a los judíos de los paganos: «En Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad... Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Efesios 2, 13-14. 19).

Hay aquí un mensaje para nosotros: tenemos que abatir los muros de las divisiones, de la hostilidad y del odio, para que la familia de los hijos de Dios se vuelva a encontrar en armonía en la única mesa, para bendecir y alabar al Creador para los dones que él imparte a todos, sin distinción (Cf. Mateo 5, 43-48).

5. La tradición cristiana ha interpretado el Salmo 66 en clave cristológica y mariológica. Para los Padres de la Iglesia, «la tierra que ha dado su fruto» es la virgen María que da a luz a Jesucristo. De este modo, por ejemplo, san Gregorio Magno, en el «Comentario al primer Libro de los Reyes», glosa este versículo, comparándolo a otros muchos pasajes de la Escritura: «María es llamada y con razón "monte rico de frutos", pues de ella ha nacido un óptimo fruto, es decir, un hombre nuevo. Y al ver su belleza, adornada en la gloria de su fecundidad, el profeta exclama: "Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará" (Isaías 11, 1). David, al exultar por el fruto de este monte, dice a Dios: "Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. La tierra ha dado su fruto". Sí, la tierra ha dado su fruto, porque aquel a quien engendró la Virgen no fue concebido por obra de hombre, sino porque el Espíritu Santo extendió sobre ella su sombra. Por este motivo, el Señor dice al rey y profeta David: "El fruto de tu seno asentará en tu trono" (Salmo 131, 11). De este modo, Isaías afirma: "el germen del Señor será magnífico" (Isaías 4, 2). De hecho, aquel a quien la Virgen engendró no sólo ha sido un "hombre santo", sino también "Dios poderoso" (Isaías 9, 5)» («Textos marianos del primer milenio» --«Testi mariani del primo millennio»--, III, Roma 1990, p. 625).

Audiencia del Miércoles 17 de noviembre del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 71

1. La Liturgia de las Vísperas, que estamos siguiendo a través de la serie de sus salmos, nos propone en dos etapas distintas el Salmo 71, un himno real-mesiánico. Después de haber meditado en la primera parte (Cf. versículos 1-11), se nos presenta ahora el segundo movimiento poético y espiritual de este canto dedicado a la figura gloriosa del rey Mesías (Cf. versículos 12-19). Ante todo hay que subrayar que el final de los últimos dos versículos (Cf. 18-19) es en realidad un añadido litúrgico sucesivo al Salmo.

Se trata, de hecho de una breve, aunque intensa bendición que tenía que sellar el segundo de los cinco libros en los que la tradición judía había dividido la colección de los 150 salmos: este segundo libro comenzaba con el Salmo 41, el de la cierva sedienta, símbolo luminoso de la sed espiritual de Dios. Ahora, este canto de esperanza en una era de paz y justicia concluye esa secuencia de salmos y las palabras de la bendición final son una exaltación de la presencia eficaz del Señor ya sea en la historia de la humanidad, donde «hace maravillas» (versículo 18), ya sea en el universo creado, lleno de su gloria (Cf. versículo 19)

2. Como ya sucedía en la primera parte del Salmo, el elemento decisivo para reconocer la figura del rey mesiánico es sobre todo la justicia y su amor por los pobres (Cf. versículos 12-14). Éstos sólo le tienen a Él como punto de referencia y manantial de esperanza, pues es el representante visible de su único defensor y patrono, Dios. La historia del Antiguo Testamento enseña que los soberanos de Israel, en realidad, desmintieron con demasiada frecuencia este compromiso suyo, prevaricando con los débiles, con los indigentes y los pobres.

Por este motivo, ahora la mirada del salmista se dirige hacia un rey justo, perfecto, encarnado por el Mesías, el único soberano dispuesto a rescatar a los oprimidos «de la violencia» (Cf. versículo 14). El verbo hebreo utilizado es el jurídico del protector de los últimos y de las víctimas, aplicado también a Israel, «rescatado» de la esclavitud cuando estaba oprimido por la potencia del faraón.

El Señor es el «rescatador-redentor» primario que actúa visiblemente a través del rey-Mesías, defendiendo «la vida» y «la sangre» de los pobres, sus protegidos. «La vida» y «la sangre» son la realidad fundamental de la persona, son la representación de los derechos y de la dignidad de cada uno de los seres humanos, derechos con frecuencia violados por los potentes y por los prepotentes de este mundo.

3. El Salmo 71 concluye, en su redacción original, antes de la antifona final mencionada, con una aclamación en honor del rey-Mesías (Cf. versículos 15-17). Es como una trompeta que acompaña un coro de auspicios y buenos deseos dirigidos al soberano, a su vida, a su bienestar, a su bendición, a la permanencia de su recuerdo en los siglos. Son elementos que pertenecen al estilo de formas de una corte, con su énfasis propio. Pero estas palabras

alcanzan su verdad en la acción del rey perfecto, esperado y deseado, el Mesías.

Según una característica de los cánticos mesiánicos, toda la naturaleza queda involucrada en una transformación que ante todo es social: el trigo de la mies será tan abundante que se convertirá como en un mar de espigas cuyas olas llegan hasta las cumbres de los montes (Cf. versículos 16). Es el signo de la bendición divina que se difunde en plenitud sobre una tierra pacificada y serena. Es más, toda la humanidad, dejando caer y cancelando toda división, convergirá hacia este soberano de justicia, realizando de este modo la gran promesa hecha por el Señor a Abraham: que «lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra» (versículo 17; Cf. Génesis 12, 3).

4. En el rostro de este rey-Mesías la tradición cristiana ha intuido el retrato de Jesucristo. En su «Comentario al Salmo 71», san Agustín hace una lectura en clave cristológica en la que explica que los indigentes y los pobres a los que Cristo sale en su ayuda son «el pueblo de los creyentes en Él». Es más, recordando los reyes mencionados precedentemente por el Salmo, aclara que «en este pueblo se incluyen también los reyes que lo adoran. No han desdeñado hacerse indigentes y pobres, es decir, confesar humildemente sus pecados y reconocerse necesitados de la gloria y de la gracia de Dios para que ese rey, hijo del rey, les liberase del potente», es decir, de Satanás, el «calumniador», el «fuerte». «Pero nuestro Salvador humilló al calumniador, y entró en la casa del fuerte, llevándose sus riquezas después de haberle encadenado; él "ha liberado al indigente del potente, y al pobre que no tenía a nadie para ayudarlo". Ninguna potencia creada hubiera podido hacer esto, ni la de cualquier hombre justo, ni siquiera la de un ángel. No había nadie que fuera capaz de salvarnos; por eso vino Él, en persona, y nos salvó» (71, 14: «Nueva Biblioteca Agustiniana» --«Nuova Biblioteca Agostiniana»--, XXVI, Roma 1970, pp. 809.811).

Audiencia del Miércoles 15 de diciembre del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 76

1. Al poner en los Laudes de una mañana el Salmo 76 que acabamos de proclamar, la Liturgia quiere recordarnos que el inicio de la Jornada no siempre es luminoso. Así como surgen días tenebrosos, en los que el cielo se cubre de nubes y amenaza con la tempestad, así nuestra vida experimenta jornadas densas de lágrimas y miedo. Por eso, ya en la aurora, la oración se convierte en lamento, súplica, invocación de ayuda.

Nuestro Salmo es precisamente una súplica que se eleva a Dios con insistencia, animada por la confianza, es más, por la certeza en la intervención divina. Para el Salmista, de hecho, el Señor no es un emperador impasible, alejado en sus cielos luminosos, indiferente a nuestras vicisitudes. De esta impresión, que en ocasiones nos atenaza el corazón, surgen interrogantes tan amargos que ponen en crisis la fe: «¿Ha desmentido Dios su amor y su elección? ¿Ha olvidado el pasado en el que nos apoyaba y hacía felices?». Como veremos, estas preguntas serán disipadas por una renovada confianza en Dios, redentor y salvador.

2. Sigamos, entonces, el desarrollo de esta oración que comienza con un tono dramático, en la angustia, y que después poco a poco se abre a la serenidad y la esperanza. En primer lugar, ante nosotros, se presenta la lamentación sobre el triste presente y sobre el silencio de Dios (cf. versículos 2-11). Un grito de ayuda que es lanzado a un cielo aparentemente mudo, las manos se elevan en la súplica, el corazón desfallece por el desaliento. En el insomnio de la noche, entre lágrimas y oraciones, un canto «vuelve al corazón», como un refrán desconsolado salta continuamente en lo profundo del alma.

Cuando el dolor llega al colmo y se querría alejar el cáliz del sufrimiento (cf. Mateo 26, 39), las palabras estallan y se convierten en una pregunta lacerante, como antes decía (cf. Salmo 76, 8-11). Este grito interpela al misterio de Dios y de su silencio.

3. El Salmista se pregunta por qué le rechaza el Señor, por qué ha cambiado su rostro y su actuar, olvidando el amor, la promesa de salvación y la ternura misericordiosa. «La diestra del Altísimo», que había hecho los prodigios salvadores del Éxodo parece ahora paralizada (cf. v. 11). Es un auténtico «tormento» que pone en crisis la fe de quien reza.

Si así fuera, Dios sería irreconocible, se convertiría en un ser cruel o en una presencia como la de los ídolos, que no pueden salvar pues son incapaces, indiferentes, impotentes. En estos versículos de la primera parte del Salmo 76 está todo el programa de la fe en el tiempo de la prueba y del silencio de Dios.

4. Pero hay motivos de esperanza. Es lo que emerge de la segunda parte de la súplica (cf. versículos 12-21), parecida a un himno destinado confirmar valientemente la propia fe incluso en el día tenebroso del dolor. Es un canto a la salvación actuada en el pasado, que tuvo su epifanía de luz en la creación y en la liberación de la esclavitud de Egipto. El presente amargo se ilumina con la

experiencia salvadora del pasado, que es una semilla colocada en la historia: no ha muerto, sólo ha sido enterrada, para germinar después (cf. Juan 12, 24).

El Salmista recurre, por tanto, a un importante concepto bíblico, el del «memorial» que no es sólo una vaga memoria consoladora, sino certeza de una acción divina que no desfallecerá: «Recuerdo las proezas del Señor; sí, recuerdo tus antiguos portentos» (Salmo 76, 12). Profesar la fe en las obras del salvación del pasado lleva a la fe en lo que el Señor es constantemente y, por tanto, también en el presente. «Dios mío, tus caminos son santos... Tu eres el Dios que hace maravillas» (versículos 14-15). De este modo, el presente que parecía sin salida y sin luz es iluminado por la fe en Dios y se abre a la esperanza.

5. Para apoyar esta fe el Salmista cita probablemente un himno más antiguo, cantado quizá en la liturgia del templo de Sión (cf. versículos 17-20). Es una estupenda teofanía en la que el Señor entra en el escenario de la historia, trastocando la naturaleza y en particular las aguas, símbolo del caos, del mal y del sufrimiento. Es bellísima la imagen del camino de Dios sobre las aguas, signo de su triunfo sobre las fuerzas negativas: «Tú te abriste camino por las aguas, un vado por las aguas caudalosas, y no quedaba rastro de tus huellas» (v. 20). El pensamiento nos lleva a Cristo que camina sobre las aguas, símbolo elocuente de la victoria sobre el mal (cf. Juan 6, 16-20).

Al recordar al final que Dios guió «como a un rebaño» a su pueblo «por la mano de Moisés y de Aarón» (Salmo 76, 21), el Salmo nos lleva implícitamente a una certeza: Dios regresará para llevarnos a la salvación. Su mano poderosa e invisible estará con nosotros a través de la mano visible de los pastores y de los guías por él constituidos. El Salmo, que se abrió con un grito de dolor, suscita al final sentimientos de fe y de esperanza en el gran pastor de nuestras almas (cf. Hebreos 13, 20; 1 Pedro 2, 25).

Audiencia del Miércoles 13 de marzo del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 79

1. El Salmo que acabamos de escuchar tiene el tono de una lamentación y de una súplica de todo el pueblo de Israel. La primera parte utiliza un célebre símbolo bíblico, el pastoral. El Señor es invocado como «pastor de Israel», el que «guía a José como a un rebaño» (Salmo 79, 2). Desde lo alto del arca de la alianza, sentado sobre querubines, el Señor guía a su rebaño, es decir, su pueblo, y lo protege en los peligros.

Así lo había hecho durante la travesía del desierto. Ahora, sin embargo, parece ausente, como adormecido o indiferente. Al rebaño que debía guiar y alimentar (cfr. Salmo 22) sólo le ofrece un pan amasado con lágrimas (cfr. Salmo 79, 6). Los enemigos se ríen de este pueblo humillado y ofendido; y sin embargo Dios no parece quedar sorprendido, no «se despierta» (versículo 3), ni revela su potencia en defensa de las víctimas de la violencia y de la opresión. La repetición de la invocación de la antifona (cfr. versículos 4 a 8) parece como si quisiera sacudir a Dios de su actitud alejada para que vuelva a ser pastor y defienda de su pueblo.

2. En la segunda parte de la oración, cargada de tensión y al mismo tiempo de confianza, encontramos otro símbolo sumamente querido por la Biblia, el de la viña. Es una imagen fácil de entender, pues pertenece al panorama de la tierra prometida y es signo de fecundidad y de alegría.

Como enseña el profeta Isaías en una de sus más elevadas páginas poéticas (cfr. Isaías 5, 1-7), la viña encarna a Israel. Ilustra dos dimensiones fundamentales: por un lado, dado que es plantada por Dios (cfr. Isaías 5, 2; Salmo 79, 9-10), la viña representa el don, la gracia, el amor de Dios; por otro lado, requiere el trabajo del campesino, gracias al cual se produce la uva, que después puede dar el vino. Representa así la respuesta humana, el compromiso personal y el fruto de obras justas.

3. A través de la imagen de la viña, el Salmo evoca las etapas principales de la historia judía: sus raíces, la experiencia del éxodo de Egipto, la entrada en la tierra prometida. La viña había alcanzado su nivel más amplio de extensión por toda la región de Palestina y más lejos todavía con el reino de Salomón. Se extendía, de hecho, desde los montes septentrionales del Líbano, con sus cedros, hasta el mar Mediterráneo y casi hasta llegar al gran río Éufrates (cfr. versículos 11-12).

Pero el esplendor de este florecimiento se desgarró. El Salmo nos recuerda que sobre la viña de Dios pasó la tempestad, es decir, Israel sufrió una dura prueba, una terrible invasión que devastó la tierra prometida. Dios mismo demolió, como si fuera un invasor, la cerca de la viña, dejando así que en ella irrumpieran los saqueadores, representados por el jabalí, un animal considerado como violento e impuro, según las antiguas costumbres. A la potencia del jabalí se asocian todas las alimañas salvajes, símbolo de una horda enemiga que todo lo devasta (cfr. versículos 13-14).

4. Entonces dirige a Dios un llamamiento apremiante para que vuelva a ponerse en defensa de las víctimas, rompiendo su silencio: «Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña» (v. 15). Dios será entonces el protector de la cepa vital de esta viña sometida a una prueba tan dura, expulsando a todos los que habían tratado de talarla y quemarla (cfr. versículos 16-17).

Al llegar a este momento, el Salmo deja espacio a una esperanza de colores mesiánicos. El versículo 18, de hecho, reza así: «Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste». El pensamiento se dirige ante todo al rey davídico que con el apoyo del Señor guiará la recuperación de la libertad. De todos modos, aparece implícita la confianza en el futuro Mesías, ese «hijo del hombre» que será cantado por el profeta Daniel (cfr. 7, 13-14) y que Jesús asumirá como título predilecto para definir su obra y su persona mesiánica. Es más, los Padres de la Iglesia indicarán con unanimidad en la viña evocada por el Salmo una representación profética de Cristo «auténtica vid» (Juan 15, 1) y de la Iglesia.

5. Para que el rostro del Señor vuelva a brillar es necesario ciertamente que Israel se convierta en la fidelidad y en la oración al Dios salvador. Lo expresa el Salmista afirmando: No nos alejaremos de ti» (Salmo 79, 19).

El Salmo 79 es, por tanto, un canto intensamente marcado por el sufrimiento, pero también por una inquebrantable confianza. Dios siempre está dispuesto a «regresar» a su pueblo, pero es necesario que también el pueblo «regrese» a Él con la fidelidad. Si nos convertimos del pecado, el Señor se «convertirá» de su intención de castigar: es la convicción del Salmista, que encuentra eco también en nuestros corazones, abriéndolos a la esperanza.

Audiencia del Miércoles 10 de abril del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 80

1. «Tocad la trompeta por la luna nueva, por la luna llena, que es nuestra fiesta» (Salmo 80, 4). Estas palabras del Salmo 80, que acabamos de proclamar, recuerdan una celebración litúrgica según el calendario lunar del antiguo pueblo de Israel. Es difícil definir con precisión la festividad a la que se refiere el Salmo; lo cierto es que el calendario litúrgico bíblico, si bien parte del ciclo de las estaciones, y por tanto de la naturaleza, se presenta profundamente anclado en la historia de la salvación, y en particular, en el acontecimiento capital del éxodo de la esclavitud egipcia, ligado a la luna llena del primer mes (Cf. Éxodo 12, 2.6; Levítico 23, 5). Allí, de hecho, se reveló el Dios liberador y salvador.

Como dice poéticamente el versículo 7 de nuestro Salmo, Dios mismo quitó de las espaldas del judío esclavo en Egipto el cesterío lleno de ladrillos necesarios para la construcción de las ciudades de Pitom y Ramsés (Cf. Éxodo 1, 11.14). Dios mismo se había puesto del lado del pueblo oprimido y con su potencia había quitado y cancelado el signo amargo de la esclavitud, la cesta de los ladrillos cocidos al sol, expresión de los trabajos forzados a los que habían sido obligados los hijos de Israel.

2. Veamos ahora la manera en que se desarrolla este canto de la liturgia de Israel. Comienza con una invitación a la fiesta, al canto, a la música: es la convocación oficial de la asamblea litúrgica según el antiguo precepto del culto, establecido ya al salir de Egipto con la celebración de la Pascua (Cf. Salmo 80, 2-6a). Después de este llamamiento, se eleva la misma voz del Señor a través del oráculo del sacerdote en el templo de Sión y sus palabras divinas conformarán el resto del Salmo (Cf. versículos 6b-17).

El discurso es sencillo y gira en torno a dos polos. Por un lado, aparece el don divino de la libertad, que se ofrece a Israel, oprimido e infeliz: «Clamaste en la aflicción, y te libré» (v. 8). Se hace referencia también al apoyo que el Señor ofreció a Israel, cuando caminaba por el desierto, es decir, el don del agua de Meribá, en un contexto de dificultad y de prueba.

3. Por otro lado, junto al don divino, el salmista introduce otro elemento significativo. La religión bíblica no es un monólogo solitario de Dios, una acción inerte. Es, más bien, un diálogo, una palabra seguida por una respuesta, un gesto de amor que pide adhesión. Por eso se reserva amplio espacio a las invitaciones dirigidas por Dios a Israel.

El Señor le invita, ante todo, a observar fielmente el primer mandamiento, apoyo de todo el Decálogo, es decir, la fe en el único Señor y Salvador, y el rechazo de los ídolos (Cf. Éxodo 20, 3-5). El ritmo del discurso del sacerdote, en nombre de Dios, está marcado por el verbo «escuchar», muy querido por el libro del Deuteronomio, que expresa la adhesión obediente a la Ley del Sinaí y es signo de la respuesta de Israel al don de la libertad. De hecho, en nuestro Salmo se repite: «Escucha, pueblo mío... ¡Ojalá me escuchases Israel!... Pero

mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer... ¡Ojalá me escuchase mi pueblo!...» (Salmo 80, 9.12.14).

El pueblo sólo puede recibir plenamente los dones del Señor a través de la fidelidad a la escucha y a la obediencia. Por desgracia, Dios tiene que constatar con amargura las numerosas infidelidades de Israel. El camino en el desierto, al que alude el Salmo, está lleno de estos actos de rebelión y de idolatría, que alcanzan su culmen en la representación del becerro de oro (Cf. Éxodo 32, 1-14).

4. La última parte del Salmo (Cf. Salmo 80, 14-17) tiene un tono melancólico. Dios, de hecho, expresa un deseo que hasta ahora no ha sido satisfecho: «¡Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mi camino!» (versículo 14).

Esta melancolía, sin embargo, está inspirada en el amor y ligada a un vivo deseo de colmar de bienes al pueblo elegido. Si Israel caminara por los caminos del Señor, Él podría darle inmediatamente la victoria sobre sus enemigos (Cf. v. 15), y alimentarlo «con flor de harina» y saciarlo «con miel silvestre» (versículo 17). Sería un banquete gozoso de pan fresquísimo, acompañado por miel que parece manar de las rocas de la tierra prometida, representando así la prosperidad y el bienestar pleno, como con frecuencia se repite en la Biblia (Cf. Deuteronomio 6, 3; 11, 9; 26, 9.15; 27, 3; 31, 20). Al ofrecer esta perspectiva maravillosa, el Señor trata evidentemente de obtener la conversión de su pueblo, una respuesta de amor sincero y efectivo a su amor generoso.

En la relectura cristiana, la ofrenda divina revela su amplitud. Orígenes nos ofrece esta interpretación: el Señor «les ha hecho entrar en la tierra prometida, no les ha alimentado con el maná del desierto, sino con el trigo caído en tierra (Cf. Juan 12, 24-25), que ha resucitado... Cristo es el trigo; es también la roca que en el desierto ha saciado con agua la sed del pueblo de Israel. En sentido espiritual, le ha saciado con miel y con agua para que todos los que crean y reciban este alimento sientan miel en su boca» (Homilía sobre el Salmo 80, n. 17: Orígenes-Jerónimo, 74 «Homilías sobre el Libro de los Salmos» --«Omeliæ sul Libro dei Salmi»--, Milán 1993, pp. 204-205).

5. Como siempre sucede en la historia de la salvación, la última palabra en el contraste entre Dios y el pueblo pecador no es nunca el juicio y el castigo, sino el amor y el perdón. Dios no desea juzgar y condenar, sino salvar y liberar a la humanidad del mal. Sigue repitiéndonos las palabras que leemos en el libro del profeta Ezequiel: « ¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?... ¿Por qué queréis morir, casa de Israel? Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere, palabra del Señor. Convertíos y viviréis» (Ezequiel 18, 23.31-32).

La liturgia se convierte en el lugar privilegiado en el que se puede escuchar el llamamiento divino a la conversión y a regresar al abrazo de Dios «misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad» (Éxodo, 34, 6).

Audiencia del Miércoles 24 de abril del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 83

1. Continúa nuestro itinerario a través de los Salmos de la liturgia de Laudes. Ahora hemos escuchado el Salmo 83, atribuido por la tradición judaica a "los hijos de Coré", una familia sacerdotal que se ocupaba del servicio litúrgico y custodiaba el umbral de la tienda del arca de la Alianza (cf. 1 Cro 9, 19).

Se trata de un canto dulcísimo, penetrado de un anhelo místico hacia el Señor de la vida, al que se celebra repetidamente (cf. Sal 83, 2. 4. 9. 13) con el título de "Señor de los ejércitos", es decir, Señor de las multitudes estelares y, por tanto, del cosmos. Por otra parte, este título estaba relacionado de modo especial con el arca conservada en el templo, llamada "el arca del Señor de los ejércitos, que está sobre los querubines" (1 S 4, 4; cf. Sal 79, 2). En efecto, se la consideraba como el signo de la tutela divina en los días de peligro y de guerra (cf. 1 S 4, 3-5; 2 S 11, 11).

El fondo de todo el Salmo está representado por el templo, hacia el que se dirige la peregrinación de los fieles. La estación parece ser el otoño, porque se habla de la "lluvia temprana" que aplaca el calor del verano (cf. Sal 83, 7). Por tanto, se podría pensar en la peregrinación a Sión con ocasión de la tercera fiesta principal del año judío, la de las Tiendas, memoria de la peregrinación de Israel a través del desierto.

2. El templo está presente con todo su encanto al inicio y al final del Salmo. En la apertura (cf. vv. 2-4) encontramos la admirable y delicada imagen de los pájaros que han hecho sus nidos en el santuario, privilegio envidiable.

Esta es una representación de la felicidad de cuantos, como los sacerdotes del templo, tienen una morada fija en la Casa de Dios, gozando de su intimidad y de su paz. En efecto, todo el ser del creyente tiende al Señor, impulsado por un deseo casi físico e instintivo: "Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo" (v. 3). El templo aparece nuevamente también al final del Salmo (cf. vv. 11-13). El peregrino expresa su gran felicidad por estar un tiempo en los atrios de la casa de Dios, y contrapone esta felicidad espiritual a la ilusión idolátrica, que impulsa hacia "las tiendas del impío", o sea, hacia los templos infames de la injusticia y la perversión.

3. Sólo en el santuario del Dios vivo hay luz, vida y alegría, y es "dichoso el que confía" en el Señor, eligiendo la senda de la rectitud (cf. vv. 12-13). La imagen del camino nos lleva al núcleo del Salmo (cf. vv. 5-9), donde se desarrolla otra peregrinación más significativa. Si es dichoso el que vive en el templo de modo estable, más dichoso aún es quien decide emprender una peregrinación de fe a Jerusalén.

También los Padres de la Iglesia, en sus comentarios al Salmo 83, dan particular relieve al versículo 6: "Dichosos los que encuentran en ti su fuerza al preparar su peregrinación". Las antiguas traducciones del Salterio hablaban de la decisión de realizar las "subidas" a la Ciudad santa. Por eso, para los Padres la peregrinación a Sión era el símbolo del avance continuo de los justos hacia

las "eternas moradas", donde Dios acoge a sus amigos en la alegría plena (cf. Lc 16, 9).

Quisiéramos reflexionar un momento sobre esta "subida" mística, de la que la peregrinación terrena es imagen y signo. Y lo haremos con las palabras de un escritor cristiano del siglo VII, abad del monasterio del Sinaí.

4. Se trata de san Juan Clímaco, que dedicó un tratado entero --La escala del Paraíso-- a ilustrar los innumerables peldaños por los que asciende la vida espiritual. Al final de su obra, cede la palabra a la caridad, colocada en la cima de la escala del progreso espiritual.

Ella invita y exhorta, proponiendo sentimientos y actitudes ya sugeridos por nuestro Salmo: "Subid, hermanos, ascended. Cultivad, hermanos, en vuestro corazón el ardiente deseo de subir siempre (cf. Sal 83, 6). Escuchad la Escritura, que invita: "Venid, subamos al monte del Señor y a la casa de nuestro Dios" (Is 2, 3), que ha hecho nuestros pies ágiles como los del ciervo y nos ha dado como meta un lugar sublime, para que, siguiendo sus caminos, venciéramos (cf. Sal 17, 33). Así pues, apresurémonos, como está escrito, hasta que encontremos todos en la unidad de la fe el rostro de Dios y, reconociéndolo, lleguemos a ser el hombre perfecto en la madurez de la plenitud de Cristo (cf. Ef 4, 13)" (La scala del Paradiso, Roma 1989, p. 355).

5. El salmista piensa, ante todo, en la peregrinación concreta que conduce a Sión desde las diferentes localidades de la Tierra Santa. La lluvia que está cayendo le parece una anticipación de las gozosas bendiciones que lo cubrirán como un manto (cf. Sal 83, 7) cuando esté delante del Señor en el templo (cf. v. 8). La cansada peregrinación a través de "áridos valles" (cf. v. 7) se transfigura por la certeza de que la meta es Dios, el que da vigor (cf. v. 8), escucha la súplica del fiel (cf. v. 9) y se convierte en su "escudo" protector (cf. v. 10).

Precisamente desde esta perspectiva la peregrinación concreta se transforma, como habían intuido los Padres, en una parábola de la vida entera, en tensión entre la lejanía y la intimidad con Dios, entre el misterio y la revelación. También en el desierto de la existencia diaria, los seis días laborables son fecundados, iluminados y santificados por el encuentro con Dios en el séptimo día, a través de la liturgia y la oración en el encuentro dominical.

Caminemos, pues, también cuando estemos en "áridos valles", manteniendo la mirada fija en esa meta luminosa de paz y comunión. También nosotros repetimos en nuestro corazón la bienaventuranza final, semejante a una antifona que concluye el Salmo: "¡Señor de los ejércitos, dichoso el hombre que confía en ti!" (v. 13).

Audiencia del miércoles 28 de agosto de 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 84

1. El Salmo 84 que acabamos de proclamar es un canto gozoso y lleno de esperanza en el futuro de la salvación. Refleja el momento entusiasmante del regreso de Israel del exilio de Babilonia en la tierra de los padres. La vida nacional vuelve a comenzar en aquel amado hogar, que había sido destruido en la conquista de Jerusalén por parte de los ejércitos del rey Nabucodonosor, en el año 596 a.c.

De hecho, en el original hebreo del Salmo, se siente resonar repetidamente el verbo «shûb», que indica el regreso de los deportados, pero significa también el «regreso» espiritual, es decir, la «conversión». El renacimiento, por tanto, no afecta sólo a la nación, sino también a la comunidad de los fieles, que habían sentido el exilio como un castigo por los pecados cometidos y que veían ahora la repatriación y la nueva libertad como una bendición divina por la conversión que habían experimentado.

2. Puede seguirse el salmo en su desarrollo según dos etapas fundamentales. La primera, salpicada por el tema del «regreso» con todos los significados que mencionábamos. Se celebra, ante todo, el regreso físico de Israel: «Señor..., has restaurado la suerte de Jacob» (versículo 2); «restáuranos, Dios Salvador nuestro...; ¿No vas a devolvernos la vida? (versículos 5, 7). Este es un precioso don de Dios, que se preocupa de liberar a sus hijos de la opresión y se empeña por su prosperidad. Él, de hecho, «ama a todos los seres..., Mas tú con todas las cosas eres indulgente, porque son tuyas, Señor que amas la vida» (Cf. Sabiduría 11, 24.26).

Junto a este «regreso», que concretamente unifica a los dispersos, hay otro «regreso» más interior y espiritual. El Salmista le da amplio espacio, atribuyéndole una particular importancia, que es válida no sólo para el antiguo Israel, sino también para los fieles de todos los tiempos.

3. En este «regreso» el Señor actúa eficazmente, revelando su amor a la hora de perdonar la iniquidad de su pueblo, de cancelar todos sus pecados, de deponer todo su desaire y de poner fin a su ira (Cf. Salmo 84,3-4).

Precisamente la liberación del mal, el perdón de las culpas, la purificación de los pecados, crean el nuevo pueblo de Dios. Esto ha sido expresado a través de una invocación que ha entrado también en la liturgia cristiana: «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación» (versículo 8).

Pero a este «regreso» de Dios que perdona le debe corresponder el «regreso», es decir, la conversión del hombre que se arrepiente. De hecho, el Salmo declara que la paz y la salvación son ofrecidas «a los que se convierten de corazón» (versículo 9). Quien se pone decididamente en el camino de la santidad, recibe los dones de la alegría, de la libertad y de la paz. Es sabido que con frecuencia los términos bíblicos sobre el pecado evocan un error en el camino, un fracaso a la hora de llegar a la meta, una desviación del recorrido recto. La conversión es precisamente un «regreso» al camino derecho que

lleva a la casa del Padre, quien nos espera para abrazarnos, perdonarnos, y hacernos felices (Cf. Lucas 15,11-32).

4. Llegamos así a la segunda parte del Salmo (Cf. Salmo 84,10-14), tan querida por la tradición cristiana. Se describe un mundo nuevo, en el que el amor de Dios y su fidelidad, como si fueran personas, se abrazan; del mismo modo también la justicia y la paz se besan al encontrarse. La verdad germina en una nueva primavera y la justicia, que para la Biblia es también salvación y santidad, se asoma desde el cielo para comenzar su camino en medio de la humanidad. Todas las virtudes antes expulsadas de la tierra a causa del pecado vuelven a entrar ahora en la historia y, al cruzarse, dibujan el mapa de un mundo de paz. Misericordia, verdad, justicia y paz se convierten como en los cuatro puntos cardinales de esta geografía del espíritu. Isaías canta también: «Destilad, cielos, como rocío de lo alto, derramad, nubes, la victoria. Ábrase la tierra y produzca salvación, y germine juntamente la justicia. Yo, el Señor, lo he creado» (Isaías 45,8).

5. Las palabras del salmista, fueron leídas ya en el siglo II por san Ireneo de Lyon como el anunció de la «gestación de Cristo por la Virgen» («Adversus haereses», III, 5, 1). La venida de Cristo es, de hecho, el manantial de la misericordia, el retoño de la verdad, el florecimiento de la justicia, el esplendor de la paz.

Por este motivo, el salmo, sobre todo en su parte final, es releído en clave navideña por la tradición cristiana. Así lo interpreta san Agustín, en su discurso de Navidad. Dejemos que concluya él nuestra reflexión: «"La verdad ha surgido de la tierra": Cristo dice: "Yo soy la verdad" (Juan 14, 6) ha nacido de una Virgen. "Y la justicia se ha asomado desde el cielo": quien cree en Él que ha nacido no se justifica por sí mismo, sino que es justificado por Dios. "La verdad ha surgido de la tierra": porque "el Verbo se ha hecho carne" (Juan 1,14). "Y la justicia se ha asomado desde el cielo": porque "toda gracia excelente y todo don perfecto descienden de lo alto" (Santiago 1,17). "La verdad ha surgido de la tierra", es decir, ha tomado cuerpo de María. "Y la justicia se ha asomado desde el cielo": porque "el hombre no puede recibir nada si no le viene dado del cielo" Juan 3, 27)» («Discursos» --«Discorsi»--, IV/I, Roma 1984, p. 11).

Audiencia del miércoles 25 de setiembre de 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 85

1. El Salmo 85, que acabamos de proclamar y que será el motivo de nuestra reflexión, nos ofrece una sugerente definición del orante. Se presenta ante Dios con estas palabras: soy «tu siervo» e «hijo de tu esclava» (versículo 16). La expresión puede pertenecer ciertamente al lenguaje ceremonial de la corte, pero se usaba también para indicar al siervo adoptado como hijo por el jefe de una familia o tribu. En este sentido, el Salmista, que se define también como «fiel» del Señor (Cf. versículo 2), siente que está ligado a Dios no sólo por un vínculo de obediencia, sino también de familiaridad y de comunión. Por este motivo, su súplica está llena de abandono confiado y esperanza.

Profundicemos en esta oración que la Liturgia de los Laudes nos propone al inicio de una jornada que probablemente traerá consigo no sólo compromisos y cansancio, sino también incompresiones y dificultades.

2. El Salmo comienza con un llamamiento intenso que dirige el que ora al Señor confiando en su amor (Cf. versículos 1-7). Al final, expresa nuevamente la certeza de que el Señor es un «Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad, leal» (versículo 15; Cf. Éxodo 34, 6). Estas afirmaciones reiteradas y llenas de confianza revelan una fe intacta y pura, que se abandona en el «Señor bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan» (versículo 5).

En medio del Salmo se eleva un himno, que mezcla sentimientos de acción de gracias con una profesión de fe en las obras de la salvación que Dios realiza ante los pueblos (Cf. versículos 8-13).

3. Contra toda tentación de idolatría, el orante proclama la unidad absoluta de Dios (Cf. versículo 8). Después expresa la audaz esperanza de que un día «todos los pueblos» adorarán al Dios de Israel (versículo v. 9). Esta perspectiva maravillosa encuentra su cumplimiento en la Iglesia de Cristo, pues Él ha invitado a sus apóstoles a enseñar a «todos los pueblos» (Mateo 28,19). Sólo Dios puede ofrecer la liberación plena, pues de él dependen todos como criaturas y ante él es necesario dirigirse en actitud de adoración (Cf. versículo 9). Él, de hecho, manifiesta en el cosmos y en la historia sus obras admirables, que testimonian su señorío absoluto (Cf. versículo 10).

Al llegar a este momento, el Salmista se presenta ante Dios con una petición intensa y pura: «Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad; mantén mi corazón entero en el temor de tu nombre» (versículo 11). Es realmente bella esta petición de poder conocer la voluntad de Dios, así como la invocación para alcanzar el don de un «corazón entero», como el de un niño, que sin doblez ni cálculos confía plenamente en el Padre para adentrarse en el camino de la vida.

4. Sale entonces de los labios del fiel la alabanza al Dios misericordioso, que no le deja caer en la desesperación y la muerte, en el mal y en el pecado (Cf. versículos 12-13; Salmo 15,10-11).

El Salmo 85 es un texto sumamente querido por el judaísmo, que lo ha introducido en la liturgia de una de las solemnidades más importantes, el Yom Kippur o día de la expiación. El libro del Apocalipsis, a su vez, cita un versículo (Cf. versículo 9), colocándolo en la gloriosa liturgia celeste dentro del «cántico de Moisés, siervo de Dios, y del cántico del Cordero»: «Todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti», y el Apocalipsis añade: «porque han quedado manifiestos tus justos designios» (Apocalipsis 15, 4).

San Agustín ha dedicado a nuestro Salmo un largo y apasionado comentario en sus «Comentarios sobre los Salmos», transformándolo en un canto de Cristo y del cristiano. La traducción latina, en el versículo 2, conforme a la versión griega de los Setenta, en lugar de «fiel», utiliza el término «santo». «Custódiate porque soy santo». En realidad, sólo Cristo es santo. Sin embargo, explica san Agustín, también el cristiano puede aplicarse estas palabras: «Soy santo, porque tú me has santificado; porque lo he recibido [este título], y no porque lo tuviera por mí mismo; porque tú me lo has dado, y no porque me lo haya merecido».

Por tanto, «que lo diga cada cristiano, o mejor, que todo el Cuerpo de Cristo lo grite por doquier, mientras soporta las tribulaciones, las diferentes tentaciones, los innumerables escándalos: "¡Guarda mi alma porque soy santo! Salva a tu siervo, Dios mío, pues espera en ti". Mira, este santo no es soberbio, pues espera en el Señor» (vol. II, Roma 1970, p. 1251).

5. El cristiano santo se abre a la universalidad de la Iglesia y reza con el Salmista: «Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor» (Salmo 85,9). Y Agustín comenta: «Todas las gentes en el único Señor son una sola persona y constituyen la unidad. Al igual que está la Iglesia y las iglesias, y las iglesias son la Iglesia, así ese "pueblo" es el mismo que los pueblos. Antes eran pueblos varios, gentes numerosas; ahora es un solo pueblo. ¿Por qué es un solo pueblo? Porque sólo tiene una fe, una esperanza, una caridad, una expectativa. Por último, ¿por que no debería ser un sólo pueblo, si sólo hay una patria? La patria es el cielo, la patria es Jerusalén. Y este pueblo se extiende de Oriente a Occidente, del norte hasta el mar, por las cuatro partes del mundo» (ibídem, p. 1269).

Desde el punto de vista de esta luz universal, nuestra oración litúrgica se transforma en un gesto de alabanza y en un canto de gloria al Señor, en nombre de todas las criaturas.

Audiencia del Miércoles 23 de octubre del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 86

1. El canto de Jerusalén, ciudad de la paz y madre universal, que ahora hemos escuchado, está por desgracia en contraste con la experiencia histórica que está viviendo la ciudad. Pero la oración tiene por tarea sembrar confianza y generar esperanza.

La perspectiva universal del Salmo 86 puede recordar el himno del Libro de Isaías, en el que se ve cómo convergen hacia Sión todos los pueblos para escuchar la Palabra del Señor y redescubrir la belleza de la paz, forjando de las «espadas azadones» y de las «lanzas podaderas» (Cf. 2,2-5). En realidad, el Salmo se presenta en una perspectiva muy diferente, la de un movimiento que, en vez de converger hacia Sión, sale de Sión; el salmista ve en Sión el origen de todos los pueblos. Después de haber declarado el primado de la ciudad santa no por méritos históricos o culturales sino sólo por el amor de Dios por ella (Cf. Salmo 86,1-3), el Salmo celebra precisamente esta universalidad que hermana a todos los pueblos.

2. Sión es cantada como madre de toda la humanidad y no sólo de Israel. Una afirmación así es de una audacia extraordinaria. El Salmista es consciente y lo subraya: «Glorias se dicen de ti, ciudad de Dios» (versículo 3). ¿Cómo es posible que la modesta capital de una pequeña nación pueda ser presentada como el origen de pueblos mucho más potentes? ¿Cómo puede tener Sión esta inmensa pretensión? La respuesta se ofrece en la misma frase: Sión es madre de toda la humanidad, pues es la «ciudad de Dios»; está por tanto en la base del proyecto de Dios.

Todos los puntos cardinales de la tierra se encuentran en relación con esta Madre: Ráhab, es decir, Egipto, el gran estado Occidental; Babilonia, la conocida potencia oriental; Tiro, que personifica al pueblo comercial del norte; mientras que Etiopía representa al profundo sur; y Palestina, el área central, también es hija de Sión.

En el registro espiritual de Jerusalén aparecen todos los pueblos de la tierra: tres veces se repite la fórmula «uno por uno todos han nacido en ella» (versículo 6). Es la expresión jurídica oficial con la que entonces se declaraba que una persona era originaria de una determinada ciudad y, como tal, gozaba de la plenitud de los derechos civiles de aquel pueblo.

3. Es sugerente observar cómo incluso las naciones consideradas hostiles a Israel suben a Jerusalén y son acogidas no como extranjeras sino como «familiares». Es más, el salmista transforma la procesión de estos pueblos hacia Sión en un canto coral y en una danza gozosa: ellos vuelven a encontrar sus «manantiales» (Cf. versículo 7) en la ciudad de Dios de la que mana una corriente de agua viva que fecunda a todo el mundo, como proclamaban los profetas (Cf. Ezequiel 47, 1-12; Zacarías 13, 1; 14, 8; Apocalipsis 22, 1-2).

Todos vienen a Jerusalén a descubrir sus raíces espirituales, a sentirse en su patria, a volver a encontrarse como miembros de la misma familia, a abrazarse como hermanos, de regreso a casa.

4. Página de auténtico diálogo interreligioso, el Salmo 86 recoge la herencia universalista de los profetas (Cf. Isaías 56, 6-7; 60, 6-7; 66, 21; Job 4, 10-11; Malaquías 1,11 etc.) y anticipa la tradición cristiana que aplica este Salmo a la «Jerusalén de arriba» de la que san Pablo proclama que «es libre y es nuestra madre» y tiene más hijos que la Jerusalén terrena (Cf. Gálatas 4, 26-27). Del mismo modo habla el Apocalipsis cuando ensalza «la Jerusalén que bajaba del Cielo, de junto a Dios» (21, 2. 10).

Siguiendo la línea del Salmo 86, también el Concilio Vaticano II ve en la Iglesia universal el lugar en el que se reúnen «todos los justos descendientes de Adán, desde Abel el justo hasta el último elegido». Tendrá su «cumplimiento glorioso al fin de los tiempos» («Lumen gentium», n. 2).

5. Esta lectura eclesial del Salmo se abre, en la tradición cristiana, a una relectura en clave mariológica. Jerusalén era para el Salmista una auténtica «metrópolis», es decir, una «ciudad-madre», en cuyo interior estaba presente el mismo Señor (Cf. Sofonías 3, 14-18). Desde esta perspectiva el cristianismo canta a María como la Sión viviente, en cuyo seno fue engendrado el Verbo encarnado y, por consecuencia, fueron engendrados los hijos de Dios. Los Padres de la Iglesia --desde san Ambrosio de Milán hasta Atanasio de Alejandría, desde Máximo el Confesor hasta Juan Damasceno, desde Cromacio de Aquileia a Germán de Constantinopla-- concuerdan en esta relectura cristiana del Salmo 86.

Nosotros nos ponemos ahora en escucha de un maestro de la tradición armenia, Gregorio de Narek (950?-1010), quien en su «Discurso panegírico a la beatísima Virgen María» se dirige así a la Virgen: «Refugiándonos bajo tu dignísima y poderosa intercesión, quedamos protegidos, o santa Progenitora de Dios, encontrando alivio y descanso bajo la sombra de tu protección como si estuviéramos resguardados por un muro bien fortificado: muro adornado, un muro con brillantes purísimos engarzados; muro envuelto de fuego, y por tanto, inexpugnable por los ladrones; un muro llameante, centelleante, inalcanzable e inaccesible para los crueles traidores; un muro rodeado por todas las partes, según David, cuyos cimientos fueron puestos por el Altísimo (Cf. Salmo 86, 1. 5); muro imponente de la ciudad suprema, según Pablo (Cf. Gálatas 4, 26; Hebreos 12, 22), donde acogiste a todos como habitantes para que a través del nacimiento corporal de Dios hicieras hijos de la Jerusalén de arriba a los hijos de la Jerusalén terrena. Por ello sus labios bendicen tu seno virginal y todos te proclaman casa y templo de Aquél que es de la misma esencia del Padre. Por tanto, con razón te es apropiado lo que dijo el profeta: "Fuiste para nosotros refugio y fortaleza, un socorro en la angustia" (Cf. Salmo 45, 2)» («Textos marianos del primer milenio»; «Testi mariani del primo millennio», IV, Roma 1991, p. 589).

Audiencia del Miércoles 13 de noviembre del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 89

1. Los versículos que acaban de resonar en nuestros oídos y en nuestro corazón constituyen una meditación sapiencial que tiene, sin embargo, el tono de una súplica. El orante del Salmo 89 pone en el centro de su oración uno de los temas más explorados por la filosofía, más cantados por la poesía, más sentidos por la experiencia de la humanidad de todos los tiempos y de todas las regiones de nuestro planeta: la caducidad humana y el devenir del tiempo.

Basta pensar en ciertas páginas inolvidables del Libro de Job en las que se presenta nuestra fragilidad. Somos como «los que habitan en casas de arcilla, que hunden sus cimientos en el polvo y a los que se les aplasta como a una polilla. De la noche a la mañana quedan pulverizados. Para siempre perecen sin advertirlo nadie» (Job 4, 19-20). Nuestra vida sobre la tierra es «como una sombra» (Cf. Job 8, 9). Y Job sigue confesando: «Mis días han sido más raudos que un correo, se han ido sin ver la dicha. Se han deslizado lo mismo que canoas de junco, como águila que cae sobre la presa» (Job 9, 25-26).

2. Al inicio de su canto, parecido a una elegía (Cf. Salmo 89, 2-6), el salmista opone con insistencia la eternidad de Dios al tiempo efímero del hombre. Esta es su declaración más explícita: «Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; una vela nocturna» (v. 4).

Como consecuencia del pecado original, el hombre vuelve a caer por orden divina en el polvo del que había sido tomado, como se afirma en la narración del Génesis: «¡Eres polvo y al polvo tornarás» (3,19; Cf. 2,7). El creador, que plasma en toda su belleza y complejidad la creatura humana, es también el que reduce «el hombre a polvo» (Salmo 89, 3). Y «polvo», en el lenguaje bíblico, es también la expresión simbólica de la muerte, de los infiernos, del silencio sepulcral.

3. En esta súplica es intenso el sentimiento del límite humano. Nuestra existencia tiene la fragilidad de la hierba que despunta al alba; enseguida oye el silbido de la hoz que la convierte en un haz de heno. A la frescura de la vida muy pronto le sigue la aridez de la muerte (Cf. versículos 5-6; Cf. Isaías 40,6-7; Job 14,1-2; Salmo 102, 14-16).

Como sucede con frecuencia en el Antiguo Testamento, a esta debilidad radical, el Salmista asocia el pecado: en nosotros se da la finitud, y también la culpabilidad. Por este motivo nuestra existencia parece que tiene que vérselas también con la cólera y el juicio del Señor: «¡Cómo nos ha consumido tu cólera y nos ha trastornado tu indignación! Pusiste nuestras culpas ante ti... y todos nuestros días pasaron bajo tu cólera» (Salmo 89, 7-9).

4. Al comenzar el nuevo día, la Liturgia de los Laudes sacude con este Salmo nuestras ilusiones y nuestro orgullo. La vida humana es limitada, «aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta», afirma el salmista. Además, el pasar de las horas, de los días y de los meses está salpicado por la

«fatiga y dolor» (Cf. v. 10) y los mismos años se parecen a «un soplo» (Cf. v. 9).

Esta es la gran lección: el Señor nos enseña a «contar nuestros días» para que, aceptándolos con sano realismo, «entre la sabiduría en nuestro corazón» (v. 12). Pero el salmista pide a Dios algo más: que su gracia sostenga y alegre nuestros días, aun frágiles y marcados por la prueba. Que nos haga gustar el sabor de la esperanza, aunque la ola del tiempo parezca arrastrarnos. Sólo la gracia del Señor puede dar consistencia y perennidad a nuestras acciones cotidianas: «Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos» (v. 17).

Con la oración pedimos a Dios que un reflejo de la eternidad penetre en nuestra breve vida y en nuestro actuar. Con la presencia de la gracia divina en nosotros, una luz brillará sobre el devenir de los días, la miseria se convertirá en gloria, lo que parece no tener sentido adquirirá significado.

5. Concluimos nuestra reflexión sobre el Salmo 89 dejando la palabra a la antigua tradición cristiana, que comenta el Salterio manteniendo en el fondo la figura gloriosa de Cristo. De este modo, para el escritor cristiano Orígenes, en su «Tratado sobre los Salmos», que nos ha llegado en la traducción latina de san Jerónimo, la resurrección de Cristo nos da la posibilidad bosquejada por el salmista de que «toda nuestra vida sea alegría y júbilo» (Cf. v. 14). Porque la Pascua de Cristo es el manantial de nuestra vida más allá de la muerte: «Después de haber recibido la dicha de la resurrección de nuestro Señor, por la que creemos que hemos sido redimidos y de resurgir también un día, ahora, transcurriendo en la alegría los días que nos quedan de nuestra vida, exultamos por esta confianza, y con himnos y cánticos espirituales alabamos a Dios por medio de Jesucristo, nuestro Señor» (Orígenes - Jerónimo, «74 homilías sobre el libro de los Salmos» --«74 omelie sul libro dei Salmi»--, Milán, 1993, p. 652).

Audiencia del Miércoles 26 de marzo del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 91

1. La antigua tradición judía reserva un puesto particular al Salmo 91, que acabamos de escuchar, como canto del hombre justo a Dios creador. El título que se le ha dado al Salmo indica, de hecho, que está destinado a entonarse el sábado (Cf. versículo 1). Es, por tanto, el himno que se eleva al Señor eterno y excelso cuando, en el ocaso del viernes, se entra en el día santo de la oración, de la contemplación, de la tranquilidad serena del cuerpo y del espíritu.

Dios

En el centro del Salmo se eleva, solemne y grandiosa, la figura del Dios altísimo (Cf. versículo 9), en cuyo alrededor se delinea un mundo armónico y lleno de paz. Ante él se presenta la persona del justo que, según una concepción muy utilizada por el Antiguo Testamento, es colmado de bienestar, alegría y larga vida, como consecuencia natural de su existencia honesta y fiel. Se trata de la así llamada «teoría de la retribución», según la cual, todo delito tiene ya un castigo en la tierra y toda acción buena una recompensa. Si bien en esta visión hay un elemento de verdad, sin embargo --como intuirá Job y como confirmará Jesús (Cf. Juan 9, 2-3)-- la realidad del dolor humano es mucho más compleja y no puede ser tan fácilmente simplificada. El sufrimiento humano, de hecho, debe ser considerado en la perspectiva de la eternidad.

2. Pero examinemos ahora este himno sapiencial con aspectos litúrgicos. Está constituido por un intenso llamamiento a la alabanza, al gozoso canto de acción de gracias, a la fiesta de la música tocada por el arpa de diez cuerdas, por el laúd y por la cítara (Cf. versículos 2-4). El amor y la fidelidad del Señor deben ser celebrados a través del canto litúrgico «con arte» (Cf. Salmo 46, 8). Esta invitación es válida también para nuestras celebraciones, para que recuperen esplendor no sólo en las palabras y ritos, sino también en las melodías que las animan.

El

impío

Después de este llamamiento a no apagar nunca el hilo interior y exterior de la oración, auténtico aliento constante de la humanidad fiel, el Salmo 91 propone como en dos retratos el perfil del impío (Cf. versículos 7-10) y del justo (Cf. versículos 13-16). El impío aparece frente al Señor, «excelso por los siglos» (versículo 9), que hará perecer a sus enemigos y dispersará a todos los malhechores (Cf. versículo 10). Sólo se puede comprender en profundidad bajo la luz divina el bien y el mal, la justicia y la perversión.

3. La figura del pecador es delineada con una imagen vegetal: «germinan como hierba los malvados y florecen los malhechores» (versículo 8). Pero este florecer está destinado a secarse y desaparecer. El Salmista, de hecho, multiplica los verbos y los términos que describen la destrucción: «serán destruidos para siempre... tus enemigos, Señor, perecerán, los malhechores serán dispersados» (versículos 8.10).

En el origen de este final catastrófico se encuentra el mal profundo que se apodera de la mente y del corazón del perverso: «El ignorante no lo entiende ni

el necio se da cuenta» (versículo 7). Los adjetivos utilizados pertenecen al lenguaje sapiencial y denotan la brutalidad, la ceguera, la cerrazón de quien cree obrar el mal en la faz de la tierra sin que tenga consecuencias morales, pensando que Dios está ausente o es indiferente. El que ora, sin embargo, tiene la certeza de que el Señor aparecerá antes o después en el horizonte para hacer justicia y doblegar la arrogancia del insensato (Cf. Salmo 13).

El justo

4. Aparece después la figura del justo, trazada como en un cuadro con muchos y densos colores. También en este caso recurre a una fresca y verde imagen vegetal (Cf. Salmo 91, 13-16). A diferencia del impío, que es como la hierba de los campos lozana pero efímera, el justo se eleva hacia el cielo, sólido y majestuoso, como una palmera, como un cedro del Líbano. Los justos son «plantados en la casa del Señor» (versículo 14), es decir, tienen una relación sumamente sólida y estable con el templo y, por tanto, con el Señor, que en él ha establecido su morada.

La tradición cristiana jugará también con el doble significado de la palabra griega «phoenix», utilizada para traducir el término hebreo palmera. «Phoenix» es el nombre griego de la palmera, pero también del ave que llamamos «fénix». Es sabido que el ave fénix era el símbolo de inmortalidad, pues se imaginaba que renacía de sus cenizas. El cristiano hace una experiencia parecida gracias a su participación en la muerte de Cristo, manantial de nueva vida (Cf. Romanos 6, 3-4). «Dios... estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo» dice la Carta a los Efesios, «y con él nos resucitó» (2, 5-6).

5. Hay otra imagen tomada del mundo animal para representar al justo que tiene por objetivo ensalzar la fuerza que Dios otorga, incluso cuando llega la vejez: «me das la fuerza de un búfalo y me unges con aceite nuevo» (Salmo 91, 11). Por un lado, el don de la potencia divina hace triunfar y da seguridad (Cf. versículo 12); por otro, la frente gloriosa del justo es consagrada con aceite que irradia una energía y una bendición protectora. El Salmo 91 es por tanto un himno optimista, potenciado también por la música y el canto. Celebra la confianza en Dios que es manantial de serenidad y de paz, incluso cuando se asiste al aparente éxito del impío. Una paz que permanece intacta en la vejez (Cf. v. 15), estación vivida todavía en la fecundidad y en la seguridad.

Concluimos con las palabras de Orígenes, traducidas por san Jerónimo, que hacen hincapié en la frase del Salmista que dice a Dios: «me unges con aceite nuevo» (versículo 11). Orígenes comenta: «Nuestra vejez tiene necesidad del aceite de Dios. Al igual que nuestros cuerpos cansados recobran vigor ungiéndolos con aceite, al igual que la llama de la lámpara se extingue si no se le añade aceite, así también la llama de mi vejez necesita el aceite de la misericordia de Dios. También los apóstoles subieron al monte de los Olivos (Cf. Hechos 1, 12) para recibir luz del aceite del Señor, pues estaban cansados y sus lámparas necesitaban el aceite del Señor... Por ello, pidamos al Señor que nuestra vejez, nuestro cansancio, y todas nuestras tinieblas sean

iluminadas por el aceite del Señor» («74 Homilías sobre el Libro de los Salmos» --«74 Omelie sul Libro dei Salmi»--, Milán 1993, páginas 280-282).

Audiencia del Miércoles 12 de junio del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 91

1. Se nos acaba de proponer el cántico de un hombre fiel al Dios santo. Se trata del Salmo 91, que como sugiere el antiguo título de la composición, era utilizado por la tradición judía «para el día del sábado» (versículo 1). El himno comienza con un llamamiento generalizado a celebrar y alabar al Señor con el canto y la música (Cf. versículos 2-4). Es un filón de oración que parece no interrumpirse nunca, pues el amor divino debe ser exaltado en la mañana, cuando inicia la jornada, pero debe ser proclamado también durante el día y durante el largo transcurrir de las horas nocturnas (Cf. versículo 3). Precisamente la referencia a los instrumentos musicales, que hace el Salmista en la invitación de la introducción, provocó en san Agustín esta meditación, que aparece dentro de su «Exposición» sobre el Salmo 91: «¿Qué significa, hermanos, entonar himnos con la cítara? La cítara es un instrumento musical de cuerdas. Nuestro salterio es nuestro obrar. Aquel que realiza obras buenas con las manos eleva himnos a Dios con la cítara. Quien confiesa con la boca, canta a Dios. ¡Canta con la boca! ¡Pronuncia salmos con las obras!... Pero, entonces, ¿quiénes cantan? Quienes realizan el bien con alegría. El canto, de hecho, es signo de alegría. ¿Qué dice el apóstol? "Dios ama al que da con alegría" (2 Corintios 9,7). Hagas lo que hagas, hazlo con alegría. Entonces haces el bien y lo haces bien. Si, por el contrario, actúas con tristeza, aunque a través tuyo se obre el bien, no eres tú quien lo realiza» («Exposiciones sobre los Salmos, III, Roma 1976, páginas 192-195).

2. A través de las palabras de san Agustín, podemos entrar en el corazón de nuestra reflexión y afrontar el tema fundamental del Salmo: el del bien y el mal. Tanto el uno como el otro son sopesados por el Dios justo y santo, «excelso por los siglos» (v. 9), el que es eterno e infinito, a quien no se le escapa ninguna de las acciones del hombre.

Se confrontan, de este modo, de manera reiterada, dos comportamientos opuestos. La conducta del fiel está dedicada a celebrar las obras divinas, a penetrar en la profundidad de los pensamientos del Señor y por este camino su vida irradia luz y alegría (Cf. versículos 5-6). Por el contrario, el hombre perverso es descrito en su cerrazón, incapaz de comprender el sentido escondido de las vicisitudes humanas. La fortuna momentánea le hace ser temerario, pero en realidad es íntimamente frágil y tras el efímero éxito se encamina hacia el fracaso y la ruina (Cf. versículos 7-8). El salmista, siguiendo el modelo de interpretación frecuente en el Antiguo Testamento, el de la retribución, está convencido de que Dios recompensará a los justos ya en esta vida, dándoles una vejez feliz (cf. versículo 15) y pronto castigará a los malvados.

En realidad, como afirmará Job y enseñará Jesús, la historia no se puede interpretar de una manera tan lineal. La visión del Salmista se convierte, por tanto, en una súplica al Dios justo y «excelso» (cf. versículo 9) para que entre en los acontecimientos humanos para juzgarlos, haciendo resplandecer el bien.

3. El contraste entre el justo y el malvado es retomado de nuevo por el que ora. Por un lado, presenta a los «enemigos» del Señor, los «malhechores», una vez más destinados a la dispersión y al fracaso (Cf. versículo 10). Por otro lado aparecen en todo su esplendor los fieles, encarnados por el Salmista, que se describe a sí mismo con imágenes pintorescas, tomadas de la simbología oriental. El justo tiene la fuerza irresistible de un búfalo y está dispuesto a desafiar toda adversidad; su frente es consagrada con el aceite de la protección divina, que se convierte en una especie de escudo, que defiende al elegido dándole seguridad (Cf. versículo 11). Desde lo alto de su potencia y seguridad, el que ora ve cómo los inicuos se precipitan en el abismo de su ruina (Cf. versículo 12).

El Salmo 91 rezuma, por tanto, felicidad, confianza, optimismo: dones que tenemos que pedir a Dios precisamente en nuestro tiempo, en el que se insinúa con facilidad la tentación de la desconfianza e incluso de la desesperación.

4. Nuestro himno, en la estela de la profunda serenidad que lo atraviesa, echa al final una mirada a los días de la vejez de los justo y los prevé también serenos. Cuando lleguen esos días, el espíritu del que ora seguirá siendo vivaz, alegre y operante (Cf. versículo 15). Se siente como las palmeras o los cedros, que han sido plantados en los patios del templo de Sión (Cf. versículos 13-14).

Las raíces del justo se hunden en el mismo Dios de quien recibe la savia de la gracia divina. La vida del Señor lo alimenta y lo transforma, haciéndolo floreciente y fecundo, es decir, capaz de darse a los demás y de testimoniar la propia fe. Las últimas palabras del salmista, en esta descripción de una existencia justa y operante y de una vejez intensa y activa, están ligadas al anuncio de la perenne fidelidad del Señor (Cf. versículo 16). Podemos concluir, por tanto, con la proclamación del canto que se eleva al Dios glorioso en el último Libro de la Biblia, el Apocalipsis: un libro de lucha terrible entre el bien y el mal, pero también de esperanza en la victoria final de Cristo: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios Todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, ¡oh Rey de las naciones!... Porque sólo tú eres santo, y todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti, porque han quedado de manifiesto tus justos designios» (15,3-4).

Audiencia del Miércoles 03 de setiembre del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 92

1. El contenido esencial del Salmo 92, en el que hoy nos detenemos, queda expresado sugestivamente por algunos versículos del Himno que la Liturgia de las Horas propone para las Vísperas del lunes: «Creador inmenso, que marcaste el curso y el límite del curso de las aguas con la armonía del cosmos, diste a la áspera soledad de la tierra sedienta el refrigerio de torrentes y mares».

Antes de entrar en el meollo del Salmo, dominado por la imagen de las aguas, percibamos su tono de fondo, su género literario. Al igual que los Salmos sucesivos (95-98), nuestro Salmo es definido por los expertos en la Biblia como el «canto del Señor rey». Exalta ese Reino de Dios, manantial de paz, de verdad y de amor, que nosotros invocamos en el Padrenuestro, cuando imploramos «¡Venga a nosotros tu Reino!».

De hecho, el Salmo 92 comienza precisamente con una exclamación de júbilo que suena así: « El Señor reina» (versículo 1). El Salmista celebra la realeza activa de Dios, es decir, su acción eficaz y salvadora, creadora del mundo y redentora del hombre. El Señor no es un emperador impasible, relagado en su cielo alejado, sino que está presente en medio de su pueblo como Salvador potente y grande en el amor.

2. En la primera parte del himno de alabanza aparece el Señor rey. Como un soberano, se sienta en un trono de gloria, un trono que no puede derrumbarse y que es eterno (Cf. versículo 2). Su manto es el esplendor de la trascendencia, el cinturón de su túnica es la omnipotencia (Cf. v. 1). La realeza omnipotente de Dios se revela en el corazón del Salmo, caracterizado por una imagen impresionante, la de la aguas tumultuosas.

El Salmista hace referencia en particular a la «voz» de los ríos, es decir, al estruendo de sus aguas. En efecto, el fragor de grandes cascadas produce, en quien siente su ruido ensordecedor y experimenta en todo el cuerpo su escalofrío, una sensación de tremenda fuerza. El Salmo 41 evoca esta sensación, cuando dice: «Una sima grita a otra sima con voz de cascadas: tus torrentes y tus olas me han arrollado» (versículo 8). Ante esta fuerza de la naturaleza, el ser humano se siente pequeño. El Salmista, sin embargo, la utiliza como un trampolín para exaltar la potencia del Señor, que es aún más grande. Ante la repetición en tres ocasiones de la expresión «Levantán los ríos» su voz (Cf. Salmo 92, 3), responde repitiendo tres veces la afirmación de la potencia superior de Dios.

3. A los Padres de la Iglesia les gustaba comentar este Salmo aplicándolo a Cristo, «Señor y Salvador». Orígenes, según la traducción al latín de san Jerónimo, afirma: «El Señor ha reinado, se ha revestido de belleza. Es decir, quien antes había temblado en la miseria de la carne, ahora resplandece en la majestad de la divinidad». Para Orígenes, los ríos y las aguas que elevan sus voces, representan las «aguas de los profetas y de los apóstoles», que «proclaman la alabanza y la gloria del Señor, anuncian su juicio por todo el

mundo» (Cf. «74 homilías sobre el libro de los Salmos» --«74 omelie sul libro dei Salmi»--, Milán 1993, páginas 666.669).

San Agustín desarrolla aún más ampliamente el símbolo de los torrentes y de los mares. Como ríos caudalosos de agua, es decir, llenos de Espíritu Santo, los apóstoles ya no tienen miedo y alzan finalmente su voz. Pero, «cuando Cristo comenzó a ser anunciado por tantas voces, el mar comenzó a agitarse». En la consternación del mar del mundo --escribe Agustín-- la nave de la Iglesia parecía ondear con miedo, enfrentada a amenazas y persecuciones, pero «el Señor es admirable», «ha caminado sobre el mar y ha aplacado las aguas» («Esposizioni sui salmi», III, Roma 1976, p. 231).

4. Dios, soberano de todo, omnipotente e invencible está siempre cerca de su pueblo, al que le ofrece sus enseñanzas. Esta es la idea que el Salmo 92 ofrece en su último versículo: al trono de los cielos le sucede el trono del arca del templo de Jerusalén; a la potencia de su voz cósmica le sigue la dulzura de su palabra santa e infalible: «Tus mandatos son fieles y seguros; la santidad es el adorno de tu casa, Señor, por días sin término» (versículo 5).

Concluye así un himno breve pero lleno de sentido de oración. Es una oración que genera confianza y esperanza en los fieles, que con frecuencia se sienten turbados, ante el miedo de ser arrollados por las tempestades de la historia y golpeados por fuerzas oscuras.

Un eco de este Salmo se puede percibir en el Apocalipsis de Juan, cuando el autor inspirado, al describir la gran asamblea celeste que celebra la caída de la Babilonia opresora, afirma: «Y oí el ruido de una muchedumbre inmensa, como el ruido de grandes aguas, como el fragor de fuertes truenos. Y decían: "¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso"» (19, 6).

5. Concluimos nuestra reflexión sobre el Salmo 92 dejando la palabra a san Gregorio Nazianceno, el «teólogo» por excelencia entre los Padres de la Iglesia. Lo hacemos con un bello canto en el que la alabanza a Dios, soberano y creador, asume un aspecto trinitario. «Tú, [Padre,] has creado el universo, le has dado a todo el puesto que le compete y le mantienes en virtud de tu providencia... Tu Verbo es Dios-Hijo: es consubstancial al Padre, igual a él en honor. Él ha armonizado el universo para reinar sobre todo. Y, al abrazarlo todo, el Espíritu Santo, Dios, cuida y tutela todo. Te proclamaré, Trinidad viviente, único soberano... fuerza perdurable que rige los cielos, mirada inaccesible a la vista, pero que contempla todo el universo y conoce toda la profundidad secreta de la tierra hasta los abismos. Padre, sé benigno conmigo: ... que yo pueda encontrar misericordia y gracia, pues tuya es la gloria y la gracia hasta la edad sin fin» («Carme» 31, in: «Poesie/1», Roma 1994, pp. 65-66).

Audiencia del Miércoles 3 de junio del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 95

1. «Decid a los pueblos: "el Señor es rey"». Esta exhortación del Salmo 95 (versículo 10), que acabamos de proclamar, presenta por así decir el tono con el que se modula todo el himno. Se trata de uno de los así llamados «Salmos del Señor rey», que comprenden los Salmos 95 a 98, además del 46 y el 92.

En el pasado, ya tuvimos la oportunidad de comentar el Salmo 92, y sabemos que estos cánticos se centran en la grandiosa figura de Dios, que rige todo el universo y gobierna la historia de la humanidad.

También el Salmo 95 exalta tanto al Creador de los seres, como al Salvador de los pueblos: Dios «afianzó el orbe, y no se moverá; juzga a los pueblos rectamente» (versículo 10). Es más, en el original hebreo el verbo traducido por «juzgar» significa, en realidad, «gobernar»: de este modo se tiene la certeza de que no quedamos abandonados a las oscuras fuerzas del caos o de la casualidad, sino que estamos siempre en manos de un Soberano justo y misericordioso.

2. El Salmo comienza con una invitación festiva a alabar a Dios, invitación que se abre inmediatamente a una perspectiva universal: «Cantad al Señor, toda la tierra » (versículo 1). Los fieles son invitados a contar la gloria de Dios «a los pueblos» y después a dirigirse a «todas las naciones» para proclamar «sus maravillas» (versículo 3). Es más, el salmista interpela directamente a las «familias de los pueblos» (versículo 7) para invitar a dar gloria al Señor. Por último, pide a los fieles que digan «a los pueblos: el Señor es rey» (versículo 10), y precisa que el Señor «juzga a los pueblos» (versículo 10). Es muy significativa esta apertura universal por parte de un pueblo pequeño aplastado entre grandes imperios. Este pueblo sabe que su Señor es el Dios del universo y que «los dioses de los gentiles son apariencias» (versículo 5).

El Salmo está encuadrado por dos panoramas. El primero (Cf. Versículos 1-9) comprende una solemne epifanía del Señor «en su santuario» (v. 6), es decir, el templo de Sión. Esta precedida y seguida por los cantos y los ritos de sacrificio de la asamblea de los fieles. Discurre apremiante el flujo de la alabanza frente a la majestad divina: «Cantad al Señor un cántico nuevo... cantad... cantad... bendecid... proclamad su victoria... contad su gloria... sus maravillas... aclamad su gloria... entrad en sus atrios trayéndole ofrendas... postraos» (versículos 1-3.7-9). El gesto fundamental frente al Señor rey, que manifiesta su gloria en la historia de la salvación es, por tanto, el canto de adoración, de alabanza y de bendición. Estas actitudes deberían estar presentes también en nuestra liturgia cotidiana y en nuestra oración personal.

3. En el centro de este canto coral, nos encontramos ante una declaración contra la idolatría. La oración se convierte, así, en un camino para alcanzar al pureza de la fe, según la conocida máxima «lex orandi, lex credendi»: la norma de la verdadera oración es también norma de fe, es una lección sobre la verdad divina. Ésta, de hecho, puede descubrirse precisamente a través de la íntima comunión con Dios alcanzada en la oración.

El Salmista proclama: «Grande es el Señor, y muy digno de alabanza, más temible que todos los dioses. Pues los dioses de los gentiles son apariencia, mientras que el Señor ha hecho el cielo» (versículos 4-5). A través de la liturgia y la oración, se purifica la fe de toda degeneración, se abandonan aquellos ídolos a los que sacrificamos con facilidad algo de nosotros mismos durante la vida cotidiana, se pasa del miedo ante la trascendente justicia de Dios a la experiencia viva de su amor.

4. Llegamos así al segundo panorama abierto por el salmo, que comienza con la proclamación de la realeza del Señor (Cf. versículos 10-13). Ahora se dirige al universo, incluso en sus elementos más misteriosos y oscuros, como el mar según la antigua concepción bíblica: «Alégrense el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque, delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra » (versículos 11-13).

Como dirá san Pablo, incluso la naturaleza, junto con el hombre «espera impacientemente... ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Romanos 8,19.21).

Al llegar a este momento, quisiéramos dejar espacio a la relectura cristiana de este Salmo, realizada por los Padres de la Iglesia, que en él han visto una prefiguración de la Encarnación y de la Crucifixión, signo de la paradójica realeza de Cristo.

5. De este modo, al inicio del discurso pronunciado en Constantinopla en la Navidad del año 379 o del año 380, san Gregorio Nacianceno retoma algunas expresiones del Salmo 95: «Cristo nace, ¡glorificadle! Cristo baja del cielo, ¡salid a recibirle! Cristo está sobre la tierra, ¡lavaos! "Cantad al Señor, toda la tierra" (versículo 1), y para unir los dos conceptos, "que se alegre el cielo y exulte la tierra" (versículo 11) con aquél que es celestial, pero que se ha hecho terrestre» («Homilías sobre la Natividad» --«Omèlie sulla natività»--, Discurso 38, 1, Roma 1983, p. 44).

De este modo, el misterio de la realeza divina se manifiesta en la Encarnación. Es más, aquel que reina, «haciéndose terrestre», reina precisamente en la humillación de la Cruz. Es significativo el que muchos en tiempos antiguos leyeran el versículo 10 de este Salmo con una sugerente asociación cristológica: «El Señor reinó desde el madero».

Por este motivo, ya la Carta de Bernabé enseñaba que «el reino de Jesús está sobre el madero» (VIII, 5: «Los Padres Apostólicos» --«I Padri Apostolici»--, Roma 1984, p. 198) y el mártir san Justino, citando casi íntegramente el Salmo en su Primera Apología, concluía invitando a todos los pueblos a exultar porque «el Señor reinó desde el madero» de la Cruz («Los apologetas griegos» --«Gli apologeti greci»--, Roma 1986, p. 121).

En este ambiente floreció el himno del poeta cristiano Venancio Fortunato, «Vexilla regis», en el que exalta a Cristo que reina desde lo alto de la Cruz, trono de amor, no de dominio: «Regnavit a ligno Deus». Jesús, de hecho, en su

existencia terrena ya había advertido: «El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Marcos 10, 43-45).

Audiencia del Miércoles 18 de setiembre del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 96

1. La luz, la alegría y la paz, que en el tiempo pascual inundan a la comunidad de los discípulos de Cristo y se difunden en la creación entera, impregnan este encuentro nuestro, que tiene lugar en el clima intenso de la octava de Pascua. En estos días celebramos el triunfo de Cristo sobre el mal y la muerte. Con su muerte y resurrección se instaura definitivamente el reino de justicia y amor querido por Dios.

Precisamente en torno al tema del reino de Dios gira esta catequesis, dedicada a la reflexión sobre el salmo 96. El Salmo comienza con una solemne proclamación: "El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables" y se puede definir una celebración del Rey divino, Señor del cosmos y de la historia. Así pues, podríamos decir que nos encontramos en presencia de un salmo «pascual».

Sabemos la importancia que tenía en la predicación de Jesús el anuncio del reino de Dios. No sólo es el reconocimiento de la dependencia del ser creado con respecto al Creador; también es la convicción de que dentro de la historia se insertan un proyecto, un designio, una trama de armonías y de bienes queridos por Dios. Todo ello se realizó plenamente en la Pascua de la muerte y la resurrección de Jesús.

2. Recorramos ahora el texto de este salmo, que la liturgia nos propone en la celebración de las Laudes. Inmediatamente después de la aclamación al Señor rey, que resuena como un toque de trompeta, se presenta ante el orante una grandiosa epifanía divina. Recurriendo al uso de citas o alusiones a otros pasajes de los salmos o de los profetas, sobre todo de Isaías, el salmista describe cómo irrumpe en la escena del mundo el gran Rey, que aparece rodeado de una serie de ministros o asistentes cósmicos: las nubes, las tinieblas, el fuego, los relámpagos.

Además de estos, otra serie de ministros personifica su acción histórica: la justicia, el derecho, la gloria. Su entrada en escena hace que se estremezca toda la creación. La tierra exulta en todos los lugares, incluidas las islas, consideradas como el área más remota (cf. Sal 96, 1). El mundo entero es iluminado por fulgores de luz y es sacudido por un terremoto (cf. v. 4). Los montes, que encarnan las realidades más antiguas y sólidas según la cosmología bíblica, se derriten como cera (cf. v. 5), como ya cantaba el profeta Miqueas: "He aquí que el Señor sale de su morada (...). Debajo de él los montes se derriten, y los valles se hienden, como la cera al fuego" (Mi 1, 3-4). En los cielos resuenan himnos angélicos que exaltan la justicia, es decir, la obra de salvación realizada por el Señor en favor de los justos. Por último, la humanidad entera contempla la manifestación de la gloria divina, o sea, de la realidad misteriosa de Dios (cf. Sal 96, 6), mientras los "enemigos", es decir, los malvados y los injustos, ceden ante la fuerza irresistible del juicio del Señor (cf. v. 3).

3. Después de la teofanía del Señor del universo, este salmo describe dos tipos de reacción ante el gran Rey y su entrada en la historia. Por un lado, los idólatras y los ídolos caen por tierra, confundidos y derrotados; y, por otro, los fieles, reunidos en Sión para la celebración litúrgica en honor del Señor, cantan alegres un himno de alabanza. La escena de "los que adoran estatuas" (cf. vv. 7-9) es esencial: los ídolos se postran ante el único Dios y sus seguidores se cubren de vergüenza. Los justos asisten jubilosos al juicio divino que elimina la mentira y la falsa religiosidad, fuentes de miseria moral y de esclavitud. Entonan una profesión de fe luminosa: "tú eres, Señor, altísimo sobre toda la tierra, encumbrado sobre todos los dioses" (v. 9).

4. Al cuadro que describe la victoria sobre los ídolos y sus adoradores se opone una escena que podríamos llamar la espléndida jornada de los fieles (cf. vv. 10-12). En efecto, se habla de una luz que amanece para el justo (cf. v. 11): es como si despuntara una aurora de alegría, de fiesta, de esperanza, entre otras razones porque, como se sabe, la luz es símbolo de Dios (cf. 1 Jn 1, 5).

El profeta Malaquías declaraba: "Para vosotros, los que teméis mi nombre, brillará el sol de justicia" (Ml 3, 20). A la luz se asocia la felicidad: "Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre" (Sal 96, 11-12).

El reino de Dios es fuente de paz y de serenidad, y destruye el imperio de las tinieblas. Una comunidad judía contemporánea de Jesús cantaba: "La impiedad retrocede ante la justicia, como las tinieblas retroceden ante la luz; la impiedad se disipará para siempre, y la justicia, como el sol, se manifestará principio de orden del mundo" (Libro de los misterios de Qumrân: 1 Q 27, I, 5-7).

5. Antes de dejar el salmo 96, es importante volver a encontrar en él, además del rostro del Señor rey, también el del fiel. Está descrito con siete rasgos, signo de perfección y plenitud. Los que esperan la venida del gran Rey divino aborrecen el mal, aman al Señor, son los "hasîdîm", es decir, los fieles (cf. v. 10), caminan por la senda de la justicia, son rectos de corazón (cf. v. 11), se alegran ante las obras de Dios y dan gracias al santo nombre del Señor (cf. v. 12). Pidamos al Señor que estos rasgos espirituales brillen también en nuestro rostro.

Audiencia del Miércoles 3 de abril del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 97

1. El Salmo 97 que acabamos de proclamar pertenece a un género de himnos con el que ya nos hemos encontrado durante el itinerario espiritual que estamos realizando a la luz del Salterio.

Se trata de un himno al Señor, rey del universo y de la historia (Cf. versículo 6). Es definido como un «cántico nuevo» (v. 1), que en el lenguaje bíblico significa un cántico perfecto, rebosante, solemne, acompañado por música festiva. Además del canto del coro, de hecho, se evoca el sonido melodioso de la cítara (Cf. versículo 5), la trompeta y el son del cuerno (Cf. versículo 6), así como una especie de aplauso cósmico (Cf. versículo 8).

Además, incesantemente resuena el nombre del «Señor» (seis veces), invocado como «nuestro Dios» (versículo 3). Dios, por tanto, está en el centro del escenario en toda su majestad, mientras realiza la salvación en la historia y es esperado para «juzgar» al mundo y los pueblos (versículo 9). El verbo hebreo que indica el «juicio» significa también «gobernar»: hace referencia por tanto a la acción eficaz del Soberano de toda la tierra, que traerá paz y justicia.

2. El Salmo se abre con la proclamación de la intervención divina dentro de la historia de Israel (Cf. versículos 1-3). Las imágenes de la «diestra» y del «brazo santo» se refieren al Éxodo, a la liberación de la esclavitud de Egipto (Cf. versículo 1). La alianza con el pueblo de la elección es recordada a través de dos grandes perfecciones divinas: «amor» y «fidelidad» (Cf. versículo 3).

Estos signos de salvación son revelados «a las naciones» y a «los confines de la tierra» (versículos 2 y 3) para que toda la humanidad sea atraída por Dios salvador y se abra a su palabra y a su obra salvadora.

3. La acogida reservada al Señor que interviene en la historia está marcada por una alabanza común: además de la orquesta y de los cantos del templo de Sión (cfr vv. 5-6), participa también el universo, que constituye una especie de templo cósmico.

Los cantores de este inmenso coro de alabanza son cuatro. El primero es el mar con su fragor, que parece un contrabajo de este grandioso acto de alabanza (Cf. versículo 7). Le siguen la tierra y el mundo (Cf. versículos 4. 7) con todos sus habitantes, unidos en una armonía solemne. La tercera personificación es la de los ríos que, al ser considerados como brazos del mar, parecen batir palmas con su flujo rítmico (Cf. versículo 8). Por último, aparecen las montañas que parecen bailar de alegría ante el Señor, a pesar de ser las criaturas más macizas e imponentes (Cf. versículo 8; Salmo 28, 6; 113, 6).

Un coro colosal, por tanto, que tiene un único objetivo: exaltar al Señor, rey y juez justo. El final del Salmo, como se decía, presenta de hecho a Dios «que llega para regir (juzgar) la tierra... con justicia y los pueblos con rectitud» (versículo 9).

Esta es nuestra gran esperanza y nuestra invocación: «¡Venga tu reino!», un reino de paz, de justicia y de serenidad, que restablezca la armonía originaria de la creación.

4. En este Salmo, el apóstol Pablo reconoció con profunda alegría una profecía de la obra del misterio de Cristo. Pablo se sirvió del versículo 2 para expresar el tema de su gran carta a los Romanos: en el Evangelio «la justicia de Dios se ha revelado» (Cf. Romanos 1, 17), «se ha manifestado» (Cf. Romanos 3, 21).

La interpretación de Pablo confiere al Salmo una mayor plenitud de sentido. Leído en la perspectiva del Antiguo Testamento, el Salmo proclama que Dios salva a su pueblo y que todas las naciones, al verlo, quedan admiradas. Sin embargo, en la perspectiva cristiana, Dios realiza la salvación en Cristo, hijo de Israel; todas las naciones lo ven y son invitadas a aprovecharse de esta salvación, dado que el Evangelio «es potencia de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego», es decir el pagano (Romanos 1,16).

Ahora «los confines de la tierra» no sólo «han contemplado la victoria de nuestro Dios» (Salmo 97, 3), sino que la han recibido.

5. En esta perspectiva, Orígenes, escritor cristiano del siglo III, en un texto citado después por san Jerónimo, interpreta el «cántico nuevo» del Salmo como una celebración anticipada de la novedad cristiana del Redentor crucificado. Escuchemos entonces su comentario que mezcla el canto del salmista con el anuncio evangélico.

«Cántico nuevo es el Hijo de Dios que fue crucificado --algo que nunca antes se había escuchado--. A una nueva realidad le debe corresponder un cántico nuevo. “Cantad al Señor un cántico nuevo». Quien sufrió la pasión en realidad es un hombre; pero vosotros cantáis al Señor. Sufrió la pasión como hombre, pero redimió como Dios”. Orígenes continúa: Cristo “hizo milagros en medio de los judíos: curó a paralíticos, purificó a leprosos, resucitó muertos. Pero también lo hicieron otros profetas. Multiplicó los panes en gran número y dio de comer a un innumerable pueblo. Pero también lo hizo Eliseo. Entonces, ¿qué es lo que hizo de nuevo para merecer un cántico nuevo? ¿Queréis saber lo que hizo de nuevo? Dios murió como hombre para que los hombres tuvieran la vida; el Hijo de Dios fue crucificado para elevarnos hasta el cielo» («74 homilías sobre el libro de los Salmos» --«74 omelie sul libro dei Salmi»--, Milán 1993, pp. 309-310).

Audiencia del Miércoles 6 de noviembre 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 98

1. «El Señor reina». Esta aclamación, inicio del Salmo 98 que acabamos de escuchar, revela su tema fundamental y su género literario característico. Se trata de un canto del pueblo de Dios al Señor, que gobierna el mundo y la historia como soberano trascendente y supremo. Se relaciona con otros himnos análogos --los Salmos 95-97--, sobre los que ya hemos reflexionado, que la Liturgia de los Laudes presenta como oración ideal para la mañana.

De hecho, al comenzar el día, el fiel sabe que no está abandonado a la merced de la casualidad ciega y oscura, ni abocado a la incertidumbre de su libertad, ni dependiente de las decisiones de otro, ni dominado por las vicisitudes de la historia. Sabe que, por encima de toda realidad terrena, está el Creador y Salvador en su grandeza, santidad y misericordia.

2. Los expertos presentan varias hipótesis sobre el uso que se hacía de este Salmo en la liturgia del templo de Sión. De todos modos, tiene el sabor de una alabanza contemplativa que se eleva hacia el Señor, sentado en su gloria celeste ante los pueblos y la tierra (Cf. versículo 1). Y, sin embargo, Dios se hace presente en un espacio y en medio de una comunidad, es decir, en Jerusalén (Cf. v. 2), mostrando que es «Dios-con-nosotros».

El salmista atribuye a Dios siete títulos solemnes en los primeros versículos: es rey, grande, encumbrado, terrible, santo, poderoso, justo (Cf. versículos 1-4). A continuación, Dios es presentado también con el calificativo de paciente (versículo 8). Se subraya la santidad de Dios: en tres ocasiones se repite -- como en forma de antífona-- que es «santo» (versículos 3. 5. 9). El término indica, en el lenguaje bíblico, sobretodo la trascendencia divina. Dios es superior a nosotros, y está infinitamente por encima de cualquier otra criatura. Esta trascendencia, sin embargo, no hace de él un soberano impassible y extraño: cuando es invocado, responde (Cf. versículo 6). Dios es aquel que puede salvar, el único que puede liberar a la humanidad del mal y de la muerte. De hecho, administra la justicia y ejerce el derecho en Jacob (versículo 4).

3. Los Padres de la Iglesia han reflexionado mucho sobre la santidad de Dios, ensalzando la inaccesibilidad divina. Sin embargo, este Dios trascendente y santo se ha hecho cercano al hombre. Es más, como dice san Ireneo, se «acostumbró» al hombre en el Antiguo Testamento, manifestándose con apariciones y hablando por medio de los profetas, mientras que el hombre se «acostumbraba» a Dios aprendiendo a seguirle y obedecerle. Es más, san Efrén en uno de sus himnos subraya que a través de la encarnación «el Santo puso su morada en el vientre [de María] de manera corporal/ ahora toma su morada en la mente de manera espiritual» (Himnos sobre la Natividad, 4,130). Además, por el don de la Eucaristía, en analogía con la encarnación, «la Medicina de Vida ha bajado de lo alto/ para morar en aquellos que son dignos./ Después ha entrado,/ ha tomado su morada en nosotros,/ de este modo nos santificamos a nosotros mismos dentro de él» (Himnos conservados en armenio, 47,27.30).

4. Este profundo lazo entre «santidad» y cercanía de Dios es desarrollado también en el Salmo 98. De hecho, después de haber contemplado la perfección absoluta del Señor, el Salmista recuerda que Dios estaba en contacto continuo con su pueblo a través de Moisés y Aarón, sus mediadores, así como con Samuel, su profeta. Hablaba y era escuchado, castigaba los delitos pero también perdonaba.

El signo de esta presencia en medio del pueblo era «el estrado de sus pies», es decir, el trono del arca del templo de Sión (Cf. versículos 5-8). El Dios santo e invisible se hacía, por tanto, disponible a su pueblo a través de Moisés el legislador, Aarón el sacerdote, Samuel el profeta. Se revelaba en palabras y hechos de salvación y de juicio, y estaba presente en Sión a través del culto celebrado en el templo.

5. Se podría decir, entonces, que el Salmo 98 se realiza hoy en la Iglesia, sede de la presencia del Dios santo y trascendente. El Señor no se ha retirado en el espacio inaccesible de su misterio, indiferente a nuestra historia y a nuestras expectativas. «Viene a juzgar la tierra. Juzgará el orbe con justicia y a los pueblos con equidad» (Salmo 97, 9).

Dios se ha hecho presente entre nosotros sobretodo en su Hijo, hecho uno de nosotros para infundir en nosotros su vida y santidad. Por este motivo, ahora no nos acercamos a Dios con terror, sino con confianza. Tenemos en Cristo al sumo sacerdote santo, inocente, sin mancha. «Puede salvar perfectamente a los que por él llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder a su favor» (Hebreos 7, 25). Nuestro canto, entonces, se llena de serenidad y de alegría: exalta al Señor rey, que mora entre nosotros, enjugando las lágrimas de nuestros ojos (Cf. Apocalipsis 21, 3-4).

Audiencia del Miércoles 27 de noviembre 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 99

1. La tradición de Israel ha dado al himno de alabanza que acabamos de proclamar el título de «Salmo para la todáh», es decir, para la acción de gracias en el canto litúrgico, por lo que se presta muy bien a ser entonado en las Laudes matutinas. En los pocos versículos de este gozoso himno se pueden identificar tres elementos significativos, capaces de hacer fructuosa su recitación por parte de la comunidad cristiana orante.

2. Ante todo aparece el intenso llamamiento a la oración, claramente descrita en dimensión litúrgica. Basta hacer la lista de los verbos en imperativo que salpican el Salmo y que aparecen acompañados por indicaciones de carácter ritual: «Aclamad..., servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. Sabed que el Señor es Dios... Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre (versículos 2-4). Una serie de invitaciones no sólo a penetrar en el área sagrada del templo a través de las puertas y los patios (cf. Salmo 14, 1; 23, 3.7-10), sino también a ensalzar a Dios de manera festiva.

Es una especie de hilo conductor de alabanza que no se rompe nunca, expresándose en una continua profesión de fe y de amor. Una alabanza que desde la tierra se eleva hacia Dios, pero que al mismo tiempo alimenta el espíritu del creyente.

3. Quisiera hacer una segunda y breve observación sobre el inicio mismo del canto, en el que el Salmista hace un llamamiento a toda la tierra a aclamar al Señor (cf. v. 1). Ciertamente el Salmo centrará después su atención en el pueblo elegido, pero el horizonte abarcado por la alabanza es universal, como con frecuencia sucede en el Salterio, en particular en los así llamados «himnos al Señor rey» (cf. Salmos 95-98). El mundo y la historia no están en manos del azar, del caos, o de una necesidad ciega. Son gobernados por un Dios misterioso, sí, pero al mismo tiempo es un Dios que desea que la humanidad viva establemente según relaciones justas y auténticas. «Él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente... regirá el orbe con justicia y los pueblos con fidelidad» (Salmo 95, 10.13).

4. Por este motivo, todos estamos en las manos de Dios, Señor y Rey, y todos le alabamos, con la confianza de que no nos dejará caer de sus manos de Creador y Padre. Desde esta perspectiva, se puede apreciar mejor el tercer elemento significativo del Salmo. En el centro de la alabanza que el Salmista pone en nuestros labios se encuentra de hecho una especie de profesión de fe, expresada a través de una serie de atributos que definen la realidad íntima de Dios. Este credo esencial contiene las siguientes afirmaciones: el Señor es Dios: el Señor es nuestro creador, nosotros somos su pueblo, el Señor es bueno, su amor es eterno, su fidelidad no tiene límites (cf. versículos 3-5).

5. Ante todo nos encontramos frente a una renovada confesión de fe en el único Dios, como pide el primer mandamiento del Decálogo: «Yo soy el Señor,

tu Dios... No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Éxodo 20, 2.3). Y, como se repite con frecuencia en la Biblia: «Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro».

Se proclama después la fe en el Dios creador, manantial del ser y de la vida. Sigue después la afirmación expresada a través de la así llamada «fórmula de la alianza», de la certeza que tiene Israel de la elección divina: «somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño» (v. 3). Es una certeza que hacen propia los fieles del nuevo Pueblo de Dios, con la conciencia de constituir el rebaño que el Pastor supremo de las almas las lleva a los prados eternos del cielo (cf. IPedro 2, 25).

6. Después de la proclamación del Dios único, creador y fuente de la alianza, el retrato del Señor ensalzado por nuestro Salmo continúa con la meditación en tres cualidades divinas con frecuencia exaltadas en el Salterio: la bondad, el amor misericordioso («hésed»), la fidelidad. Son las tres virtudes que caracterizan la alianza de Dios con su pueblo; expresan un lazo que no se romperá nunca, a través de las generaciones y a pesar del río fangoso de pecado, de rebelión y de infidelidad humanas. Con serena confianza en el amor divino que no desfallecerá nunca, el pueblo de Dios se encamina en la historia con sus tentaciones y debilidades diarias.

Y esta confianza se convierte en un canto que no siempre puede expresarse con palabras, como observa san Agustín: «Cuanto más aumente la caridad, más te darás cuenta de lo que decías y no decías. De hecho, antes de saborear ciertas cosas, creías que podías utilizar palabras para hablar de Dios; sin embargo, cuando has comenzado a sentir su gusto, te das cuenta de que no eres capaz de explicar adecuadamente lo que experimentas. Pero si te das cuenta de que no sabes expresar con palabras lo que sientes, ¿tendrás por eso que callarte y no cantar sus alabanzas?... Por ningún motivo. No seas tan ingrato. A Él se le debe el honor, el respeto, y la alabanza más grande... Escucha el Salmo: "¡Aclama al Señor, tierra entera!". Comprenderás la exultación de toda la tierra si tú mismo exultas con el Señor («Comentarios a los Salmos», «Esposizioni sui Salmi» III/1, Roma 1993, p. 459).

Audiencia del Miércoles 7 de noviembre 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 99

1. En el clima de alegría y de fiesta, que se prolonga en esta última semana del tiempo navideño, queremos retomar nuestra meditación sobre la Liturgia de los Laudes. Nos detenemos hoy en el Salmo 99, recién proclamado, que constituye una gozosa invitación a alabar al Señor, pastor de su pueblo.

Siete imperativos salpican toda la composición y llevan a la comunidad fiel a celebrar, en el culto, al Dios del amor y de la alianza: «aclamad», «servid», «presentaos», «sabed», «entrad por sus puertas», «dadle gracias» «benedicid». Hace pensar en una procesión litúrgica que está a punto de entrar en el templo de Sión para realizar un rito en honor del Señor (Cf. Salmos 14; 23; 94).

En el Salmo se entrecruzan algunas palabras características para exaltar el lazo de alianza que existe entre Dios e Israel. Aparece ante todo la afirmación de una plena pertenencia a Dios: «somos suyos, su pueblo» (Salmo 99, 3), afirmación llena de orgullo y al mismo tiempo de humildad, pues Israel se presenta como «ovejas de su rebaño» (ibídem). En otros textos, encontramos expresiones de esta relación: «El Señor es nuestro Dios» (Cf. Salmo 94, 7). Encontramos, después, expresiones de la relación de amor, la «misericordia» y «fidelidad», unidas a la «bondad» (Cf. Salmo 99, 5), que en el original hebreo se formulan precisamente con los términos típicos del pacto que une a Israel con su Dios.

2. Pasa revista también a las coordenadas del espacio y del tiempo. Por un lado, se presenta ante nosotros toda la tierra, involucrada con sus habitantes en la alabanza a Dios (Cf. v. 2); después el horizonte se reduce al área sagrada del templo de Jerusalén con sus atrios y sus puertas (Cf. v. 4), donde se recoge la comunidad en oración. Por otro lado, se hace referencia al tiempo en sus tres dimensiones fundamentales: el pasado de la creación («Él nos hizo», v. 3), el presente de la alianza y del culto («somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño», ibídem) y, por último, el futuro en el que la fidelidad misericordiosa del Señor se extiende «por todas las edades», haciéndose «eterna» (v. 5).

3. Detengámonos ahora brevemente en los siete imperativos que constituyen la larga invitación a alabar a Dios y que abarcan casi todo el Salmo (Cf. versículos 2-4) antes de encontrar, en el último versículo, su motivación en la exaltación de Dios, contemplado en su identidad íntima y profunda.

El primer llamamiento consiste en la aclamación festiva que involucra a toda la tierra en el canto de alabanza al Creador. Cuando rezamos, tenemos que sentirnos en sintonía con todos los que rezan, quienes en idiomas y formas diferentes, exaltan al único Señor.

«Pues --como dice el profeta Malaquías-- desde el sol levante hasta el poniente, grande es mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a

mi Nombre un sacrificio de incienso y una oblación pura. Pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice el Señor de los Ejércitos» (1,11).

4. Vienen después unos llamamientos de carácter litúrgico y ritual: «servir», «presentarse» y «cruzar las puertas» del templo. Son verbos que, aludiendo también a las audiencias reales, describen los diferentes gestos que los fieles realizan cuando entran en el santuario de Sión para participar en la oración comunitaria. Después del canto cósmico, celebra la liturgia el pueblo de Dios, «ovejas de su rebaño», su «propiedad personal entre todos los pueblos» (Éxodo 19, 5).

La invitación a «entrar por sus puertas con acción de gracias» y «con himnos» nos recuerda un pasaje de «Los misterios» de san Ambrosio, donde se describen a los bautizados acercándose al altar: «El pueblo purificado se acerca a los altares de Cristo diciendo: "Llegaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría" (Salmo 42, 4). Desprendido de los restos del error inveterado, el pueblo renovado en su juventud como un águila se dispone a participar en este convite celeste. Llega y al ver el altar sacrosanto convenientemente preparado, exclama: "El Señor es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce" (Salmo 22, 1-2)» («Obras dogmáticas» --«Opere dogmatiche»-- III, SAEMO 17, páginas 158-159).

5. Los demás imperativos, que salpican el Salmo, vuelven a presentar actitudes religiosas fundamentales de quien ora: «saber», «alabar», «bendecir». El verbo «saber» expresa el contenido de la profesión de fe en el único Dios. De hecho, tenemos que proclamar que sólo «el Señor es Dios» (Salmo 99, 3), combatiendo toda idolatría y toda soberbia y potencia humana contrapuesta.

El objetivo de los demás verbos, es decir, «alabar» y «bendecir» es también «el nombre» del Señor (Cf. v. 4), es decir, su persona, su presencia eficaz y salvadora.

Desde esta perspectiva el Salmo concluye con una solemne exaltación de Dios, una especie de profesión de fe: el Señor es bueno y su fidelidad no nos abandona nunca, pues siempre está dispuesto a apoyarnos con su amor misericordioso. Con esta confianza, el que ora se abandona en el abrazo de su Dios: «Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el hombre que se cobija en él», dice el Salmista en otro lugar (Salmo 33,9; Cf. 1 Pedro 2, 3).

Audiencia del Miércoles 8 de enero 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 100

Propósitos de un príncipe justo

1. Después de las dos catequesis dedicadas al significado de las celebraciones pascuales, reanudamos nuestra reflexión sobre la liturgia de las Laudes. Para el martes de la cuarta semana nos propone el salmo 100, que acabamos de escuchar.

Es una meditación que pinta el retrato del político ideal, cuyo modelo de vida debería ser el actuar divino en el gobierno del mundo: un actuar regido por una perfecta integridad moral y por un enérgico compromiso contra las injusticias. Ese texto se vuelve a proponer ahora como programa de vida para el fiel que comienza su día de trabajo y de relación con el prójimo. Es un programa de "amor y justicia" (cf. v. 1), que se articula en dos grandes líneas morales.

2. La primera se llama "senda de la inocencia" y está orientada a exaltar las opciones personales de vida, realizadas "con rectitud de corazón", es decir, con conciencia totalmente recta (cf. v. 2).

Por una parte, se habla de modo positivo de las grandes virtudes morales que hacen luminosa la "casa", es decir, la familia del justo (cf. v. 2): la sabiduría, que ayuda a comprender y juzgar bien; la inocencia, que es pureza de corazón y de vida; y, por último, la integridad de la conciencia, que no tolera componendas con el mal.

Por otra parte, el salmista introduce un compromiso negativo. Se trata de la lucha contra toda forma de maldad e injusticia, para mantener lejos de su casa y de sus opciones cualquier perversión del orden moral (cf. vv. 3-4).

Como escribe san Basilio, gran Padre de la Iglesia de Oriente, en su obra *El bautismo*, "ni siquiera el placer de un instante que contamina el pensamiento debe turbar a quien se ha configurado con Cristo en una muerte semejante a la suya" (*Opere ascetiche*, Turín 1980, p. 548).

3. La segunda línea se desarrolla en la parte final del salmo (cf. vv. 5-8) y precisa la importancia de las cualidades más típicamente públicas y sociales. También en este caso se enumeran los puntos esenciales de una vida que quiere rechazar el mal con rigor y firmeza.

Ante todo, la lucha contra la calumnia y la difamación secreta, un compromiso fundamental en una sociedad de tradición oral, que atribuía gran importancia a la función de la palabra en las relaciones interpersonales. El rey, que ejerce también la función de juez, anuncia que en esta lucha empleará la más rigurosa severidad: hará que perezca el calumniador (cf. v. 5). Asimismo, se rechaza toda arrogancia y soberbia; se evita la compañía y el consejo de quienes actúan siempre con engaño y mentiras. Por último, el rey declara el modo como quiere elegir a sus "servidores" (cf. v. 6), es decir, a sus ministros. Los escoge

entre "los que son leales". Quiere rodearse de gente íntegra y evitar el contacto con "quien comete fraudes" (cf. v. 7).

4. El último versículo del salmo es particularmente enérgico. Puede resultar chocante al lector cristiano, porque anuncia un exterminio: "Cada mañana haré callar a los hombres malvados, para excluir de la ciudad del Señor a todos los malhechores" (v. 8). Sin embargo, es importante recordar que quien habla así no es una persona cualquiera, sino el rey, responsable supremo de la justicia en el país. Con esta frase expresa de modo hiperbólico su implacable compromiso de lucha contra la criminalidad, un compromiso necesario, que comparte con todos los que tienen responsabilidades en la gestión de la administración pública.

Evidentemente, esta tarea de justiciero no compete a cada ciudadano. Por eso, si los fieles quieren aplicarse a sí mismos la frase del salmo, lo deben hacer en sentido analógico, es decir, decidiendo extirpar cada mañana de su propio corazón y de su propia conducta la hierba mala de la corrupción y de la violencia, de la perversión y de la maldad, así como cualquier forma de egoísmo e injusticia.

5. Concluyamos nuestra meditación volviendo al versículo inicial del salmo: "Voy a cantar el amor y la justicia..." (v. 1). Un antiguo escritor cristiano, Eusebio de Cesarea, en sus Comentarios a los Salmos, subraya la primacía del amor sobre la justicia, aunque esta sea también necesaria: "Voy a cantar tu misericordia y tu juicio, mostrando cómo actúas habitualmente: no juzgas primero y luego tienes misericordia, sino que primero tienes misericordia y luego juzgas, y con clemencia y misericordia emites sentencia. Por eso, yo mismo, ejerciendo misericordia y juicio con respecto a mi prójimo, me atrevo a cantar y entonar salmos en tu honor. Así pues, consciente de que es preciso actuar así, conservo inmaculadas e inocentes mis sendas, convencido de que de este modo te agradarán mis cantos y salmos por mis obras buenas" (PG 23, 1241).

Audiencia del Miércoles 30 de abril de 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 107

1. El Salmo 107, que nos acaban de recitar, forma parte de la secuencia de los Salmos de la Liturgia de los Laudes, objeto de nuestras catequesis. Presenta una característica sorprendente a primera vista. La composición está formada por la fusión de dos fragmentos de Salmos preexistentes, uno tomado del Salmo 56 (versículos 8-12) y el otro del Salmo 59 (versículos 7-14). El primer fragmento tiene el tono de un himno, el segundo tiene el carácter de una súplica pero contiene un oráculo divino que infunde en el que ora serenidad y confianza. Esta fusión da origen a una nueva oración y este hecho se convierte en un ejemplo para nosotros. En realidad, la liturgia cristiana también funde con frecuencia pasajes bíblicos diferentes transformándolos en un nuevo texto, destinado a iluminar situaciones inéditas. Permanece, sin embargo, el nexo con la base original. De hecho, el Salmo 107 (aunque no es el único, basta pensar por ejemplo en otro testimonio, el Salmo 143) muestra cómo Israel, en el Antiguo Testamento, volvía a utilizar y actualizaba la Palabra de Dios revelada.

2. El Salmo que resulta de esta combinación es, por tanto, algo más que una simple suma o yuxtaposición de dos pasajes preexistentes. En vez de comenzar con una humilde súplica, como el Salmo 56, «Misericordia, Dios mío, misericordia» (versículo 2), el nuevo Salmo comienza con un anuncio decidido de alabanza a Dios: «Dios mío, mi corazón está firme, para ti cantaré» (Salmo 107, 2). Esta alabanza toma el lugar del lamento que conformaba el inicio del otro Salmo (Cf. 59, 1-6), y se convierte así en la base del oráculo divino sucesivo (Salmo 59, 8-10 = Salmo 107,8-10) y de la súplica que lo circunda (Salmo 59,7.11-14 = Salmo 107, 7. 11-14).

Esperanza y pesadilla se funden y se convierten en materia de la nueva oración, totalmente orientada a sembrar confianza en el tiempo de la prueba vivida por toda la comunidad.

3. El Salmo se abre, por tanto, con un himno gozoso de alabanza. Es un canto matutino acompañado por el arpa y la cítara (Cf. Salmo 107,3). El mensaje es claro y está centrado en la «bondad» y en la «fidelidad» divina (Cf. versículo 5): en hebreo «hésed» y «emèt», son términos típicos para definir la fidelidad amorosa del Señor hacia la alianza con su pueblo. En virtud de esta fidelidad, el pueblo está seguro de que no será abandonado nunca por Dios en el abismo de la nada o de la desesperación.

La relectura cristiana interpreta este Salmo de manera particularmente sugerente. En el versículo 6, el Salmista celebra la gloria trascendente de Dios: «Elévate sobre el cielo (es decir, «sé exaltado»), Dios mío, y llene la tierra tu gloria». Al comentar este Salmo, Orígenes, el célebre escritor cristiano del siglo III, hace referencia a la frase de Jesús: «Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Juan 12, 32), aludiendo a la crucifixión. Ésta tiene como resultado la afirmación del versículo sucesivo: «para que se salven tus predilectos» (Salmo 107, 7). Entonces, Orígenes concluye: «¡Qué significado tan estupendo! El motivo por el que el Señor es crucificado y exaltado consiste

en que sus amados sean liberados... Lo que hemos pedido se ha cumplido: Él ha sido exaltado y nosotros hemos sido liberados» (Orígenes-Jerónimo, «74 homilías sobre el libro de los Salmos» --«74 omelie sul libro dei Salmi»--, Milán 1993, p. 367).

4. Pasemos ahora a la segunda parte del Salmo 107, cita parcial del Salmo 59, como decíamos. En la angustia de Israel, que siente que Dios está ausente y distante («tú, oh Dios, nos has rechazado», versículo 12), se eleva la voz del oráculo del Señor que resuena en el templo (Cf. versículos 8-10). En esta revelación, Dios se presenta como Árbitro y Señor de toda la tierra santa, desde la ciudad de Siquén hasta el valle transjordánico de Sucot, desde las regiones orientales de Galaad y Manasés, pasando por las centro-meridionales de Efraín y Judá, hasta llegar también a los territorios vasallos pero extranjeros de Moab, Edom y Filistea.

Con imágenes coloridas de tono militar o de carácter jurídico se proclama el señorío divino sobre la tierra prometida. Si el Señor reina, no hay que tener miedo: no nos sacuden las fuerzas oscuras del hado o del caos. En todo momento, incluso en los momentos tenebrosos, siempre hay un proyecto superior que rige la historia.

5. Esta fe enciende la llama de la esperanza. Dios indicará de todos modos una salida, es decir, una «ciudad fortificada» colocada en la región de Edom. Esto quiere decir que, a pesar de la prueba y del silencio, Dios volverá a revelarse, a sostener y guiar a su pueblo. Sólo de Él puede venir la ayuda decisiva y no de las alianzas militares externas, es decir, de la fuerza de las armas (Cf. versículo 13). Sólo con él se alcanzará la libertad y se harán «proezas» (Cf. versículo 14).

Con san Jerónimo recordamos la última lección del Salmista, interpretada en clave cristiana: «Nadie debe desesperarse por esta vida. Tienes a Cristo y, ¿tienes miedo? Él será nuestra fuerza, Él será nuestro pan, Él será nuestro guía» («Breviarium in Psalmos», Ps. CVII: PL 26,1224).

Audiencia del Miércoles 28 de mayo del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 109

1. Tras las huellas de una antigua tradición, el Salmo 109, que acabamos de proclamar, constituye el componente primario de las Vísperas dominicales. Aparece en cada una de las cuatro semanas en las que se articula la Liturgia de las Horas. Su brevedad, acentuada por la exclusión en el uso litúrgico cristiano del versículo 6, de carácter imprecatorio, no implica una ausencia de dificultades exegéticas e interpretativas. El texto se presenta como un salmo real, ligado a la dinastía de David, y probablemente hace referencia al rito de entronización del soberano. Sin embargo, la tradición judía y cristiana ha visto en el rey consagrado el perfil del Consagrado por excelencia, el Mesías, el Cristo. Desde esta perspectiva, el Salmo se convierte en un canto luminoso elevado por la Liturgia cristiana al Resucitado en el día festivo, memoria de la Pascua del Señor.

2. El Salmo 109 tiene dos partes, ambas caracterizadas por la presencia de un oráculo divino. El primer oráculo (Cf. versículos 1-3) está dirigido al soberano en el día de su entronización solemne a la «derecha» de Dios, es decir, junto al Arca de la Alianza en el templo de Jerusalén. La memoria de la «generación» divina del rey formaba parte del protocolo oficial de su coronación y tenía para el rey un valor simbólico de investidura y de tutela, al ser el rey lugarteniente de Dios en la defensa de la justicia (Cf. versículo 3).

En la relectura cristiana, esta «generación» se hace real al presentar a Jesucristo como auténtico Hijo de Dios. Así sucedió en el uso cristiano de otro famoso salmo regio-mesiánico, el segundo del Salterio, en el que se lee este oráculo divino: «Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy» (Salmo 2, 7).

3. El segundo oráculo del Salmo 109 tiene, por el contrario, un contenido sacerdotal (Cf. versículo 4). El rey también desempeñaba antiguamente funciones de culto, no según la línea del sacerdocio levítico, sino según otra relación: la del sacerdocio de Melquisedec, el rey-sacerdote de Salem, Jerusalén preisraelita (Cf. Génesis 14,17-20).

En la perspectiva cristiana, el Mesías se convierte en el modelo de un sacerdocio perfecto y supremo. La Carta a los Hebreos, en su parte central, exaltarán este ministerio sacerdotal «a semejanza de Melquisedec» (5, 10), viéndolo encarnado en plenitud en la persona de Cristo.

4. El primer oráculo es citado en varias ocasiones por el Nuevo Testamento para celebrar el carácter mesiánico de Jesús (Cf. Mateo 22, 44; 26,64; Hechos 2, 34-35; 1 Corintios 15, 25-27; Hebreos 1,13). El mismo Cristo ante el sumo sacerdote y ante el Sanedrín judío retomará explícitamente este Salmo, proclamando que se sentará «a la diestra del Poder» divino, como se dice en el Salmo 109, 1 (Marcos 14,62; Cf. 12, 36-37).

En nuestro itinerario por los textos de la Liturgia de las Horas volveremos a comentar este salmo. Para concluir nuestra breve presentación de este himno mesiánico queremos subrayar su interpretación cristológica.

5. Lo hacemos con una síntesis de san Agustín. En el «Comentario al Salmo 109», pronunciado en la Cuaresma del año 412, presentaba el Salmo como una auténtica profecía de las promesas divinas sobre Cristo. El famoso padre de la Iglesia decía: «Era necesario conocer al único Hijo de Dios, que vendría entre los hombres para asumir al hombre y para convertirse en hombre a través de la naturaleza asumida: moriría, resucitaría, ascendería al cielo, se sentaría a la derecha del Padre y cumpliría entre las gentes lo que había prometido... Todo esto debía ser profetizado y preanunciado para que no atemorizara a nadie si acontecía de repente, sino que, siendo objeto de nuestra fe, lo fuese también de una ardiente esperanza. En el ámbito de estas promesas se enmarca este Salmo, que profetiza en términos particularmente seguros y explícitos a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en quien no podemos dudar ni siquiera un momento que haya sido anunciado el Cristo» («Comentarios a los Salmos», «Esposizioni sui Salmi», III, Roma 1976, pp. 951.953).

6. Dirigimos ahora nuestra invocación al Padre de Jesucristo, único rey y sacerdote perfecto y eterno, para que haga de nosotros un pueblo de sacerdotes y de profetas de paz y de amor, un pueblo que cante a Cristo rey y sacerdote, quien se inmoló para reconciliar consigo, en un solo cuerpo, a toda la humanidad, creando al hombre nuevo (Cf. Efesios 2, 15-16).

Audiencia del Miércoles 18 de agosto de 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 114

1. En el Salmo 114, que se acaba de proclamar, la voz del salmista expresa su amor agradecido al Señor, después de que escuchara una intensa súplica: «Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco» (versículos 1-2). Tras esta declaración, se ofrece una sentida descripción de la pesadilla mortal que ha atenazado la vida del orante (Cf. versículos 3-6).

Se representa el drama con los símbolos habituales de los salmos. Las redes que enredan la existencia son las de la muerte, los lazos que la angustian son la espiral del infierno, que quiere atraer a su interior a los vivientes sin nunca saciarse (Cf. Proverbios 30, 15-16).

2. Es la imagen de una presa caída en la trampa de un inexorable cazador. La muerte es como un mordisco que aprieta (Cf. Salmo 114, 3). El orante ha dejado a sus espaldas el riesgo de la muerte, acompañado por una experiencia psíquica dolorosa: «caí en tristeza y angustia» (versículo 3). Pero desde ese abismo trágico lanza un grito hacia el único que puede tender la mano y sacar al orante angustiado de este ovillo imposible de deshacer: «Señor, salva mi vida» (versículo 4).

Es una oración breve pero intensa del hombre que, encontrándose en una situación desesperada, se agarra a la única tabla de salvación. Del mismo modo gritaron en el Evangelio los discípulos en la tormenta (Cf. Mateo 8,25), del mismo modo imploró Pedro cuando, al caminar sobre las aguas, comenzaba a hundirse (Cf. Mateo 14, 30).

3. Una vez salvado, el orante proclama que el Señor es «benigno y justo», es más, «misericordioso» (Salmo 114, 5). Este último adjetivo, en el original hebreo, hace referencia a la ternura de la madre, evocando sus «vísceras».

La confianza auténtica siempre experimenta a Dios como amor, a pesar de que en ocasiones sea difícil intuir el recorrido de su acción. Queda claro que «el Señor guarda a los sencillos» (versículo 6). Por tanto, en la miseria y en el abandono, se puede contar con él, «padre de los huérfanos y tutor de las viudas» (Salmo 67,6).

4. Comienza después un diálogo entre el salmista y su alma, que continuará en el sucesivo Salmo 115, que debe considerarse como parte integrante del que estamos meditando. Es lo que ha hecho la tradición judía, dando origen al único Salmo 116, según la numeración hebrea del Salterio. El salmista invita a su alma a recuperar la paz serena tras la pesadilla mortal (Cf. Salmo 114, 7).

Invocado con fe, el Señor ha tendido la mano, ha roto las redes que rodeaban al orante, ha secado las lágrimas de sus ojos, ha detenido su descenso precipitado en el abismo infernal (Cf. versículo 8). El cambio es claro y el canto concluye con una escena de luz: el orante regresa al «país de la vida», es

decir, a las sendas del mundo para caminar «en presencia del Señor». Se une a la oración comunitaria del templo, anticipación de esa comunión con Dios que le esperará al final de su existencia (Cf. versículo 9).

5. Al concluir, retomemos los pasajes más importantes del Salmo, dejándonos guiar por un gran escritor del siglo III, Orígenes, cuyo comentario al Salmo 114 nos ha llegado en la versión latina de san Jerónimo.

Al leer que el Señor «inclina su oído hacia mí», afirma: «nos damos cuenta de que somos pequeños, no podemos levantarnos, por esto el Señor inclina su oído y se digna escucharnos. Al fin y al cabo, dado que somos hombres y que no podemos convertirnos en dioses, Dios se hizo hombre y se inclinó, según está escrito: "Él inclinó los cielos y bajó" (Salmo 17, 10)».

De hecho, sigue diciendo poco después el Salmo, «el Señor guarda a los sencillos» (Salmo 114, 6): «Si uno es grande, si se exalta y es soberbio, el Señor no le protege; si uno se cree grande, el Señor no tiene misericordia de él; pero si uno se abaja, el Señor tiene misericordia de él y le protege. Hasta el punto de que llega a decir: "aquí estamos yo y los hijos que me ha dado" (Isaías 8, 18). Y también: "Me humillé y Él me salvó"».

De este modo, quien es pequeño y miserable puede recuperar la paz, el descanso, como dice el Salmo (Cf. Salmo 114, 7) y como comenta el mismo Orígenes: «cuando se dice: "Vuelve a tu descanso", es señal de que antes había un descanso que después se ha perdido... Dios nos ha creado y nos ha hecho árbitros de nuestras decisiones, y nos ha puesto a todos en el paraíso, junto a Adán. Pero, dado que por nuestra libre decisión perdimos esa beatitud, terminando en este valle de lágrimas, el justo exhorta a su alma a regresar allí donde cayó... "Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo". Si tú, alma, regresas al paraíso, no es porque eres digna, sino porque eres obra de la misericordia de Dios. Si saliste del paraíso, fue por tu culpa; sin embargo, el regresar es obra de la misericordia del Señor. Digamos también nosotros a nuestra alma: "Recobra tu calma". Nuestra calma es Cristo, nuestro Dios» (Orígenes-Jerónimo, «74 homilías sobre el libro de los Salmos» --«74 Omelie sul libro dei Salmi»--, Milán 1993, pp. 409.412-413).

Audiencia del Miércoles 26 de enero del 2005

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 116

1. Este Salmo, el más breve de todos, está compuesto en el original hebreo por tan sólo diecisiete palabras, de las cuales nueve son particularmente relevantes. Se trata de una pequeña doxología, es decir, un canto esencial de alabanza, que podría servir como broche final para himnos de oración más amplios. Así se hacía, de hecho, en algunas ocasiones en la liturgia, como acontece con nuestro «Gloria al Padre», que pronunciamos al concluir la recitación de cada Salmo.

En verdad, estas pocas palabras de oración se revelan significativas y profundas para exaltar la alianza entre el Señor y su pueblo, dentro de una perspectiva universal. Desde este punto de vista, el primer versículo del Salmo es utilizado por el apóstol Pablo para invitar a todos los pueblos del mundo a glorificar a Dios. Escribe a los cristianos de Roma: «Los gentiles glorifican a Dios por su misericordia, como dice la Escritura: "Alabad, gentiles todos, al Señor y cántenle himnos todos los pueblos"» (Romanos 15, 9.11).

2. El breve himno que estamos meditando comienza, por tanto, como sucede con frecuencia con este tipo de Salmos, con una invitación a la alabanza, que no es dirigida sólo a Israel, sino a todos los pueblos de la tierra. Un «aleluya» debe surgir de los corazones de todos los justos que buscan y aman a Dios con corazón sincero. Una vez más, el Salterio refleja una visión de amplios horizontes, alimentada probablemente por la experiencia vivida por Israel durante el exilio en Babilonia en el siglo VI a. C. El pueblo judío encontró entonces otras naciones y culturas y experimentó la necesidad de anunciar su propia fe a aquéllos entre los que vivía. En el Salterio se da la consciencia de que el bien florece en muchos terrenos y puede ser orientado hacia el único Señor y Creador.

Podemos, por eso, hablar de un «ecumenismo» de la oración, que abarca en un abrazo a pueblos diferentes por su origen, historia y cultura. Nos encontramos en misma línea de la gran «visión» de Isaías que describe «al final de los días» la afluencia de todas las gentes hacia «el monte del templo del Señor». Caerán, entonces, de las manos las espadas y las lanzas; es más, se convertirán en arados y hoces, para que la humanidad viva en paz, cantando su alabanza al único Señor de todos, escuchando su palabra y observando su ley (cf. Isaías 2,1-5).

3. Israel, el pueblo de la elección, tiene en este horizonte universal una misión que cumplir. Tiene que proclamar dos grandes virtudes divinas, que ha experimentado viviendo la alianza con el Señor (cf. versículo 2). Estas dos virtudes, que son como los rasgos fundamentales del rostro divino, el «binomio» de Dios, como decía San Gregorio de Niza (cf. «Sobre los títulos de los Salmos» --«Sui titoli dei Salmi»--, Roma 1994, p. 183), se expresan con términos hebreos que, en las traducciones, no logran brillar con toda la riqueza de su significado.

El primero es «hésed», un término utilizado en varias ocasiones en el Salterio sobre el que ya me detuve en otra ocasión. Indica la trama de los sentimientos profundos que tienen lugar entre dos personas, ligadas por un vínculo auténtico y constante. Abarca, por tanto, valores como el amor, la fidelidad, la misericordia, la bondad, la ternura. Entre nosotros y Dios se da, por tanto, una relación que no es fría, como la que tiene lugar entre un emperador y su súbdito, sino palpitante, como la que se da entre dos amigos, entre dos esposos, o entre padres e hijos.

4. El segundo término es «'emét» y es casi sinónimo del primero. También es sumamente privilegiado por el Salterio, que lo repite casi la mitad de las veces en las que resuena en el resto del Antiguo Testamento.

El término de por sí expresa la «verdad», es decir, el carácter genuino de una relación, su autenticidad y lealtad, que se mantiene a pesar de los obstáculos las pruebas; es la fidelidad pura y gozosa que no conoce doblez. No por casualidad el Salmista declara que «dura por siempre» (versículo 2). El amor fiel de Dios no desfallecerá y no nos abandonará a nosotros mismos, a la oscuridad de la falta de sentido, de un destino ciego, del vacío y de la muerte.

Dios nos ama con un amor incondicional, que no conoce cansancio ni se apaga nunca. Este es el mensaje de nuestro Salmo, tan breve casi como una jaculatoria, pero intenso como un gran cántico.

5. Las palabras que nos sugiere son como un eco del cántico que resuena en la Jerusalén celestial, donde una muchedumbre inmensa de toda lengua, pueblo y nación, canta la gloria divina ante el trono de Dios y ante el Cordero (cf. Apocalipsis 7, 9). La Iglesia peregrina se une a este cántico con infinitas expresiones de alabanza, moduladas con frecuencia por el genio poético y el arte musical. Pensemos, por poner un ejemplo, en el «Te Deum» del que generaciones enteras de cristianos se han servido a través de los siglos para cantar alabanzas y acción de gracias: «Te Deum laudamus, te Dominum confitemur, te aeternum Patrem omnis terra veneratur». Por su parte, el pequeño Salmo que hoy estamos meditando es una eficaz síntesis de la perenne liturgia de alabanza de la que se hace eco la Iglesia en el mundo, uniéndose a la alabanza perfecta que Cristo mismo dirige al Padre.

¡Alabemos, por tanto, al Señor! Alabémosle sin cansarnos. Pero antes de expresar nuestra alabanza con palabras, debe manifestarse con la vida. Seremos muy poco creíbles si invitáramos a los pueblos a dar gloria al Señor con nuestro salmo y no tomáramos en serio la advertencia de Jesús: «Brille vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5, 16). Cantando el Salmo 116, como sucede con todos los Salmos que aclaman al Señor, la Iglesia, Pueblo de Dios, se esfuerza por convertirse ella misma en un cántico de alabanza.

Audiencia del Miércoles 28 de noviembre del 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 116

1. Continuando con nuestra meditación sobre los textos de la Liturgia de los Laudes, volvemos a considerar un Salmo ya propuesto, el más breve del Salterio. Es el Salmo 116, recién escuchado, una especie de pequeño himno, o de jaculatoria que se convierte en una alabanza universal al Señor. Expresa lo que quiere proclamar con dos palabras fundamentales «amor» y «fidelidad» (Cf. v. 2).

Con estos términos, el Salmista ilustra sintéticamente la alianza entre Dios e Israel, subrayando la relación profunda, leal y confiada que existe entre el Señor y su pueblo. Escuchamos aquí el eco de las palabras que el mismo Dios había pronunciado en el Sinaí, al presentarse a Moisés: «Señor, Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad» (Éxodo 34, 6).

2. A pesar de su carácter breve y esencial, el Salmo 116 penetra en el corazón de la oración, que consiste en el encuentro y en el diálogo vivo y personal con Dios. En este acontecimiento, el misterio de la divinidad se revela como fidelidad y amor.

El Salmista añade un aspecto particular de la oración: la experiencia de oración debe irradiarse en el mundo, transformándose en testimonio para quien no comparte nuestra fe. De hecho, al inicio, el horizonte se amplía a «todas las naciones» y «todos los pueblos» (Cf. Salmo 116, 1), para que ante la belleza y la alegría de la fe se dejen también conquistar por el deseo de conocer, encontrar y alabar a Dios.

3. En un mundo tecnológico minado por un eclipse de lo sagrado, en una sociedad que se complace en una cierta autosuficiencia, el testimonio de quien ora es como un rayo de luz en la oscuridad.

En un primer momento, puede que sólo despierte curiosidad, después puede inducir a la persona reflexiva a plantearse el sentido de la oración y, por último, puede suscitar un creciente deseo de hacer la experiencia. Por este motivo, la oración no es nunca un acontecimiento solitario, sino que tiende a dilatarse hasta involucrar al mundo entero.

4. Acompañamos ahora el Salmo 116 con las palabras de un gran Padre de la Iglesia de Oriente, san Efrén el Sirio, quien vivió en el siglo IV. En uno de sus «Himnos sobre la fe», el decimocuarto, expresa el deseo de no dejar de alabar nunca a Dios, involucrando también a «todos aquellos que comprenden la verdad» divina. Este es su testimonio: «¿Cómo puede dejar de alabarte mi arpa, Señor?/ ¿Cómo podría enseñar a mi lengua la infidelidad?/ Tu amor ha dado confianza a mis dudas,/ pero mi voluntad es todavía ingrata (estrofa 9).

»Es justo que el hombre reconozca tu divinidad,/ es justo que los seres celestes alaben tu humanidad;/ los seres celestes se sorprendieron al ver que te habías aniquilado,/ y los de la tierra al ver hasta qué punto te has exaltado»

(estrofa. 10: «El Arpa del Espíritu» («L'Arpa dello Spirito»), Roma 1999, pp. 26-28).

5. En otro himno («Himnos Nisibianos», 50), san Efrén confirma su compromiso de alabanza incesante, y explica el motivo en el amor y en la compasión de Dios por nosotros, precisamente como sugiere nuestro Salmo.

«Que en ti, Señor, mi boca te alabe desde silencio./ Que nuestras bocas no dejen de pronunciar tu alabanza,/ que nuestros labios no dejen de profesarte;/ que tu alabanza pueda vibrar en nosotros!» (estrofa 2).

»Dado que la raíz de nuestra fe está hundida en nuestro Señor;/ a pesar de que está lejos, está cerca en la fusión del amor./ Que las raíces de nuestro amor se unan a él,/ que la plenitud de su compasión se difunda sobre nosotros» (estrofa. 6: ibídem., pp. 77.80).

Audiencia del Miércoles 5 de febrero del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 117

Cuando el cristiano, en sintonía con la voz orante de Israel, canta el Salmo 117, que acabamos de escuchar, siente en su interior un particular estremecimiento. En este himno, descubre dos frases de intenso carácter litúrgico cuyo eco se escucha en el Nuevo Testamento con una nueva tonalidad.

La primera aparece en el versículo 22: «La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular». Esta frase es citada por Jesús, quien la aplica a su misión de muerte y de gloria, después de haber narrado la parábola de los viñadores asesinos (cf. Mateo 21, 42). La frase es evocada también por Pedro en los Hechos de los Apóstoles: Jesús «es la piedra que vosotros los constructores habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular. Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos» (Hechos 4, 11-12).

Comenta Cirilo de Jerusalén: «Decimos que uno solo es el Señor Jesucristo pues su filiación es única; uno solo para que tú no creas que hay otro... De hecho, es llamado piedra, pero no una piedra tallada por manos humanas, sino una piedra angular, para que quien crea en él no quede decepcionado» («Las catequesis» - «Le Catechesi», Roma 1993, páginas 312-313).

La segunda frase que el Nuevo Testamento toma del Salmo 117 es proclamada por la muchedumbre en la solemne entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» (Mateo 21, 9; cf. Salmo 117, 26). La aclamación queda enmarcada por un «Hosanna», «hoshiac na', deh», «¡sálvanos!».

2. Este espléndido himno bíblico se enmarca en la pequeña serie de Salmos, del 112 al 117, llamada el «Hallel pasquale», es decir, la alabanza salmódica utilizada en el culto judío para la Pascua y las principales solemnidades del año litúrgico. El rito de procesión puede ser considerado como el hilo conductor del Salmo 117, salpicado quizá por cantos para solista y para coro, con la ciudad santa y su templo como telón de fondo. Una bella antífona abre y cierra el texto: «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia» (versículos 1 y 29).

La palabra «misericordia» traduce la palabra judía «hesed», que designa la fidelidad generosa de Dios hacia su pueblo aliado y amigo. Tres categorías de personas son involucradas en el cántico de esta alabanza: todo Israel, «la casa de Aarón», es decir, los sacerdotes, y «quien teme a Dios», una locución que indica a los fieles y sucesivamente también a los prosélitos, es decir, los miembros de otras naciones que desean adherir a la ley del Señor (cf. versículos 2-4).

3. La procesión parece avanzar por las calles de Jerusalén, pues se habla de las «tiendas de los justos» (cf. v. 15). De todos modos, se eleva un himno de acción de gracias (cf. versículos 5-18), cuyo mensaje esencial es: incluso en la

angustia es necesario conservar la llama de la confianza, pues la mano potente del Señor lleva a su fiel a la victoria sobre el mal y a la salvación.

El poeta sagrado utiliza imágenes fuertes y vivas: los adversarios crueles son comparados a un enjambre de avispas o a una columna de fuego que avanza dejando todo hecho cenizas (cf. versículo 12). Pero la reacción del justo, apoyado por el Señor, es vehemente: en tres ocasiones repite: «en el nombre del Señor los rechacé» y el verbo hebreo pone de manifiesto una intervención destructiva del mal (cf. versículos 10.11.12). En el origen, de hecho, está la diestra poderosa de Dios, es decir, su obra eficaz, y no precisamente la mano débil e incierta del hombre. Por este motivo la alegría por la victoria sobre el mal deja lugar a una profesión de fe muy sugerente: «el Señor es mi fuerza y mi energía, Él es mi salvación» (versículo 14).

4. La procesión parece llegar al templo, «a las puertas del triunfo» (versículo 19), es decir, a la puerta santa de Sión. Aquí se entona un segundo canto de acción de gracias, que comienza con un diálogo entre la asamblea y los sacerdotes para ser admitidos al culto. «Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor», dice el solista en nombre de la asamblea en procesión. «Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella» (versículo 20), responden otros, probablemente los sacerdotes.

Una vez atravesada la puerta, comienza el himno de acción de gracias al Señor, que en el templo se ofrece como «piedra» estable y segura sobre la que se edifica la casa de la vida (cf. Mateo 7, 24-25). Una bendición sacerdotal desciende sobre los fieles, que han entrado en el templo para expresar su fe, elevar su oración y celebrar el culto.

5. La última escena que se abre ante nuestros ojos está constituida por un rito gozoso de danzas sagradas, acompañadas por un festivo agitar de palmas: «Ordenad una procesión con ramos hasta los ángulos del altar» (versículo 27). La liturgia es alegría, encuentro de fiesta, expresión de toda la existencia que alaba al Señor. El rito de los ramos recuerda la solemnidad judía de las Chozas, memoria de la peregrinación de Israel en el desierto, solemnidad en la que se realizaba una procesión con ramas de palmera, arrayán y sauce. Este mismo rito, evocado por el Salmo, se vuelve a proponer en la entrada de Jesús en Jerusalén, celebrada en la liturgia del Domingo de Ramos.

Cristo es ensalzado como «hijo de David» (cf. Mateo 21, 9) por la muchedumbre que «había llegado para la fiesta... y tomando ramos de palmera salió a su encuentro gritando: "Hosanna. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor y rey de Israel!"» (Juan 12, 12-13). En aquella celebración festiva, que sin embargo es el preludio de la pasión y muerte de Jesús, se aplica en sentido pleno el símbolo de la piedra angular, propuesto al inicio, alcanzando un valor glorioso y pascual.

El Salmo 117 alienta a los cristianos a reconocer en el acontecimiento de la Pascua de Jesús «el día en que actuó el Señor», en el que «La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular». Con el salmo pueden cantar llenos de gratitud: «Mi fuerza y mi canto es el Señor, Él es mi salvación»

(versículo 14); «Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo» (versículo 24).

Audiencia del Miércoles 5 de diciembre del 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 117

1. En todas las festividades más significativas y gozosas del antiguo judaísmo -en particular en la celebración de la Pascua-- se cantaba la secuencia de los Salmos que va desde el 112 al 117. Esta serie de himnos de alabanza y de acción de gracias a Dios era llamada el «Hallel egipcio», pues en uno de ellos, el Salmo 113 A, se evocaba de manera poética y casi visiva el éxodo de Israel de la tierra de la opresión, el Egipto de los faraones, y el maravilloso don de la alianza. Pues bien, el último Salmo que sigla este «Hallel egipcio» es precisamente el 117, que acabamos de proclamar, y que ya habíamos meditado en un comentario precedente.

2. Este canto revela claramente su uso litúrgico dentro del templo de Jerusalén. En su trama, de hecho, parece desarrollarse una procesión, que comienza en las «tiendas de los justos» (versículo 15), es decir, en las casas de los fieles. Éstos exaltan la protección de la mano divina, capaz de tutelar a quien es recto y confía incluso cuando irrumpen los adversarios crueles. La imagen utilizada por el Salmista es expresiva: «me rodeaban como avispas, ardiendo como fuego en las zarzas, en el nombre del Señor los rechacé» (versículo 12).

Ante este peligro superado, el pueblo de Dios estalla en «cantos de victoria» (v. 15) en honor de «la diestra del Señor» que «es poderosa» (Cf. versículo 16). Se da, por tanto, la conciencia de no estar nunca solos, a merced de la tormenta desencadenada por los malvados. La última palabra, en verdad, es siempre la de Dios que, si bien permite la prueba a su fiel, sin embargo no le entrega a la muerte (Cf. versículo 18).

3. Al llegar a este punto, parece que la procesión llega a la meta evocada por el Salmista a través de la imagen de «las puertas del triunfo» (versículo 19), es decir, la puerta santa del templo de Sión. La procesión acompaña al héroe a quien Dios ha dado la victoria. Pide que se le abran las puertas para que pueda «dar gracias al Señor» (versículo 19). Con él «los vencedores entran por ella» (versículo 20). Para expresar la dura prueba que ha superado y la glorificación que de ella resulta, se compara a sí mismo con «la piedra desechada por los arquitectos» convertida «ahora en la piedra angular» (versículo 22).

Cristo asumirá precisamente esta imagen y este versículo, al final de la parábola de los viñadores homicidas para anunciar su pasión y su glorificación (Cf. Mateo 21, 42).

4. Al aplicarse a sí mismo este Salmo, Cristo abre el camino a la interpretación cristiana de este himno de confianza y de gratitud al Señor por su «hesed», es decir, por su fidelidad amorosa, de la que se hace eco todo el Salmo (Cf. Salmo 117,1.2.3.4.29).

Los símbolos adoptados por los Padres de la Iglesia son dos. Ante todo, el de la «puerta del triunfo», que san Clemente Romano en su «Carta a los Corintios» comentaba de este modo: «Muchas son las puertas abiertas, pero la

de del triunfo está en Cristo. Bienaventurados todos los que entran por ella y dirigen su camino en la santidad y en la justicia, cumpliendo tranquilamente con todo» (48,4: «Los Padres Apostólicos», «I Padri Apostolici», Roma 1976, p. 81).

5. Otro símbolo, unido al precedente, es precisamente el de la piedra. Nos dejaremos guiar ahora en nuestra meditación por san Ambrosio en su «Exposición sobre el Evangelio según Lucas». Comentando la profesión de fe de Pedro en Cesarea de Filipo, recuerda que «Cristo es la piedra» y que «Cristo tampoco negó este bello nombre a su discípulo, de modo que también él sea Pedro, para que en la piedra tenga la firmeza de la perseverancia, la inquebrantabilidad de la fe».

Ambrosio introduce entonces la exhortación: «Esfuézate tú también por ser una piedra. Pero para esto, no busques la piedra fuera de ti, sino dentro de ti. Tu piedra son tus acciones, tu piedra es tu pensamiento. Sobre esta piedra se edifica tu casa para que no sea flagelada por ninguna tempestad de los espíritus del mal. Si eres una piedra, estarás dentro de la Iglesia, pues la Iglesia está sobre la piedra. Si estás dentro de la Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ti» (VI, 97-99: «Obras exegeticas», «Opere esegetiche», IX/II, Milán-Roma 1978 = Saemo 12, p. 85).

Audiencia del Miércoles 12 de febrero del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 118

Promesa de cumplir los mandamientos de Dios

1. Después de la pausa con ocasión de mi estancia en el Valle de Aosta, reanudamos ahora, en esta audiencia general, nuestro itinerario a lo largo de los salmos que nos propone la liturgia de las Vísperas. Hoy reflexionamos sobre la decimocuarta de las veintidós estrofas que componen el salmo 118, grandioso himno a la ley de Dios, expresión de su voluntad. El número de las estrofas corresponde a las letras del alfabeto hebreo e indica plenitud; cada una de ellas se compone de ocho versículos y de palabras que comienzan con la correspondiente letra del alfabeto en sucesión. En la estrofa que hemos escuchado, las palabras iniciales de los versículos comienzan con la letra hebrea nun. Esta estrofa se encuentra iluminada por la brillante imagen de su primer versículo: "Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero" (v. 105). El hombre se adentra en el itinerario a menudo oscuro de la vida, pero repentinamente el esplendor de la palabra de Dios disipa las tinieblas.

También el salmo 18 compara la ley de Dios con el sol, cuando afirma que "la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos" (v. 9). En el libro de los Proverbios se reafirma que "el mandato es una lámpara y la lección una luz" (Pr 6, 23). Precisamente con esa imagen Cristo mismo presentará su persona como revelación definitiva: "Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8, 12).

2. El salmista continúa su oración evocando los sufrimientos y los peligros de la vida que debe llevar y que necesita ser iluminada y sostenida: "¡Estoy tan afligido, Señor! Dame vida según tu promesa. (...) Mi vida está en peligro; pero no olvido tu voluntad" (Sal 118, 107. 109).

Toda la estrofa está marcada por un sentimiento de angustia: "Los malvados me tendieron un lazo" (v. 110), confiesa el orante, recurriendo a una imagen del ámbito de la caza, frecuente en el Salterio. El fiel sabe que avanza por las sendas del mundo en medio de peligros, afanes y persecuciones. Sabe que las pruebas siempre están al acecho. El cristiano, por su parte, sabe que cada día debe llevar la cruz a lo largo de la subida a su Calvario (cf. Lc 9, 23).

3. A pesar de todo, el justo conserva intacta su fidelidad: "Lo juro y lo cumpliré: guardaré tus justos mandamientos (...). No olvido tu voluntad (...). No me desvié de tus decretos" (Sal 118, 106. 109. 110). La paz de la conciencia es la fuerza del creyente; su constancia en cumplir los mandamientos divinos es la fuente de la serenidad.

Por tanto, es coherente la declaración final: "Tus preceptos son mi herencia perpetua, la alegría de mi corazón" (v. 111). Esta es la realidad más valiosa, la "herencia", la "recompensa" (v. 112), que el salmista conserva con gran esmero y amor ardiente: las enseñanzas y los mandamientos del Señor. Quiere ser

totalmente fiel a la voluntad de su Dios. Por esta senda encontrará la paz del alma y logrará atravesar el túnel oscuro de las pruebas, llegando a la alegría verdadera.

4. A este respecto, son muy iluminadoras las palabras de san Agustín, el cual, comentando precisamente el salmo 118, desarrolla al comienzo el tema de la alegría que brota del cumplimiento de la ley del Señor. "Este larguísimo salmo, desde el inicio, nos invita a la felicidad, la cual, como es sabido, constituye la esperanza de todo hombre. En efecto, ¿puede haber alguien que no desee ser feliz? ¿ha habido o habrá alguien que no lo desee? Pero si esto es verdad, ¿qué necesidad hay de invitaciones para alcanzar una meta a la que el corazón humano tiende espontáneamente? (...) ¿No será tal vez porque, aunque todos aspiramos a la felicidad, la mayoría ignora el modo como se consigue? Sí, precisamente esta es la lección de aquel que dice: "Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor".

"Al parecer, quiere decir: Sé lo que quieres; sé que buscas la felicidad. Pues bien, si quieres ser feliz, lleva una vida intachable. Lo primero lo buscan todos; pero son pocos los que se preocupan de lo segundo, sin lo cual no se puede conseguir aquello que es la aspiración común. ¿Cómo llevar una vida intachable si no es caminando en la voluntad del Señor? Por tanto, dichosos los que con vida intachable caminan en la voluntad del Señor. Esta exhortación no es superflua, sino necesaria para nuestro espíritu" (Esposizioni sui Salmi, III, Roma 1976, p. 1113).

Hagamos nuestra la conclusión del gran obispo de Hipona, que reafirma la permanente actualidad de la felicidad prometida a quienes se esfuerzan por cumplir fielmente la voluntad de Dios.

Audiencia del Miércoles 21 de julio de 2004

Catequesis del Papa Juan PABlo II: Salmo 118

1. La liturgia de las Laudes nos propone en el sábado de la primera semana una sola estrofa tomada del Salmo 118, una monumental oración de 22 estrofas, que corresponden al número de letras del alfabeto hebreo. Cada estrofa se caracteriza por una letra del alfabeto, con la que comienzan cada uno de los versículos. El orden de las estrofas sigue el del alfabeto. La que acabamos de proclamar es la estrofa número 19, que corresponde a la letra «Coph».

Esta premisa, algo exterior, nos permite comprender mejor el significado de este canto en honor de la Ley divina. Es semejante a una música oriental, cuyas modulaciones sonoras no parecen acabar nunca y subir al cielo con una repetición que se apodera de la mente y los sentidos, del espíritu y el cuerpo del que ora.

2. En una secuencia que va de la «Aleph» a la «Tau», es decir, de la primera a la última letra del alfabeto, de la «a» a la «zeta» diríamos con nuestro alfabeto, el orante se entrega a la alabanza de la Ley de Dios, que usa como lámpara para sus pasos en el camino con frecuencia oscuro de la vida (cf. versículo 105).

Se dice que el gran filósofo y científico Blaise Pascal recitaba diariamente este Salmo, que es el más amplio de todos; mientras que el teólogo Dietrich Bonhoeffer, asesinado por los nazis en 1945, lo convertía en oración viva y actual escribiendo: «Indudablemente el Salmo 118 es largo y monótono, pero nosotros tenemos que ir palabra por palabra, frase por frase, lenta y pacientemente. Descubriremos entonces que las aparentes repeticiones son en realidad aspectos nuevos de una misma realidad: el amor por la Palabra de Dios. Como este amor no puede tener nunca fin, tampoco tienen fin las palabras que lo confiesan. Pueden acompañarnos por toda nuestra vida. En su sencillez se convierten en la oración del niño, del hombre, del anciano» (Rezar los Salmos con Cristo, «Pregare i Salmi con Cristo», Brescia 1978, p. 48).

3. El hecho de repetir, además de ayudar la memoria con el canto coral, se convierte en un camino para estimular la adhesión interior y el abandono confiado entre los brazos de Dios invocado y amado. De las repeticiones del Salmo 118 queremos señalar una que es sumamente significativa. Cada uno de los 176 versículos que conforman esta alabanza de la Torá, es decir de la Ley y la Palabra divina, contiene al menos una de las ocho palabras con las que se define la Torá misma: ley, palabra, testimonio, juicio, dicho, decreto, precepto, orden. Se celebra así la Revelación divina, que es revelación del misterio de Dios, así como guía moral para la existencia del fiel.

Dios y el hombre están, de este modo, unidos en un diálogo compuesto de palabras y de obras, de enseñanzas, de escucha, de verdad y de vida.

4. Pasemos ahora a nuestra estrofa (cf. versículos 145-152), que se adapta muy bien a la atmósfera de las Laudes matutinas. De hecho, la escena que aparece en el centro de estos ocho versículos es nocturna, pero abierta al nuevo día. Después de una larga noche de espera y de vigilia en oración en el templo, cuando aparece en el horizonte la aurora y comienza la liturgia, el fiel está seguro de que el Señor escuchará a quien ha pasado la noche rezando, esperando, y meditando en la Palabra divina. Consolado por esta convicción, frente al día que se abre ante él, ya no teme los peligros. Sabe que no será arrollado por sus perseguidores que traicionándole le asedian (cf. versículo 150), porque el Señor está a su lado.

5. La estrofa expresa una intensa oración: «Te invoco de todo corazón: respóndeme... me adelanto a la aurora pidiendo auxilio, esperando tus palabras...» (versículos 145.147). En el Libro de las Lamentaciones se lee esta invitación: «En pie, lanza un grito en la noche, cuando comienza la ronda [del centinela]; como agua tu corazón derrama ante el rostro del Señor, alza tus manos hacia él» (Lamentaciones 2,19). San Ambrosio repetía: «¿No sabes, hombre, que tienes que ofrecer todos los días a Dios las primicias de tu corazón y de tu voz? Apresúrate para llevar a la iglesia al alba las primicias de tu piedad» («Exp. in ps.» CXVIII: PL 15,1476A).

Al mismo tiempo, nuestra estrofa es también la exaltación de una certeza: no estamos solos, pues Dios escucha e interviene. Lo dice el orante: «Tú, Señor, estás cerca» (versículo 151). Lo confirman otros Salmos: «Acércate a mí, rescátame, líbrame de mis enemigos» (Salmo 68, 19); «El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos» (Salmo 33, 19).

Audiencia del Miércoles 14 de noviembre del 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 118

1. En nuestro ya largo recorrido por los Salmos que propone la Liturgia de los Laudes, llegamos a una estrofa --exactamente la decimonona-- de la oración más amplia del Salterio, el Salmo 118. Se trata de una parte del inmenso cántico alfabético: el Salmista distribuye su obra en veintidós estrofas que corresponden a la sucesión de veintidós palabras hebreas que comienzan todas con una misma letra del alfabeto. La estrofa que acabamos de escuchar está caracterizada por la letra hebrea «Coph», y representa al orante presentando a Dios su intensa vida de fe y de oración (Cf. versículos 145-152).

2. La invocación al Señor no conoce descanso, pues es una respuesta continua a la propuesta permanente de la Palabra de Dios. Por un lado, se multiplican los verbos de la oración: «Te invoco», «a ti grito», «pido auxilio», «escucha mi voz». Por otro lado, se exalta la palabra del Señor, que propone «leyes», «decretos», «palabras», «promesas», «la voluntad», «mandamientos», «preceptos» y testimonios de Dios. Juntos forman una constelación que es como la estrella polar de la fe y de la confianza del Salmista. La oración se revela, por ello, como un diálogo que se abre cuando ya es de noche y cuando la aurora no ha salido (Cf. v. 147) y continúa durante todo el día, en particular en las dificultades de la vida. De hecho, el horizonte es en ocasiones oscuro y tempestuoso: «ya se acercan mis inicuos perseguidores, están lejos de tu voluntad» (v. 150). Pero el que ora tiene una certeza inquebrantable, la cercanía de Dios con su palabra y su gracia: «Pero Tú, Señor, estás cerca» (v. 151). Dios no abandona al justo en las manos de los que le persiguen.

3. Una vez delineado el sencillo pero incisivo mensaje de la estrofa del Salmo 118 --mensaje apto para el inicio de una jornada--, nos apoyaremos en nuestra meditación en un gran Padre de la Iglesia, san Ambrosio, quien en su Comentario al Salmo 118 dedica 44 párrafos a explicar precisamente la estrofa que acabamos de escuchar.

Retomando la invitación a cantar la alabanza divina desde las primeras horas de la jornada, se detiene en particular en los versículos 147-148: «Me adelanto a la aurora pidiendo auxilio... Mis ojos se adelantan a las vigias de la noche». En esta declaración del Salmista, Ambrosio intuye la idea de una oración constante, que abraza todo momento: «Quien clama al Señor, tiene que actuar como si no conociera la existencia de un momento particular dedicado a las súplicas al Señor; por el contrario, debe permanecer siempre en actitud de súplica. ¡Ya sea que comamos, ya sea que bebamos, anunciamos a Cristo, rezamos a Cristo, pensamos en Cristo, hablamos de Cristo! ¡Que Cristo esté siempre en nuestro corazón y en nuestra boca!» («Comentario al Salmo 118/2» --«Commento al Salmo 118/2»-- Saemo 10, p. 297).

Haciendo referencia después a los versículos que hablan del momento específico de la mañana, y aludiendo también a la expresión del libro de la Sabiduría que prescribe «adelantarse al sol para dar gracias» a Dios (16, 28), Ambrosio comenta: «Sería grave el que los rayos del sol naciente te

sorprendieran desperezándote en la cama con descaro y si una luz más fuerte te hiriera los ojos soñolientos, sumidos todavía por la galbana. Para nosotros es una vergüenza pasar tanto tiempo sin la más mínima práctica de piedad y sin ofrecer un sacrificio espiritual en una noche sin nada qué hacer» (ibídem, op. cit., p. 303).

4. Después, san Ambrosio, al contemplar el sol que sale --como había hecho en otro himno famoso «durante el canto del gallo», el «Aeterne rerum conditor», que ha pasado a formar parte de la Liturgia de las Horas--, nos interpela con estas palabras: «¿Acaso no sabes, hombre, que todos los días estás en deuda con Dios por las primicias de tu corazón y de tu voz? La mies madura todos los días; todos los días madura el fruto. Corre por tanto al encuentro del sol que sale... El sol de justicia quiere ser anticipado y no espera otra cosa... Si te adelantas a la salida de este sol, recibirás como luz a Cristo. Será Él precisamente la primera luz que brillará en lo secreto de tu corazón. Será Él precisamente quien... hará resplandecer para ti la luz de la mañana en las horas de la noche, si meditas en las palabras de Dios. Mientras meditas, sale la luz... A primera hora de la mañana, vete rápidamente a la iglesia y lleva como homenaje las primicias de tu devoción. Y después, si el compromiso del mundo te llama, nadie te impedirá decir: " Mis ojos se adelantan a las vigiliás, meditando tu promesa", y con la conciencia tranquila te dedicarás a tus asuntos. ¡Qué bello es comenzar el día con los himnos y los cantos, con las Bienaventuranzas que lees en el Evangelio! ¡Qué provechoso es el que descienda para bendecirte la palabra del Señor; que tú, mientras repites cantando la bendición del Señor, se apodere de ti el compromiso de realizar alguna virtud, si quieres encontrar en tu interior algo que te haga sentirte merecedor de esa bendición divina!» (ibídem, op. cit., pp. 303.309.311.313).

Acojamos también nosotros el llamamiento de san Ambrosio y que todas las mañanas abramos la mirada sobre la vida cotidiana, con sus alegrías y pesadillas, invocando a Dios para que esté cerca de nosotros y nos guíe con su palabra, que infunde serenidad y gracia

Audiencia del Miércoles 15 de enero del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 134

1. La Liturgia de los Laudes, que estamos siguiendo en su desarrollo a través de nuestras catequesis, nos propone la primera parte del Salmo 134, que acaba de resonar en el canto del coro. El texto presenta una serie de alusiones a otros pasajes bíblicos y la atmósfera que lo envuelve parece ser la de Pascua. De hecho, la tradición judía ha unido nuestro Salmo al sucesivo, el 135, considerando el conjunto como «el gran Hallel», es decir, la alabanza solemne y festiva que se eleva al Señor con motivo de la Pascua.

El Salmo destaca con fuerza el Éxodo, con la mención de las «plagas» de Egipto y con la evocación de la entrada en la tierra prometida. Pero sigamos ahora las etapas sucesivas que el Salmo 134 muestra en el desarrollo de los primeros 12 versículos: es una reflexión que queremos transformar en oración.

2. En la apertura nos encontramos con la característica invitación a la alabanza, elemento típico de los himnos dirigidos al Señor en el Salterio. El llamamiento a cantar el «aleluya» está dirigido a los «siervos del Señor» (Cf. v. 1), que en el original hebreo son presentados como los «erguidos» en el espacio sagrado del templo (Cf. v. 2), es decir, en la actitud ritual de la oración (Cf. Salmo 133, 1-2).

Quedan involucrados en la alabanza ante todo los ministros de culto, sacerdotes y levitas, que viven y trabajan «en los atrios de la casa de nuestro Dios» (Cf. Salmo 134, 2). Sin embargo, a estos «siervos del Señor» se les asocian idealmente todos los fieles. De hecho, inmediatamente después se menciona la elección de todo Israel para ser aliado y testigo del amor del Señor: «Porque él se escogió a Jacob, a Israel en posesión suya» (versículo 4). En esta perspectiva, se celebran dos cualidades fundamentales de Dios: es «bueno» y es «amable» (versículo 3). El lazo que existe entre nosotros y el Señor está marcado por el amor, la intimidad, la adhesión gozosa.

3. Tras la invitación a la alabanza, el Salmista continúa con una solemne profesión de fe, comenzada por la típica expresión: «Yo sé», es decir, yo reconozco, yo creo (Cf. versículo 5). Un solista, en nombre de todo el pueblo reunido en asamblea litúrgica, proclama dos artículos de fe. Ante todo, se exalta la acción de Dios en todo el universo: Él es por excelencia el Señor del cosmos: «El Señor todo lo que quiere lo hace: en el cielo y en la tierra» (versículo 6). Domina incluso a los mares y océanos que son el emblema del caos, de las energías negativas, del límite y de la nada.

El Señor forma las nubes, los relámpagos, la lluvia, los vientos recurriendo a sus «silos» (Cf. versículo 7). El antiguo hombre de Oriente Próximo imaginaba, de hecho, que los agentes climáticos estaban custodiados en unas reservas, como cofres celestes de los que Dios se servía para diseminarlos por la tierra.

4. La otra parte de la profesión de fe afecta a la historia de la salvación. El Dios creador es reconocido ahora como el Señor redentor, evocando los

acontecimientos fundamentales de la liberación de Israel de la esclavitud egipcia. El Salmista cita, ante todo, la «plaga» de los primogénitos (Cf. Éxodo 12, 29-30), que resume todos los «signos y prodigios» realizados por el Dios liberador durante la epopeya del Éxodo (Cf. Salmo 134, 8-9). Inmediatamente después se recuerdan las clamorosas victorias que permitieron a Israel superar las dificultades y los obstáculos que encontró en su camino (Cf. versículos 10-11). Por último, se perfila en el horizonte la tierra prometida, que Israel recibe «en herencia» del Señor (Cf. versículo 12).

Pues bien, todos estos signos de alianza que serán más ampliamente profesados en el Salmo sucesivo, el 135, atestiguan la verdad fundamental, proclamada en el primer mandamiento del Decálogo. Dios es único y es una persona que actúa y habla, ama y salva: «Grande es el Señor, nuestro Dios más que todos los dioses» (versículo 5; Cf. Éxodo 20, 2-3; Salmo 94, 3).

5. En la estela de esta profesión de fe, también nosotros elevamos nuestra alabanza a Dios. El Papa san Clemente I, en su «Carta a los Corintios» nos dirige esta invitación: «Dirijamos la mirada hacia el Padre y Creador de todo el universo. Aferrémonos a los dones y beneficios de la paz, magníficos y sublimes. ¡Contemplémoslo con el pensamiento y miremos con los ojos del alma su gran voluntad! Consideremos cómo es ecuánime con toda criatura. Los cielos que se mueven según el orden que les ha dado le obedecen en la armonía. El día y la noche cumplen el curso que les ha establecido y no se entorpecen mutuamente. El sol y la luna y los coros de las estrellas, según su dirección, giran en armonía, sin desviación para las órbitas que se les han asignado. La tierra, fecunda por su voluntad, produce alimentación abundante para los hombres, para las fieras y para todos los animales que viven de ella, sin ofrecer resistencia, y sin cambiar su propio ordenamiento» (19, 2-20,4: «Los Padres Apostólicos» --«I Padri Apostolici»--, Roma 1984, pp. 62-63).

Clemente I concluye observando: «El Creador y Señor del universo dispuso que todas estas cosas fueran benéficas en la paz y en la concordia para todo y particularmente para nosotros que recurrimos a su piedad por medio de nuestro Señor Jesucristo. A Él la gloria y majestad por los siglos de los siglos. Amén» (20,11-12: ibídem, p. 63).

Audiencia del Miércoles 09 de abril del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 135

1. En estos días de la octava de Pascua es grande el júbilo de la Iglesia por la resurrección de Cristo. Después de sufrir la pasión y la muerte en cruz, ahora vive para siempre, y la muerte ya no tiene ningún poder sobre él.

La comunidad de los fieles, en todas las partes del mundo, eleva al cielo un cántico de alabanza y acción de gracias a Aquel que ha librado al hombre de la esclavitud del mal y del pecado mediante la redención realizada por el Verbo encarnado. Es lo que expresa el Salmo 135 que se acaba de proclamar y que constituye un espléndido himno a la bondad del Señor. El amor misericordioso de Dios se revela de forma plena y definitiva en el Misterio pascual.

2. Después de su resurrección, el Señor se apareció en repetidas ocasiones a los discípulos y se encontró muchas veces con ellos. Los evangelistas refieren varios episodios, que ponen de manifiesto el asombro y la alegría de los testigos de acontecimientos tan prodigiosos. San Juan, en particular, destaca las primeras palabras dirigidas por el Maestro resucitado a los discípulos.

«¡Paz a vosotros!», dice al entrar en el Cenáculo, y repite tres veces este saludo (cf. Jn 20, 19. 21. 26). Podemos decir que la expresión: «¡Paz a vosotros!», en hebreo «shalom», contiene y sintetiza, en cierto modo, todo el mensaje pascual. La paz es el don que el Señor resucitado ofrece a los hombres, y es el fruto de la vida nueva inaugurada por su resurrección.

Por lo tanto, la paz se identifica como «novedad» introducida en la historia por la Pascua de Cristo. Nace de una profunda renovación del corazón del hombre. Así pues, no es el resultado de esfuerzos humanos, ni se puede conseguir sólo gracias a acuerdos entre personas e instituciones. Más bien, es un don que hay que acoger con generosidad, conservar con esmero y hacer fructificar con madurez y responsabilidad. Por más complicadas que sean las situaciones y por más fuertes que sean las tensiones y los conflictos, nada puede resistir a la eficaz renovación traída por Cristo resucitado. Él es nuestra paz. Como leemos en la carta de san Pablo a los Efesios, él con su cruz derribó la enemistad «haciendo las paces, para crear, en él, un solo hombre nuevo» (Ef 2, 15).

3. La octava de Pascua, impregnada de luz y alegría, se concluirá el domingo próximo con el «domingo in Albis», llamado también «domingo de la “Misericordia divina”». La Pascua es manifestación perfecta de esta misericordia de Dios, «que se compadece de sus siervos» (Sal 135, 14).

Con la muerte en cruz, Cristo nos ha reconciliado con Dios y ha puesto en el mundo las bases de una convivencia fraterna de todos. En Cristo el ser humano frágil, y que anhela la felicidad, ha sido rescatado de la esclavitud del maligno y de la muerte, que engendra tristeza y dolor. La sangre del Redentor ha lavado nuestros pecados. Así hemos experimentado la fuerza renovadora de su perdón. La misericordia divina abre el corazón al perdón de los

hermanos, y con el perdón ofrecido y recibido es como se construye la paz en las familias y en todos los demás ambientes de vida.

Renuevo de buen grado mi más cordial felicitación pascual a todos vosotros, a la vez que os encomiendo, juntamente con vuestras familias y vuestras comunidades, a la protección celestial de María, Madre de la Misericordia y Reina de la paz.

Audiencia del Miércoles 23 de abril del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 140

1. En las catequesis precedentes, hemos hecho un repaso de la estructura y del valor de la Liturgia de las Vísperas, la gran oración eclesial del anochecer. Ahora nos adentramos en su interior. Será como peregrinar por esa especie de «tierra santa» que constituyen los Salmos y los Cánticos. Nos detendremos cada vez ante cada una de las oraciones poéticas, que Dios ha sellado con su inspiración. El mismo Señor desea que se le dirijan estas invocaciones. Le gusta escucharlas, sintiendo vibrar en ellas el corazón de sus hijos amados.

Comenzaremos con el Salmo 140, con el que comienzan las Vísperas del domingo de la primera de las cuatro semanas con las que, tras el Concilio, ha quedado articulada la oración del anochecer de la Iglesia.

2. «Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde». El versículo 2 de este Salmo puede considerarse como el signo distintivo de todo el canto y la justificación evidente del motivo por el que ha sido colocado dentro de la Liturgia de las Vísperas. La idea expresada refleja el espíritu de la teología profética que une íntimamente el culto con la vida, la oración con la existencia.

La misma oración, hecha con corazón puro y sincero, se convierte en un sacrificio ofrecido a Dios. Todo el ser de la persona que reza se convierte en un acto de sacrificio, anticipándose a lo que sugerirá san Pablo, cuando invitará a los cristianos a ofrecer sus cuerpos como sacrificio viviente, santo, grato a Dios: este es el sacrificio espiritual que él acepta (Cf. Romanos 12, 1).

Las manos alzadas en la oración son un puente de comunicación con Dios, como el humo que se eleva de la víctima con su olor suave durante el rito de sacrificio vespertino.

3. El Salmo continúa con el tono de una súplica, que nos ha llegado a través de un texto que en su original hebreo presenta muchas dificultades y obscuridades interpretativas (sobre todo en los versículos 4 a 7).

De todos modos, es posible identificar su sentido general y transformarlo en meditación y oración. Ante todo, el orante pide al Señor que impida que sus labios (Cf. versículo 3) y los sentimientos de su corazón sean atraídos e inducidos «a cometer crímenes y delitos» (Cf. versículo 4). Palabras y obras son, de hecho, la expresión de la opción moral de la persona. Es fácil que el mal ejerza una atracción tal que lleve incluso al fiel a participar «en banquetes» que ofrecen los pecadores, sentándose en su mesa, es decir, participando en sus acciones perversas.

De este modo, el Salmo adquiere por así decir el sabor de un examen de conciencia, al que le sigue el compromiso de escoger siempre los caminos de Dios.

4. Al llegar a este momento, el orante experimenta un vuelco que le hace pronunciar una apasionada declaración de rechazo de toda complicidad con el impío: no quiere ser de ningún modo huésped del impío ni permitir que el aceite perfumado reservado a los comensales de honor (Cf. Salmo 22, 5) testimonie su connivencia con quien hace el mal (Cf. Salmo 140, 5). Para expresar con mayor vehemencia su radical disociación del malvado, el salmista proclama después una condena indignada, expresada con el colorido recurso a imágenes de un juicio vehemente.

Se trata de una de las típicas imprecaciones del Salterio (Cf. Salmo 57 y 108), que tienen por objetivo afirmar de manera plástica e incluso pintoresca la hostilidad ante el mal, la opción por el bien y la certeza de que Dios interviene en la historia con su juicio de severa condena de la injusticia (Cf. versículos 6-7).

5. El Salmo concluye con una última invocación confiada (Cf. versículos 8-9): es un canto de fe, de gratitud y de alegría, en la certeza de que el fiel no quedará involucrado por el odio que sienten por él los perversos y de que no caerá en la trampa que le tienden, tras comprobar su decidida opción por el bien. De este modo, el justo podrá superar indemne todo engaño, como dice otro Salmo: «hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador: la trampa se rompió, y escapamos» (Salmo 123, 7).

Concluamos nuestra lectura del Salmo 140 regresando a la imagen del inicio, la de la oración del anochecer, sacrificio grato a Dios. Un gran maestro espiritual, que vivió entre el siglo IV y V, Juan Casiano --procedía de Oriente y transcurrió en Galia centro-oriental la última parte de su vida--, interpretaba estas palabras en clave cristológica: «En ellas, de hecho, se puede percibir de manera espiritual la alusión al sacrificio del anochecer, realizado por el Señor y Salvador durante su última cena, y entregado a los apóstoles, cuando sancionaba el inicio de los santos misterios de la Iglesia, o también (se puede percibir una alusión) a ese mismo sacrificio que él, al día siguiente, ofreció en la noche, al ofrecerse a sí mismo, elevando las propias manos, sacrificio que durará hasta el final de los siglos para la salvación de todo el mundo» («Las instituciones cenobíticas» --«Le istituzioni cenobitiche»--, Abadía de Praglia, Padua 1989, p. 92).

Audiencia del Miércoles 05 de noviembre del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 141

1. La noche del 3 de octubre de 1226 san Francisco de Asís estaba falleciendo: su última oración fue precisamente el Salmo 141, que acabamos de escuchar. San Buenaventura recuerda que Francisco «exclamó con el Salmo: "A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor" y lo rezó hasta el versículo final: "Me rodearán los justos cuando me devuelvas tu favor"» (Leyenda Mayor, XIV,5, in: Fuentes Franciscanas, Padua - Asís 1980, p. 958).

El Salmo es una súplica intensa, salpicada por una serie de verbos de imploración al Señor: «clamo al Señor», «suplico al Señor», «desahogo ante Él mis afanes», «expongo ante Él mi angustia» (versículos 2-3). En la parte central del Salmo destaca la confianza en Dios que no es indiferente al sufrimiento del fiel (Cf. versículos 4-8). Con esta actitud, Francisco se encaminó hacia la muerte.

2. Se dirige a Dios con un «Tú», como quien se dirige a una persona que da seguridad: «Tú eres mi refugio» (versículo 6). «Tú conoces mi vida», es decir, el itinerario de mi vida, un recorrido marcado por la opción por la justicia. En este camino, sin embargo, los impíos han tendido una trampa (Cf. versículo 4): es la típica imagen tomada de las escenas de caza, frecuente en las súplicas de los Salmos, para indicar los peligros y las insidias a las que es sometido el justo.

Ante esta pesadilla, el Salmista lanza una señal de alarma para que Dios se dé cuenta de su situación e intervenga: «Mira a la derecha, fíjate» (versículo 5). Según la costumbre oriental, a la derecha de una persona estaba su defensor o el testigo favorable en un tribunal; o en la guerra, el guardia de cuerpo. El fiel, por tanto, está solo y abandonado, «nadie me hace caso». Por este motivo expresa una constatación angustiada: «No tengo adónde huir, nadie mira por mi vida» (versículo 5).

3. Inmediatamente después, un grito revela la esperanza del corazón del que ora. En esa situación, la única protección y la única cercanía eficaz es la de Dios: «Tú eres mi refugio y mi lote en el país de la vida» (versículo 6). El «lote», en el lenguaje bíblico, es el don de la tierra prometida, signo de amor divino por el pueblo. El Señor se convierte en el último y único fundamento sobre el que se puede apoyar, la única posibilidad de vida, la suprema esperanza.

El salmista lo invoca con insistencia, pues «estoy agotado» (versículo 7). Le suplica que intervenga para romper las cadenas de su cárcel de la soledad y de la hostilidad (Cf. versículo 8) y sacarle del abismo de la prueba.

4. Al igual que en otros salmos de súplica, la perspectiva final es la de la acción de gracias que se ofrecerá a Dios por haberle escuchado: «Sácame de la prisión, y daré gracias a tu nombre» (ibídem). Cuando sea salvado, el fiel irá a dar gracias al Señor en la asamblea litúrgica (Cf. ibídem). Le rodearán los

justos, que experimentarán la salvación del hermano como un don que también se les ha hecho a ellos.

Esta atmósfera debe darse también en las celebraciones cristianas. El dolor de cada uno debe encontrar eco en el corazón de todos; al mismo tiempo, la alegría de cada uno debe ser vivida por toda la comunidad en oración. De hecho, «Qué bueno, qué dulce es habitar los hermanos todos juntos» (Salmo 132, 1) y el Señor Jesús dijo: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18, 20).

5. La tradición cristiana ha aplicado el Salmo 141 a Cristo perseguido y sufriente. En esta perspectiva, la meta luminosa de la súplica del Salmo se transfigura en un signo pascual, que se basa en el final glorioso de la vida de Cristo y de nuestro destino de resurrección con él.

Así lo afirma san Hilario de Poitiers, famoso doctor de la Iglesia del siglo IV, en su «Tratado sobre los Salmos».

Comenta la traducción latina del último versículo del Salmo, que habla de recompensa para el que ora y de la espera de estar junto a los justos: «Me expectant iusti, donec retribuas mihi». San Hilario explica: «El apóstol nos muestra cuál es la recompensa que le dio el Padre a Cristo: "Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda a lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2, 9-11). Esta es la recompensa: al cuerpo se le da la eternidad de la gloria del Padre. "Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo" (Filipenses 3, 20-21). Los justos, de hecho, le esperan para que los recompense, haciéndoles conformes a la gloria de su cuerpo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén» (PL 9, 833-837).

Audiencia del Miércoles 12 de noviembre del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 142

1. Se acaba de proclamar el Salmo 142, el último de los llamados «Salmos penitenciales», que forman parte de las siete súplicas distribuidas en el Salterio (Cf. Salmos 6; 31; 37; 50; 101; 129; 142). La tradición cristiana los utiliza para invocar del Señor el perdón de los pecados. A san Pablo le gustaba particularmente el texto en el que hoy queremos profundizar, pues había llegado a la deducción de una radical pecaminosidad de toda creatura humana: «ningún hombre vivo es inocente frente a ti», Señor (versículo 2). Esta frase es tomada por el apóstol como fundamento de su enseñanza sobre el pecado y sobre la gracia (Cf. Gálatas 2, 16; Romanos 3, 20).

La Liturgia de los Laudes nos propone esta súplica como propósito de fidelidad e imploración de la ayuda divina al comenzar la jornada. El Salmo, de hecho, nos hace decir a Dios: «En la mañana hazme escuchar tu gracia, ya que confío en ti» (Salmo 142, 8).

2. El Salmo comienza con una intensa e insistente invocación dirigida a Dios, fiel a las promesas de salvación ofrecidas al pueblo (Cf. versículo 1). El orante reconoce que no tiene méritos que hacer valer y por tanto pide humildemente a Dios que no asuma la actitud de un juez (Cf. versículo 2).

Después describe la situación dramática, como la de una pesadilla mortal, en la que se debate: el enemigo, que es la representación del mal en la historia y el mundo, le ha llevado hasta el umbral de la muerte. Ahí está, postrado en el polvo de la tierra, que es una imagen del sepulcro; presenta las tinieblas, que son la negación de la luz, signo divino de vida; y menciona, por último «los muertos ya olvidados» (Cf. versículo 3), entre los cuales le parece que ha quedado relegado.

3. La misma existencia del Salmista queda devastada: le falta la respiración y siente el corazón como un pedazo de hielo, incapaz de seguir latiendo (Cf. versículo 4). Al fiel, aterrado y pisoteado, sólo le quedan el movimiento de las manos, que se levantan al cielo en un gesto que es al mismo tiempo de imploración de ayuda y de búsqueda de apoyo (Cf. versículo 6). El pensamiento se dirige al pasado, en el que Dios realizó prodigios (Cf. versículo 5).

Esta chispa de esperanza calienta el hielo del sufrimiento y de la prueba en la que el orante se siente sumergido y a punto de quedar arrastrado (Cf. versículo 7). Si bien la tensión sigue siendo fuerte; un rayo de luz parece perfilarse en el horizonte. Pasamos así a la segunda parte del Salmo (Cf. versículos 7-11).

4. Comienza con una nueva, apremiante invocación. El fiel, sintiendo que se le escapa la vida, lanza su grito a Dios: «Escúchame en seguida, Señor, que me falta el aliento» (versículo 7). Es más, tiene miedo de que Dios haya escondido su rostro y se aleje, abandonando y dejando sola a su criatura.

La desaparición del rostro divino hace que el hombre se hunda en la desolación, es más, en la misma muerte, pues el Señor es el manantial de la vida. Precisamente en esta especie de última frontera florece la confianza en el Dios que no abandona. El orante multiplica sus invocaciones y las apoya con declaraciones de confianza en el Señor: «confío en ti... levanto mi alma a ti... me refugio en ti... tú eres mi Dios...». Pide ser librado de sus enemigos (Cf. versículos 8-12) y liberado de la angustia (Cf. versículo 11), pero repite otra petición que manifiesta una profunda aspiración espiritual: «Enséñame a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios» (versículo 10a; Cf. versículos 8b. 10b.). Tenemos que asumir esta admirable petición. Tenemos que comprender que nuestro bien más grande es la unión de nuestra voluntad con la voluntad de nuestro Padre celestial, pues sólo así podemos recibir todo su amor, que nos lleva a la salvación y a la plenitud de la vida. Si no es acompañada por un intenso deseo de docilidad a Dios, la confianza en Él no es auténtica.

El orante es consciente y expresa por tanto este deseo. Eleva una auténtica profesión de confianza en Dios salvador, que arranca de la angustia y vuelve a dar gusto de la vida, en nombre de su «justicia», es decir, de su fidelidad amorosa y salvadora (Cf. versículo 11). Surgida de una situación particularmente angustiosa, la oración desemboca en la esperanza, en la alegría y en la luz, gracias a una sincera adhesión a Dios y a su voluntad, que es una voluntad de amor. Esta es la potencia de la oración, regeneradora de vida y de salvación.

5. Fijando la mirada en la luz de la mañana de la gracia (Cf. versículo 8) san Gregorio Magno, en su comentario a los siete Salmos penitenciales, describe así el alba de la esperanza y de la alegría: «Es el día iluminado por ese auténtico sol que no se pone, al que las nubes no pueden hacer tenebroso y que no es oscurecido por la niebla... Cuando aparezca Cristo --nuestra vida-- y comencemos a ver a Dios con el rostro descubierto, entonces desaparecerá toda ofuscación de las tinieblas, se disipará el humo de la ignorancia, se levantará la niebla de toda tentación... Será el día más luminoso y resplandeciente, preparado para todos los elegidos por aquel que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y nos ha llevado al reino de su Hijo amado. La mañana de ese día es la resurrección futura... En esa mañana brillará la felicidad de los justos, aparecerá la gloria, será la exultación al ver a Dios enjugando toda lágrima de los ojos de los santos, cuando quedará destruida la muerte, cuando los justos resplandecerán como el sol en el reino del Padre. En esa mañana, el Señor hará experimentar su misericordia... diciendo: «Venid a mí, benditos de mi Padre» (Mateo 25, 34). Entonces se manifestará la misericordia de Dios, imposible de concebir por la mente humana. De hecho, el Señor ha preparado para aquellos que le aman lo que el ojo no puede ver, ni el oído escuchar, ni lo que puede entrar en el corazón del hombre» («PL 79», col. 649-650).

Audiencia del Miércoles 09 de julio del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 143

1. Acabamos de escuchar la primera parte del Salmo 143. Tiene las características de un himno real, entrelazado por otros textos bíblicos, que dan vida a una nueva oración (Cf. Salmo 8, 5; 17,8-15; 32, 2-3; 38, 6-7). Quien habla en primera persona es el mismo Rey David, que reconoce el origen divino de sus éxitos.

El Señor es representado con imágenes marciales, según el antiguo uso simbólico: aparece, de hecho, como instructor militar (Cf. Salmo 143, 1), fortaleza inexpugnable, escudo protector, triunfador (Cf. v. 2). De este modo, se quiere exaltar la personalidad de Dios, que se compromete contra el mal en la historia: no es una potencia oscura o una especie de hado, ni un soberano impasible e indiferente ante las vicisitudes humanas. Las citas y el tono de esta celebración divina están influenciadas por el himno de David conservado en el Salmo 17, y en el capítulo 22 del Segundo Libro de Samuel.

2. Ante la potencia divina, el rey judío reconoce su fragilidad y debilidad, propias de todas las criaturas humanas. Para expresar esta sensación, el rey orante recurre a dos frases presentes en los Salmos 8 y 38, y las entrecruza dándoles una nueva y más intensa eficacia: «Señor, ¿qué es el hombre para que te fijes en él? ¿Qué los hijos de Adán para que pienses en ellos? El hombre es igual que un soplo; sus días, una sombra que pasa» (versículos 3-4). Emerge aquí la firme convicción de que somos frágiles, como el soplo del viento, si el Creador no nos conserva en vida, Él --como dice Job-- «tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre» (12, 10).

Sólo con la ayuda divina podemos superar los peligros y las dificultades que salpican todos los días de nuestra vida. Sólo si contamos con la ayuda del Cielo podemos comprometernos, como el antiguo rey de Israel, a caminar hacia la libertad de toda opresión.

3. La intervención divina es presentada con las tradicionales imágenes cósmicas e históricas con el objetivo de ilustrar el señorío divino sobre el universo y sobre las vicisitudes humanas. Entonces aparecen los montes que echan humo en imprevistas erupciones volcánicas (Cf. Salmo 143,5). Aparecen los rayos como saetas lanzadas por el Señor y dispuestas a aniquilar el mal (Cf. versículo 6). Aparecen, por último, las «aguas caudalosas» que, en el lenguaje bíblico, son símbolo del caos, del mal y de la nada, en una palabra, de las fuerzas negativas en la historia (Cf. versículo 7). A estas imágenes cósmicas se asocian otras de carácter histórico: son «los enemigos» (Cf. versículo 6), los «extranjeros» (Cf. versículo 7), los mentirosos, los que juran en falso, es decir, los idólatras (Cf. versículo 8).

Es una manera muy concreta y oriental de representar la malicia, las perversiones, la opresión y las injusticia: realidades tremendas de las que nos libera el Señor, mientras nos adentramos en el mundo.

4. El Salmo 143, que nos propone la Liturgia de los Laudes, concluye con un breve himno de acción de gracias (Cf. versículos 9-10). Surge de una certeza: Dios no nos abandonará en la lucha contra el mal. Por este motivo, el orante entona una melodía acompañándola con su arpa de diez cuerdas, convencido de que el Señor da la victoria a su consagrado, y salva a David, su siervo (Cf. versículos 9-10).

La palabra «consagrado» en hebreo es «mesías»: nos encontramos, por tanto, ante un Salmo real que se transforma, en el uso litúrgico del antiguo Israel, en un canto mesiánico. Nosotros los cristianos lo repetimos poniendo la mirada en Cristo, que nos libera de todo mal y nos sostiene en la batalla. Ésta, de hecho, no se combate «contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en las alturas» (Efesios 6, 12).

5. Concluyamos con una consideración que nos sugiere San Juan Cassiano, monje del siglo IV-V, que vivió en Galia. En su obra, «La Encarnación del Señor», basándose en el versículo 5 de nuestro Salmo, «Señor, inclina tu cielo y desciende», ve en estas palabras la espera de la entrada de Cristo en el mundo.

Y sigue así: «El salmista suplicaba que [...] el Señor se manifestara en la carne, apareciera visiblemente en el mundo, entrara visiblemente en la historia (Cf. 1 Timoteo 3, 16) y que finalmente los santos pudieran ver, con los ojos del cuerpo, todo lo que había sido previsto espiritualmente por ellos» («La Encarnación del Señor» --«L'Incarnazione del Signore»--, V,13, Roma 1991, páginas 208-209). Precisamente esto es lo que testimonia todo bautizado en la alegría de la fe.

Audiencia del Miércoles 21 de mayo del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 145

1. El Salmo 145, que acabamos de escuchar, es un «aleluya», el primero de los cinco Salmos que cierran el Salterio. La tradición litúrgica judía ya utilizaba este himno como canto de alabanza para la mañana: alcanza su culmen en la proclamación de la soberanía de Dios sobre la historia humana. Al final del Salmo se declara, de hecho, que «El Señor reina eternamente» (versículo 10).

De ahí se deriva una verdad consoladora: no estamos abandonados a nosotros mismos, las vicisitudes de nuestros días no están dominadas por el caos o el hado, los acontecimientos no representan una mera sucesión de actos sin sentido y meta. A partir de esta convicción se desarrolla una auténtica profesión de fe en Dios, exaltado con una especie de letanía en la que se proclaman las atribuciones de amor y de bondad que le son propias (Cf. versículos 6-9).

2. Dios es el creador del cielo y de la tierra, es el custodio fiel del pacto que lo une a su pueblo, es el que hace justicia a los oprimidos, da el pan a los hambrientos y libera a los cautivos. Abre los ojos a los ciegos, levanta a los caídos, ama a los justos, protege al extranjero, sustenta al huérfano y a la viuda. Trastorna el camino de los malvados y reina soberano sobre todos los seres y sobre todos los tiempos.

Se trata de doce afirmaciones teológicas que --con su número perfecto-- quieren expresar la plenitud y la perfección de la acción divina. El Señor no es un soberano alejado de sus criaturas, sino que queda involucrado en su historia, luchando por la justicia, poniéndose de parte de los últimos, de las víctimas, de los oprimidos, de los infelices.

3. El hombre se encuentra, entonces, frente a una opción radical entre dos posibilidades opuestas: por un lado, está la tentación de confiar en los potentes (Cf. versículo 3), adoptando sus mismos criterios inspirados en la malicia, en el egoísmo, y en el orgullo. En realidad, se trata de un camino resbaladizo y que conduce al fracaso, son «senderos tortuosos y llenos de revueltas» (Cf. Proverbios 2, 15), que tiene como meta la desesperación.

De hecho, el salmista nos recuerda que el hombre es un ser frágil y mortal, como lo expresa el mismo nombre «'adam» (Adán) que en hebreo hace referencia a la tierra, a la materia, al polvo. El hombre, repite con frecuencia la Biblia, es como una casa que se derrumba (Cf. Eclesiastés 12, 1-7), como una tela de araña que desgarrar el viento (Cf. Job 8, 14), como la hierba verde en la mañana que se seca en la noche (Cf. Salmos 89,5-6 y 102,15-16). Cuando la muerte cae sobre él, todos sus proyectos se deshacen y vuelve a convertirse en polvo: «exhala el espíritu y vuelve al polvo, ese día perecen sus planes» (Sal 145,4).

4. Sin embargo, el hombre tiene otra posibilidad ante sí, exaltada por el Salmista con una bienaventuranza: «Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob,

el que espera en el Señor, su Dios» (versículo 5). Este es el camino de la confianza en el Dios eterno y fiel. El «amén», verbo hebreo de la fe, significa precisamente basarse en la solidez inquebrantable del Señor, en su eternidad, en su potencia infinita. Pero significa sobre todo compartir sus opciones, ilustradas por la profesión de fe y de alabanza antes descrita.

Es necesario vivir en la adhesión a la voluntad divina, ofrecer el pan a los hambrientos, visitar a los prisioneros, apoyar y consolar a los enfermos, defender y acoger a los extranjeros, dedicarse a los pobres y míseros. En la práctica, es el mismo espíritu de las Bienaventuranzas: decidirse por esa propuesta de amor que nos salva ya en esta vida y que después será objeto de nuestro examen en el juicio final, que sellará la historia. Entonces seremos juzgados por la opción de servir a Cristo en el hambriento, en el sediento, en el forastero, en el desnudo, en el enfermo, en el encarcelado. «Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mateo 25, 40), dirá entonces el Señor.

5. Concluamos nuestra meditación sobre el Salmo 145 con una reflexión que nos ha ofrecido la tradición cristiana sucesiva.

Orígenes, gran escritor del siglo III, al comentar el versículo 7 de este Salmo, en el que se dice: el Señor «da pan a los hambrientos..., liberta a los cautivos», percibe una referencia implícita a la Eucaristía: «Tenemos hambre de Cristo, y Él mismo nos dará el pan del cielo. "Danos hoy nuestro pan de cada día". Quienes dicen esto están hambrientos; quienes sienten la necesidad del pan, están hambrientos». Este hambre es plenamente saciada por el Sacramento eucarístico, en el que el hombre se alimenta del Cuerpo y de la Sangre de Cristo (Cf. Orígenes- Jerónimo, «74 homilías sobre el libro de los Salmos» -- «74 omelie sul libro dei Salmi»--, Milán 1993, pp. 526-527).

Audiencia del Miércoles 02 de julio del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 146

1. El Salmo que se acaba de entonar es la primera parte de una composición que comprende también el Salmo sucesivo, el 147, que el original hebreo mantiene en su unidad. Las antiguas versiones griega y latina dividieron el canto en dos Salmos distintos.

El Salmo comienza con una invitación a alabar a Dios y después enumera una larga serie de motivos de alabanza, expresados todos en presente. Se trata de obras de Dios consideradas como características y siempre actuales; sin embargo son de naturaleza muy diferente: algunas afectan a las intervenciones de Dios en la existencia humana (Cf. Salmo 146, 3.6.11) y en particular a favor de Jerusalén y de Israel (Cf. v. 2); otras afectan al universo creado (Cf. versículo 4) y de manera especial a la tierra con su vegetación y animales (Cf. versículos 8-9).

Describiendo a aquel en quien se complace el Señor, el Salmo nos invita a una doble actitud: de temor religioso y de confianza (Cf. versículo 11). No estamos abandonados a nosotros mismos o a las energías cósmicas; estamos siempre en las manos del Señor, según su proyecto de salvación.

2. Después de la invitación festiva a la alabanza (Cf. versículo 1), el Salmo se desarrolla en dos movimientos poéticos y espirituales. En el primero (Cf. versículos 2-6) se introduce ante todo en la acción histórica de Dios, presentado con la imagen de un constructor que está reedificando Jerusalén, que ha vuelto a la vida tras el exilio de Babilonia (Cf. versículo 2). Pero este gran artífice, el Señor, se revela también como un padre que se inclina sobre las heridas interiores y físicas, presentes en su pueblo humillado y oprimido (Cf. versículo 3).

San Agustín, en la «Exposición del Salmo 146», pronunciada en Cartago, en el año 412, comentaba así esta frase: «El señor cura al que tiene el corazón roto». «Quien no tiene el corazón roto no puede ser curado... ¿Quiénes tienen el corazón roto? Los humildes. Y, ¿quiénes son los que no lo tienen? Los soberbios. El corazón roto es curado; el corazón lleno de orgullo es abatido. Es más, con probabilidad, si se abate es precisamente para que, una vez roto, pueda ser enderezado, pueda ser curado... "Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas"... Es decir, cura a los humildes de corazón, a los que se confiesan, a los que expían, a los que se juzgan con severidad para poder experimentar su misericordia. A ése le cura. Sin embargo la salud perfecta sólo se podrá alcanzar al final del estado mortal presente, cuando nuestro ser corruptible se revista de incorruptibilidad y nuestro ser mortal se revista de inmortalidad» (5-8: «Exposiciones sobre los Salmos» --«Esposizioni sui Salmi»--, IV, Roma 1977, pp. 772-779).

3. Pero la obra de Dios no se manifiesta sólo cuando cura al pueblo de los sufrimientos. Él, que rodea de ternura y cariño a los pobres, es juez severo de los impíos (Cf. versículo 6). El Señor de la historia no es indiferente ante los

prepotentes que creen ser los únicos árbitros de las vicisitudes humanas: Dios hunde en el polvo de la tierra a quienes desafían el cielo con su soberbia. (Cf. 1 Samuel 2,7-8; Lucas 1, 51-53).

La acción de Dios, sin embargo, no se agota en su señorío sobre la historia; es también el rey de la creación, todo el universo responde a su llamamiento de creador. No sólo es capaz de contar toda la incontable serie de las estrellas, sino que puede atribuirles a cada una un nombre, definiendo por tanto su naturaleza y características (Cf. Salmo 146, 4).

El profeta Isaías cantaba: «Alzad a lo alto los ojos y ved: ¿quién ha hecho esto? El que hace salir por orden al ejército celeste, y a cada estrella por su nombre llama» (40, 26). Los «ejércitos» del Señor son las estrellas. El profeta Baruc añadía: «brillan los astros en su puesto de guardia llenos de alegría, los llama él y dicen: ¡Aquí estamos!, y brillan alegres para su Hacedor» (3,34-35).

4. Después de una nueva invitación gozosa a la alabanza (Cf. Salmo 146, 7), comienza el segundo movimiento del Salmo 146 (Cf. versículos 7-11). En la escena vuelve a aparecer la acción creadora de Dios en el cosmos. En un paisaje con frecuencia árido, como el oriental, el primer signo del amor divino es la lluvia que fecunda la tierra (Cf. versículo 8). De este modo, el Creador prepara la mesa para los animales. Es más, se preocupa de dar de comer a los seres vivientes más pequeños, como las crías de cuervo que graznan de hambre (Cf. versículo 9). Jesús nos invitará a mirar «las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta» (Mateo 6, 26; Cf. también Lucas 12, 24 con la referencia explícita a los «cuervos»).

Pero una vez más, la atención se dirige a la creación de la existencia humana. De este modo el Salmo se concluye mostrando al Señor que se inclina sobre el que es justo y humilde (Cf. Salmo 146, 10-11), como ya se había declarado en la primera parte del himno (Cf. versículo 6). A través de dos símbolos de potencia, el caballo y los jarretes del hombre, se presenta la actitud divina que no se deja conquistar ni atemorizar por la fuerza. Una vez más la lógica del Señor ignora el orgullo y la arrogancia del poder, poniéndose más bien de parte de quien es fiel y «confía en su misericordia» (versículo 11), es decir, quien se abandona a la guía de Dios, en su actuar y pensar, en sus planes y en su vida cotidiana.

Entre éstos tiene que colocarse también el orante, fundando su esperanza en la gracia del Señor, seguro de estar envuelto por el manto del amor divino: «Los ojos del Señor están sobre quienes le temen, sobre los que esperan en su amor, para librar su alma de la muerte, y sostener su vida en la penuria... En él se alegra nuestro corazón, y en su santo nombre confiamos» (Salmo 32, 18-19. 21).

Audiencia del Miércoles 23 de julio del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 147

1. El «Lauda Jerusalem» que acabamos de proclamar es particularmente querido por la liturgia cristiana. Con frecuencia entona el Salmo 147 para referirse a la Palabra de Dios, que «corre veloz» sobre la faz de la tierra, pero también a la Eucaristía, auténtica «flor de harina» donada por Dios para «saciar» el hambre del hombre (Cf. versículos 14-15).

Orígenes, en una de sus homilías, traducidas y difundidas en Occidente por san Jerónimo, al comentar este Salmo, ponía precisamente en relación la Palabra de Dios con la Eucaristía: «Nosotros leemos las sagradas Escrituras. Yo pienso que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo; yo pienso que las sagradas escrituras son sus enseñanzas. Y cuando dice: "Quien no coma de mi carne y beba de mi sangre" (Juan 6, 53), si bien puede referirse también al Misterio [eucarístico]; sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es verdaderamente la palabra de la Escritura, y la enseñanza de Dios. Si al recibir el Misterio [eucarístico] dejamos caer una brizna, nos sentimos perdidos. Y al escuchar la Palabra de Dios, cuando nuestros oídos perciben la Palabra de Dios y la carne de Cristo y su sangre, ¿en qué peligro tan grande caeríamos si nos ponemos a pensar en otras cosas? («74 Homilías sobre el Libro de los Salmos» --«74 Omelie sul Libro dei Salmi»--, Milán 1993, pp. 543-544).

Los expertos señalan que este Salmo está relacionado con el precedente, constituyendo una composición única, como sucede precisamente en el original hebreo. Es, de hecho, un sólo y coherente cántico en honor de la creación y de la redención realizadas por el Señor. Se abre con un gozoso llamamiento a la alabanza: «Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa» (Salmo 146, 1).

2. Si prestamos atención al pasaje que acabamos de escuchar, podemos descubrir tres momentos de alabanza, introducidos por una invitación a la ciudad santa, Jerusalén, a glorificar y alabar a su Señor (Cf. Salmo 147, 12).

Díos actúa en la historia. En un primer momento (Cf. versículos 13-14) entra en escena la acción histórica de Dios. Es descrita a través de una serie de símbolos que representan la obra de protección y de apoyo del Señor a la ciudad de Sión y a sus hijos. Ante todo, hace referencia a los «cerrojos» que refuerzan y hacen infranqueables las puertas de Jerusalén. El Salmista se refiere probablemente a Nehemías que fortificó la ciudad santa, reconstruida después de la experiencia amarga del exilio de Babilonia (Cf. Nehemías 3, 3.6.13-15; 4, 1-9; 6, 15-16; 12, 27-43). Entre otras cosas, la puerta es un signo que indica a toda la ciudad en su compacidad y tranquilidad. En su interior, representado como un seno seguro, los hijos de Sión, es decir, los ciudadanos, gozan de paz y serenidad, envueltos en el manto protector de la bendición divina.

La imagen de la ciudad gozosa y tranquila es exaltada por el don altísimo y precioso de la paz que hace seguros los confines. Pero precisamente porque para la Biblia la paz-«shalôm» no es un concepto negativo, evocador de la

ausencia de la guerra, sino un dato positivo de bienestar y prosperidad, el Salmista habla de saciedad al mencionar la «flor de harina», es decir, el excelente trigo de espigas repletas de granos. El Señor, por tanto, ha reforzado las murallas de Jerusalén (Cf. Salmo 87, 2), ha ofrecido su bendición (Cf. Salmo 128, 5; 134, 3), extendiéndola a todo el país, ha donado la paz (Cf. Salmo 122, 6-8), ha saciado a sus hijos (Cf. Salmo 132, 15).

Dios crea
3. En la segunda parte del Salmo (Cf. Salmo 147, 15-18), Dios se presenta sobre todo como creador. En dos ocasiones se relaciona la obra creadora con la palabra que había dado origen al ser: «Dijo Dios: "Haya luz"» y hubo luz... «Manda su mensaje a la tierra...» «Manda una orden» (Cf. Génesis 1, 3; Salmo 147, 15.18).

Por indicación de la Palabra divina irrumpen y se establecen las dos estaciones fundamentales. Por un lado, la orden del Señor hace descender sobre la tierra el invierno, representado por la nieve blanca como la lana, por la escarcha parecida a la ceniza, por el granizo comparado a las migajas de pan y por el hielo que todo lo bloquea (Cf. versículos 16-17). Por otro lado, otra orden divina hace soplar el viento caliente que trae el verano y que derrite el hielo: las aguas de la lluvia y de los torrentes pueden discurrir libres e irrigar la tierra, fecundándola.

La Palabra de Dios está, por tanto, en la raíz del frío y del calor, del ciclo de las estaciones y del flujo de la vida de la naturaleza. Se invita a la humanidad a reconocer y dar gracias al Creador por el don fundamental del universo, que la circunda, y permite respirar, la alimenta y la sostiene.

Dios ofrece su Revelación
4. Se pasa entonces al tercer y último momento de nuestro himno de alabanza (Cf. versículos 19-20). Se vuelve a hacer mención del Señor de la historia con quien se había comenzado. La Palabra divina lleva a Israel un don todavía más elevado y precioso, el de la Ley, la Revelación. Un don específico: «con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos» (versículo 20).

La Biblia es, por tanto, el tesoro del pueblo elegido al que hay que acudir con amor y adhesión fiel. Es lo que dice, en el Deuteronomio, Moisés a los judíos: «Y ¿cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?» (Deuteronomio 4, 8).

5. Así como se constatan dos acciones gloriosas de Dios en la creación y en la historia, así existen también dos revelaciones: una escrita en la naturaleza misma y abierta a todos; la otra ha sido donada al pueblo elegido, que tendrá que testimoniarla y comunicarla a toda la humanidad y que está comprendida en la Sagrada Escritura. Dos revelaciones distintas, pero Dios es único como única es su Palabra. Todo se ha hecho por medio de la Palabra --dirá el prólogo del Evangelio de Juan-- y sin ella nada de lo que existe ha sido hecho. La Palabra, sin embargo, también se hizo «carne», es decir, entró en la historia, y puso su morada entre nosotros (Cf. Juan 1, 3.14).

Audiencia del Miércoles 05 de junio del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 147

1. El Salmo que se acaba de proponer a nuestra meditación constituye la segunda parte del precedente Salmo 146. Las antiguas traducciones griega y latina, seguidas por la Liturgia, lo han considerado, sin embargo, como un canto independiente, pues su inicio lo distingue claramente de la parte anterior. Este inicio se ha hecho famoso en parte por haber sido llevado con frecuencia a la música en latín: «Lauda, Jerusalem, Dominum». Estas palabras iniciales constituyen la típica invitación de los himnos de los salmos a alabar al Señor: Jerusalén, personificación del pueblo, es interpelada para que exalte y glorifique a su Dios (Cf. versículo 12).

Ante todo se menciona el motivo por el que la comunidad orante debe elevar al Señor su alabanza. Es de carácter histórico: ha sido Él, el Liberador de Israel del exilio de Babilonia, quien ha dado seguridad a su pueblo, reforzando «los cerrojos de las puertas» de la ciudad (Cf. versículo 13).

Cuando Jerusalén se derrumbó ante el asalto del ejército del rey Nabucodonosor en el año 586 a. c., el libro de las Lamentaciones presentó al mismo Señor como juez del pecado de Israel, mientras «decidió destruir la muralla de la hija de Sión... Él deshizo y rompió sus cerrojos» (Lamentaciones 2, 8.9). Ahora, el Señor vuelve a construir la ciudad santa; en el templo resurgido vuelve a bendecir a sus hijos. Se menciona así la obra realizada por Nehemías (Cf. Nehemías 3, 1-38), quien restableció los muros de Jerusalén para que volviera a ser oasis de serenidad y paz.

2. De hecho, la paz, «shalom» es evocada inmediatamente, pues es contenida simbólicamente en el mismo nombre de Jerusalén. El profeta Isaías ya había prometido a la ciudad: «Te pondré como gobernantes la paz, y por gobierno la justicia» (60, 17).

Pero, además de reconstruir los muros de la ciudad, de bendecirla y de pacificarla en la seguridad, Dios ofrece a Israel otros dones fundamentales: así lo describe el final del Salmo. Se recuerdan los dones de la Revelación, de la Ley de las prescripciones divinas: « Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos» (Salmo 147, 19).

De este modo, se celebra la elección de Israel y su misión única entre los pueblos: proclamar al mundo la Palabra de Dios. Es una misión profética y sacerdotal, pues «¿cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?» (Deuteronomio 4, 8). A través de Israel y, por tanto, también a través de la comunidad cristiana, es decir, la Iglesia, la Palabra de Dios puede resonar en el mundo y convertirse en norma y luz de vida para todos los pueblos (Cf. Salmo 147, 20).

3. Hasta este momento hemos descrito el primer motivo de la alabanza que hay que elevar al Señor: es una motivación histórica, ligada a la acción liberadora y reveladora de Dios con su pueblo.

Hay, además, otra razón para exultar y alabar: es de carácter cósmico, es decir, ligada a la acción creadora de Dios. La Palabra divina irrumpe para dar vida al ser. Como un mensajero, recorre los espacios inmensos de la tierra (Cf. Salmo 147, 15). E inmediatamente hace florecer maravillas.

De este modo, llega el invierno, presentado en sus fenómenos atmosféricos con un toque de poesía: la nieve es como lana por su candor, la escarcha recuerda al polvo del desierto (Cf. versículo 16), el granizo se parece a las migajas de pan echadas al suelo, el hielo congela la tierra y bloquea la vegetación (Cf. versículo 17). Es un cuadro invernal que invita a descubrir las maravillas de la creación y que será retomado en una página sumamente pintoresca por otro libro bíblico, el Eclesiástico (43,18-20).

4. Ahora bien, la acción de la Palabra divina también hace reaparecer la primavera: el hielo se deshace, el viento caluroso sopla y hace discurrir las aguas (Cf. Salmo 147, 18), repitiendo así el perenne ciclo de las estaciones y, por tanto, la misma posibilidad de vida para hombres y mujeres.

Naturalmente no han faltado lecturas metafóricas de estos dones divinos: La «flor de harina» ha hecho pensar en el don del pan eucarístico. Es más, el gran escritor cristiano del siglo III, Orígenes, vio en esa harina un signo del mismo Cristo, y en particular, de la Sagrada Escritura.

Este es su comentario: «Nuestro Señor es el grano de trigo que cae a tierra y se multiplicó por nosotros. Pero este grano de trigo es superlativamente copioso. La Palabra de Dios es superlativamente copiosa, recoge en sí misma todas las delicias. Todo lo que quieres, proviene de la Palabra de Dios, como narran los judíos: cuando comían el maná sentían en su boca el sabor de lo que cada quien deseaba. Lo mismo sucede con la carne de Cristo, palabra de la enseñanza, es decir, la comprensión de las santas Escrituras: cuanto más grande es nuestro deseo, más grande es el alimento que recibimos. Si eres santo, encuentras refrigerio; si eres pecador, tormento» (Orígenes - Jerónimo, «74 homilías sobre el libro de los Salmos» («74 omelie sul libro dei Salmi»), Milán 1993, pp. 543-544).

5. Por tanto, el señor actúa con su Palabra no sólo en la creación, sino también en la historia. Se revela con el lenguaje mudo de la naturaleza (Cf. Salmo 18, 2-7), pero se expresa de manera explícita a través de la Biblia y a través de su comunicación personal por medio de los profetas y en plenitud por medio del Hijo (Cf. Hebreos 1,1-2). Son dos dones de su amor diferentes, pero convergentes.

Por este motivo todos los días debe elevarse hacia el cielo nuestra alabanza. Es nuestro gracias, que florece desde la aurora en la oración de Laudes para bendecir al Señor de la vida y de la libertad, de la existencia y de la fe, de la creación y de la redención.

Audiencia del Miércoles 20 de agosto del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 148

1. El Salmo 148, que se acaba de elevar a Dios, constituye un auténtico «cántico de las criaturas», una especie de «Tedeum» del Antiguo Testamento, un aleluya cósmico que involucra todo y a todos en la alabanza divina.

Así lo comenta un exégeta contemporáneo: «El salmista, al llamarlos por su nombre, pone en orden los seres: en lo más alto del cielo, dos astros según los tiempos, y aparte las estrellas; a un lado los árboles frutales, al otro los cedros; a otro nivel los reptiles y los pájaros; aquí los príncipes y allá los pueblos; en dos filas, quizá dándose la mano, jóvenes y muchachas... Dios los ha creado dándoles un lugar y una función; el hombre los acoge, dándoles un lugar en el lenguaje; y así los presenta en la celebración litúrgica. El hombre es el "pastor del ser" o el liturgista de la creación» (Luis Alonso Schökel, «Treinta Salmos: Poesía y Oración» --«Trenta salmi: poesia e preghiera»--, Bolonia 1982, página 499).

Unámonos también nosotros a este coro universal que resuena en el ábside del cielo y que tiene por templo todo el cosmos. Dejémonos conquistar por la respiración de la alabanza que todas las criaturas elevan a su Creador.

2. En el cielo, nos encontramos con los cantores del universo estelar: los astros más lejanos, los ejércitos de los ángeles, el sol y la luna, las estrellas lucientes, los «espacios celestes» (Cf. versículo 4), las aguas superiores que el hombre de la Biblia imagina conservadas en recipientes antes de caer como lluvia sobre la tierra.

El aleluya, es decir, la invitación a «alabar al Señor», se deja oír al menos ocho veces y tiene como meta el orden y la armonía de los seres celestes: «Les dio consistencia perpetua y una ley que no pasará» (v. 6).

La mirada se dirige, después, al horizonte terrestre, donde aparece una procesión de cantores, al menos veintidós, es decir, una especie de alfabeto de alabanza, diseminado sobre nuestro planeta. Se presentan entonces los monstruos marinos y los abismos, símbolos del caos de las aguas sobre el que se cimienta la tierra (Cf. Salmo 23, 2) según la concepción cosmológica de los antiguos semitas.

El padre de la Iglesia san Basilio observaba: «Ni siquiera el abismo fue considerado como despreciable por el salmista, que lo ha colocado en el coro general de la creación, es más, con su lenguaje particular completa también de manera armoniosa el himno al Creador» («Homiliae in hexaemeron», III, 9: PG 29,75).

3. La procesión continúa con las criaturas de la atmósfera: los rayos, el granizo, la nieve, la niebla y el viento tempestuoso, considerado como un veloz mensajero de Dios (Cf. Salmo 148, 8).

Aparecen después los montes y las colinas, vistos como las criaturas más antiguas de la tierra (Cf. versículo 9a). El reino vegetal es representado por los árboles frutales y por los cedros (Cf. versículo 9b). El mundo animal, por el contrario, es personificado por las fieras, los animales domésticos, los reptiles y los pájaros (Cf. v. 10).

Por último, aparece el hombre, que preside la liturgia de la creación. Está representado según todas las edades y distinciones: niños, jóvenes y ancianos, príncipes, reyes y pueblos del orbe (Cf. versículos 11-12).

4. Dejemos ahora a san Juan Crisóstomo la tarea de echar una mirada de conjunto sobre este inmenso coro. Lo hace con palabras que hacen referencia también al Cántico de los tres jóvenes en el horno ardiente, que meditamos en la pasada catequesis.

El gran Padre de la Iglesia y Patriarca de Constantinopla afirma: «Por su gran rectitud de espíritu los santos, cuando van a dar gracias a Dios, tienen la costumbre de convocar a muchos para que participen en su alabanza, exhortándoles a participar junto a ellos en esta bella liturgia. Es lo que hicieron también los tres muchachos en el horno, cuando exhortaron a toda la creación a alabar por el beneficio recibido y a cantar himnos a Dios (Cf. Daniel 3). Este Salmo hace lo mismo al convocar a las dos partes del mundo, la que está arriba y la que está abajo, la sensible y la inteligente. Isaías hizo lo mismo, cuando dijo: "¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! Prorrumpen los montes en gritos de alegría, pues el Señor ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido" (Isaías 49,13). El Salterio vuelve a expresarse así: «Cuando Israel salió de Egipto, la casa de Jacob de un pueblo bárbaro..., los montes brincaron igual que carneros, las colinas como corderillos» (Salmo 113, 1.4). E Isaías, en otro pasaje, afirma: «Derramad, nubes, la victoria. Ábrase la tierra y produzca salvación, y germine juntamente la justicia» (Isaías 45, 8). De hecho, los santos, considerando que no se bastan para alabar al Señor, se dirigen a todas partes involucrando a todos en un himno común» («Expositio in psalmum», CXLVIII: PG 55, 484-485).

5. De este modo, nosotros también somos invitados a asociarnos a este inmenso coro, convirtiéndonos en voz explícita de toda criatura y alabando a Dios en las dos dimensiones fundamentales de su misterio. Por un lado tenemos que adorar su grandeza trascendente, porque «sólo su nombre es sublime; su majestad resplandece sobre el cielo y la tierra», como dice nuestro Salmo (versículo 13). Por otro lado, reconocemos su bondad condescendiente, pues Dios está cerca de sus criaturas y sale especialmente en ayuda de su pueblo: «él acrece el vigor de su pueblo..., su pueblo escogido» (versículo 14), como sigue diciendo el Salmista.

Frente al Creador omnipotente y misericordioso, acojamos, entonces, la invitación de san Agustín a alabarle, ensalzarle y festejarle a través de sus obras: «Cuando observas estas criaturas, te regocijas, y te elevas al Artífice de todo y a partir de lo creado, gracias a la inteligencia, contemplas sus atributos invisibles, entonces se eleva una confesión sobre la tierra y en el cielo... Si las

criaturas son bellas, ¿cuánto más bello será el Creador? » («Exposiciones sobre los Salmos», --«Esposizioni sui Salmi»--, IV, Roma 1977, pp. 887-889).

Audiencia del Miércoles 17 de julio del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 149

Fiesta de los amigos de Dios

1. "Que los fieles festejen su gloria, y canten jubilosos en filas". Esta invitación del salmo 149, que se acaba de proclamar, remite a un alba que está a punto de despuntar y encuentra a los fieles dispuestos a entonar su alabanza matutina. El salmo, con una expresión significativa, define esa alabanza "un cántico nuevo" (v. 1), es decir, un himno solemne y perfecto, adecuado para los últimos días, en los que el Señor reunirá a los justos en un mundo renovado.

Todo el salmo está impregnado de un clima de fiesta, inaugurado ya con el Aleluya inicial y acompasado luego con cantos, alabanzas, alegría, danzas y el son de tímpanos y cítaras. La oración que este salmo inspira es la acción de gracias de un corazón lleno de júbilo religioso.

2. En el original hebreo del himno, a los protagonistas del salmo se les llama con dos términos característicos de la espiritualidad del Antiguo Testamento. Tres veces se les define ante todo como hasidim (vv. 1, 5 y 9), es decir, "los piadosos, los fieles", los que responden con fidelidad y amor (hesed) al amor paternal del Señor. La segunda parte del salmo resulta sorprendente, porque abunda en expresiones bélicas.

Resulta extraño que, en un mismo versículo, el salmo ponga juntamente "vítoras a Dios en la boca" y "espadas de dos filos en las manos" (v. 6). Reflexionando, podemos comprender el porqué: el salmo fue compuesto para "fieles" que militaban en una guerra de liberación; combatían para librar a su pueblo oprimido y devolverle la posibilidad de servir a Dios. Durante la época de los Macabeos, en el siglo II a.C., los que combatían por la libertad y por la fe, sometidos a dura represión por parte del poder helenístico, se llamaban precisamente hasidim, "los fieles" a la palabra de Dios y a las tradiciones de los padres.

3. Desde la perspectiva actual de nuestra oración, esta simbología bélica resulta una imagen de nuestro compromiso de creyentes que, después de cantar a Dios la alabanza matutina, andamos por los caminos del mundo, en medio del mal y de la injusticia. Por desgracia, las fuerzas que se oponen al reino de Dios son formidables: el salmista habla de "pueblos, naciones, reyes y nobles".

A pesar de todo, mantiene la confianza, porque sabe que a su lado está el Señor, que es el auténtico Rey de la historia (v. 2). Por consiguiente, su victoria sobre el mal es segura y será el triunfo del amor. En esta lucha participan todos los hasidim, todos los fieles y los justos, que, con la fuerza del Espíritu, llevan a término la obra admirable llamada reino de Dios.

4. San Agustín, tomando como punto de partida el hecho de que el salmo habla de "coro" y de "tímpanos y cítaras", comenta: "¿Qué es lo que constituye un

coro? (...) El coro es un conjunto de personas que cantan juntas. Si cantamos en coro debemos cantar con armonía. Cuando se canta en coro, incluso una sola voz desentonada molesta al que oye y crea confusión en el coro mismo" (Enarr. in Ps. 149: CCL 40, 7, 1-4).

Luego, refiriéndose a los instrumentos utilizados por el salmista, se pregunta: "¿Por qué el salmista usa el tímpano y el salterio?". Responde: "Para que no sólo la voz alabe al Señor, sino también las obras. Cuando se utilizan el tímpano y el salterio, las manos se armonizan con la voz. Eso es lo que debes hacer tú. Cuando cantes el aleluya, debes dar pan al hambriento, vestir al desnudo y acoger al peregrino. Si lo haces, no sólo canta la voz, sino que también las manos se armonizan con la voz, pues las palabras concuerdan con las obras" (ib., 8, 1-4).

5. Hay un segundo vocablo con el que se definen los orantes de este salmo: son los anawim, es decir, "los pobres, los humildes" (v. 4). Esta expresión es muy frecuente en el Salterio y no sólo indica a los oprimidos, a los pobres y a los perseguidos por la justicia, sino también a los que, siendo fieles a los compromisos morales de la alianza con Dios, son marginados por los que escogen la violencia, la riqueza y la prepotencia.

Desde esta perspectiva se comprende que los "pobres" no sólo constituyen una clase social, sino también una opción espiritual. Este es el sentido de la célebre primera bienaventuranza: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5, 3). Ya el profeta Sofonías se dirigía así a los anawim: "Buscad al Señor, vosotros todos, humildes de la tierra, que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad; quizá encontréis cobijo el día de la cólera del Señor" (So 2, 3).

6. Ahora bien, el "día de la cólera del Señor" es precisamente el que se describe en la segunda parte del salmo, cuando los "pobres" se ponen de parte de Dios para luchar contra el mal. Por sí mismos, no tienen la fuerza suficiente, ni los medios, ni las estrategias necesarias para oponerse a la irrupción del mal. Sin embargo, la frase del salmista es categórica: "El Señor ama a su pueblo, y adorna con la victoria a los humildes (anawim)" (v. 4). Se cumple idealmente lo que el apóstol san Pablo declara a los Corintios: "Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es" (1 Co 1, 28).

Con esta confianza "los hijos de Sión" (v. 2), hasidim y anawim, es decir, los fieles y los pobres, se disponen a vivir su testimonio en el mundo y en la historia. El canto de María recogido en el evangelio de san Lucas -el Magnificat- es el eco de los mejores sentimientos de los "hijos de Sión": alabanza jubilosa a Dios Salvador, acción de gracias por las obras grandes que ha hecho por ella el Todopoderoso, lucha contra las fuerzas del mal, solidaridad con los pobres y fidelidad al Dios de la alianza (cf. Lc 1, 46-55).

Audiencia del miércoles 23 de mayo de 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 150

1. El himno que acaba de servir de apoyo para nuestra oración es el último canto del Salterio, el Salmo 150. La palabra final que resuena en el libro de la oración de Israel es el aleluya, es decir, la alabanza pura a Dios, y por este motivo el Salmo es propuesto en dos ocasiones por la Liturgia de los Laudes, en el segundo y en el cuarto domingo.

El breve texto está salpicado por la sucesión de diez imperativos que repiten la misma palabra «hallelû», «¡alabad!». Como música y canto perenne, parecen no apagarse nunca, como sucederá también en el célebre aleluya del «Mesías» de Händel. La alabanza a Dios se convierte en una especie de respiración del alma sin pausa. Como se ha escrito, «esta es una de las recompensas del ser humano: la tranquila exaltación, la capacidad de celebrar. Está bien expresada en una frase que el rabino Akiba dirigió a sus discípulos: "Un canto cada día / un canto para cada día"» (A. J. Heschel, «Chi è l'uomo?», Milán 1971, p. 198).

2. El Salmo 150 parece desarrollarse en tres momentos. Al comenzar, en los primeros dos versículos (versículos 1 a 2), la mirada se fija en el «Señor», en «su templo», en «su fuerte firmamento», en «sus obras magníficas», en «su grandeza». En un segundo momento --como si se tratara de un auténtico movimiento musical--, en la alabanza queda involucrada la orquesta del templo de Sión (cf. versículos 3-5b), que acompaña el canto y la danza sagrada. Al final, en el último versículo del Salmo (cf. v. 5c) aparece el universo, representado por «todo viviente» o, recalcando el original hebreo, «todo ser que alienta». La vida misma se hace alabanza, una alabanza que sube desde las criaturas hacia el Creador.

3. Nosotros, ahora, en nuestro primer encuentro con el Salmo 150, nos conformaremos con detenernos en el primer y último momento del himno. Sirven de marco para el segundo momento, corazón de la composición, y que examinaremos en el futuro, cuando la Liturgia de los Laudes vuelva a proponer este Salmo.

La primera sede en la que se desarrolla el canto musical y de oración es el «templo» (cfr v. 1). El original hebreo habla de área «sacra», pura y trascendente en la que habita Dios. Hace referencia, por tanto, al horizonte celeste y paradisíaco donde, como precisará el libro del Apocalipsis, se celebra la eterna y perfecta liturgia del Cordero (cf. por ejemplo Apocalipsis 5, 6-14). El misterio de Dios, en el que los santos son acogidos para participar en una comunión plena, es un ámbito de luz y de alegría, de revelación y de amor. No por casualidad, si bien con cierta libertad, la antigua traducción griega de los Setenta y la misma traducción latina de la Vulgata propusieron, en vez de «templo», la palabra «santos»: «Alabad al Señor entre sus santos».

4. Del cielo, el pensamiento pasa implícitamente a la tierra, subrayando las «obras magníficas» de Dios, que manifiestan «su inmensa grandeza» (versículo 2). Estos prodigios son descritos en el Salmo 104, en donde se invita

a los israelitas a «meditar en todos los prodigios» de Dios (v. 2), a recordar «las maravillas que hizo, sus prodigios, las sentencias de su boca» (v. 5); el salmista recuerda entonces «la alianza sellada con Abraham» (v. 9), la extraordinaria historia de José, los prodigios de la liberación de Egipto y la travesía del desierto y, por último el don de la tierra. Otro Salmo habla de situaciones angustiosas de las que el Señor libera a quienes le «gritan»; las personas liberadas son invitadas repetidas veces a dar gracias por los prodigios realizados por Dios: «Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres» (Salmo 106, 8.15.21.31).

Se puede entender así, en nuestro Salmo, la referencia a las «obras fuertes», como dice el original hebreo, es decir, los «prodigios» poderosos (cf. v. 2), que Dios disemina en la historia de la salvación. La alabanza se convierte en profesión de fe en Dios Creador y Redentor, celebración festiva del amor divino, que se despliega creando y salvando, dando la vida y la liberación.

5. Llegamos así al último versículo del Salmo 150 (cf. versículo 5c). El término hebreo utilizado para indicar a los «vivientes» que alaban a Dios hace referencia a la respiración, como antes decía, pero también a algo íntimo y profundo, innato en el hombre.

Si bien se puede pensar que toda la vida de lo creado es un himno de alabanza al Creador, es más preciso, sin embargo, considerar que una posición de primacía en este coro es reservada a la criatura humana. A través del ser humano, portavoz de toda la creación, todos los vivientes alaban al Señor. Nuestra respiración de vida, que quiere decir también autoconciencia, consciencia y libertad (cf. Proverbios 20, 27), se convierte en canto y oración de toda la vida que palpita en el universo. Por ello, recitemos entre nosotros «salmos, himnos y cánticos inspirados; cantando y salmodiando al Señor» de todo corazón (Efesios 5, 19).

6. Al transcribir los versículos del Salmo 150, los manuscritos hebreos reproducen con frecuencia la «Menorah», el famoso candelabro de siete brazos, colocado en el Santo de los Santos del templo de Jerusalén. Sugieren así una bella interpretación de este Salmo, que desde siempre ha sido un auténtico «Amén» a la oración de nuestros «hermanos mayores»: todo hombre, con todos los instrumentos que su ingenio ha inventado «trompetas, arpas, cítaras, tambores, danzas, trompas, flautas, platillos sonoros», como dice el Salmo, pero al mismo tiempo también «todo viviente» es invitado a arder como la «Menorah» frente al Santo de los Santos, en constante oración de alabanza y de acción de gracias.

Unidos con el Hijo, voz perfecta de todo el mundo por Él creado, convirtámonos también nosotros en oración incesante ante el trono de Dios.

Audiencia del Miércoles 10 de enero del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Salmo 150

1. Resuena por segunda vez en la Liturgia de los Laudes el Salmo 150, que acabamos de proclamar: un himno festivo, un aleluya a ritmo de música. Es el sello ideal de todo el Salterio, el libro de la alabanza, del canto, de la liturgia de Israel.

El texto es de una sencillez y transparencia admirables. Sólo tenemos que dejarnos atraer por el insistente llamamiento a alabar al Señor: «Alabad al Señor..., alabadlo... alabadlo». Al inicio, se presenta a Dios en dos aspectos fundamentales de su misterio. Es sin duda trascendente, misterioso, sobrepasa nuestro horizonte: su morada real es el «santuario» celeste, el «fuerte firmamento», fortaleza inaccesible para el hombre. Al mismo tiempo, está cerca de nosotros: está presente en el «templo» de Sión y actúa en la historia a través de «sus obras magníficas» que revelan y permiten experimentar «su inmensa grandeza» (Cf. versículos 1-2).

2. Entre la tierra y el cielo se entabla, por tanto, una especie de canal de comunicación en el que se encuentran la acción del Señor y el canto de alabanza de los fieles. La Liturgia une los dos santuarios, el templo terreno y el cielo infinito, Dios y el hombre, el tiempo y la eternidad.

Durante la oración, realizamos una especie de ascensión hacia la luz divina y al mismo tiempo experimentamos un descenso de Dios que se adapta a nuestro límite para escucharnos y hablarnos, para encontrarnos y salvarnos. El salmista nos ofrece inmediatamente una ayuda para este encuentro de oración: el recurso a los instrumentos musicales de la orquesta del templo, como la trompetas, las arpas, las cítaras, los tambores, las flautas, y los platillos sonoros. El movimiento de la procesión también formaba parte del ritual de Jerusalén (Cf. Salmo 117, 27). Del mismo llamamiento se hace eco el Salmo 46, 8: «tocad con maestría».

3. Es necesario, por tanto, descubrir y vivir constantemente la belleza de la oración y de la liturgia. Es necesario rezar a Dios no sólo con fórmulas teológicamente exactas, sino también de manera bella y digna.

En este sentido, la comunidad cristiana debe hacer un examen de conciencia para que vuelva cada vez más a la liturgia la belleza de la música y del canto. Es necesario purificar el culto de deformaciones, de formas descuidadas de expresión, de música y textos mal preparados, y poco adecuados a las grandeza del acto que se celebra.

Es significativo, en este sentido, el llamamiento de la Carta a los Efesios a evitar la falta de moderación para dejar espacio a la pureza de la alabanza litúrgica: «No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (5,18-20).

4. El salmista termina invitando a la alabanza a «todo viviente» (Cf. Salmo, 150,5), literalmente a «todo respiro», expresión que en hebreo quiere decir «todo ser que alienta», especialmente «todo ser humano vivo» (Cf. Deuteronomio 20,16; Josué 10, 40; 11,11.14). En la alabanza divina queda involucrada, por tanto, la criatura humana con su voz y su corazón. Con ella son convocados idealmente todos los seres vivientes, todas las criaturas en las que hay un aliento de vida (Cf. Génesis 7, 22), para que eleven su himno de acción de gracias al Creador por el don de la existencia.

San Francisco seguirá esta invitación universal con su sugerente «Cántico del Hermano Sol», en el que invita a alabar y bendecir al Señor por todas las criaturas, reflejo de su belleza y de su bondad (Cf. Fuentes Franciscanas, 263).

5. En este canto deben participar de manera especial todos los fieles, como sugiere la Carta a los Colosenses: «La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos, himnos y cánticos inspirados» (3, 16).

En este sentido, san Agustín, en sus « Comentarios a los Salmos», ve un símbolo de los santos que alaban a Dios en los instrumentos musicales: «Vosotros, santos, sed la trompeta, el arpa, la cítara, el coro, los instrumentos de cuerdas, y el órgano, los timbales de júbilo que emiten bellos sonidos, es decir, que tocan armoniosamente. Vosotros sois todo esto. Al escuchar el salmo no hay que pensar en cosas de poco valor, en cosas pasajeras, ni en instrumentos teatrales». En realidad, voz de canto a Dios es «todo espíritu que alaba al Señor» («Comentarios a los Salmos» --«Esposizioni sui Salmi»--, IV, Roma 1977, pp. 934-935).

La música más elevada, por tanto, es la que se eleva de nuestros corazones. Dios quiere escuchar precisamente esta armonía en nuestras liturgias.

Audiencia del Miércoles 26 de febrero del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Libro de Isaías

"Es verdad: tú eres un Dios escondido" (Isaías 45, 15). Este versículo, que introduce el Cántico propuesto en las Laudes del viernes de la primera semana del Salterio, está tomado de una meditación del Segundo Isaías sobre la grandeza de Dios, manifestada en la creación y en la historia: un Dios que se revela, a pesar de que permanece escondido en la impenetrabilidad de su misterio. Él es por definición el "Deus absconditus". No lo puede abarcar ningún pensamiento. El hombre sólo puede contemplar su presencia en el universo, siguiendo sus huellas y postrándose en adoración y en alabanza.

El marco histórico en el que nace esta meditación es el de la sorprendente liberación que Dios procuró a su pueblo, en tiempos del exilio de Babilonia. ¿Quién hubiera podido pensar que los exiliados de Israel podrían regresar a su patria? Al ver la potencia de Babilonia, sólo les quedaba desesperarse. Pero entonces aparece el gran anuncio, la sorpresa de Dios, que vibra en las palabras del profeta: como en tiempos del Éxodo, Dios intervendrá. Y, si entonces había plegado con tremendos castigos la resistencia del Faraón, ahora escoge a un rey, Ciro de Persia, para derrotar la potencia de Babilonia y restituir la libertad a Israel.

2. "Tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador" (Isaías 45, 15). Con estas palabras el profeta invita a reconocer que Dios obra en la historia, aunque no aparezca en primer plano. Se diría que está "entre bastidores". Él es el director misterioso e invisible, que respeta la libertad de sus criaturas, pero al mismo tiempo que tiene en sus manos los hilos de las vicisitudes del mundo. La certeza de la acción providencial de Dios es fuente de esperanza para el creyente, que sabe que puede contar con la presencia constante de Aquel que "modeló la tierra, la fabricó y la afianzó" (Isaías 45,18).

El acto creador, de hecho, no es un episodio que se pierde en la noche de los tiempos, como si el mundo, tras aquel inicio, tuviera que considerarse abandonado a su propia suerte. Dios da continuamente el ser a la creación salida de sus manos. Reconocer esta verdad significa también confesar su unicidad: "¿No soy yo, el Señor? No hay otro Dios fuera de mí" (Isaías 45, 21). Dios es por definición el Único. Nada se le puede comparar. Todo le está subordinado. De aquí se deriva el rechazo de la idolatría, sobre la que el profeta pronuncia palabras severas: "No discurren los que llevan su ídolo esculpido y rezan a un dios que no puede salvar" (Isaías 45, 20). ¿Cómo es posible adorar a un producto del hombre?

3. A nuestra sensibilidad de hoy podría parecer excesiva esta polémica, como si se quedara en las imágenes en sí, sin comprender que se les puede atribuir un valor simbólico, compatible con la adoración espiritual del único Dios. Ciertamente, aquí entra en juego la sabia pedagogía divina que, a través de una rígida disciplina de exclusión de las imágenes, protegió históricamente a Israel de las contaminaciones politeístas. La Iglesia, basándose en el rostro de Dios manifestado en la encarnación de Cristo, reconoció en el Concilio de Nicea II (año 787) la posibilidad de utilizar las imágenes sagradas, a condición

de que sean comprendidas en su valor esencialmente relacional. Pero sigue en pie la importancia de esta admonición profética en relación a todas las formas de idolatría, que con frecuencia no se esconden en el uso impropio de las imágenes, sino en las actitudes con las que los hombres y cosas son considerados como valores absolutos, que llegan a sustituir al mismo Dios.

4. De la creación, el himno nos lleva al terreno de la historia, donde Israel ha podido experimentar tantas veces la potencia benéfica y misericordiosa de Dios, su fidelidad y su providencia. En particular, en la liberación del exilio, se ha manifestado una vez más el amor de Dios por su pueblo, y esto ha tenido lugar de manera tan evidente y sorprendente, que el profeta cita como testigos a los mismos "supervivientes de las naciones". Los invita a discutir, si pueden: "Reuníos, venid, acercaos juntos, supervivientes de las naciones" (Isaías 45, 20). La conclusión a la que llega el profeta es que la intervención de Dios es indiscutible. Emerge entonces una magnífica perspectiva universalista. Dios proclama: "Volveos hacia mí para salvaros, confines de la tierra, pues yo soy Dios, y no hay otro" (Isaías 45, 22). De este modo queda claro que la predilección con la que Dios escogió a Israel como a su pueblo no es un acto de exclusión, sino más bien un acto de amor del que toda la humanidad está llamada a beneficiarse. Así se perfila, ya en el Antiguo Testamento, que la concepción "sacramental" de la historia de la salvación no ve en la elección especial de los hijos de Abraham y después de los discípulos de Cristo en la Iglesia un privilegio que "encierra" y "excluye", sino el signo y el instrumento de un amor universal.

5. La invitación a la adoración y el ofrecimiento de la salvación están dirigidos a todos los pueblos: "ante mí se doblará toda rodilla, por mí jurará toda lengua" (Isaías 45, 23). Leer estas palabras en una óptica cristiana significa ir con el pensamiento a la revelación plena del Nuevo Testamento, que señala en Cristo "el Nombre que está sobre todo nombre" (Filipenses 2, 9), de modo que "en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra, y en los abismos; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2,10-11).

Nuestra alabanza de la mañana, a través de este Cántico, se dilata a las dimensiones del universo, y da voz a cuantos no han tenido la gracia de conocer todavía a Cristo. Es una alabanza que se hace "misionera", llevándonos a caminar por todos los caminos, anunciando que Dios se ha manifestado en Jesús como Salvador del mundo.

Audiencia del Miércoles 31 de octubre 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de la Carta a los Colosenses

1. Acaba de resonar el gran himno cristológico con el que comienza la carta a los Colosenses. En él sobresale la figura gloriosa de Cristo, corazón de la liturgia y centro de toda la vida eclesial. Ahora bien, muy pronto el horizonte del himno se amplía a toda la creación y a la redención, abarcando a todo ser creado y a toda la historia.

En este canto se puede percibir el ambiente de fe y de oración de la antigua comunidad cristiana y el apóstol recoge su voz y testimonio, imprimiendo al mismo tiempo al himno su impronta.

2. Después de una introducción en la que se da gracias al Padre por la redención (Cf. versículos 12-14), el cántico, que la Liturgia de las Vísperas presenta cada semana, se articula en dos estrofas. La primera celebra a Cristo como «primogénito de toda criatura», es decir, ha sido generado antes de todo ser, afirmando así su eternidad que trasciende el espacio y el tiempo (Cf. versículos 15-18a). Él es la «imagen», el «icono» de Dios que permanece invisible en su misterio. Ésta fue la experiencia de Moisés, quien en su ardiente deseo de contemplar la realidad personal de Dios, escuchó esta respuesta: «Mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo» (Éxodo 33, 20; Cf. Juan 14, 8-9).

Por el contrario, el rostro del Padre creador del universo se hace accesible en Cristo, artífice de la realidad creada: «por medio de Él fueron creadas todas las cosas... y todo se mantiene en Él» (Colosenses 1, 16-17). Cristo, por tanto, por un lado es superior a las realidades creadas, pero por otro, está involucrado en su creación. Por este motivo, puede ser visto como «imagen del Dios invisible», cercano a nosotros a través del acto creativo.

3. La alabanza en honor de Cristo avanza, en la segunda estrofa (Cf. versículos 18b-20), hacia otro horizonte: el de la salvación, la redención, la regeneración de la humanidad creada por Él, pero que al pecar había caído en la muerte.

Ahora la «plenitud» de gracia y de Espíritu Santo que el Padre ha dado al Hijo permite el que, al morir y resucitar, pueda comunicarnos una nueva vida (Cf. versículos 19-20).

4. Él es celebrado, por tanto, como «el primogénito de entre los muertos» (1,18b). Con su «plenitud» divina, pero también con su sangre derramada en la cruz, Cristo «reconcilia» y «hace la paz» entre todas las realidades, celestes y terrestres. De este modo les restituye su situación originaria, recreando la armonía primigenia, querida por Dios según su proyecto de amor y de vida. Creación y redención están, por tanto, ligadas entre sí como etapas de una misma historia de salvación.

5. Como de costumbre, dejamos ahora espacio a la meditación de los grandes maestros de la fe, los Padres de la Iglesia. Uno de ellos nos guiará en la reflexión sobre la obra redentora realizada por Cristo con su sangre.

Al comentar nuestro himno, san Juan Damasceno, en el «Comentario a las cartas de san Pablo» que se le atribuye, escribe: «san Pablo habla de la “sangre por la que hemos recibido la redención” (Efesios 1, 7). Se nos da como rescate la sangre del Señor, que lleva a los prisioneros de la muerte a la vida. Los que estaban sometidos al reino de la muerte sólo podían liberarse a través de Aquél que se hizo partícipe con nosotros de la muerte... Con su venida, hemos conocido la naturaleza de Dios que existía antes de su venida. De hecho, es obra de Dios el haber extinguido la muerte, restituido la vida y reconducido a Dios al mundo. Por ello, dice: “Él es imagen de Dios invisible” (Colosenses 1, 15), para manifestar que es Dios, aunque no es el Padre, sino la imagen del Padre, y tiene su misma identidad, si bien no es Él» («Los libros de la Biblia interpretados por la gran tradición» --«I libri della Bibbia interpretati dalla grande tradizione»--, Bolonia 2000, pp. 18.23).

Después Juan Damasceno concluye echando una mirada de conjunto a la obra salvadora de Cristo: «La muerte de Cristo salvó y renovó al hombre; y dio a los ángeles la alegría primitiva, a causa de los salvados, y unió las realidades inferiores con las superiores... Hizo la paz y quitó de en medio la enemistad. Por eso decían los ángeles: “Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra”» (ibídem, p. 37).

Audiencia del Miércoles 24 de noviembre del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Apocalipsis

1. La Liturgia de las Vísperas, además de los Salmos, presenta una serie de cánticos tomados del Nuevo Testamento. Algunos, como el que acabamos de escuchar, son pasajes del Apocalipsis, el libro que sella toda la Biblia, y que con frecuencia se caracteriza por cantos y coros, por solistas y por himnos de la asamblea de los elegidos, por trompetas, arpas y cítaras.

Nuestro cántico, muy breve, procede del capítulo 15 de esta obra. Está a punto de comenzar una nueva y grandiosa escena: a los siete ángeles que llevan otras tantas plagas divinas, les siguen siete copas llenas también de plagas -- en griego «pleguè» hace referencia a un golpe violento capaz de provocar heridas y, a veces, incluso la muerte--. Es evidente, en este caso, una alusión a la narración de las plagas de Egipto (Cf. Éxodo 7, 14-11, 10).

En el Apocalipsis, el «flagelo-plaga» es símbolo de un juicio sobre el mal, sobre la opresión y sobre la violencia del mundo. Por este motivo, es también signo de esperanza para los justos. Las siete plagas --como es sabido, en la Biblia el número siete es símbolo de plenitud-- son definidas como las «últimas» (Cf. Apocalipsis 15, 1), pues en ellas se cumple la intervención divina que acaba con el mal.

2. El himno es entonado por los salvados, los justos de la tierra, que están «de pie» en la misma actitud del Cordero resucitado (Cf. versículo 2). Al igual que los judíos en el Éxodo, después de la travesía del mar cantaban el himno de Moisés (Cf. Éxodo 15, 1-18), de este modo los elegidos elevan a Dios su «cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero» (Apocalipsis 15, 3), después de haber vencido a la Bestia, enemiga de Dios (Cf. versículo 2).

Este himno refleja la liturgia de las Iglesias de san Juan y está constituido por un florilegio de citas del Antiguo Testamento, en particular de los salmos. La comunidad cristiana de los orígenes consideraba la Biblia no sólo como alma de su fe y de su vida, sino también de su oración y de su liturgia, como sucede precisamente en las Vísperas que estamos comentando.

Es también significativo que el cántico esté acompañado por instrumentos musicales: los justos llevan cítaras (ibídem), testimonio de una liturgia rodeada del esplendor de la música sagrada.

3. Con su himno, los salvados «grandes y maravillosas» «obras» del «Señor, Dios omnipotente», es decir, sus gestos salvíficos en el gobierno del mundo y en la historia. La auténtica oración, de hecho, no es sólo una petición, sino también alabanza, acción de gracias, bendición, celebración, profesión de fe en el Señor que salva. En este cántico, es significativa además la dimensión universal, que es expresada en los términos del Salmo 85: «Vendrán todas las naciones a postrarse ante ti, Señor» (Salmo 85, 9). La mirada abarca de este modo todo el horizonte y se entreven ríos humanos de pueblos que convergen hacia el Señor para reconocer sus «justos juicios» (Apocalipsis 15, 4), es decir,

sus intervenciones en la historia para vencer al mal y elogiar el bien. La búsqueda de justicia presente en todas las culturas, la necesidad de verdad y de amor experimentada por todas las espiritualidades, contienen una tendencia hacia el Señor, que sólo se colma cuando se le encuentra.

Es bello pensar en este aire universal de religiosidad y de esperanza, asumido e interpretado por las palabras de los profetas: «Desde el sol levante hasta el poniente, grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio de incienso y una oblación pura. Pues grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos» (Malaquías 1, 11).

4. Concluimos uniendo nuestra voz a la voz universal. Lo hacemos con las palabras de un canto de san Gregorio Nazianceno, gran padre de la Iglesia del siglo IV. «Gloria al Padre y al Hijo rey del universo, gloria al Espíritu Santo, a quien se eleve toda gloria. Un solo Dios es la Trinidad: ha creado todo, el cielo con los seres celestes y la tierra con los terrestres. Ha llenado el mar, los ríos, los manantiales con seres acuáticos, vivificando todo con el propio Espíritu para que toda la Creación alabara al sabio Creador: la vida y la permanencia en la vida tienen sólo en él su causa. Que la criatura racional cante sobre todo sus alabanzas como rey poderoso y padre bueno. En espíritu, con el alma, con los labios, con el pensamiento, haz que yo también te glorifique con pureza, Padre» («Poesías» --«Poesie»--, 1, «Collana di testi patristici» 115, Roma 1994, pp. 66-67).

Audiencia del Miércoles 23 de junio del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Apocalipsis

1. El cántico que nos acaban de proponer imprime en la Liturgia de las Vísperas la sencillez e intensidad de una alabanza comunitaria. Pertenece a la solemne visión de apertura del Apocalipsis, que presenta una especie de liturgia celestial a la que también nosotros, peregrinos en la tierra, nos asociamos durante nuestras celebraciones eclesiales.

El himno, compuesto por algunos versículos tomados del Apocalipsis, y unificados para el uso litúrgico, se basa en dos elementos fundamentales. El primero, esbozado brevemente, es la celebración de la obra del Señor: «Tú has creado el universo; porque por tu voluntad lo que no existía fue creado» (4, 11). La creación revela, de hecho, la inmensa potencia de Dios. Como dice el libro de la Sabiduría, «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su autor» (13, 5). Del mismo modo, el apóstol Pablo observa: « Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras» (Romanos 1, 20). Por este motivo, es un deber elevar el cántico de alabanza al Creador para celebrar su gloria.

2. En este contexto, puede ser interesante recordar que el emperador Domiciano, bajo cuyo gobierno fue compuesto el Apocalipsis, se hacía llamar con el título de «Dominus et deus noster» [señor y dios nuestro, ndr.] y exigía que sólo se dirigiera a él con estos apelativos (Cf. Suetonio, «Domiciano», XIII). Obviamente los cristianos se oponían a dirigir semejantes títulos a una criatura humana, por más potente que fuera, y sólo dedicaban sus aclamaciones de adoración al verdadero «Señor y Dios nuestro», creador del universo (Cf. Apocalipsis 4, 11) y aquél que es, con Dios, «el primero y el último» (Cf. 1, 17), y está sentado con Dios su Padre sobre el trono celestial (Cf. 3, 21): Cristo muerto y resucitado, simbólicamente representado en esta ocasión como un Cordero erguido a pesar de haber sido «degollado» (5, 6).

3. Éste es precisamente el segundo elemento ampliamente desarrollado por el himno que estamos comentando: Cristo, Cordero inmolado. Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos lo aclaman con un canto que comienza con esta aclamación: «Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado» (5, 9).

En el centro de la alabanza está, por tanto, Cristo con su obra histórica de redención. Por este motivo, es capaz de descifrar el sentido de la historia: abre los «sellos» (ibídem) del libro secreto que contiene el proyecto querido por Dios.

4. Pero no es sólo una obra de interpretación, sino también un acto de cumplimiento y liberación. Dado que ha sido «degollado», ha podido «comprar» (ibídem) a los hombres de todo origen.

El verbo griego utilizado no hace explícitamente referencia a la historia del Éxodo, en la que nunca se habla de «comprar» israelitas; sin embargo, la

continuación de la frase contiene una alusión evidente a la famosa promesa hecha por Dios a Israel en el Sinaí: «seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éxodo 19, 6).

5. Ahora esta promesa se ha hecho realidad: el Cordero ha constituido para Dios «un reino de Sacerdotes, y reinan sobre la tierra» (Apocalipsis 5, 10), y este reino está abierto a toda la humanidad, llamada a formar la comunidad de los hijos de Dios, como recordará san Pedro: «vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquél que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz» (I Pedro 2, 9).

El Concilio Vaticano II hace referencia explícita a estos textos de la Primera Carta de Pedro y del libro del Apocalipsis, cuando, al presentar el «sacerdocio común», que pertenece a todos los fieles, ilustra las modalidades con las que éstos lo ejercen: «los fieles, en virtud del sacerdocio real, participan en la oblación de la eucaristía, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante» (Lumen gentium, n. 10).

6. El himno del libro del Apocalipsis que hoy meditamos concluye con una aclamación final gritada por «miríadas de miríadas y millares de millares» de ángeles (Cf. Apocalipsis 5, 11). Se refiere al «Cordero degollado», al que se le atribuye la misma gloria de Dios Padre, pues «digno es» «de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza» (5,12). Es el momento de la contemplación pura, de la alabanza gozosa, del canto de amor a Cristo en su misterio pascual.

Esta luminosa imagen de la gloria celestial es anticipada en la liturgia de la Iglesia. De hecho, como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, la liturgia es «acción» del «Cristo total» («Christus totus»). Quienes aquí la celebran, viven ya en cierto sentido, más allá de los signos, en la liturgia celeste, donde la celebración es enteramente comunión y fiesta. En esta Liturgia eterna el Espíritu y la Iglesia nos hacen participar cuando celebramos el Misterio de la salvación en los sacramentos (Cf. números 1136 y 1139).

Audiencia del Miércoles 03 de noviembre del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Apocalipsis

1. El himno que acaba de resonar desciende idealmente del cielo. De hecho, el Apocalipsis, al presentárnoslo, entrelaza su primera parte (Cf. 11,17-18) con los «veinticuatro ancianos que estaban sentados en sus tronos delante de Dios» (11,16) y, en la segunda estrofa (Cf. 12,10-12) con «una fuerte voz en el cielo» (12,10).

Quedamos involucrados de este modo en la grandiosa representación de la corte divina, en la que Dios y el Cordero, es decir Cristo, rodeados del «consejo de la corona», están juzgando la historia humana en el bien y en el mal, mostrando su fin último de salvación y gloria. Los cantos que salpican el Apocalipsis tienen la función de ilustrar el tema del señorío divino que rige el devenir con frecuencia desconcertante de las vicisitudes humanas.

2. En este sentido, es significativo el primer pasaje del himno puesto en labios de los veinticuatro ancianos que parecen encarnar al pueblo de la elección divina, en sus dos etapas históricas, las doce tribus de Israel y los doce apóstoles de la Iglesia.

Ahora, el Señor Dios omnipotente y eterno ha establecido «el poderío, y el reinado» (11, 17) y su entrada en la historia no sólo tiene el objetivo de bloquear las reacciones violentas de los rebeldes (Cf. Salmo 2, 1.5) sino sobre todo el de exaltar y recompensar a los justos. Éstos son definidos con una serie de términos utilizados para delinear la fisonomía espiritual de los cristianos. Son «siervos» que adhieren a la ley divina con fidelidad; son «profetas», dotados de la palabra revelada que interpreta y juzga la historia; son «santos», consagrados a Dios y respetuosos de su nombre, es decir, dispuestos a adorarlo y a seguir su voluntad. Entre ellos hay «pequeños» y «grandes», expresión amada por el autor del Apocalipsis (Cf. 13,16; 19,5.18; 20,12) para designar al pueblo de Dios en su unidad y variedad.

3. De este modo, pasamos a la segunda parte de nuestro cántico. Después de la dramática escena de la mujer encinta «vestida de sol» y del terrible dragón rojo (Cf. 12,1-9), una voz misteriosa entona un himno de acción de gracias y de alegría.

La alegría estriba en el hecho de que Satanás, el antiguo adversario, que fungía en la corte celeste de «acusador de nuestros hermanos» (12, 10), como lo vemos en el libro de Job (Cf. 1,6-11; 2,4-5), fue «precipitado» del cielo y por tanto ya no tiene un gran poder. Sabe «que le queda poco tiempo» (12,12), porque la historia está a punto de experimentar un giro radical de liberación del mal y, por ello, reacciona «con gran furor».

Por otro lado aparece Cristo resucitado, cuya sangre es principio de salvación (Cf. 12,11). Ha recibido del Padre un poder de gobierno sobre todo el universo; en él se cumplen «la salvación, la fuerza y el reino de nuestro Dios».

A su victoria están asociados los mártires cristianos que han optado por el camino de la cruz, al no ceder al mal y a su virulencia, sino que se han entregado al Padre y se han unido a la muerte de Cristo a través de un testimonio de entrega y de valor que les ha llevado a «despreciar la vida hasta la muerte» (ibídem). Parece escucharse el eco de las palabras de Cristo: «El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna» (Juan 12, 25).

4. Las palabras del Apocalipsis sobre quienes han vencido a Satanás y al mal «en virtud de la sangre del Cordero» resuenan en una espléndida oración atribuida a Simeón, obispo de Seleucia y Ctesifonte, en Persia. Antes de morir como mártir con otros muchos compañeros, el 17 de abril de 341, durante la persecución del rey Sapor, dirigió a Cristo la siguiente súplica:

«Señor, dame esta corona: tú sabes que siempre la he deseado porque te he amado con todo el alma y con toda mi vida. Seré feliz al verte y tú me darás el descanso... Quiero perseverar heroicamente en mi vocación, cumplir con fortaleza la tarea que me ha sido asignada y ser ejemplo para todo el pueblo de Oriente... Recibiré la vida que no conoce ni pena, ni preocupación, ni angustia, ni perseguidor, ni perseguido, ni opresor, ni oprimido, ni tirano, ni víctima; allí ya no veré la amenaza del rey, ni los terrores de los prefectos; nadie me convocará ante los tribunales ni me seguirá atemorizando, nadie me arrastrará, ni me asustará. Las heridas de mis pies se curarán en ti, camino de todos los peregrinos; el cansancio de mis miembros encontrará descanso en ti, Cristo, crisma de nuestra unción. En ti, cáliz de nuestra salvación, desaparecerá la tristeza de mi corazón; en ti, nuestro consuelo y alegría, se enjugarán las lágrimas de mis ojos» (A. Hamman, «Oraciones de los primeros cristianos» -- «Preghiere dei primi cristiani», Milán. 1955, pp. 80-81).

Audiencia del Miércoles 12 de enero del 2005

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Libro de Daniel

1. "Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos" (Daniel 3, 57). Una dimensión cósmica impregna este Cántico tomado del libro de Daniel, que la Liturgia de las Horas propone para las Laudes del domingo en la primera semana y tercera semana respectivamente. De hecho, esta estupenda oración se aplica muy bien al "Dies Domini", el Día del Señor, que en Cristo resucitado nos permite contemplar el culmen del designio de Dios sobre el cosmos y la historia. En él, alfa y omega, principio y fin de la historia (cf. Apocalipsis 22, 13), alcanza su sentido pleno la misma creación, pues, como recuerda Juan en el prólogo del Evangelio, "todo ha sido hecho por él" (Juan 1, 3). En la resurrección de Cristo culmina la historia de la salvación, abriendo la vicisitud humana al don del Espíritu y al de la adopción filial, en espera del regreso del Esposo divino, que entregará el mundo a Dios Padre (cf. 1Corintios 15, 24).

2. En este pasaje de letanías, se repasan todas las cosas. La mirada apunta hacia el sol, la luna, las estrellas; alcanza la inmensa extensión de las aguas; se eleva hacia los montes, contempla las más diferentes situaciones atmosféricas, pasa del frío al calor, de la luz a las tinieblas; considera el mundo mineral y vegetal; se detiene en las diferentes especies animales. El llamamiento se hace después universal: interpela a los ángeles de Dios, alcanza a todos los "hijos del hombre", y en particular al pueblo de Dios, Israel, sus sacerdotes y justos. Es un inmenso coro, una sinfonía en la que las diferentes voces elevan su canto a Dios, Creador del universo y Señor de la historia. Recitado a la luz de la revelación cristiana, el Cántico se dirige al Dios trinitario, como nos invita a hacerlo la liturgia, añadiendo una fórmula trinitaria: "Bendigamos al Padre, y al Hijo con el Espíritu Santo".

3. En el cántico, en cierto sentido, se refleja el alma religiosa universal, que percibe en el mundo la huella de Dios, y se alza en la contemplación del Creador. Pero en el contexto del libro de Daniel, el himno se presenta como agradecimiento pronunciado por tres jóvenes israelitas --Ananías, Azarías y Misael--, condenados a morir quemados en un horno por haberse negado a adorar la estatua de oro de Nabucodonosor. Milagrosamente fueron preservados de las llamas. En el telón de fondo de este acontecimiento se encuentra la historia especial de salvación en la que Dios escoge a Israel como a su pueblo y establece con él una alianza. Los tres jóvenes israelitas quieren precisamente permanecer fieles a esta alianza, aunque esto suponga el martirio en el horno ardiente. Su fidelidad se encuentra con la fidelidad de Dios, que envía a un ángel para alejar de ellos las llamas (cf. Daniel 3, 49).

De este modo, el Cántico se pone en la línea de los cantos de alabanza por haber evitado un peligro, presentes en el Antiguo Testamento. Entre ellos es famoso el canto de victoria referido en el capítulo 15 del Éxodo, donde los antiguos judíos expresan su reconocimiento al Señor por aquella noche en la que hubieran quedado inevitablemente arrollados por el ejército del faraón si el

Señor no les hubiera abierto un camino entre las aguas, echando "al mar al caballo y al jinete" (Éxodo 15, 1).

4. No es casualidad el que en la solemne vigilia pascual, la liturgia nos haga repetir todos los años el himno cantado por los israelitas en el Éxodo. Aquel camino abierto para ellos anunciaba proféticamente el nuevo camino que Cristo resucitado inauguró para la humanidad en la noche santa de su resurrección de los muertos. Nuestro paso simbólico a través de las aguas bautismales nos permite volver a vivir una experiencia análoga de paso de la muerte a la vida, gracias a la victoria sobre la muerte de Jesús para beneficio de todos nosotros.

Al repetir en la liturgia dominical de las Laudes el Cántico de los tres jóvenes israelitas, nosotros, discípulos de Cristo, queremos ponernos en la misma onda de gratitud por las grandes obras realizadas por Dios, ya sea en su creación ya sea sobre todo en el misterio pascual.

De hecho, el cristiano percibe una relación entre la liberación de los tres jóvenes, de los que se habla en el Cántico, y la resurrección de Jesús. Los Hechos de los Apóstoles ven en ésta última la respuesta a la oración del creyente que, como el salmista, canta con confianza: "No abandonarás mi alma en el Infierno ni permitirás que tu santo experimente la corrupción" (Hechos 2, 27; Salmo 15, 10).

El hecho de relacionar este Cántico con la Resurrección es algo muy tradicional. Hay antiquísimos testimonios de la presencia de este himno en la oración del Día del Señor, la Pascua semanal de los cristianos. Las catacumbas romanas conservan vestigios iconográficos en los que se pueden ver a tres jóvenes que rezan incólumes entre las llamadas, testimoniando así la eficacia de la oración y la certeza en la intervención del Señor.

5. "Bendito eres en la bóveda del cielo: a ti honor y alabanza por los siglos" (Daniel 3, 56). Al cantar este himno en la mañana del domingo, el cristiano se siente agradecido no sólo por el don de la creación, sino también por el hecho de ser destinatario del cuidado paterno de Dios, que en Cristo le ha elevado a la dignidad de hijo.

Un cuidado paterno que permite ver con ojos nuevos a la misma creación y permite gozar de su belleza, en la que se entrevé, como distintivo, el amor de Dios. Con estos sentimientos Francisco de Asís contemplaba la creación y elevaba su alabanza a Dios, manantial último de toda belleza. Espontáneamente la imaginación considera que experimentar el eco de este texto bíblico cuando, en San Damián, después de haber alcanzado las cumbres del sufrimiento e el cuerpo y en el espíritu, compuso el "Cántico al hermano sol" (cf. "Fuentes franciscanas", 263).

Audiencia del Miércoles 2 de mayo 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Libro de Daniel

1. «Entonces los tres [jóvenes], a coro, se pusieron a cantar, glorificando y bendiciendo a Dios dentro del horno» (Daniel 3, 51). Esta frase introduce el célebre cántico que acabamos de escuchar en su pasaje fundamental. Se encuentra en el Libro de Daniel, en la parte que sólo nos ha llegado en griego, entonado por testigos valientes de la fe, que no quisieron doblegarse a la adoración de la estatua del rey, y prefirieron afrontar una muerte trágica, el martirio en el horno ardiente.

Son tres jóvenes judíos, enmarcados por el autor sagrado en el contexto histórico del reino de Nabucodonosor, el tremendo soberano babilonio que aniquiló la ciudad santa de Jerusalén en el año 586 a.c. y deportó a los israelitas «a orillas de los ríos de Babilonia» (Cf. Salmo 136). A pesar del peligro extremo, cuando las llamas rozaban ya sus cuerpos, encuentran la fuerza para «alabar, glorificar y bendecir a Dios», convencidos de que el Señor del cosmos y de la historia no les abandonará a la muerte y a la nada.

2. El autor bíblico, que escribía algún siglo después, evoca este acontecimiento histórico para estimular a sus contemporáneos a mantener elevado el estandarte de la fe durante las persecuciones de los reyes sirio-helenos del siglo II a.c. Precisamente tuvo lugar entonces la valiente reacción de los Macabeos, combatientes por la libertad de la fe y de la tradición judía.

El cántico, tradicionalmente conocido como el de «los tres jóvenes», es como una llama que ilumina en la oscuridad del tiempo de la opresión y de la persecución, tiempo que con frecuencia se ha repetido en la historia de Israel y en la historia del cristianismo. Y nosotros sabemos que el perseguidor no asume siempre el rostro violento y macabro del opresor, sino que con frecuencia se complace en aislar al justo con el sarcasmo y la ironía, preguntándole con sarcasmo: «¿En dónde está tu Dios?» (Salmo 41, 4. 11).

3. En la bendición que los tres jóvenes elevan desde el crisol de su prueba al Señor Omnipotente quedan involucradas todas las criaturas. Entretejen una especie de tapiz multicolor en el que brillan los astros, se suceden las estaciones, se mueven los animales, se asoman los ángeles y, sobre todo, cantan los «siervos del Señor», los «santos» y los «humildes de corazón» (Cf. Daniel 3, 85.87).

El pasaje que acabamos de proclamar precede esta magnífica evocación de todas las criaturas. Constituye la primera parte del cántico, que evoca la presencia gloriosa del Señor, transcendente y al mismo tiempo cercana. Sí, Dios está en los cielos, donde «sonda los abismos» (Cf. 3, 55), pero está también «el templo santo glorioso» de Sión (Cf. 3, 53). Se sienta en el «trono de su reino» eterno e infinito (Cfr. 3, 54), pero también «sobre querubines» (Cf. 3, 55), en el arca de la alianza, colocada en el Santo de los Santos del templo de Jerusalén.

4. Es un Dios que está por encima de nosotros, capaz de salvarnos con su potencia, pero también un Dios cercano a su pueblo, en medio del cual ha querido morar en su «templo santo glorioso», manifestando así su amor. Un amor que revelará en plenitud para que «habeite entre nosotros» su Hijo, Jesucristo, «lleno de gracia y de verdad» (Cf. Juan 1, 14). Él revelará en plenitud su amor al enviar entre nosotros al Hijo a compartir en todo, a excepción del pecado, nuestra condición marcada por pruebas, opresiones, soledad y muerte.

La alabanza de los tres jóvenes al Dios Salvador continúa de diferentes maneras en la Iglesia. Por ejemplo, san Clemente Romano, al final de su «Carta a los Corintios», introduce una larga oración de alabanza y de confianza, entretijada de reminiscencias bíblicas y posiblemente del eco de la antigua liturgia romana. Es una oración de agradecimiento al Señor, que a pesar del aparente triunfo del mal, guía a buen puerto la historia.

5. Este es un pasaje:

«Tú abriste los ojos de nuestro corazón (Cf. Efesios 1, 18)
para que te conociéramos a ti, el único (Cf. Juan 17, 3)
altísimo en lo altísimo de los cielos,
el Santo que estás entre los santos,
que humillas la violencia de los soberbios (Cf. Isaías 13, 11),
que deshaces los designios de los pueblos (Cf. Salmo 32, 10),
que exaltas a los humildes,
y humillas a los soberbios (Cf. Job 5, 11).
Tú, que enriqueces y empobreces,
que quitas y das la vida (Cf. Deuteronomio 32, 39),
benefactor único de los espíritus,
y Dios de toda carne,
que sondas los abismos (Cf. Daniel 3, 55),
que observas las obras humanas,
que socorres a los que están en peligro,
y salvas a los desesperados (Cf. Judit 9, 11),
creador y custodio de todo espíritu,
que multiplicas los pueblos de la tierra,
y que entre todos escogiste a los que te aman
por medio de Jesucristo,
tu altísimo Hijo,
mediante el cual nos has educado, nos has santificado
y nos has honrado»

(Clemente Romano, «Carta a los Corintios» --«Lettera ai Corinzi»--, 59,3: «I Padri Apostolici», Roma 1976, pp. 88-89).

Audiencia del Miércoles 19 de febrero 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Libro de Daniel

1. El Cántico que se acaba de proclamar pertenece al texto griego del Libro de Daniel y se presenta como súplica dirigida al Señor con ardor y sinceridad. Es la voz de Israel que está experimentando la dura vicisitud del exilio y de la diáspora entre los pueblos. Quien entona el cántico es de hecho un judío, Azarías, en el marco del horizonte de Babilonia, en tiempos del exilio de Israel, después de la destrucción de Jerusalén por obra del rey Nabucodonosor.

Azarías, con otros dos judíos fieles, está «en medio del fuego» (Daniel 3, 25), como un mártir dispuesto a afrontar la muerte con tal de no traicionar su conciencia y su fe. Ha sido condenado a muerte por haberse negado a adorar a la estatua imperial.

2. La persecución es considerada por este Cántico como una justa pena con la que Dios purifica al pueblo pecador: «Con verdad y justicia has provocado todo esto, por nuestros pecados» (versículo 28), confiesa Azarías. De este modo, nos encontramos ante una oración penitencial, que no desemboca en el desaliento o en el miedo, sino en la esperanza.

Ciertamente el punto de partida es amargo, la desolación es grave, la prueba es dura, el juicio divino sobre el pecado del pueblo es severo: «En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia» (versículo 38). El templo de Sión ha sido destruido y parece que el Señor ya no mora en medio de su pueblo.

3. En la situación trágica del presente, la esperanza busca su raíz en el pasado, es decir, en las promesas hechas a los padres. Se remonta de este modo a Abraham, Isaac, Jacob (Cf. versículo 35), a quienes Dios había asegurado bendición y fecundidad, tierra y grandeza, vida y paz. Dios es fiel y no desmentirá sus promesas. Si bien la justicia exige que Israel sea castigado por sus culpas, permanece la certeza de que la última palabra será la de la misericordia y el perdón. El profeta Ezequiel refirió estas palabras del Señor: «¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? [...]Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere» (Ezequiel 18, 23, 32). Ciertamente ahora es el tiempo de la humillación: «Ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados» (Daniel 3, 37). Y, sin embargo, no se espera de la muerte, sino una nueva vida, después de la purificación.

4. El orante se acerca al Señor ofreciéndole el sacrificio más precioso y aceptable: el «corazón contrito» y el «espíritu humilde» (v. 39; Cf. Salmo 50, 19). Es precisamente el centro de la existencia, el yo renovado por la prueba es ofrecido a Dios para que lo acoja como signo de conversión y de consagración al bien.

Con esta disposición interior, desaparece el miedo, se supera la confusión y la vergüenza (Cf. Daniel 3, 40), y el espíritu se abre a la confianza en un futuro mejor, cuando se cumplirán las promesas hechas a los padres.

La frase final de la súplica de Azarías, tal y como es propuesta por la liturgia, tiene un fuerte impacto emotivo, una profunda intensidad espiritual: «Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos y buscamos tu rostro» (versículo 41). Hace eco a otro Salmo: «"Busca su rostro". Sí, Señor, tu rostro busco » (Salmo 26, 8).

Llega el momento en el que nuestro caminar abandona las vías perversas del mal, las sendas tortuosas y los caminos llenos de revueltas (Cf. Proverbios 2, 15). Nos adentramos en el seguimiento del Señor, movidos por el deseo de encontrar su rostro. Y su rostro no está airado, sino que rebosa amor, como revela el padre misericordioso a su hijo pródigo (Cf. Lucas 15, 11-32).

5. Concluamos nuestra reflexión sobre el Cántico de Azarías con la oración de san Máximo el Confesor en su «Discurso ascético» (37-39), donde precisamente toma pie del texto del profeta Daniel. «No nos abandones para siempre, por amor de tu nombre, no repudies tu alianza, no nos retires tu misericordia (Cf. Daniel 3, 34-35), por tu piedad, Padre nuestro que estás en los cielos, por la compasión de tu Hijo unigénito y por la misericordia de tu Santo Espíritu... No desoigas nuestra súplica, Señor, y no nos abandones para siempre. Nosotros no confiamos en nuestras obras de justicia, sino en tu piedad, por la que conservas nuestra estirpe... No detestes nuestra indignidad, más bien ten compasión de nosotros por tu gran piedad, y por la plenitud de tu misericordia cancela nuestros pecados para que sin condena nos acerquemos a tu santa gloria y podamos ser considerados dignos de la protección de tu unigénito Hijo».

San Máximo concluye: «Sí, Señor dueño omnipotente, escucha nuestra súplica, pues no reconocemos a otro que fuera de ti» («Humanidad y divinidad de Cristo» --«Umanità e divinità di Cristo»--, Roma 1979, pp. 51-52).

Audiencia del Miércoles 14 de mayo 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de las creaturas

1. El cántico que acabamos de escuchar está tomado de la primera parte de un extenso y bello himno que se encuentra engarzado en la traducción griega del libro de Daniel. Lo cantan tres jóvenes judíos arrojados a un horno por haberse negado a adorar la estatua del rey babilonio Nabucodonosor. Otro pasaje del mismo canto es propuesto por la Liturgia de las Horas y por las Laudes del domingo en la primera y en la tercera semana del Salterio litúrgico.

El libro de Daniel, como es conocido, refleja los fermentos, las esperanzas y las expectativas apocalípticas del pueblo elegido, que en la época de los Macabeos (siglo II a.c.) se encontraba en lucha para poder vivir según la Ley que le había dado Dios.

Desde el horno, los tres jóvenes preservados milagrosamente de las llamas cantan un himno de bendición a Dios. Este himno es como una letanía, repetitiva y a la vez nueva: sus invocaciones suben hasta Dios como figuras espirales de humo de incienso, recorriendo el espacio con formas semejantes pero nunca iguales. La oración no tiene miedo de la repetición, como el enamorado no duda en declarar infinitas veces a la amada todo su cariño. Insistir en las mismas cuestiones es signo de intensidad y de los múltiples matices propios de los sentimientos, de los impulsos interiores, y de los afectos.

2. Hemos escuchado la proclamación del inicio de este himno cósmico, contenido en el capítulo tercer de Daniel, en los versículos 52-57. Es la introducción que precede al grandioso desfile de las criaturas involucradas en la alabanza. Una mirada panorámica de todo el canto en su desarrollo en forma de letanía nos permite descubrir una sucesión de componentes que constituyen la trama de todo el himno. Comienza con seis invocaciones dirigidas directamente a Dios; a las que les sigue un llamamiento universal a las «criaturas todas del Señor» para que abran sus labios a la bendición (cf. versículo 57).

Esta es la parte que consideramos hoy y que la liturgia propone para las Laudes del domingo de la segunda semana. Sucesivamente el canto se desarrollará convocando a todas las criaturas del cielo y de la tierra a alabar y cantar las grandezas de su Señor.

3. Nuestro pasaje inicial será retomando en otra ocasión por la liturgia, en las Laudes del domingo de la cuarta semana. Por este motivo, escogeremos por el momento sólo algunos de sus elementos para nuestra reflexión. El primer lugar, cabe señalar la invitación a entonar una bendición: «Bendito eres Señor...», que se convertirá al final en «¡Benedicid...!»). En la Biblia, existen dos formas de bendición, que se entrecruzan. Por un lado, está la que desciende de Dios: el Señor bendice a su pueblo (cf. Números 6, 24-27). Es una bendición eficaz, manantial de fecundidad, felicidad y prosperidad. Por otro lado, está la bendición que sube desde la tierra hasta el cielo. El hombre, beneficiado por la

generosidad divina, bendice a Dios, alabándole, dándole gracias, exaltándole: «Bendice al Señor, alma mía» (Salmo 102, 1; 103, 1).

La bendición divina pasa con frecuencia por mediación de los sacerdotes a través de imposición de las manos (cf. Números 6, 22-23.27; Sirácide 50, 20-21); la bendición humana, sin embargo, se expresa en el himno litúrgico que se eleva al Señor desde la asamblea de los fieles.

4. Otro elemento que consideramos dentro del pasaje que ahora se propone a nuestra meditación está constituido por la antifona. Podemos imaginarnos al solista, en el templo lleno de gente, entonando la bendición: «Bendito eres Señor» y haciendo la lista de las diferentes maravillas divinas, mientras la asamblea de los fieles repetía constantemente la fórmula «Digno de alabanza y gloria por los siglos». Es lo mismo que sucedía con el Salmo 135, conocido como el «Gran Hallel», es decir, la gran alabanza, donde el pueblo repetía: «Eterna es su misericordia», mientras un solista enumeraba los diferentes actos de salvación realizados por el Señor a favor de su pueblo.

El objeto de la alabanza de nuestro salmo es ante todo el nombre «glorioso y santo» de Dios, cuya proclamación resuena en el templo que a su vez también es «santo y glorioso». Los sacerdotes y el pueblo, mientras contemplan en la fe a Dios que se sienta sobre el trono de su reino, perciben su mirada que sondea «los abismos» y de esta conciencia mana la alabanza del corazón: «Bendito... bendito...». Dios, que se sienta «sobre querubines» y que tiene como morada la «bóveda del cielo», sin embargo está cerca de su pueblo, quien a su vez por este motivo se siente protegido y seguro.

5. Al volver a proponer este cántico en la mañana del domingo, la Pascua semanal de los cristianos, se invita a abrir los ojos a la nueva creación que tuvo su origen precisamente con la resurrección de Jesús. Gregorio de Niza, un Padre de la Iglesia griega del siglo IV, explica que con la Pascua del Señor «se crea un cielo nuevo y una tierra nueva... se plasma un hombre diferente renovado a imagen de su creador por medio del nacimiento de lo alto» (cf. Juan 3, 3.7). Y sigue diciendo: «Así como quien mira hacia el mundo sensible deduce por medio de las cosas visibles la belleza invisible... así también quien mira hacia este nuevo mundo de la creación eclesial ve en él a quien se ha hecho todo en todos, llevando de la mano la mente a través de las cosas comprensibles por nuestra naturaleza racional hacia lo que supera la comprensión humana» (Langerbeck H., Gregorii Nysseni Opera, VI, 1-22 passim, p. 385).

Al entonar este canto, el creyente cristiano es invitado, por tanto, a contemplar el mundo desde la primera creación, intuyendo cómo será la segunda, inaugurada con la muerte y la resurrección del Señor Jesús. Y esta contemplación lleva de la mano a todos a entrar, como bailando de alegría, en la única Iglesia de Cristo.

Audiencia del Miércoles 12 de diciembre

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Daniel

1. En el capítulo 3 del libro de Daniel se encuentra engarzada una luminosa oración en forma de letanía, un auténtico cántico de las criaturas, que la Liturgia de los Laudes nos vuelve a proponer en varias ocasiones, en fragmentos diferentes.

Acabamos de escuchar la parte fundamental, un grandioso coro cósmico, enmarcado por dos antifonas que sirven de resumen: «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos... Bendito el Señor en la bóveda del cielo, alabado y glorioso y ensalzado por los siglos» (versículos 56, 57).

Entre estas dos aclamaciones, tiene lugar un solemne himno de alabanza que se expresa con la invitación repetida «Benedicid»: formalmente no es más que una invitación a bendecir a Dios dirigida a toda la creación; en realidad, se trata de un canto de acción de gracias que los fieles elevan al Señor por todas las maravillas del universo. El hombre se hace eco de toda la creación para alabar y dar gracias a Dios.

2. Este himno, cantado por tres jóvenes israelitas que invitan a todas las criaturas a alabar a Dios, surge en una situación dramática. Los tres jóvenes perseguidos por el rey de Babilonia se encuentran en el horno ardiente a causa de su fe. Y, sin embargo, a pesar de que están a punto de sufrir el martirio, no dudan en cantar, en alegrarse, en alabar. El dolor rudo y violento de la prueba desaparece, parece casi disolverse en presencia de la oración y de la contemplación. Precisamente esta actitud de confiado abandono suscita la intervención divina.

De hecho, como testimonia sugerentemente la narración de Daniel, «el ángel del Señor bajó al horno junto a Azarías y sus compañeros, empujó fuera del horno la llama de fuego, y les sopló, en medio del horno, como un frescor de brisa y de rocío, de suerte que el fuego nos los tocó siquiera ni les causó dolor ni molestia» (versículos 49-50). Las pesadillas se deshacen como la niebla ante el sol, los miedos se disuelven, el sufrimiento es cancelado cuando todo el ser humano se convierte en alabanza y confianza, expectativa y esperanza. Esta es la fuerza de la oración cuando es pura, intensa, cuando está llena de abandono en Dios, providente y redentor.

3. El Cántico de los tres jóvenes presenta ante nuestros ojos una especie de procesión cósmica que parte del cielo poblado por ángeles, donde brillan también el sol, la luna y las estrellas. Allí, en lo alto, Dios infunde sobre la tierra el don de las aguas que se encuentran encima de los cielos (Cf. versículo 60), es decir, la lluvia y el rocío (Cf. versículo 64).

Entonces soplan también los vientos, estallan los rayos e irrumpen las estaciones con el calor y el hielo, el ardor del verano, así como el granizo, el hielo, la nieve (Cf. versículos 65-70.73). El poeta incluye en el canto de

alabanza al Creador el ritmo del tiempo, el día y la noche, la luz y las tinieblas (Cf. versículos 71-72). Al final la mirada se detiene también en la tierra, comenzando por las cumbres de los montes, realidades que parecen unir la tierra y el cielo (Cf. versículos 74-75).

Entonces se unen en la alabanza a Dios las criaturas vegetales que germinan en la tierra (Cf. versículo 76), los manantiales que aportan vida y frescura, los mares y los ríos con sus abundantes y misteriosas aguas (Cf. versículos 77-78). De hecho, el cantor evoca también los «monstruos marinos», junto a los peces (Cf. versículo 79), como signo del caos acuático primordial al que Dios ha impuesto límites que ha de observar (Cf. Salmo 92, 3-4; Job 38, 8-11; 40, 15 - 41, 26).

Después llega el turno del vasto y variado reino animal que vive y se mueve en las aguas, en la tierra y en los cielos (Cf. Daniel 3, 80-81).

4. El último actor de la creación que entra en la escena es el hombre. En un primer momento, la mirada se dirige a todos los «hijos del hombre» (Cf. versículo 82); después la atención se concentra en Israel, el pueblo de Dios (Cf. versículo 83); a continuación llega el turno de aquellos que son consagrados plenamente a Dios no sólo como sacerdotes (Cf. versículo 84), sino también como testigos de fe, de justicia y de verdad. Son los «siervos del Señor», los «espíritus y las almas de los justos», los «santos y humildes de corazón» y, entre éstos, emergen los tres jóvenes, Ananías, Azarías y Misael, que han dado voz a todas las criaturas en una alabanza universal y perenne (Cf. versículos 85-88).

Constantemente han resonado los tres verbos de la glorificación divina, como en una letanía: «Benedicid, alabad, ensalza» al Señor. Éste es el espíritu de la auténtica oración y del canto: celebrar al Señor sin cesar, con la alegría de formar parte de un coro que abarca a todas las criaturas.

5. Quisiéramos concluir nuestra meditación dejando la palabra a Padres de la Iglesia como Orígenes, Hipólito, Basilio de Cesarea, Ambrosio de Milán, que han comentado la narración de los seis días de la creación (Cf. Génesis 1, 1 - 2, 4a), poniéndola en relación con el Cántico de los tres jóvenes.

Nos limitamos a recoger el comentario de san Ambrosio, quien al referirse al cuarto día de la creación (Cf. Génesis 1, 14-19), imagina que la tierra habla y, al pensar en el sol, encuentra unidas a todas las criaturas en la alabanza a Dios: «El sol es verdaderamente bueno, pues sirve, ayuda mi fecundidad, alimenta mis frutos. Me ha sido dado para mi bien, se somete conmigo al cansancio. Clama conmigo para que tenga lugar la adopción de los hijos y la redención del género humano para que podamos ser también nosotros liberados de la esclavitud. Conmigo alaba al Creador, conmigo eleva un himno al Señor, Dios nuestro. Donde el sol bendice, allí la tierra bendice, bendicen los árboles frutales, bendicen los animales, bendicen conmigo los pájaros («Los seis días de la creación» --«I sei giorni della creazione»--, SAEMO, I, Milano-Roma 1977-1994, pp. 192-193).

Nadie queda excluido de la bendición del Señor, ni siquiera los monstruos marinos (Cf. Daniel 3, 79). De hecho, san Ambrosio sigue diciendo: «También las serpientes alaban al Señor, porque su naturaleza y su aspecto muestran a nuestros ojos un cierto tipo de belleza y demuestran tener su justificación» (Ibídem, pp. 103-104). Con mayor razón, nosotros, seres humanos, tenemos que añadir a este concierto de alabanza nuestra voz alegre y confiada, acompañada por una vida coherente y fiel.

Audiencia del Miércoles 10 de julio del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Deuteronomio

1. «Ante toda la asamblea de Israel, Moisés pronunció hasta el fin las palabras de este cántico» (Deuteronomio 31, 30). Así comienza el cántico que acabamos de proclamar, que ha sido tomado de las últimas páginas del Deuteronomio, precisamente del capítulo 32. La Liturgia de las Horas ha tomado sus primeros doce versículos, reconociendo en ellos un gozoso himno al Señor que protege y atiende con amor a su pueblo en medio de los peligros y de las dificultades de la jornada. El análisis del cántico ha revelado que se trata de un texto antiguo, pero posterior a Moisés, que ha sido puesto en sus labios para conferirle un carácter de solemnidad. Este canto litúrgico se coloca en las raíces mismas de la historia del pueblo de Israel. No faltan en esta página de oración referencias o nexos con algunos salmos o con el mensaje de los profetas: se convierte así en una sugerente e intensa expresión de la fe de Israel.

2. El cántico de Moisés es más amplio que el pasaje propuesto por la Liturgia de los Laudes, de hecho constituye sólo el prelude. Algunos expertos han creído encontrar en esta composición un género literario definido técnicamente con el término hebreo «rîb», es decir, «querrela», «litigio procesual». La imagen de Dios presente en la Biblia no es la de un ser oscuro, una energía anónima y bruta, un hecho incomprensible. Es, por el contrario, una persona que siente, que obra y actúa, ama y condena, participa en el vida de sus criaturas y no es indiferente a sus obras. De este modo, en nuestro caso, el Señor convoca una especie de juicio, en presencia de testigos, denuncia los delitos del pueblo acusado, exige un castigo, pero deja empapar su veredicto por una misericordia infinita. Sigamos las huellas de esta vicisitud, deteniéndonos en los versículos que la Liturgia nos propone.

3. Ante todo menciona a los espectadores-testigos cósmicos: «Escuchad, cielos..., oye, tierra» (Deuteronomio 32, 1). En este proceso simbólico, Moisés desempeña el papel de fiscal. Su palabra es eficaz y fecunda como la palabra profética, expresión de la divina. Nótese el flujo significativo de imágenes que la definen: se trata de signos tomados de la naturaleza como la lluvia, el rocío, el granizo, la llovizna y el orvallo de agua que hacen verdear la tierra y la cubren de césped (Cf. versículo 2).

La voz de Moisés, profeta e intérprete de la palabra divina, anuncia la inminente entrada en escena del gran juez, el Señor, del que pronuncia su santísimo nombre, exaltando uno de sus muchos atributos. Llama al Señor la Roca (Cf. versículo 4), un título que salpica todo nuestro cántico (Cf. Versículos 15. 18. 30. 31. 37), una imagen que exalta la fidelidad estable e inquebrantable de Dios, muy diversa de la inestabilidad e infidelidad del pueblo. El tema se desarrolla con una serie de afirmaciones sobre la justicia divina: «Sus obras son perfectas, sus caminos son justos, es un Dios fiel, sin maldad; es justo y recto» (versículo 4).

4. Después de la solemne presentación del Juez supremo, que es también la parte agraviada, el objetivo del cantor se dirige al imputado. Para definirlo, recurre a una representación eficaz de Dios como padre (Cf. versículo 6). Sus criaturas tan amadas son llamadas hijos, pero por desgracia son «hijos degenerados» (Cf. versículo 5). Sabemos, de hecho, que ya en el Antiguo Testamento se da una concepción de Dios como Padre cariñoso con sus hijos que con frecuencia le decepcionan. (Éxodo 4, 22; Deuteronomio 8, 5; Salmo 102, 13; Sirácida 51, 10; Isaías 1, 2; 63, 16; Oseas 11, 1-4). Por este motivo, la denuncia no es fría, sino apasionada: « ¿Así le pagas al Señor, pueblo necio e insensato? ¿No es él tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó?» (Deuteronomio 32, 6). Es, de hecho, muy diferente rebelarse a un soberano implacable que enfrentarse contra un padre amoroso.

Para hacer concreta la acusación y hacer que la conversión surja de la sinceridad del corazón, Moisés recurre a la memoria: «Acuérdate de los días remotos, considera las edades pretéritas» (versículo 7). La fe bíblica es, de hecho, un «memorial», es decir, un redescubrimiento de la acción eterna de Dios diseminada a través del tiempo; es hacer presente y eficaz esa salvación que el Señor ofreció y sigue ofreciendo al hombre. El gran pecado de la infidelidad coincide, entonces, con la «falta de memoria», que cancela el recuerdo de la presencia divina en nosotros y en la historia.

5. El acontecimiento fundamental que no hay que olvidar es el de la travesía del desierto después de la huida a Egipto, tema capital para el Deuteronomio y para todo el Pentateuco. Se evoca así el viaje terrible y dramático en el desierto del Sinaí, «en una soledad poblada de aullidos» (Cf. versículo 10), como dice con una imagen de fuerte impacto emotivo. Pero allí, Dios se inclina sobre su pueblo con una ternura y una dulzura sorprendentes. Al símbolo del padre se le añade el materno del águila: «Lo rodeó cuidando de él, lo guardó como a las niñas de sus ojos. Como el águila incita a su nidada, revolando sobre los polluelos, así extendió sus alas» (versículos 10-11). El camino por la estepa desierta se transforma, entonces, en un recorrido tranquilo y sereno, a causa del manto protector del amor divino.

El canto hace referencia también al Sinaí, donde Israel se convierte en aliado del Señor, su «lote» y su «heredad», es decir, la realidad más preciosa (Cf. versículo 9; Éxodo 19, 5). El cántico de Moisés se convierte de este modo en un examen de conciencia conjunto para que al final no sea el pecado quien responde a los beneficios divinos, sino la fidelidad.

Audiencia del Miércoles 19 de junio del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Ezequiel

1. El Cántico que acaba de resonar en nuestros oídos y corazones fue compuesto por uno de los grandes profetas de Israel. Se trata de Ezequiel, testigo de una de las épocas más trágicas vividas por el pueblo judío: el hundimiento del reino de Judá y de su capital, Jerusalén, así como el amargo exilio de Babilonia (siglo VI a. c.). Este pasaje, tomado del capítulo 36 de Ezequiel, ha pasado a formar parte de la oración cristiana de Laudes.

El contexto de esta página, transformada en himno por la liturgia, quiere penetrar en el sentido profundo de la tragedia vivida por el pueblo en aquellos años. El pecado de idolatría había contaminado la tierra dada en herencia por el Señor a Israel. Ésta, más que otras, es la causa responsable en último término de la pérdida de la patria y de la dispersión entre las naciones. Dios, de hecho, no es indiferente ante el bien y el mal. Entra misteriosamente en el escenario de la humanidad con su juicio, antes o después, desenmascara el mal, defiende las víctimas, indica el camino de la justicia.

2. Pero el objetivo de la acción de Dios no es nunca la ruina, la mera condena, la aniquilación del pecador. El mismo profeta Ezequiel refiere estas palabras divinas: «¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva? [...]Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere. Convertíos y vivid» (18,23.32). Desde esta perspectiva se puede comprender el significado de nuestro Cántico, rebosante de esperanza y de salvación. Tras la purificación con la prueba y el sufrimiento, está por surgir la aurora de una nueva era, que ya había anunciado el profeta Jeremías al hablar de una «nueva alianza» entre el Señor e Israel (Cf. 31,31-34). El mismo Ezequiel, en el capítulo 11 de su libro profético, había proclamado estas palabras divinas: «yo les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que caminen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en práctica, y así sean mi pueblo y yo sea su Dios» (11,19-20).

En nuestro Cántico (Cf. Ezequiel 36, 24-28) el profeta retoma este oráculo y lo completa con una estupenda aclaración: el «espíritu nuevo», dado por Dios a los hijos de su pueblo, será su Espíritu, el Espíritu del mismo Dios (Cf. v. 27).

3. Se anuncia, por tanto, no sólo una purificación, expresada a través del signo del agua que lava las inmundicias de la conciencia. No sólo se presenta el aspecto --necesario-- de la liberación del mal y del pecado (Cf. v. 25). El mensaje de Ezequiel subraya sobre todo un aspecto mucho más sorprendente. La humanidad, de hecho, está destinada a nacer a una nueva existencia. El primer símbolo es el del «corazón», que en el lenguaje bíblico hace referencia a la interioridad, a la conciencia personal. Se arrancará de nuestro pecho el «corazón de piedra», gélido e insensible, signo de la obstinación en el mal. Dios nos infundirá un «corazón de carne», es decir, un manantial de vida y de amor (Cf. v. 26). El espíritu vital, que en la creación nos había hecho criaturas

vivientes (Cf. Génesis 2,7), será reemplazado en la nueva economía de la gracia por el Espíritu Santo, que nos sostiene, nos mueve, nos guía hacia la luz de la verdad y derrama «el amor de Dios en nuestros corazones» (Romanos 5, 5).

4. De este modo, surgirá esa «nueva creación», que será descrita por san Pablo (Cf. 2Corintios 5, 17; Gálatas 6, 15), cuando anunciará la muerte en nosotros del «hombre viejo», del «cuerpo del pecado», pues «no somos ya esclavos del pecado», sino criaturas nuevas, transformadas por el Espíritu de Cristo resucitado: «Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador» (Colosenses 3, 9-10; Cf. Romanos 6, 6). El profeta Ezequiel anuncia un nuevo pueblo, que en el Nuevo Testamento verá convocado por el mismo Dios por obra de su Hijo. Esta comunidad de «corazón de carne» y de «espíritu» infundido experimentará la presencia viva y operante del mismo Dios, que animará a los creyentes, actuando en ellos con su gracia eficaz. «Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él -- dirá Juan--; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio» (1Juan 3, 24).

5. Concluamos nuestra meditación sobre el Cántico de Ezequiel escuchando a san Cirilo de Jerusalén que, en su «Tercera catequesis bautismal» vislumbra en la página profética el pueblo del bautismo cristiano.

En el bautismo, recuerda, se perdonan todos los pecados, incluso las transgresiones más graves. Por este motivo, el obispo se dirige así a quienes le escuchan: «Ten confianza, Jerusalén, el Señor cancelará tus iniquidades (Cf. Sofonías 3,14-15). El Señor lavará vuestras fealdades...; derramará sobre vosotros un agua pura que os purificará de todo pecado (Cf. Ezequiel 36, 25). Los ángeles os rodean con júbilo y pronto cantarán: «¿Quién es ésta que sube del desierto, apoyada en su amado? Debajo del manzano te desperté, allí donde te concibió tu madre, donde concibió la que te dio a luz» (Cantar 8, 5). El alma, que antes era esclava, ahora es libre de llamar hermano adoptivo a su Señor, quien acogiendo su sincero propósito, le dice: «¡Qué bella eres, amada mía, qué bella eres!» (Cantar 4, 1)... Así exclama en alusión a los frutos de una confesión hecha con buena conciencia... Quiera el cielo que todos... mantengáis vivo el recuerdo de estas palabras y saquéis fruto de ellas, traduciéndolas en obras santas para presentaros irreprochables ante el Esposo místico y obtener del Padre el perdón de los pecados» (n. 16: «Las catequesis» --«Le catechesi»--, Roma 1993, pp. 79-80).

Audiencia del Miércoles 10 de septiembre del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Habacuc

1 La Liturgia de los Laudes nos propone una serie de cánticos bíblicos de gran intensidad espiritual para acompañar la oración fundamental de los Salmos. Hoy hemos escuchado un ejemplo, tomado del tercer y último capítulo del libro Habacuc. Este profeta vivió al finalizar el siglo VII a. c., cuando el reino de Judá se sentía como aplastado por dos superpotencias en expansión, por un lado Egipto y por el otro Babilonia.

Sin embargo, muchos estudiosos consideran que este himno final es una cita. Al breve escrito de Habacuc se le habría añadido como apéndice un auténtico canto litúrgico «en tono de lamentación» para ser acompañado con «instrumentos de cuerda», como dicen dos notas puestas al inicio y al final del Cántico (Cf. Habacuc 3, 1.19b). La Liturgia de los Laudes, siguiendo con el hilo de la antigua oración de Israel, nos invita a transformar en un canto cristiano esta composición, escogiendo algunos versículos significativos (Cf. versículos 2-4.13a.15-19a).

2. El himno, que revela también una considerable fuerza poética, presenta una grandiosa imagen del Señor (Cf. versículos 3-4). Su figura domina solemnemente sobre toda la escena del mundo y el universo siente escalofríos ante su caminar majestuoso. Avanza desde el Sur, desde Temán; y desde el monte Farán (Cf. versículo 3), es decir, desde el área del Sinaí, sede de la gran epifanía reveladora para Israel. El Salmo 67 también hace una descripción del «Señor que viene desde el Sinaí al santuario» de Jerusalén (Cf. v. 18). Su aparición, según una constante en la tradición bíblica, está rodeada de luz (Cf. Habacuc 3, 4).

Es una irradiación de su misterio trascendente que se comunica a la humanidad: la luz, de hecho, está fuera de nosotros, no la podemos aferrar o detener; y sin embargo nos envuelve, ilumina y calienta. Así es Dios, lejano y cercano, imposible de aferrar y sin embargo cercano a nosotros, es más, dispuesto a estar con nosotros y en nosotros. Ante la revelación de su majestad responde desde la tierra un coro de alabanza: es la respuesta cósmica, una especie de oración a la que el hombre presta su voz.

La tradición cristiana ha vivido esta experiencia interior no sólo en el marco de la espiritualidad personal, sino también con audaces creaciones artísticas. Dejando a un lado las majestuosas catedrales de la Edad Media, mencionamos sobre todo el arte del oriente cristiano con sus admirables iconos y con la genial arquitectura de sus iglesias y monasterios.

La iglesia de santa Sofía de Constantinopla es desde este punto de vista una especie de arquetipo en lo que se refiere a la delimitación del espacio de la oración cristiana, en el que la presencia y la imposibilidad de aferrar la luz permite experimentar la intimidad y la trascendencia de la realidad divina. Ésta penetra en toda la comunidad orante hasta llegar a la médula de los huesos y al mismo tiempo le invita a superarse a sí misma para sumergirse en todo el

carácter inefable del misterio. Sumamente significativas son también las propuestas artísticas y espirituales que caracterizan los monasterios de esa tradición cristiana. En aquellos auténticos espacios sagrados --y el pensamiento se dirige espontáneamente al Monte Athos-- el templo contiene en sí un signo de eternidad. El misterio de Dios se manifiesta y se esconde en esos espacios a través de la oración continua de los monjes y eremitas, considerados desde siempre como semejantes a los ángeles.

3. Pero regresemos al Cántico del profeta Habacuc. Para el autor sagrado, la entrada del Señor en el mundo tiene un significado preciso. Quiere entrar en la historia de la humanidad, «en medio de los años», como se repite dos veces en el versículo 2, para juzgar y hacer mejores las vicisitudes que nosotros afrontamos de manera confusa y en ocasiones perversa.

Entonces, Dios muestra su desdén (Cf. v. 2c) contra el mal. El canto hace referencia a una serie de intervenciones divinas inexorables, sin especificar si se trata de acciones directas o indirectas. Evoca el éxodo de Israel, cuando la caballería del faraón se hundió en el mar (Cf. v. 15). Pero aparece también la perspectiva de la obra que el Señor está a punto de cumplir con el nuevo opresor de su pueblo. La intervención divina es presentada de manera casi «visible» a través de una serie de imágenes agrícolas: «Aunque la higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto, aunque el olivo olvida su aceituna y los campos no dan cosechas, aunque se acaben las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo, yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador» (versículo 17). Todo lo que es signo de paz y de fertilidad es eliminado y el mundo parece quedar como un desierto. Se trata de un símbolo común entre los profetas (Cf. Jeremías 4, 19-26; 12, 7-13; 14, 1-10) para ilustrar el juicio del Señor que no es indiferente ante el mal, la opresión, la injusticia.

4. Ante la irrupción divina, el orante queda aterrado (Cf. Habacuc 3, 16), siente un escalofrío total, se siente vaciar el alma, y experimenta el temblor, pues el Dios de la justicia es infalible, a diferencia de los jueces terrenos.

Pero la entrada del Señor tiene también otra función, que nuestro canto exalta con alegría. En su desdén, no olvida la clemencia compasiva (Cf. v. 2). Sale del horizonte de su gloria no sólo para destruir la arrogancia del impío, sino también para salvar a su pueblo y a su consagrado (Cf. v. 13), es decir, Israel y su rey. Quiere ser también liberador de los oprimidos, hacer brotar la esperanza en el corazón de las víctimas, abrir una nueva era de justicia.

5. Por este motivo, nuestro cántico, si bien está marcado por el «tono de lamento», se transforma en un himno de alegría. Las calamidades anunciadas tienen por objetivo la liberación de los opresores (Cf. v. 15). Provocan, por tanto, la alegría del justo que exclama: «yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios, mi salvador» (v. 18). La misma actitud es sugerida por Jesús a sus discípulos en tiempos de cataclismos apocalípticos: «Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación.» (Lucas 21, 28).

El versículo final del cántico de Habacuc es sumamente bello para expresar la serenidad reconquistada. El Señor es definido, como lo había hecho David en el Salmo 17, no sólo como «la fuerza» de su fiel, sino también como aquel que dona agilidad, frescura, serenidad en los peligros. David cantaba: «Yo te amo, Señor, mi fortaleza [...] Él hace mis pies como de ciervas, y en las alturas me sostiene en pie» (Salmo 17, 2. 34). Ahora, nuestro cantor exclama: «El Señor soberano es mi fuerza, él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas». (Habacuc, 3, 19). Cuando se está al lado del Señor, ya no se tiene miedo de las pesadillas y de los obstáculos, sino que se avanza con paso ligero y con alegría por el camino más áspero de la vida».

Audiencia del Miércoles 15 de mayo del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Libro de Isaías

"Es verdad: tú eres un Dios escondido" (Isaías 45, 15). Este versículo, que introduce el Cántico propuesto en las Laudes del viernes de la primera semana del Salterio, está tomado de una meditación del Segundo Isaías sobre la grandeza de Dios, manifestada en la creación y en la historia: un Dios que se revela, a pesar de que permanece escondido en la impenetrabilidad de su misterio. Él es por definición el "Deus absconditus". No lo puede abarcar ningún pensamiento. El hombre sólo puede contemplar su presencia en el universo, siguiendo sus huellas y postrándose en adoración y en alabanza.

El marco histórico en el que nace esta meditación es el de la sorprendente liberación que Dios procuró a su pueblo, en tiempos del exilio de Babilonia. ¿Quién hubiera podido pensar que los exiliados de Israel podrían regresar a su patria? Al ver la potencia de Babilonia, sólo les quedaba desesperarse. Pero entonces aparece el gran anuncio, la sorpresa de Dios, que vibra en las palabras del profeta: como en tiempos del Éxodo, Dios intervendrá. Y, si entonces había plegado con tremendos castigos la resistencia del Faraón, ahora escoge a un rey, Ciro de Persia, para derrotar la potencia de Babilonia y restituir la libertad a Israel.

2. "Tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador" (Isaías 45, 15). Con estas palabras el profeta invita a reconocer que Dios obra en la historia, aunque no aparezca en primer plano. Se diría que está "entre bastidores". Él es el director misterioso e invisible, que respeta la libertad de sus criaturas, pero al mismo tiempo que tiene en sus manos los hilos de las vicisitudes del mundo. La certeza de la acción providencial de Dios es fuente de esperanza para el creyente, que sabe que puede contar con la presencia constante de Aquel que "modeló la tierra, la fabricó y la afianzó" (Isaías 45,18).

El acto creador, de hecho, no es un episodio que se pierde en la noche de los tiempos, como si el mundo, tras aquel inicio, tuviera que considerarse abandonado a su propia suerte. Dios da continuamente el ser a la creación salida de sus manos. Reconocer esta verdad significa también confesar su unicidad: "¿No soy yo, el Señor? No hay otro Dios fuera de mí" (Isaías 45, 21). Dios es por definición el Único. Nada se le puede comparar. Todo le está subordinado. De aquí se deriva el rechazo de la idolatría, sobre la que el profeta pronuncia palabras severas: "No discurren los que llevan su ídolo esculpido y rezan a un dios que no puede salvar" (Isaías 45, 20). ¿Cómo es posible adorar a un producto del hombre?

3. A nuestra sensibilidad de hoy podría parecer excesiva esta polémica, como si se quedara en las imágenes en sí, sin comprender que se les puede atribuir un valor simbólico, compatible con la adoración espiritual del único Dios. Ciertamente, aquí entra en juego la sabia pedagogía divina que, a través de una rígida disciplina de exclusión de las imágenes, protegió históricamente a Israel de las contaminaciones politeístas. La Iglesia, basándose en el rostro de Dios manifestado en la encarnación de Cristo, reconoció en el Concilio de

Nicea II (año 787) la posibilidad de utilizar las imágenes sagradas, a condición de que sean comprendidas en su valor esencialmente relacional. Pero sigue en pie la importancia de esta admonición profética en relación a todas las formas de idolatría, que con frecuencia no se esconden en el uso impropio de las imágenes, sino en las actitudes con las que los hombres y cosas son considerados como valores absolutos, que llegan a sustituir al mismo Dios.

4. De la creación, el himno nos lleva al terreno de la historia, donde Israel ha podido experimentar tantas veces la potencia benéfica y misericordiosa de Dios, su fidelidad y su providencia. En particular, en la liberación del exilio, se ha manifestado una vez más el amor de Dios por su pueblo, y esto ha tenido lugar de manera tan evidente y sorprendente, que el profeta cita como testigos a los mismos "supervivientes de las naciones". Los invita a discutir, si pueden: "Reuníos, venid, acercaos juntos, supervivientes de las naciones" (Isaías 45, 20). La conclusión a la que llega el profeta es que la intervención de Dios es indiscutible. Emerge entonces una magnífica perspectiva universalista. Dios proclama: "Volveos hacia mí para salvaros, confines de la tierra, pues yo soy Dios, y no hay otro" (Isaías 45, 22). De este modo queda claro que la predilección con la que Dios escogió a Israel como a su pueblo no es un acto de exclusión, sino más bien un acto de amor del que toda la humanidad está llamada a beneficiarse. Así se perfila, ya en el Antiguo Testamento, que la concepción "sacramental" de la historia de la salvación no ve en la elección especial de los hijos de Abraham y después de los discípulos de Cristo en la Iglesia un privilegio que "encierra" y "excluye", sino el signo y el instrumento de un amor universal.

5. La invitación a la adoración y el ofrecimiento de la salvación están dirigidos a todos los pueblos: "ante mí se doblará toda rodilla, por mí jurará toda lengua" (Isaías 45, 23). Leer estas palabras en una óptica cristiana significa ir con el pensamiento a la revelación plena del Nuevo Testamento, que señala en Cristo "el Nombre que está sobre todo nombre" (Filipenses 2, 9), de modo que "en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra, y en los abismos; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2,10-11).

Nuestra alabanza de la mañana, a través de este Cántico, se dilata a las dimensiones del universo, y da voz a cuantos no han tenido la gracia de conocer todavía a Cristo. Es una alabanza que se hace "misionera", llevándonos a caminar por todos los caminos, anunciando que Dios se ha manifestado en Jesús como Salvador del mundo.

Audiencia del Miércoles 31 de octubre 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Isaías

1. La Liturgia de las Horas en los diferentes Cánticos que compagina con los Salmos nos presenta también un himno de acción de gracias que lleva este título: «Angustias de un moribundo y alegría de la curación» (Isaías 38, 9). Se enmarca en una sección del libro del profeta Isaías de carácter histórico-narrativo (cf. Isaías 36-39), cuyos datos recalcan --con algunas variantes-- los presentados por el Segundo Libro de los Reyes (cf. capítulos 18-20).

Siguiendo la Liturgia de las Horas, hoy hemos escuchado y transformado en oración dos grandes estrofas de ese Cántico que describen los dos movimientos típicos de las oraciones de acción de gracias: por un lado, se evoca la pesadilla del sufrimiento del que el Señor ha liberado a su fiel; y, por otro, se canta con alegría la acción de gracias por la vida y por la salvación reconquistada.

El rey Ezequías, soberano justo y amigo del profeta Isaías, había sido tocado por una grave enfermedad, que el profeta Isaías había declarado mortal (cf. Isaías 38, 1). «Ezequías volvió su rostro a la pared y oró al Señor. Dijo: "¡Ah, Señor! Dígnate recordar que yo he andado en tu presencia con fidelidad y corazón perfecto haciendo lo recto a tus ojos". Y Ezequías lloró con abundantes lágrimas. Entonces le fue dirigida a Isaías la palabra del Señor, diciendo: "Vete y di a Ezequías: Así habla el Señor, Dios de tu padre David: He oído tu plegaria, he visto tus lágrimas y voy a curarte. Dentro de tres días subirás a la Casa del Señor. Añadiré quince años a tus días» (Isaías 38, 2-5).

2. En ese momento surge del corazón del rey el cántico de reconocimiento. Como decía, se dirige ante todo al pasado. Según la antigua concepción de Israel, la muerte conducía a un horizonte subterráneo, llamado en hebreo «seol», donde la luz se apagaba, la existencia se atenuaba, y se hacía casi espectral, el tiempo se detenía, la esperanza se extinguía, y sobre todo ya no se contaba con la posibilidad de invocar y encontrar a Dios en el culto.

Por esto, Ezequías recuerda ante todo las palabras llenas de amargura pronunciadas cuando su vida estaba resbalando hacia la frontera de la muerte: «No veré al Señor en la tierra de los vivos» (v. 11). El Salmista también rezaba así en la enfermedad: «En la muerte, nadie de ti se acuerda; en el seol, ¿quién te puede alabar?» (Sal 6, 6). Sin embargo, liberado del peligro de la muerte, Ezequías puede confirmar con fuerza y alegría: «Los vivos, los vivos son quienes te alaban: como yo ahora» (Isaías 38, 19).

3. Precisamente en este sentido el Cántico de Ezequías alcanza un nuevo tono si se lee a la luz de la Pascua. Ya en el Antiguo Testamento se abrían grandes espacios de luz en los Salmos, cuando el orante proclamaba la certeza de que «no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha» (Salmo 15, 10-11; cf. Salmo 48 e 72).

El autor del Libro de la Sabiduría, por su parte, no dudará en afirmar que la esperanza de los justos está «llena de inmortalidad» (Sabiduría 3, 4), pues está convencido de que la experiencia de comunión con Dios vivida durante la existencia terrena no será resquebrajada. Nosotros permaneceremos siempre, después de la muerte, apoyados y protegidos por el Dios eterno e infinito, pues «las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno» (Sabiduría 3, 1).

En particular con la muerte y resurrección del Hijo de Dios, Jesucristo, se enterró y germinó una semilla de eternidad en nuestra caducidad mortal, por la que podemos repetir las palabras del apóstol, fundadas en el Antiguo Testamento: «Cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: "La muerte ha sido devorada en la victoria". ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1Corintios 15, 54-55; cf. Isaías 25, 8; Oseas 13, 14).

4. Sin embargo, el canto del rey Ezequías nos invita también a reflexionar sobre nuestra fragilidad de criaturas. Las imágenes son sugerentes. La vida humana es descrita con el símbolo nómada de la tienda: nosotros somos siempre peregrinos, huéspedes sobre la tierra. Se recurre a la imagen del tejido, que es hilado y que puede quedar incompleto cuando se corta el hilo y se interrumpe el trabajo (cf. Isaías 38, 12). El Salmista experimenta la misma sensación: «Me concediste un palmo de vida, mis días son nada ante ti; el hombre no dura más que un soplo, el hombre pasa como una sombra, por un soplo se afana» (Salmo 38, 6-7). Es necesario recuperar la conciencia de nuestros límites, saber que «Aunque uno viva setenta años, y el más robusto hasta ochenta, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan» (Salmo 89, 10).

5. En el momento de la enfermedad y del sufrimiento es justo de todos modos elevar a Dios su propio lamento, como nos enseña Ezequías quien, utilizando imágenes poéticas, describe su llanto como el chirriar de una golondrina o el zurear de una paloma (cf. Isaías 38, 14). Y si bien duda en confesar que siente a Dios como un adversario, casi como un león que tritura los huesos (cf. v. 13), no deja de invocarlo: «Señor, estoy oprimido; ¡protégeme!».

El Señor no se queda indiferente ante las lágrimas de quien sufre y, si bien por caminos que no siempre coinciden con nuestras expectativas, responde, consuela y salva. Es lo que confiesa Ezequías al final, al invitar a todos a esperar, a rezar y a tener confianza en la certeza de que Dios no abandona a sus criaturas: «El Señor se ha dignado en ayudarme; por eso tocaremos nuestras arpas todos nuestros días en la casa del Señor» (v. 20).

6. La tradición latina medieval conserva un comentario espiritual de este Cántico del rey Ezequías escrito por Bernardo de Claraval, uno de los místicos más representativos del monaquismo occidental. Se trata del tercero de sus Sermones varios, en el que Bernardo, aplicando a la vida de cada uno el drama vivido por el soberano de Judá, y asumiendo interiormente el contenido, escribe entre otras cosas: «Bendeciré al Señor en todo momento, es decir de la

mañana a la noche, como he aprendido a hacer, y no como los que sólo te alaban cuando les haces cosas buenas, ni como los que creen durante un tiempo, pero después desfallecen en la hora de la tentación. Como los santos diré: si hemos acogido el bien de la mano de Dios, ¿por qué no deberíamos aceptar también el mal?... De este modo, ambos momentos del día serán un momento de ser vicio a Dios, pues en la noche quedará el llanto, y en la mañana la alegría. Me sumergiré en el dolor la noche para poder disfrutar del gozo de la mañana (Scriptorium Claravallense, Sermo III, n. 6, Milano 2000, pp. 59-60).

La súplica del rey, por tanto, es leída por san Bernardo como una representación del canto orante del cristiano, que tiene que resonar con la misma constancia y serenidad en las tinieblas de la noche y de la prueba, como luz del día y de la alegría.

Audiencia del Miércoles 27 de febrero del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Isaías

1. El himno que acabamos de proclamar aparece como un canto de gozo en la Liturgia de los Laudes. Constituye una especie de sello conclusivo de esas páginas del libro de Isaías conocidas por su lectura mesiánica. Se trata de los capítulos 6 a 12, denominados comúnmente como «el libro del Emmanuel». De hecho, en el centro de esos oráculos proféticos, domina la figura de un soberano que, si bien forma parte de la histórica dinastía de David, revela características transfiguradas y recibe títulos gloriosos: «Maravilla de Consejero, Dios Fuerte, Siempre Padre, Príncipe de Paz» (Isaías 9, 5).

La figura concreta del rey de Judá, que Isaías promete como hijo y sucesor de Acáz, el rey de entonces, muy alejado de los ideales davídicos, es el signo de una promesa más elevada: la del rey-Mesías que actuará en plenitud el nombre de «Emmanuel», es decir, «Dios-con-nosotros», convirtiéndose en perfecta presencia divina en la historia humana. Es fácil de entender, entonces, cómo el Nuevo Testamento y el cristianismo intuyeron en aquel perfil regio la fisonomía de Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hombre en solidaridad con nosotros.

2. El himno al que ahora nos referimos (cfr. Isaías 12, 1-6) es considerado por los estudiosos, ya sea por su calidad literaria, ya sea por su tono general, como una composición posterior al profeta Isaías, quien vivió en el siglo VIII antes de Cristo. Es casi una cita, un texto con las características de un salmo, pensado quizá para ser utilizado en la liturgia, introducido en este momento para servir de conclusión al «libro del Emmanuel». Evoca de él algunos temas: la salvación, la confianza, la alegría, la acción divina, la presencia entre el pueblo del «Santo de Israel», expresión que indica tanto la trascendente «santidad» de Dios, como su cercanía amorosa y activa, en la que puede confiar el pueblo de Israel.

Quien canta es una persona que deja a sus espaldas una vicisitud amarga, experimentada como un acto del juicio divino. Pero ahora la prueba ha terminado, la purificación ha tenido lugar; a la cólera del Señor le sigue la sonrisa, la disponibilidad para salvar y consolar.

3. Las dos estrofas del himno demarcan por decir así dos partes. En la primera (cfr. versículos 1-3), que comienza con la invitación a rezar: «Dirás aquel día». Domina la palabra «salvación», repetida tres veces, aplicada al Señor: «Dios es mi salvación... Él fue mi salvación... las fuentes de la salvación». Recordemos, entre otras cosas, que el nombre de Isaías --como el de Jesús-- contiene la raíz del verbo hebreo «yaša'», que alude a la «salvación». El orante tiene, por tanto, la certeza inquebrantable de que en el origen de la liberación y de la esperanza se encuentra la gracia divina.

Es significativo poner de manifiesto que hace referencia implícita al gran acontecimiento salvífico del éxodo de la esclavitud de Egipto, pues cita las palabras del canto de liberación entonado por Moisés: «Mi fuerza y mi poder es el Señor» (Éxodo 15, 2).

4. La salvación donada por Dios, capaz de hacer brotar la alegría y la confianza, incluso en el día oscuro de la prueba, es representada a través de la imagen, clásica en la Biblia, del agua: «Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación» (Isaías 12, 3). Recuerda a la escena de la mujer samaritana, cuando Jesús le ofreció la posibilidad de tener en sí misma una «fuente de agua que brota para la vida eterna» (Juan 4, 14).

Cirilo de Alejandría lo comenta de manera sugerente: «Jesús llama agua viva al don vivificante del Espíritu, el único a través del cual la humanidad --aunque esté abandonada completamente, como los troncos en los montes, seca, y privada por las insidias del diablo de toda virtud--, es restituida a la antigua belleza de la naturaleza... El Salvador llama agua a la gracia del Espíritu Santo, y si uno participa de Él, tendrá en sí mismo la fuente de las enseñanzas divinas, de manera que ya no tendrá necesidad de los consejos de los demás, y podrá exhortar a aquellos que sienten sed de la Palabra de Dios. Así eran, mientras se encontraban en esta vida y sobre la tierra, los santos profetas, los apóstoles, y los sucesores de su ministerio. De ellos se ha escrito: «sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación» («Comentario al Evangelio de Juan II» -- «Comento al Vangelo di Giovanni II»--, 4, Roma 1994, pp. 272.275).

Por desgracia la humanidad, con frecuencia abandona esta fuente que quita la sed de todo el ser de la persona, como revela con amargura el profeta Jeremías: «Me abandonaron a mí, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen» (Jeremías 2, 13). También Isaías, unas páginas antes, había exaltado «las aguas de Siloé que discurren lentamente», símbolo de la potencia militar y económica, así como de la idolatría, aguas que entonces fascinaban a Judá, pero que la habrían sumergido.

5. Otra invitación --«Aquel día diréis»--, es el inicio de la segunda estrofa (cfr. Isaías 12, 4-6), que se convierte en un continuo llamamiento a la alabanza gozosa en honor del Señor. Se multiplican los imperativos a cantar: «Dad gracias», «invocad», «contad», «proclamad», «tañed», «anunciad», «gritad jubilosos». En el centro de la alabanza se encuentra una profesión de fe en Dios salvador, que actúa en la historia y está junto a su criatura, compartiendo sus vicisitudes: «El Señor hizo proezas... Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel» (versículos 5 y 6). Esta profesión de fe tiene una función por decir así misionera: «Contad a los pueblos sus hazañas... anunciadlas a toda la tierra» (versículos 4 y 5). La salvación alcanzada debe ser testimoniada al mundo, para que toda la humanidad acuda a las fuentes de la paz, de la alegría y de la libertad.

Audiencia del Miércoles 17 de abril del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Isaías

1. La liturgia diaria de los Laudes, además de los Salmos, propone siempre un Cántico tomado del Antiguo Testamento. Es sabido que, junto al Salterio, auténtico libro de la oración de Israel y después de la Iglesia, existe otra especie de «Salterio» diseminado en las diferentes páginas históricas, proféticas y sapienciales de la Biblia. Se trata de himnos, súplicas, alabanzas e invocaciones que con frecuencia se caracterizan por su gran belleza e intensidad espiritual.

En nuestro recorrido por las oraciones de la Liturgia de los Laudes, nos hemos encontrado ya con muchos de estos cantos que salpican las páginas bíblicas. Ahora tomamos en consideración uno verdaderamente admirable, obra de uno de los máximos profetas de Israel, Isaías, quien vivió en el siglo VIII a. C. Es testigo de horas difíciles vividas por el reino de Judá, pero también es vate de la esperanza mesiánica en un lenguaje poético sumamente elevado.

2. Es el caso del Cántico que acabamos de escuchar y que es colocado casi en apertura de su libro, en los primeros versículos del capítulo 2, precedido por una nota de redacción posterior que dice así: «Visión de Isaías, hijo de Amós, sobre Judá y Jerusalén» (Isaías 2,1). El himno es concebido por tanto como una visión profética, que describe una meta hacia la que tiende la historia de Israel. No es casualidad el que sus primeras palabras digan: «Al final de los días» (versículo 2), es decir, en la plenitud de los tiempos. Por ello, se convierte en una invitación a no anclarse en el presente, tan mísero, sino a saber intuir en los acontecimientos cotidianos la presencia misteriosa de la acción divina, que conduce la historia hacia un horizonte muy diferente de luz y de paz.

Esta «visión» de sabor mesiánico será retomada ulteriormente en el capítulo 60 del mismo libro, en un escenario más amplio, signo de una nueva meditación sobre las palabras esenciales e incisivas del profeta, proclamadas hace un momento en el Cántico. El profeta Miqueas (Cf. 4,1-3) retomará el mismo himno, si bien con un final diferente (Cf. 4, 4-5) diferente al del oráculo de Isaías (Cf. Isaías 2, 5).

3. En el centro de la «visión» de Isaías surge el monte Sión, que se elevará figuradamente por encima de los demás montes, al ser habitado por Dios y, por tanto, lugar de contacto con el cielo (Cf. 1Reyes 8,22-53). De él, según el oráculo Isaías 60,1-6, saldrá una luz que romperá y deshará las tinieblas y hacia él se dirigirán procesiones de pueblos desde todo rincón de la tierra.

Este poder de atracción de Sión se funda en dos realidades que se derivan del monte santo de Jerusalén: la Ley y la Palabra del Señor. Constituyen, en verdad, una realidad única, que es manantial de vida, de luz y de paz, expresiones del misterio del Señor y de su voluntad. Cuando las naciones llegan a la cumbre de Sión, donde se eleva el templo del Señor, entonces tiene lugar ese milagro que la humanidad espera desde siempre y por el que suspira. Los pueblos dejan caer las armas de las manos, que son recogidas después

para ser fraguadas en instrumentos pacíficos de trabajo: las espadas son transformadas en arados, las lanzas en podaderas. Surge, así, un horizonte de paz, de «shalôm» (Cf. Isaías 60,17), como se dice en hebreo, término muy utilizado por la teología mesiánica. Cae finalmente el telón sobre la guerra y sobre el odio.

4. El oráculo de Isaías termina con un llamamiento, en la línea con la espiritualidad de los cantos de peregrinación a Jerusalén: «Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor» (Isaías 2, 5). Israel no debe quedarse como espectador de esta transformación histórica radical; no puede dejar de escuchar la invitación que resuena en la apertura en los labios de los pueblos: « Venid, subamos al monte del Señor» (versículo 3).

También nosotros, los cristianos, somos interpelados por este Cántico de Isaías. Al comentarlo, los Padres de la Iglesia del siglo IV y V (Basilio Magno, Juan Crisóstomo, Teodoreto de Ciro, Cirilo de Alejandría) veían su cumplimiento en la venida de Cristo. Por consiguiente, identificaban en la Iglesia «el monte de la casa del Señor..., encumbrado sobre las montañas» del que salía la Palabra del Señor y al que se dirigían los pueblos paganos, en la nueva era de paz inaugurada por el Evangelio.

5. El mártir san Justino, en su «Primera Apología», escrita en torno al año 153, proclamaba la actuación del versículo del Cántico que dice: «de Jerusalén saldrá la palabra del Señor» (Cf. versículo 3). Escribía: «De Jerusalén salieron hombres para el mundo, doce; eran ignorantes; no sabían hablar, pero gracias a la potencia de Dios revelaron a todo el género humano que habían sido salvados por Cristo para enseñar a todos los pueblos la Palabra de Dios. Y nosotros, que antes nos matábamos los unos a los otros, ahora ya no sólo no combatimos contra los enemigos, sino que para no mentir ni engañar a quienes nos someten a interrogatorios, morimos de buena gana confesando a Cristo» («Primera Apología» --«Prima Apologia»--, 39,3: «Los apologetas griegos» --«Gli apologeti greci»--, Roma 1986, p. 118).

Por este motivo, de manera particular, los cristianos recogemos el llamamiento del profeta y tratamos de echar los cimientos de esa civilización del amor y de la paz en la que ya no haya guerra «ni muerte, ni llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Apocalipsis 21, 4).

Audiencia del Miércoles 4 de setiembre del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Isaías

1. En el libro del profeta Isaías convergen voces de autores diferentes, distribuidas en un amplio espacio de tiempo, colocadas todas bajo el nombre y la inspiración de este grandioso testigo de la Palabra de Dios, vivido en el siglo VIII a.c.

Dentro de este amplio rollo de profecías, que también aprendió y leyó Jesús en la sinagoga de su pueblo, Nazaret (Cf. Lucas 4,17-19), se encuentra una serie de capítulos, que va del 24 al 27, generalmente llamada por los expertos «el gran Apocalipsis de Isaías». Luego aparecerá otra serie, de menor extensión, entre los capítulos 34 y 35. En páginas con frecuencia ardientes y llenas de simbolismos, se ofrece una poderosa descripción poética del juicio divino sobre la historia y se exalta la espera de la salvación por parte de los justos.

2. Con frecuencia, como sucederá en el Apocalipsis de Juan, se oponen dos ciudades antitéticas entre sí: la ciudad rebelde, encarnada en algunos centros históricos de entonces, y la ciudad santa, en la que se reúnen los fieles. Pues bien, el cántico que acabamos de escuchar, y que está tomado del capítulo 26 de Isaías, es precisamente la celebración gozosa de la ciudad de la salvación. Se eleva fuerte y gloriosa, pues es el mismo Señor quien ha puesto los cimientos y las murallas defensivas, haciendo de ella una morada segura y tranquila (Cf. versículo 1). Él abre ahora de par en par las puertas para acoger al pueblo de los justos (Cf. versículo 2), quienes parecen repetir las palabras del Salmista, cuando, ante el templo de Sión, exclama: «Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella» (Salmo, 117, 19-20).

3. Quien entra en la ciudad de la salvación debe tener un requisito fundamental: «su ánimo está firme..., porque confía en ti; confiad» (Cf. Isaías 26,3-4). La fe en Dios, una fe sólida, basada en él, es la auténtica «roca eterna» (versículo 4).

La confianza, ya expresada en el origen hebreo de la palabra «amén», sintética profesión de fe en el Señor que, como cantaba el rey David, es «mi roca, mi alcázar, mi libertador. Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte» (Salmo 17, 2-3; Cf. 2 Samuel 22, 2-3). El don que Dios ofrece a los fieles es la paz (Cf. Isaías 26, 3), el don mesiánico por excelencia, síntesis de vida en la justicia, en la libertad y en la alegría de la comunión.

4. Es un don confirmado con fuerza también en el versículo final del cántico de Isaías: «Señor, tú nos darás la paz, porque todas nuestras empresas nos las realizas tú» (versículo 12). Este versículo llamó la atención de los Padres de la Iglesia: en aquella promesa de paz vislumbraron las palabras de Cristo que resonarían siglos después: «Mi paz os dejo, mi paz os doy» (Juan 14, 27).

En su «Comentario al Evangelio de Juan», san Cirilo de Alejandría recuerda que, al dar la paz, Jesús entrega su mismo Espíritu. Por tanto, no nos deja

huérfanos, sino que a través del Espíritu permanece con nosotros. Y san Cirilo comenta: el profeta «invoca que se nos dé el Espíritu divino, por medio del cual, hemos sido readmitidos a la amistad con Dios Padre, nosotros, que antes estábamos alejados de él por el pecado que reinaba en nosotros». Después el comentario se convierte en una oración: «Concédenos la paz, Señor. Entonces, comprenderemos que lo tenemos todo, y que no le falta nada a quien ha recibido la plenitud de Cristo. De hecho, la plenitud de todo bien es el hecho de que Dios habite en nosotros por el Espíritu (Cf. Colosenses 1, 19» (vol. III, Roma 1994, p. 165).

5. Demos una última mirada al texto de Isaías. Presenta una reflexión sobre la «senda del justo» (Cf. versículo 7) y una declaración de adhesión a las justas decisiones de Dios (Cf. versículos 8-9). La imagen dominante es la del camino, clásica en la Biblia, como ya había declarado Oseas, un profeta anterior a Isaías: «Quien es sabio que entienda estas cosas..., pues rectos son los caminos del Señor, por ellos caminan los justos, mas los rebeldes en ellos tropiezan» (14, 10).

En el cántico de Isaías hay otro elemento muy sugerente por el uso que hace de él la Liturgia de las Horas. Menciona la aurora, esperada después de una noche dedicada a la búsqueda de Dios: « Mi alma te ansía de noche, mi espíritu en mi interior madruga por ti» (26, 9).

Precisamente a las puertas del día, cuando comienza el trabajo y late la vida diaria en las calles de las ciudades, el fiel debe comprometerse de nuevo a caminar «por la senda de tus juicios, Señor» (v. 8), esperando en Él y en su Palabra, único manantial de paz.

Los labios pronuncian entonces las palabras del Salmista, que desde la aurora profesa su fe: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti...; tu gracia vale más que la vida» (Salmo 62, 2.4). Con el espíritu reconfortado, puede afrontar el nuevo día.

Audiencia del Miércoles 2 de octubre del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Isaías

1. En el libro del gran profeta Isaías, quien vivió en el siglo VIII a.c., se recogen también las voces de otros profetas, sus discípulos y continuadores. Es el caso de aquél a quien los expertos en la Biblia llaman «el Segundo Isaías», el profeta del regreso de Israel del exilio de Babilonia, que tuvo lugar en el siglo VI a. c. Su obra se extiende por los capítulos 40 a 55 del libro de Isaías y precisamente del primero de estos capítulos está tomado el Cántico que forma parte de la Liturgia de los Laudes y que se acaba de proclamar.

2. Este Cántico está dividido en dos partes: los dos primeros versículos provienen del final de un bellissimo oráculo de consuelo que anuncia el regreso de los exiliados a Jerusalén, bajo la guía del mismo Dios (Cf. Isaías 40, 1-11). Los versículos sucesivos forman el inicio de un discurso apologético que exalta la omnisciencia y la omnipotencia de Dios, que regresa a Jerusalén precedido por sus trofeos, como Jacob había vuelto a Tierra Santa precedido por sus rebaños (Cf. Génesis 31, 17; 32, 17). Los trofeos de Dios son los judíos exiliados, que Él rescató de la mano de sus conquistadores. Dios es presentado, por tanto, «como un pastor» (Isaías 40, 11). Frecuente en la Biblia y en otras tradiciones, esta imagen evoca la idea de guía y de dominio, pero en este caso tiene sobre todo rasgos tiernos y apasionados, pues el pastor es también el compañero de viaje de sus ovejas (Cf. Salmo 22). Cuida el rebaño no sólo apacentándolo y preocupándose de que no se disperse, sino también inclinándose con ternura sobre los corderos y sus madres (Cf. Isaías 40, 11).

3. Tras concluir la descripción de la entrada del Señor rey y pastor en la escena, se presenta la reflexión sobre su acción como Creador del universo. Nadie puede compararse a él en esta obra grandiosa y colosal: ni el hombre, ni mucho menos los ídolos, seres muertos e impotentes. El profeta recurre después a una serie de preguntas retóricas, en las que ya se incluye la respuesta. Son pronunciadas en una especie de proceso: nadie puede competir con Dios y arrogarse su inmenso poder y su ilimitada sabiduría.

Nadie es capaz de medir el inmenso universo creado por Dios. El profeta da a entender que los instrumentos humanos son ridículamente inadecuados para esta tarea. Por otra parte, Dios ha sido un artífice solitario; nadie ha sido capaz de ayudarlo o de aconsejarle en un proyecto tan inmenso como el de la creación cósmica (Cf. versículos 13-14).

En su decimoctava «Catequesis bautismal», san Cirilo de Jerusalén, basándose en nuestro Cántico, invita a no medir a Dios con el metro de nuestros límites humanos: «Para ti, hombre tan pequeño y débil, la distancia de Gotia a India, de España a Persia, es grande, pero para Dios, que contiene en su mano todo el mundo, toda tierra es cercana» («Las catequesis» --«Le catechesi»--, Roma 1993, p. 408).

4. Después de haber ensalzado la omnipotencia de Dios en la creación, el profeta delinea su señorío sobre la historia, es decir, sobre las naciones, sobre

la humanidad que puebla la tierra. Los habitantes de los territorios conocidos, pero también los de regiones remotas que la Biblia llama «islas» lejanas, son una realidad microscópica con respecto a la grandeza infinita del Señor. Las imágenes son brillantes e intensas: los pueblos son «como la gota de un cazo», «como escrúpulo de la balanza», «una mota de polvo» (Isaías 40, 15).

Nadie sería capaz de ofrecer un sacrificio digno de este Señor grandioso y rey: no bastarían todas las víctimas de los sacrificios de la tierra, ni todos los bosques de cedros del Líbano para encender el fuego de este holocausto (Cf. versículo 16). El profeta recuerda al hombre la conciencia de su límite ante la infinita grandeza y la soberana omnipotencia de Dios. La conclusión es lapidaria: «En su presencia, las naciones todas como si no existieran, no valen para él nada» (versículo 17).

5. El fiel, por tanto, es invitado desde el inicio de la jornada, a adorar al Señor omnipotente. San Gregorio de Niza, padre de la Iglesia de Capadocia (siglo IV), meditaba en las palabras del Cántico de Isaías de este modo: «Cuando escuchamos pronunciar la palabra "omnipotente", pensamos en el hecho de que Dios mantiene la existencia de todas las cosas, tanto las inteligibles, como las que pertenecen a la creación material. Por este motivo, de hecho, mantiene la existencia del círculo de la tierra, por este motivo contiene en su mano las fronteras de la tierra, por este motivo tiene en su puño el cielo, por este motivo abarca el agua con la mano, por este motivo comprende en sí mismo toda la creación intelectual: para que todas las cosas permanezcan en la existencia, mantenidas con potencia por la potencia que las abraza» («Teología trinitaria» - «Teología trinitaria»--, Milán 1994, p. 625).

San Jerónimo, por su parte, se detiene asombrado ante otra sorprendente verdad: la verdad de Cristo, que, «siendo de condición divina..., se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres» (Filipenses 2, 6-7). Ese Dios infinito y omnipotente --aclara-- se ha hecho pequeño y limitado. San Jerónimo lo contempla en el portal de Belén y exclama: «Mírale, si bien en su puño encierra el universo, está encerrado en un angosto pesebre» (Carta 22, 39, en «Obras escogidas» --«Opere scelte»--, I, Turín 1971, p. 379).

Audiencia del Miércoles 20 de noviembre del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Isaías

1. En el libro que lleva el nombre del profeta Isaías, los estudiosos han identificado la presencia de diferentes voces, colocadas todas bajo el patronato del gran profeta que vivió en el siglo VIII a. C. Es el caso del vigoroso himno de alegría y de victoria que se acaba de proclamar, como parte de la Liturgia de los Laudes de la cuarta semana. Los exégetas lo atribuyen al llamado Segundo Isaías, un profeta que vivió en el siglo VI a. C., en tiempos del regreso de los judíos del exilio de Babilonia. El himno comienza con un llamamiento a «cantar al Señor un cántico nuevo» (Cf. Isaías 42, 10), como sucede precisamente en otros Salmos (Cf. 95,1 y 97,1).

La «novedad» del canto que invita a entonar el profeta consiste ciertamente en la apertura del horizonte de la libertad, como cambio radical en la historia de un pueblo que ha experimentado la opresión y la estancia en tierra extranjera (Cf. Salmo 136).

2. La «novedad» tiene con frecuencia en la Biblia el sabor de una realidad perfecta y definitiva. Es casi el signo del inicio de una era de plenitud salvífica que sella la ajetreada historia de la humanidad. El Cántico de Isaías se caracteriza por este elevado tono que bien se adapta a la oración cristiana.

El mundo en su globalidad, que incluye la tierra, el mar, las islas, los desiertos y las ciudades, es invitado a elevar al Señor un «cántico nuevo» (Cf. Isaías 42, 10-12). Todo el espacio queda involucrado con sus últimos confines horizontales, que comprenden también lo desconocido, así como su dimensión vertical, que comienza en la llanura desértica, donde se encuentran las tribus nómadas de Qedar (Cf. Isaías 21, 16-17), y se eleva hasta los montes. Allí se puede encontrar la ciudad de Sela, identificada por muchos como Petra, en el territorio de los edomitas, una ciudad colocada entre picos rocosos.

Todos los habitantes de la tierra son invitados a participar en una especie de inmenso coro para aclamar al Señor exultando y dándole gloria.

3. Después de la solemne invitación al cántico (Cf. versículos 10-12), el profeta pone en la escena al Señor, representado como el Dios del Éxodo que ha liberado a su pueblo de la esclavitud de Egipto: «El Señor sale como un héroe, excita su ardor como un guerrero» (v. 13). Siembra el terror entre los adversarios, que oprimen a los demás y comenten injusticias. El cántico de Moisés también presenta al Señor durante la travesía del Mar Rojo como un «guerrero», dispuesto a alzar su diestra poderosa para atemorizar a los enemigos (Cf. Éxodo 15, 3-8). Con el regreso de los judíos de la deportación de Babilonia está a punto de tener lugar un nuevo éxodo y los fieles tienen que ser conscientes de que la historia no queda en manos del destino, del caos, o de las potencias opresoras: la última palabra le corresponde a Dios justo y fuerte. El Salmista cantaba: «Danos ayuda contra el adversario, que es vano el socorro del hombre» (Sal 59,13).

4. Al entrar en la escena, el Señor habla y sus palabras vehementes (Cf. Isaías 42, 14-16) quedan mezcladas por el juicio y la salvación. Comienza recordando que «desde antiguo» guardó «silencio», es decir, no intervino. El silencio divino es con frecuencia motivo de perplejidad para el justo e incluso de escándalo, como lo atestigua el prolongado grito de Job (Cf. Job 3, 1-26). Sin embargo, este silencio no indica una ausencia, como si la historia quedara en manos de los perversos y el Señor permaneciera indiferente e impasible. En realidad, ese estar callado desemboca en una relación parecida a los dolores de parto de la mujer que tiene que hacer esfuerzos, jadear y gritar. Es el juicio divino sobre el mal, representado con imágenes de aridez, destrucción, desierto (Cf. v. 15), que tiene como meta un resultado vivo y fecundo.

De hecho, el Señor hace surgir un nuevo mundo, una nueva era de libertad y de salvación. A quien estaba ciego se le abren los ojos para que goce de la luz que deslumbra. El camino se hace rápido y florece la esperanza (Cf. v. 16) para poder seguir confiando en Dios y en su futuro de paz y de felicidad.

5. Cada día el creyente sabe percibir los signos de la acción divina incluso cuando está escondida por el devenir aparentemente monótono y sin meta del tiempo. Como escribía un estimado autor cristiano moderno, «un éxtasis cósmico se apodera de la tierra: en ella se da una realidad y una presencia eterna que, sin embargo, normalmente duerme bajo el velo de la costumbre. La realidad eterna ahora tiene que revelarse, como en una manifestación de Dios, a través de todo lo que existe» (Romano Guardini, «Sabiduría de los Salmos» -«Sapienza dei Salmi»--, Brescia 1976, p. 52).

Descubrir con los ojos de la fe esta presencia divina en el espacio y en el tiempo, así como en nosotros mismos, es fuente de esperanza y de confianza, incluso cuando nuestro corazón está turbado y sacudido «como se estremecen los árboles del bosque por el viento» (Isaías 7, 2). De hecho, el Señor aparece en la escena para regir y juzgar «al mundo con justicia y rectitud» (Salmo 95, 13).

Audiencia del Miércoles 02 de abril del 2003

Alegría del profeta ante la nueva Jerusalén

1. El admirable cántico que nos ha propuesto la Liturgia de Laudes, y que se acaba de proclamar, comienza como un Magnificat: "Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios" (Is 61, 10). El texto se halla situado en la tercera parte del libro del profeta Isaías, una sección que según los estudiosos es de una época más tardía, cuando Israel, al volver del exilio en Babilonia (siglo VI a.C.), reanudó su vida de pueblo libre en la tierra de sus padres y reconstruyó Jerusalén y el templo. No por nada la ciudad santa, como veremos, ocupa el centro del cántico, y el horizonte que se está abriendo es luminoso y lleno de esperanza.

2. El profeta inicia su canto describiendo al pueblo renacido, vestido con traje de gala, como una pareja de novios ataviada para el gran día de la celebración nupcial (cf. v. 10). Inmediatamente después, se evoca otro símbolo, expresión de vida, de alegría y de novedad: el brote de una planta (cf. v. 11).

Los profetas recurren a la imagen del brote, con formas diversas, para referirse al rey mesiánico (cf. Is 11, 1; 53, 2; Jr 23, 5; Zc 3, 8; 6, 12). El Mesías es un retoño fecundo que renueva al mundo, y el profeta explica el sentido profundo de esta vitalidad: "El Señor hará brotar la justicia" (v. 11), por lo cual la ciudad santa se convertirá en un jardín de justicia, es decir, de fidelidad y verdad, de derecho y amor. Como decía poco antes el profeta, "llamarás a tus murallas "Salvación" y a tus puertas "Alabanza"" (Is 60, 18).

3. El profeta sigue clamando con fuerza: el canto es incansable y quiere aludir al renacimiento de Jerusalén, ante la cual está a punto de abrirse una nueva era (cf. Is 62, 1). La ciudad se presenta como una novia a punto de celebrar su boda.

En la Biblia, el simbolismo nupcial, que aparece con fuerza en este pasaje (cf. vv. 4-5), es una de las imágenes más intensas para exaltar el vínculo de intimidad y el pacto de amor que existe entre el Señor y el pueblo elegido. Su belleza, hecha de "salvación", de "justicia" y de "gloria" (cf. vv. 1-2), será tan admirable que podrá ser "una magnífica corona en la mano del Señor" (cf. v. 3).

El elemento decisivo será el cambio de nombre, como sucede también en nuestros días cuando una joven se casa. Tomar un "nuevo nombre" (cf. v. 2) significa casi asumir una nueva identidad, emprender una misión, cambiar radicalmente de vida (cf. Gn 32, 25-33).

4. El nuevo nombre que tomará la esposa Jerusalén, destinada a representar a todo el pueblo de Dios, se ilustra mediante el contraste que el profeta especifica: "Ya no te llamarán "Abandonada", ni a tu tierra, "Devastada"; a ti te llamarán "Mi favorita" y a tu tierra "Desposada"" (Is 62, 4). Los nombres que indicaban la situación anterior de abandono y desolación, es decir, la devastación de la ciudad por obra de los babilonios y el drama del exilio, son

sustituidos ahora por nombres de renacimiento, y son términos de amor y ternura, de fiesta y felicidad.

En este punto toda la atención se concentra en el esposo. Y he aquí la gran sorpresa: el Señor mismo asigna a Sión el nuevo nombre nupcial. Es estupenda, sobre todo, la declaración final, que resume el hilo temático del canto de amor que el pueblo ha entonado: "Como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa la encontrará tu Dios contigo" (v. 5).

5. El canto no se refiere ya a las bodas entre un rey y una reina, sino que celebra el amor profundo que une para siempre a Dios con Jerusalén. En su esposa terrena, que es la nación santa, el Señor encuentra la misma felicidad que el marido experimenta con su mujer amada. En vez del Dios distante y trascendente, justo juez, tenemos al Dios cercano y enamorado. Este simbolismo nupcial se encuentra también en el Nuevo Testamento (cf. Ef 5, 21-32) y luego lo recogen y desarrollan los Padres de la Iglesia. Por ejemplo, san Ambrosio recuerda que, desde esta perspectiva, "el esposo es Cristo, la esposa es la Iglesia, que es esposa por su amor y virgen por su pureza inmaculada" (Esposizione del Vangelo secondo Luca: Opere esegetiche X/II, Milán-Roma 1978, p. 289).

Y, en otra de sus obras, prosigue: "La Iglesia es hermosa. Por eso, el Verbo de Dios le dice: "¡Toda hermosa eres, amada mía, no hay tacha en ti!" (Ct 4, 7), porque la culpa ha sido borrada... Por tanto, el Señor Jesús -impulsado por el deseo de un amor tan grande, por la belleza de sus atavíos y por su gracia, dado que en los que han sido purificados ya no hay ninguna mancha de culpa- dice a la Iglesia: "Ponme cual sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo" (Ct 8, 6), es decir: estás engalanada, alma mía, eres muy bella, no te falta nada. "Ponme cual sello sobre tu corazón", para que por él tu fe brille en la plenitud del sacramento. También tus obras resplandezcan y muestren la imagen de Dios, a imagen del cual has sido hecha" (I misteri, nn. 49.41: Opere dogmatiche, III, Milán-Roma 1982, pp. 156-157).

Audiencia del Miércoles 18 de junio de 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II : Cántico de Isaías

1. El himno que acabamos de escuchar está tomado de la última página del Libro de Isaías, canto de alegría dominado por la figura materna de Jerusalén (Cf. 66, 11) y, después, por la atención amorosa del mismo Dios (Cf. versículo 13). Los estudiosos de la Biblia consideran que esta sección final, abierta a un futuro espléndido y festivo, es el testimonio de una voz posterior, la de un profeta que celebra el renacimiento de Israel, tras el paréntesis oscuro del exilio en Babilonia. Nos encontramos, por tanto, en el siglo VI a. c., dos siglos después de la misión de Isaías, el gran profeta bajo cuyo nombre se presenta toda esta obra inspirada. Nosotros seguiremos ahora el discurrir gozoso de este breve cántico, que comienza con tres imperativos que constituye una invitación a la felicidad: « Festejad», «gozad», «alegraos» (Cf. versículo 10). Este es el luminoso hilo conductor que atraviesa con frecuencia las últimas páginas del libro de Isaías: los afligidos de Sión se alegran, son coronados, ungidos por el «aceite de gozo» (61,3); el mismo profeta goza «en el Señor, exulta mi alma en mi Dios» (v. 10); «con gozo de esposo por su novia se gozará Dios» por su pueblo (62, 5). En la página precedente a nuestro canto y nuestra oración, el Señor mismo participa en la felicidad de Israel que esta a punto de renacer como nación: «habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear. Pues he aquí que yo voy a crear a Jerusalén "Regocijo", y a su pueblo "Alegría"» (65,18-19).

2. El manantial y la razón de esta exultación interior se encuentra en la nueva vitalidad de Jerusalén, resurgida de las cenizas de la ruina, que se había abatido sobre ella cuando los ejércitos babilonios la demolieron. Se habla, de hecho, de su «luto» (66, 10) que ya ha quedado a las espaldas. Como sucede con frecuencia en diferentes culturas, la ciudad es representada con imágenes femeninas, es más, maternas. Cuando una ciudad está en paz, es como el seno protegido y seguro; es más, es como una madre que amamanta a sus hijos con abundancia y ternura (Cf. v. 11). Desde este punto de vista, la realidad a la que la Biblia llama con la expresión familiar «la hija de Sión», es decir Jerusalén, vuelve a convertirse en una ciudad-madre que acoge, alimenta y da la felicidad a sus hijos, es decir, sus habitantes. Sobre este escenario de vida y ternura desciende después la palabra del Señor que tiene el tono de una bendición (Cf. versículos 12-14).

3. Dios repasa otras imágenes ligadas a la fecundidad: habla de ríos y torrentes, es decir, de aguas que simbolizan la vida, la vegetación, la prosperidad de la tierra y de sus habitantes (Cf. versículo 12). La prosperidad de Jerusalén, su «paz» («shalom»), don generoso de Dios, asegurará a sus hijos una existencia rodeada de ternura materna: «Llevarán en brazos a sus criaturas

y sobre las rodillas las acariciarán» (ibídem) y esta ternura materna será ternura del mismo Dios: «como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo» (versículo 13). De este modo, el Señor utiliza la metáfora materna para describir su amor por sus criaturas.

También en el libro de Isaías se puede leer poco antes un pasaje que atribuye a Dios un perfil materno: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (49, 15).

En nuestro Cántico las palabras del Señor dirigidas a Jerusalén terminan retomando el tema de la vitalidad interior, expresado con otra imagen de fertilidad y de energía: la de la hierba fresca, imagen aplicada a los huesos, para indicar el vigor del cuerpo y de la existencia (Cf. 66, 14).

4. Al llegar a este punto, ante la ciudad-madre, es fácil ampliar la mirada hasta el perfil de la Iglesia, virgen y madre fecunda. Concluamos nuestra meditación sobre la Jerusalén renacida con una reflexión de san Ambrosio, tomada de su obra «Las vírgenes»: «La santa Iglesia es inmaculada en su unión conyugal: fecunda por sus partos, virgen por su castidad, a pesar de los hijos que engendra. Nos ha dado a luz, por tanto, una virgen que no ha concebido por obra de un hombre sino por obra del Espíritu. Nos ha dado a luz una virgen, pero no con dolores físicos, sino con el júbilo de los ángeles. Una virgen nos amamanta, pero no con la leche del cuerpo, sino con esa de la que habla el apóstol, cuando dice haber amamantado en la tierna edad del pueblo de Dios que crece.

¿Qué mujer casada tiene más hijos que la santa Iglesia? Es virgen por la santidad que recibe en los sacramentos y madre de pueblos. Su fecundidad está atestiguada también por la Escritura, que dice: "más son los hijos de la abandonada, que los hijos de la casada" (Isaías 54, 1; Gálatas 4, 27). Nuestra madre no tiene un hombre sino un esposo, pues tanto la Iglesia en los pueblos como el alma de cada uno de sus individuos --inmunes de cualquier infidelidad, fecundas en la vida del espíritu-- sin que decaiga su pudor, se casan con el Verbo de Dios como con un esposo eterno» (I,31: Saemo 14/1, pp. 132-133).

Audiencia del Miércoles 16 de julio de 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Jeremías

1. El canto del profeta Jeremías, que eleva desde su horizonte histórico hasta el cielo, es amargo y sufrido (14, 17-21). Acabamos de escucharlo como una invocación, que la Liturgia de los Laudes propone en el día en el que conmemora la muerte del Señor, el viernes. El contexto del que surge esta lamentación está representado por el látigo que con frecuencia flagela la tierra de Oriente Próximo: la sequía. Pero a este drama natural une otro que no es menos aterrador, la tragedia de la guerra: «Salgo al campo: muertos a espada; entro en la ciudad: desfallecidos de hambre» (versículo 18). La descripción por desgracia es trágicamente actual en muchas regiones de nuestro planeta.

2. Jeremías aparece en la escena con los ojos deshechos en lágrimas: es un llanto ininterrumpido por «la doncella de mi pueblo», es decir, por Jerusalén. De hecho, según un símbolo bíblico muy conocido, la ciudad es representada con una imagen femenina, «la hija de Sión». El profeta participa íntimamente en la «terrible desgracia» y la «herida de fuertes dolores» (versículo 17). Con frecuencia, sus palabras están marcadas por el dolor y las lágrimas, pues Israel no se deja involucrar por el mensaje misterioso que lleva consigo el sufrimiento. En otra página, Jeremías exclama: «si no le oyereis, en silencio llorará mi alma por ese orgullo, y dejarán caer mis ojos lágrimas, y verterán copiosas lágrimas, porque va cautiva la grey del Señor» (13, 17).

3. El motivo de la lacerante invocación del profeta, como decía, es debido a dos acontecimientos trágicos: la espada y el hambre, es decir, la guerra y la carestía (Cf. Jeremías 14, 18). Estamos, por tanto, en una situación histórica atormentada, y es significativo el retrato del profeta y del sacerdote, custodios de la Palabra del Señor, que «vagan sin sentido por el país» (ibídem).

La segunda parte del Cántico (Cf. versículos 19-21) deja de ser un lamento individual, en primera persona del singular, para convertirse en una súplica colectiva dirigida a Dios: «¿Por qué nos has herido sin remedio?» (versículo 19). Además de la espada y del hambre, se da una tragedia mayor, la del silencio de Dios, que deja de revelarse y parece encerrarse en su cielo, como disgustado por el comportamiento de la humanidad. Las preguntas que se le dirigen son, por tanto, tensas y explícitas, en sentido típicamente religioso: «¿Por qué has rechazado del todo a Judá? ¿Tiene asco tu garganta de Sión?» (versículo 19). Se sienten solos, abandonados, sin paz, sin salvación ni esperanza. El pueblo abandonado a su propio destino, se encuentra como perdido y sobrecogido por el terror.

¿No es quizá esta soledad existencial la fuente profunda de toda la insatisfacción que percibimos también en nuestros días? Tanta inseguridad y tantas reacciones desconsideradas tienen su origen en haber abandonado a Dios, roca de salvación.

4. En este momento, llega el gran cambio: el pueblo regresa a Dios y le dirige una intensa oración. Reconoce ante todo el propio pecado con una breve pero

sentida confesión de culpa: «Señor, reconócenos nuestra impiedad... porque pecamos contra ti» (versículo 20). El silencio de Dios era, por tanto, provocado por el rechazo del hombre. Si el pueblo se convierte y regresa al Señor, también Dios se mostrará disponible para salir a su encuentro y abrazarlo.

Al final, el profeta utiliza dos palabras fundamentales: el «recuerdo» y la «alianza» (versículo 21). El pueblo pide a Dios a «acordarse», es decir, a retomar el hilo de su benevolencia generosa, manifestada en tantas ocasiones durante el pasado con intervenciones decisivas para salvar a Israel. Pide que se acuerde de que Él está ligado a su pueblo por una alianza de fidelidad y de amor. Precisamente por esta alianza el pueblo puede confiar en que el Señor intervendrá para liberarle y salvarle. El compromiso asumido por Él, el honor de su «nombre», el hecho de su presencia en el templo, «tu trono glorioso», llevan a Dios --después del juicio por el pecado y el silencio-- a acercarse de nuevo a su pueblo para devolverle vida, paz y alegría.

Junto con los israelitas, también nosotros podemos, por tanto, estar seguros de que el Señor no nos abandona para siempre, sino que después de toda prueba purificadora, vuelve «a iluminar su rostro sobre nosotros y a sernos propicio» y a «concedernos la paz», como se dice en la bendición sacerdotal referida en el libro de los Números (6,25-26).

5. Para concluir podemos asociar la súplica de Jeremías a una exhortación conmovedora dirigida a los cristianos de Cartago por san Cipriano, obispo de la ciudad en el siglo III. En tiempos de persecución, san Cipriano exhorta a sus fieles a implorar al Señor. Esta imploración no es exactamente igual a la súplica del profeta, pues no contiene una confesión de los pecados, ya que la persecución no es un castigo por los pecados, sino una participación en la pasión de Cristo. De todos modos, se trata de una imploración tan apremiante como la de Jeremías: «Imploramos al Señor --dice san Cipriano-- sinceros y unidos, sin dejar nunca de pedir y con la confianza de obtenerlo. Implorémosle gimiendo y llorando, como es justo que imploren quienes se encuentran entre los desventurados que lloran o temen desventuras, entre los que han quedado postrados por la masacre o los que permanecen en pie. Pidamos que se nos restituya pronto la paz, que se nos ayude en nuestros escondites y en los peligros, que se cumpla lo que el Señor se digna en mostrar a sus siervos: la restauración de su Iglesia, la seguridad de nuestra salud eterna, el buen tiempo tras la lluvia, la luz tras las tinieblas, la tranquilidad tras las tormentas y torbellinos, la ayuda piadosa de su amor de padre, las grandezas que conocemos de su divina majestad» («Epistula» 11,8, in: S. Pricoco - M. Simonetti, «La preghiera dei cristiani», Milano 2000, pp. 138-139).

Audiencia del Miércoles 11 de diciembre del 2002

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Libro de Judith

El Señor, creador del mundo ,protege a su pueblo

1. El cántico de alabanza que acabamos de proclamar (cf. Jdt 16, 1-17) se atribuye a Judit, una heroína que fue el orgullo de todas las mujeres de Israel, porque le tocó manifestar el poder liberador de Dios en un momento dramático de la vida de su pueblo. La liturgia de Laudes sólo nos hace rezar algunos versículos de su cántico, que nos invitan a celebrar, elevando cantos de alabanza con tambores y cítaras, al Señor, "quebrantador de guerras" (v. 2).

Esta última expresión, que define el auténtico rostro de Dios, amante de la paz, nos introduce en el contexto donde nació el himno. Se trata de una victoria conseguida por los israelitas de un modo muy sorprendente, por obra de Dios, que intervino para evitarles una derrota inminente y total.

2. El autor sagrado reconstruye ese evento varios siglos después, para dar a sus hermanos y hermanas en la fe, que sentían la tentación del desaliento en una situación difícil, un ejemplo que los animara. Así, refiere lo que aconteció a Israel cuando Nabucodonosor, irritado por la oposición de este pueblo frente a sus deseos de expansión y a sus pretensiones de idolatría, envió al general Holofernes con la precisa misión de doblegarlo y aniquilarlo. Nadie debía resistir a él, que reivindicaba los honores de un dios. Y su general, compartiendo su presunción, se había burlado de la advertencia, que se le había hecho, de no atacar a Israel porque equivaldría a atacar a Dios mismo.

En el fondo, el autor sagrado quiere reafirmar precisamente este principio, para fortalecer en la fidelidad al Dios de la alianza a los creyentes de su tiempo: hay que confiar en Dios. El auténtico enemigo que Israel debe temer no son los poderosos de esta tierra, sino la infidelidad al Señor. Esta lo priva de la protección de Dios y lo hace vulnerable. En cambio, el pueblo, cuando es fiel, puede contar con el poder mismo de Dios, "admirable en su fuerza, invencible" (v. 13).

3. Este principio queda espléndidamente ilustrado por toda la historia de Judit. El escenario es una tierra de Israel ya invadida por los enemigos. El cántico refleja el dramatismo de ese momento: "Vinieron los asirios de los montes del norte, vinieron con tropa innumerable; su muchedumbre obstruía los torrentes, y sus caballos cubrían las colinas" (v. 3). Se subraya con sarcasmo la efímera jactancia del enemigo: "Hablaba de incendiar mis tierras, de pasar mis jóvenes a espada, de estrellar contra el suelo a los lactantes, de entregar como botín a mis niños y de dar como presa a mis doncellas" (v. 4).

La situación descrita en las palabras de Judit se asemeja a otras vividas por Israel, en las que la salvación había llegado cuando parecía todo perdido. ¿No se había producido así también la salvación del Éxodo, al atravesar de forma prodigiosa el mar Rojo? Del mismo modo ahora el asedio por obra de un ejército numeroso y poderoso elimina toda esperanza. Pero todo ello no hace

más que poner de relieve la fuerza de Dios, que se manifiesta protector invencible de su pueblo.

4. La obra de Dios resulta tanto más luminosa cuanto que no recurre a un guerrero o a un ejército. Como en otra ocasión, en el tiempo de Débora, había eliminado al general cananeo Sísara por medio de Yael, una mujer (Jc 4, 17-21), así ahora se sirve de nuevo de una mujer inerme para salir en auxilio de su pueblo en dificultad. Judit, con la fuerza de su fe, se aventura a ir al campamento enemigo, deslumbra con su belleza al caudillo y lo elimina de forma humillante. El cántico subraya fuertemente este dato: "El Señor omnipotente por mano de mujer los anuló. Que no fue derribado su caudillo por jóvenes guerreros, ni le hirieron hijos de titanes, ni altivos gigantes le vencieron; le subyugó Judit, hija de Merarí, con sólo la hermosura de su rostro" (Jdt 16, 5-6).

La figura de Judit se convertirá luego en arquetipo que permitirá, no sólo a la tradición judía, sino también a la cristiana, poner de relieve la predilección de Dios por lo que se considera frágil y débil, pero que precisamente por eso es elegido para manifestar la potencia divina. También es una figura ejemplar para expresar la vocación y la misión de la mujer, llamada, al igual que el hombre, de acuerdo con sus rasgos específicos, a desempeñar un papel significativo en el plan de Dios. Algunas expresiones del libro de Judit pasarán, más o menos íntegramente, a la tradición cristiana, que verá en la heroína judía una de las prefiguraciones de María. ¿No se escucha un eco de las palabras de Judit cuando María, en el Magníficat, canta: "Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes" (Lc 1, 52)? Así se comprende el hecho de que la tradición litúrgica, familiar tanto a los cristianos de Oriente como a los de Occidente, suele atribuir a la madre de Jesús expresiones referidas a Judit, como las siguientes: "Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú eres el orgullo de nuestra raza" (Jdt 15, 9).

5. El cántico de Judit, partiendo de la experiencia de la victoria, concluye con una invitación a elevar a Dios un cantar nuevo, reconociéndolo "grande y glorioso". Al mismo tiempo, se exhorta a todas las criaturas a mantenerse sometidas a Aquel que con su palabra ha hecho todas las cosas y con su espíritu las ha forjado. ¿Quién puede resistir a la voz de Dios? Judit lo recuerda con gran énfasis: frente al Creador y Señor de la historia, los montes, desde sus cimientos, serán sacudidos; las rocas se fundirán como cera (cf. Jdt 16, 15). Son metáforas eficaces para recordar que todo es "nada" frente al poder de Dios. Y, sin embargo, este cántico de victoria no quiere infundir temor, sino consolar. En efecto, Dios utiliza su poder invencible para sostener a sus fieles: "Con aquellos que te temen te muestras tú siempre propicio" (Jdt 16, 15).

Audiencia del Miércoles 29 de agosto de 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de la Carta de San Pablo a los Colosenses

1. Hemos escuchado el admirable himno cristológico de la Carta a los Colosenses. La Liturgia de las Vísperas lo presenta a los fieles en las cuatro semanas en la que se articula como un cántico, carácter que quizá tenía desde sus orígenes. De hecho, muchos estudiosos consideran que el himno podría ser la cita de un canto de las Iglesias de Asia menor, incluido por Pablo en la carta dirigida a la comunidad cristianas de Colosas, que entonces era una ciudad floreciente y populosa.

El apóstol, sin embargo, nunca viajó a este centro de la Frigia, región de la actual Turquía. La Iglesia local había sido fundada por un discípulo suyo, originario de aquellas tierras, Epafras. Éste aparece al final de la carta junto al evangelista Lucas, «el médico querido», como lo llama san Pablo (4, 14), y junto a otro personaje, Marcos, «primo de Bernabé» (4, 10), en referencia quizá al compañero de Pablo (Cf. Hechos 12, 25; 13, 5.13), que después se convertiría en evangelista.

2. Dado que tendremos la oportunidad de volver en varias ocasiones a comentar este cántico, nos contentamos ahora con ofrecer una mirada de conjunto y evocar un comentario espiritual, escrito por un famoso Padre de la Iglesia, san Juan Crisóstomo (IV sec. d.C.), famoso orador y obispo de Constantinopla. En el himno emerge la grandiosa figura de Cristo, Señor del cosmos. Al igual que la divina Sabiduría creadora exaltada por el Antiguo Testamento (Cf. por ejemplo Proverbios 8, 22-31), «él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia»; es más «todo fue creado por él y para él» (Colosenses 1, 16-17).

Por tanto, en el universo, se despliega un designio trascendente que Dios actúa a través de la obra de su Hijo. Lo proclama también el «Prólogo» del Evangelio de Juan, cuando afirma que «todo se hizo por la Palabra y sin ella no se hizo nada de cuanto existe» (Juan 1, 3). También la materia con su energía, la vida y la luz llevan la huella del Verbo de Dios, «su Hijo amado». La revelación del Nuevo Testamento ofrece una nueva luz sobre las palabras del sabio del Antiguo Testamento, quien declaraba que «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sabiduría 13, 5).

3. El Cántico de la Carta a los Colosenses presenta otra función de Cristo: él es también el Señor de la historia de la salvación, que se manifiesta en la Iglesia (Cf. Colosenses 1, 18) y se realiza en «la sangre de su cruz» (versículo 20), manantial de paz y de armonía para toda historia humana.

Por tanto, no sólo el horizonte exterior a nuestra existencia está marcado por la presencia eficaz de Cristo, sino también la realidad más específica de la criatura humana, es decir, la historia. Ésta no está a la merced de fuerzas ciegas e irracionales, sino que, a pesar del pecado y el mal, se rige y está orientada --por obra de Cristo-- hacia la plenitud. Por medio de la Cruz de Cristo, toda la realidad está «reconciliada» con el Padre (Cf. versículo 20).

El himno traza, de este modo, un estupendo cuadro del universo y de la historia, invitándonos a la confianza. No somos una mota de polvo inútil, perdida en un espacio y en un tiempo sin sentido, sino que formamos parte de un proyecto surgido del amor del Padre.

4. Como habíamos anunciado, damos ahora la palabra a san Juan Crisóstomo para que sea él quien culmine esta reflexión. En su «Comentario a la Carta a los Colosenses» se detiene ampliamente en este cántico. Al inicio, subraya el carácter gratuito de Dios, al «compartir la suerte del pueblo santo en la luz» (v. 12). «¿Por qué la llama "suerte"?», se pregunta Crisóstomo, y responde: «Para demostrar que nadie puede conseguir el Reino con sus propias obras. También en este caso, como en la mayoría de las veces, la "suerte" tiene el sentido de "fortuna". Nadie puede tener un comportamiento capaz de merecer el Reino, sino que todo es don del Señor. Por eso dice: "Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer"» (Patrología Griega 62, 312).

Esta gratuidad benévola y poderosa vuelve a emerger más adelante, cuando leemos que por medio de Cristo se han creado todas las cosas (Cf. Colosenses 1, 16). «De él depende la sustancia de todas las cosas --explica el obispo--. No sólo las hizo pasar del no ser al ser, sino que las sigue sosteniendo de manera que si quedaran sustraídas a su providencia, perecerían y se disolverían... Dependen de él. De hecho, sólo el hecho de inclinarse hacia él es suficiente para sostenerlas y reforzarlas» (Patrología Griega 62, 319).

Con mayor motivo es signo de amor gratuito lo que Dios realiza por la Iglesia, de la que es Cabeza. En este sentido (Cf. versículo 18), Juan Crisóstomo explica: «después de haber hablado de la dignidad de Cristo, el apóstol habla también de su amor por los hombres: "Él es la cabeza de su cuerpo, que es la Iglesia", para mostrar su íntima comunión con nosotros. Quien está tan alto se unió a quienes están abajo» (Patrología Griega, 62, 320).

Audiencia del Miércoles 05 de mayo del 2004

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de la Carta de san Pablo a los Filipenses

1. La Liturgia de las Vísperas comprende, además de los Salmos, algunos cánticos bíblicos. El que se acaba de proclamar es sin duda uno de los más significativos y de los de mayor densidad teológica. Se trata de un himno engarzado en el capítulo segundo de la Carta de san Pablo a los cristianos de Filipos, la ciudad griega que se convirtió en la primera etapa del anuncio misionero del apóstol en Europa. El Cántico es considerado como una expresión de la liturgia cristiana de los orígenes y para nuestra generación es motivo de alegría el poder asociarse, después de dos milenios, a la oración de la Iglesia apostólica.

El Cántico presenta una doble trayectoria vertical, un movimiento que en un primer momento desciende y que después asciende. Por un lado se da el descenso humillante del Hijo de Dios cuando, en la Encarnación, se hace hombre por amor a los hombres. Cae en la «kenosis», es decir, en el «despojo» de su gloria divina, que le lleva hasta la muerte en la cruz, el suplicio de los esclavos que ha hecho de él el último de los hombres, auténtico hermano de la humanidad sufriente, pecadora y repudiada.

2. Por otro lado, se presenta la ascensión triunfal que tiene lugar en Pascua, cuando Cristo es restablecido por el Padre en el esplendor de la divinidad y es ensalzado como Señor por todo el cosmos y por todos los hombres ya redimidos. Nos encontramos ante una grandiosa relectura del misterio de Cristo, sobre todo del misterio pascual. San Pablo, además de proclamar la resurrección (Cf. 1 Corintios 15, 3-5), recurre también a la definición de la Pascua de Cristo como «exaltación», «ensalzamiento», «glorificación».

Por tanto, desde el horizonte luminoso de la trascendencia divina el Hijo de Dios ha superado la infinita distancia que separa al Creador de la criatura. No se apejó a «su categoría de Dios», que le compete por naturaleza y no por usurpación: no quiso conservar celosamente esta prerrogativa como un tesoro ni utilizarla para su ventaja. Es más, Cristo se «vacío», se «humilló» a sí mismo y se presentó como pobre, débil, destinado a la muerte infamante de la crucifixión. Precisamente de esta humillación máxima parte el gran movimiento ascensional descrito en la segunda parte del himno de san Pablo (Cf. Filipenses 2, 9-11).

3. Ahora Dios «levanta» a su hijo, concediéndole un «nombre» glorioso que, en el lenguaje bíblico, hace referencia a la misma persona y a su dignidad. Este «nombre» es «Kyrios», «Señor», el nombre sagrado del Dios bíblico, aplicado ahora a Cristo resucitado. Pone en actitud de adoración al universo, descrito según la división de cielo, tierra, y abismo.

El Cristo glorioso aparece en el final del himno como el «Pantokrator», es decir, el Señor omnipotente que destaca triunfalmente en los ábsides de las basílicas paleocristianas y bizantinas. Lleva todavía los signos de la pasión, es decir, de su verdadera humanidad, pero se presenta ahora en el esplendor de la

divinidad. Cristo, que está cerca de nosotros en el sufrimiento y en la muerte, nos atrae ahora hacia sí en la gloria, bendiciéndonos y haciéndonos partícipes de su eternidad.

4. Concluimos nuestra reflexión sobre el himno de san Pablo con las palabras de san Ambrosio, que retoma con frecuencia la imagen de Cristo que «se despojó de su rango», humillándose --como aniquilándose («exinanivit semetipsum»)-- en la encarnación y en la entrega de sí mismo sobre la cruz.

En particular, en el Comentario al Salmo 118 el obispo de Milán dice así: «Cristo, clavado en el árbol de la cruz..., fue atravesado por la lanza y salió sangre y agua, más dulce que todo unguento, víctima grata a Dios, expandiendo por todo el mundo el perfume de la santificación. De hecho, al hacerse hombre siendo Verbo, se impuso límites; a pesar de que era rico, se hizo pobre para enriquecernos con su miseria (Cf. 2Corintios 8, 9); era poderoso y se presentó como un miserable, hasta el punto de que Herodes lo despreciaba y se reía de él; era capaz de hacer temblar la tierra y sin embargo permanecía clavado a aquel árbol; era capaz de cubrir el cielo con las tinieblas, de crucificar al mundo, y sin embargo fue crucificado; su cabeza desfallecía y sin embargo en ese momento se manifestaba el Verbo; había sido anulado, y lo llenaba todo. Dios descendió y elevó al hombre; el Verbo se hizo carne para que la carne pudiera reivindicar para sí el trono del Verbo a la diestra de Dios; se había convertido en una herida, y sin embargo manaba de él unguento; parecía innoble y sin embargo era Dios» (III,8, Saemo IX, Milano-Roma 1987, pp. 131.133).

Audiencia del Miércoles 19 de noviembre del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Apocalipsis

1. Siguiendo la serie de los Salmos y de los Cánticos que constituyen la oración eclesial de las Vísperas, nos encontramos ante un himno, tomado del capítulo 19 del Apocalipsis, compuesto por una secuencia de aleluyas y aclamaciones.

Tras estas gozosas invocaciones se encuentra el lamento dramático entonado en el capítulo precedente por los reyes de la tierra, los mercaderes y los marineros ante la caída de la Babilonia imperial, la ciudad de la malicia y de la opresión, símbolo de la persecución desencadenada contra la Iglesia.

2. En antítesis a este grito que se eleva desde la tierra, resuena en los cielos un coro gozoso de carácter litúrgico que, además del «aleluya», repite también el «amén». Las aclamaciones, como antifonas, que ahora une la Liturgia de las Vísperas en un solo cántico, en el texto del Apocalipsis son atribuidas a personajes diferentes. Nos encontramos, ante todo, con una «muchedumbre inmensa», constituida por la asamblea de los ángeles y de los santos (Cf. versículos 1-3). Se oye, después, la voz de los «veinticuatro ancianos» y de los «cuatro vivientes», imágenes simbólicas que parecen ser los sacerdotes de esta liturgia celeste de alabanza y de acción de gracias (Cf. versículo 4). Se eleva, por último, la voz de un solista (Cf. versículo 5) que a su vez involucra en el canto a la «muchedumbre inmensa» con la que se había comenzado (Cf. versículos 6-7).

3. En las futuras etapas de nuestro recorrido de oración, tendremos la oportunidad de ilustrar cada una de las antifonas de este grandioso y festivo himno de alabanza elevado por diferentes voces. Por el momento, nos contentamos con dos anotaciones. La primera se refiere a la aclamación de apertura, que dice así: «La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos» (versículos 1-2).

En el corazón de esta invocación gozosa se encuentra la representación de la intervención decisiva de Dios en la historia: el Señor no es indiferente, como un emperador impasible y aislado, ante las vicisitudes humanas. Como dice el Salmista, «el Señor tiene su trono en el cielo, sus ojos están observando, sus pupilas examinan a los hombres» (Salmo 10, 4).

4. Es más, su mirada es fuente de acción, pues interviene y acaba con los imperios prepotentes y opresivos, derriba a los orgullosos que le desafían, juzga a quienes comenten el mal. El Salmista también describe con imágenes pintorescas (Cf. Salmo 10, 7) esta irrupción de Dios en la historia, tal y como había evocado el autor del Apocalipsis en el capítulo precedente (Cf. Apocalipsis 18, 1-24) la terrible intervención divina sobre Babilonia, desarraigada de su sede y lanzada contra el mar. Nuestro himno hace referencia a esta intervención en un pasaje que no ha sido retomado en la celebración de las Vísperas (Cf. Apocalipsis 19, 2-3).

Nuestra oración, por tanto, debe invocar y alabar sobre todo la acción divina, la justicia eficaz del Señor, su gloria alcanzada con el triunfo sobre el mal. Dios se hace presente en la historia, poniéndose de parte de los justos y de las víctimas, como declara precisamente la breve y esencial aclamación del Apocalipsis, y como se repite con frecuencia en el canto de los Salmos (Cf. Salmo 145, 6-9).

5. Subrayemos otro tema de nuestro cántico. Se desarrolla en la aclamación final y es uno de los motivos dominantes del mismo Apocalipsis: «Llegó la boda del Cordero, su esposa se ha embellecido» (Apocalipsis 19, 7). Cristo y la Iglesia, el Cordero y la esposa, se encuentran en profunda comunión de amor.

Trataremos de hacer que brille esta mística unión conyugal con el testimonio poético de un gran Padre de la Iglesia siria, san Efrén, quien vivió en el siglo IV. Utilizando simbólicamente el signo de las bodas de Caná (Cf. Juan 2, 1-11), invita a la ciudad misma, personificada, a alabar a Cristo por el gran don recibido:

«Junto a mis huéspedes, le daré gracias porque me ha considerado digna de invitarle: / Él es el Esposo celestial, que ha descendido y ha invitado a todos; / y yo también he sido invitada a entrar en su pura fiesta de bodas. / Ante los pueblos le reconoceré como el Esposo, como él no hay otro. / Su alcoba ha sido preparada por los siglos, / y está llena de riquezas, sin que le falte nada: / no como la de Caná, a cuyas carencias él puso remedio» («Himnos sobre la virginidad», 33,3: «El arpa del Espíritu» --«L'arpa dello Spirito»--, Roma 1999, pp. 73-74).

6. En otro himno que también dedica a las bodas de Caná, san Efrén subraya cómo Cristo, al invitar a las bodas de otros (los esposos de Caná), ha querido celebrar la fiesta de sus bodas: las bodas con su esposa, que es cada una de las almas fieles. «Jesús, fuiste invitado a una fiesta de bodas de otros, los esposos de Caná, / pues también tus huéspedes, Señor, tienen necesidad / de tus cantos: ¡deja que tu arpa lo llene todo! / El alma es tu esposa, el cuerpo es tu alcoba, / tus invitados son los sentidos y los pensamientos. / Y si un solo cuerpo es para ti una fiesta de bodas, / la Iglesia entera es tu banquete nupcial» («Himnos sobre la fe», «Inni sulla fede», 14,4-5: op. cit., p. 27).

Audiencia del Miércoles 10 de diciembre del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Libro de la Sabiduría

1. El Cántico que se acabamos de escuchar nos presenta gran parte de una amplia oración puesta en labios de Salomón, que en la tradición bíblica es considerado el rey justo y el sabio por excelencia. Nos la ofrece el capítulo noveno del Libro de la Sabiduría, un escrito del Antiguo Testamento compuesto en griego posiblemente en Alejandría de Egipto, en los umbrales de la era cristiana. Se puede percibir la expresión del judaísmo vivaz y abierto de la Diáspora hebrea en el mundo helénico.

Este libro nos propone fundamentalmente tres recorridos de pensamiento teológico: la inmortalidad bienaventurada como punto de llegada final de la existencia del justo (Cf. capítulos 1-5); la sabiduría como don divino y guía de la vida y de las opciones del fiel (Cf. capítulos 6-9); la historia de la salvación, en particular del acontecimiento fundamental del éxodo, que comienza con la opresión egipcia, signo de esa lucha entre el bien y el mal, y termina con una salvación plena y con la redención (Cf. capítulos 10-19).

2. Salomón vivió diez siglos antes del autor inspirado del Libro de la Sabiduría, sin embargo ha sido considerado como el iniciador y artífice de toda una reflexión sapiencial posterior. La oración en forma de himno, puesta en sus labios, es una invocación solemne dirigida al «Dios de los padres y Señor de la misericordia» (9,1) para que conceda el don preciosísimo de la sabiduría.

Es evidente en nuestro texto la alusión a la escena narrada en el Primer Libro de los Reyes, cuando Salomón, en los inicios de su reino, se dirigió a los altos de Gabaón, donde se levantaba un santuario, y después de haber celebrado un grandioso sacrificio, en la noche tiene un sueño-revelación. Por petición misma de Dios, que le invita a pedirle un don, él responde: «Concede, pues, a tu siervo, un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal» (1 Reyes 3, 9).

3. La inspiración ofrecida por esta invocación de Salomón se desarrolla en nuestro Cántico en una serie de llamamientos dirigidos al Señor para que conceda el tesoro insustituible de su sabiduría.

En el pasaje presentado por la Liturgia de los Laudes encontramos estas dos imploraciones: « Dame la sabiduría... Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria» (Sabiduría 9, 4.10). Sin este don, uno se da cuenta de que se queda sin guía, como privado de una estrella polar que orienta las opciones morales de la existencia: «siervo tuyo soy..., hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes..., sin la sabiduría, que procede de ti, será estimado en nada» (versículos 5-6).

Es fácil intuir que esta «sabiduría» no es la simple inteligencia o la habilidad práctica, sino más bien la participación en la mente misma de Dios que «con tu sabiduría formaste al hombre» (Cf. v. 2). Es, por tanto, la capacidad de penetrar en el sentido profundo del ser, de la vida y de la historia, yendo más

allá de la superficie de las cosas y de los acontecimientos para descubrir el significado último, querido por el Señor.

4. La sabiduría es como una lámpara que ilumina nuestras opciones morales de todos los días y nos conduce por el camino recto «que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos» (Cf. v. 9). Por este motivo la Liturgia nos hace rezar con las palabras del Libro de la Sabiduría al inicio de una jornada, para que Dios con su sabiduría esté junto a mí y «para que me asista en mis trabajos» diarios (Cf. v. 10), revelándonos el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

De la mano de la Sabiduría divina nos adentramos confiados en el mundo. A ella nos agarramos, amándola con un amor conyugal como Salomón, que como dice el Libro de la Sabiduría confesaba: «Yo la amé [la sabiduría] y la pretendí desde mi juventud; me esforcé por hacerla esposa mía y llegué a ser un apasionado de su belleza» (8, 2).

5. Los Padres de la Iglesia han identificado en Cristo la Sabiduría de Dios, siguiendo a san Pablo, que definía a Cristo «potencia de Dios y sabiduría de Dios» (1Cor 1, 24).

Concluyamos con una oración de san Ambrosio, que se dirige a Cristo con estas palabras: «¡Enséñame las palabras ricas de sabiduría, pues tú eres la Sabiduría! Abre mi corazón, tú, que has abierto el libro. ¡Tú abres esa puerta que está en el cielo, pues tú eres la Puerta! Quien se introduzca a través tuyo, poseerá el Reino eterno; quien entre a través tuyo, no se engañará, pues no puede equivocarse quien ha entrado en la morada de la Verdad» («Comentario al Salmo 118/1» --«Comento al Salmo 118/1»-- Saemo 9, p. 377).

Audiencia del Miércoles 29 de enero del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico del Libro de Éxodo

1. Este himno de victoria (cf. Éxodo 15,1-18), propuesto por las Laudes del sábado de la primera semana, nos hace remontar a un momento clave de la historia de la salvación: el acontecimiento del Éxodo, cuando Israel fue salvado por Dios en una situación humanamente desesperada. Conocemos lo sucedido: tras la larga esclavitud en Egipto, en camino ya hacia la tierra prometida, los judíos fueron alcanzados por el ejército del faraón y en caso de que el Señor no hubiera intervenido con su mano poderosa ya nada parecía librarles de la aniquilación. El himno se detiene en la descripción de la arrogancia de los designios del enemigo armados: «Los perseguiré y alcanzaré, repartiré el botín» (Éxodo 15, 9).

Pero, ¿qué puede hacer el ejercito más grande contra la omnipotencia divina? Dios ordena al mar abrir un paso para el pueblo agredido y cerrarlo cuando pasan los agresores: «Sopló tu aliento, y los cubrió el mar, se hundieron como plomo en las aguas formidables» (Éxodo 15, 10). Son imágenes fuertes, que quieren describir la grandeza de Dios y la sorpresa de un pueblo que casi no cree a sus ojos y se une en un canto conmovido: «Mi fuerza y mi poder es el Señor, Él fue mi salvación. Él es mi Dios: yo lo alabaré; el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré» (Éxodo 15, 2).

2. El Cántico no habla sólo de la liberación; indica también su objetivo: la entrada en la morada de Dios para vivir en comunión con Él: «guiaste con misericordia tu pueblo rescatado, los llevaste con tu poder hasta tu santa morada» (Éxodo 15, 13). Entendido de este modo, este acontecimiento no sólo se convirtió en base de la alianza entre Dios y su pueblo, sino también en el «símbolo» de toda la historia de la salvación. En muchas otras ocasiones, Israel experimentará situaciones análogas, y el Éxodo cobrará nueva actualidad. De manera particular, aquel acontecimiento prefigura la gran liberación que realizará Cristo con su muerte y resurrección. Por este motivo, nuestro himno resuena de manera especial en la liturgia de la Vigilia pascual para ilustrar con la intensidad de sus imágenes lo que se realizó en Cristo. En él hemos sido salvados, pero no de un opresor humano, sino de la esclavitud de Satanás y del pecado, que desde los orígenes pesa sobre el destino de la humanidad. Con él la humanidad vuelve a emprender el camino por la senda que conduce a la casa del Padre.

3. Esta liberación, ya realizada en el misterio y presente en el Bautismo, como una semilla de vida destinada a crecer, alcanzará su plenitud al final de los tiempos, cuando Cristo vuelva glorioso y «entregue el Reino a Dios Padre» (1Corintios 15, 24). La Liturgia de las Horas nos invita precisamente a mirar hacia este horizonte final, escatológico, al introducir nuestro Cántico con una cita del Apocalipsis: «Los que habían vencido a la Bestia... cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios» (Apocalipsis 15, 2.3).

Al final de los tiempos se realizará plenamente para todos los salvados lo que el acontecimiento del Éxodo prefiguraba y que realizó la Pascua de Cristo de

manera definitiva y abierta al futuro. Nuestra salvación, de hecho, es real y profunda, pero se encuentra entre el «ya» y el «no todavía» de la condición terrena, como nos recuerda el apóstol Pablo: «En la esperanza hemos sido salvados» (Romanos 8, 24).

4. «Cantaré al Señor, sublime es su victoria» (Éxodo 15, 1). Al poner en nuestros labios estas palabras del antiguo himno, la Liturgia de las Laudes nos invita a enmarcar nuestra jornada en el gran horizonte de la historia de la salvación. Esta es la manera cristiana de percibir el paso del tiempo. No hay una fatalidad que nos oprime en el transcurrir de los días, sino un designio que se va esclareciendo, y que nuestros ojos tienen que aprender a leer con detenimiento.

Los Padres de la Iglesia eran particularmente sensibles a esta perspectiva histórico-salvífica, y por eso les gustaba leer los hechos más sobresalientes del Antiguo Testamento --desde el diluvio de tiempos de Noé hasta la llamada de Abraham, desde la liberación del Éxodo hasta el regreso de los judíos tras el exilio de Babilonia-- como «prefiguraciones» de acontecimientos futuros, reconociendo en aquellos hechos el valor de un «arquetipo»: en ellos se preanunciaron las características fundamentales que se repetirían, en cierto sentido, a través de todo el curso de la historia humana.

5. De hecho, los profetas ya habían releído los acontecimientos de la historia de la salvación, mostrando su sentido siempre actual y señalando su realización plena en el futuro. De este modo, meditando en el misterio de la alianza establecida por Dios con Israel, llegan a hablar de una «nueva alianza» (Jeremías 31, 31; cf. Ezequiel 36,26-27), en la que la ley de Dios se escribiría en el corazón mismo del hombre. No es difícil ver en esta profecía la nueva alianza establecida por la sangre de Cristo y realizada a través del don del Espíritu. Al recitar este himno de victoria del antiguo Éxodo a la luz del Éxodo pascual, los fieles pueden vivir la alegría de sentirse Iglesia peregrina en el tiempo hacia la Jerusalén celeste.

6. Se trata, por tanto, de contemplar con sorpresa siempre nueva lo que Dios dispuso para su Pueblo: «Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad, lugar del que hiciste tu trono, Señor; santuario que fundaron tus manos» (Éxodo 15, 17). El himno de victoria no expresa el triunfo del hombre, sino el triunfo de Dios. No es un canto de guerra, sino un canto de amor.

Al dejar que nuestras jornadas sean invadidas por este escalofrío de alabanza de los antiguos judíos, caminamos por las sendas del mundo, llenas de insidias, riesgos y sufrimientos, con la certeza de estar acariciados por la mirada misericordiosa de Dios: nadie puede resistir a la potencia de su amor.

Audiencia del Miércoles 21 de noviembre 2001

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Libro de la Sabiduría

1. El Cántico que se acabamos de escuchar nos presenta gran parte de una amplia oración puesta en labios de Salomón, que en la tradición bíblica es considerado el rey justo y el sabio por excelencia. Nos la ofrece el capítulo noveno del Libro de la Sabiduría, un escrito del Antiguo Testamento compuesto en griego posiblemente en Alejandría de Egipto, en los umbrales de la era cristiana. Se puede percibir la expresión del judaísmo vivaz y abierto de la Diáspora hebrea en el mundo helénico.

Este libro nos propone fundamentalmente tres recorridos de pensamiento teológico: la inmortalidad bienaventurada como punto de llegada final de la existencia del justo (Cf. capítulos 1-5); la sabiduría como don divino y guía de la vida y de las opciones del fiel (Cf. capítulos 6-9); la historia de la salvación, en particular del acontecimiento fundamental del éxodo, que comienza con la opresión egipcia, signo de esa lucha entre el bien y el mal, y termina con una salvación plena y con la redención (Cf. capítulos 10-19).

2. Salomón vivió diez siglos antes del autor inspirado del Libro de la Sabiduría, sin embargo ha sido considerado como el iniciador y artífice de toda una reflexión sapiencial posterior. La oración en forma de himno, puesta en sus labios, es una invocación solemne dirigida al «Dios de los padres y Señor de la misericordia» (9,1) para que conceda el don preciosísimo de la sabiduría.

Es evidente en nuestro texto la alusión a la escena narrada en el Primer Libro de los Reyes, cuando Salomón, en los inicios de su reino, se dirigió a los altos de Gabaón, donde se levantaba un santuario, y después de haber celebrado un grandioso sacrificio, en la noche tiene un sueño-revelación. Por petición misma de Dios, que le invita a pedirle un don, él responde: «Concede, pues, a tu siervo, un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal» (1 Reyes 3, 9).

3. La inspiración ofrecida por esta invocación de Salomón se desarrolla en nuestro Cántico en una serie de llamamientos dirigidos al Señor para que conceda el tesoro insustituible de su sabiduría.

En el pasaje presentado por la Liturgia de los Laudes encontramos estas dos imploraciones: « Dame la sabiduría... Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria» (Sabiduría 9, 4.10). Sin este don, uno se da cuenta de que se queda sin guía, como privado de una estrella polar que orienta las opciones morales de la existencia: «siervo tuyo soy..., hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes..., sin la sabiduría, que procede de ti, será estimado en nada» (versículos 5-6).

Es fácil intuir que esta «sabiduría» no es la simple inteligencia o la habilidad práctica, sino más bien la participación en la mente misma de Dios que «con tu sabiduría formaste al hombre» (Cf. v. 2). Es, por tanto, la capacidad de penetrar en el sentido profundo del ser, de la vida y de la historia, yendo más

allá de la superficie de las cosas y de los acontecimientos para descubrir el significado último, querido por el Señor.

4. La sabiduría es como una lámpara que ilumina nuestras opciones morales de todos los días y nos conduce por el camino recto «que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos» (Cf. v. 9). Por este motivo la Liturgia nos hace rezar con las palabras del Libro de la Sabiduría al inicio de una jornada, para que Dios con su sabiduría esté junto a mí y «para que me asista en mis trabajos» diarios (Cf. v. 10), revelándonos el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

De la mano de la Sabiduría divina nos adentramos confiados en el mundo. A ella nos agarramos, amándola con un amor conyugal como Salomón, que como dice el Libro de la Sabiduría confesaba: «Yo la amé [la sabiduría] y la pretendí desde mi juventud; me esforcé por hacerla esposa mía y llegué a ser un apasionado de su belleza» (8, 2).

5. Los Padres de la Iglesia han identificado en Cristo la Sabiduría de Dios, siguiendo a san Pablo, que definía a Cristo «potencia de Dios y sabiduría de Dios» (1Cor 1, 24).

Concluyamos con una oración de san Ambrosio, que se dirige a Cristo con estas palabras: «¡Enséñame las palabras ricas de sabiduría, pues tú eres la Sabiduría! Abre mi corazón, tú, que has abierto el libro. ¡Tú abres esa puerta que está en el cielo, pues tú eres la Puerta! Quien se introduzca a través tuyo, poseerá el Reino eterno; quien entre a través tuyo, no se engañará, pues no puede equivocarse quien ha entrado en la morada de la Verdad» («Comentario al Salmo 118/1» --«Comento al Salmo 118/1»-- Saemo 9, p. 377).

Audiencia del Miércoles 29 de enero del 2003

Catequesis del Papa Juan Pablo II: Cántico de Samuel

1. Una voz de mujer nos guía hoy en la oración de alabanza al Señor de la vida. De hecho, en la narración del Primer Libro de Samuel, Ana es la persona que entona el himno que acabamos de proclamar, después de haber ofrecido al Señor a su niño, el pequeño Samuel. Será profeta en Israel y marcará con su acción la transición del pueblo judío a una nueva forma de gobierno, la monárquica, que tendrá como protagonistas al desventurado rey Saúl y al glorioso rey David. Ana tenía a sus espaldas una historia de sufrimientos, pues, como dice la narración, el Señor le había «hecho estéril el vientre». (1 Samuel 1, 5).

En el antiguo Israel, la mujer estéril era considerada como una rama seca, una presencia muerta, en parte porque impedía al marido tener una continuidad en el recuerdo de las sucesivas generaciones, un dato importante en una visión todavía incierta y nebulosa del más allá.

2. Ana, sin embargo, había puesto su confianza en el Dios de la vida y elevó esta plegaria: «Señor de los ejércitos, si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y acordarte de mí, no te olvides de tu sierva y dale un hijo varón, yo lo entregaré al Señor por todos los días de su vida» (versículo 11). Y Dios acogió el grito de esta mujer humillada, dándole precisamente a Samuel: el tronco seco produjo así un retoño vivo (cf. Isaías 11, 1); lo que era imposible a los ojos humanos se convirtió en una realidad palpitante en aquel niño que debía consagrar al Señor.

El canto de acción de gracias que salió de los labios de esta madre será reelaborado por otra madre, María, quien permaneciendo virgen, dará a luz por obra del Espíritu de Dios. De hecho, el «Magnificat» de la Madre de Jesús deja traslucir el cántico de Ana, que precisamente por este motivo es llamado el «Magnificat del Antiguo Testamento».

3. En realidad los expertos explican que el autor sagrado puso en boca de Ana una especie de salmo real, tejido de citas y alusiones a otros salmos.

Aparece en primer plano la imagen del rey judío, asaltado por adversarios más poderosos, pero que al final es salvado y triunfa, pues a su lado el Señor rompe el arco de los fuertes (cf. 1 Samuel 2, 4). Es significativo el final del canto, cuando en una solemne epifanía, entra en escena el Señor: «desbarata a sus contrarios, el Altísimo truena desde el cielo, el Señor juzga hasta el confín de la tierra. Él da fuerza a su Rey, exalta el poder de su Mesías» (v. 10). En hebreo, la última palabra es precisamente «mesías», es decir, «ungido», permitiendo transformar esta oración real en un canto de esperanza mesiánica.

4. Quisiéramos subrayar dos términos en este himno de acción de gracias que expresa los sentimientos de Ana. El primero dominará también en el «Magnificat» de María y es la rehabilitación de los destinos realizada por Dios. Los fuertes son humillados, los débiles «se ciñen de vigor», los hartos buscan

el pan desesperadamente, mientras los hambrientos se sientan en un banquete suntuoso; el pobre es arrancado del polvo y recibe «un trono de gloria» (cf. versículos 4. 8).

Es fácil percibir en esta antigua oración el hilo conductor de las siete acciones que María ve realizadas en la historia de Dios Salvador: «Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios..., derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes; a los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada. Acogió a Israel, su siervo» (Lucas 1, 51-54). Es una profesión de fe pronunciada por las madres ante el Señor de la historia, que se pone en defensa de los últimos, de los miserables e infelices, de los ofendidos y humillados.

5. El otro tema que queremos subrayar se relaciona todavía más con la figura de Ana: «la mujer estéril da a luz siete hijos, mientras la madre de muchos queda baldía» (1 Samuel 2, 5). El Señor que trastoca los destinos es también el origen de la vida y de la muerte. El vientre estéril de Ana era semejante a una tumba; y sin embargo Dios pudo hacer germinar la vida, pues «Él tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre» (Job 12, 10). En este sentido, se canta inmediatamente después: «El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta» (1 Samuel 2, 6).

Al llegar a este punto, la esperanza no sólo afecta a la vida del niño que nace, sino también a la que Dios puede hacer brotar después de la muerte. Se abre así un horizonte casi «pascual» de resurrección. Cantará Isaías: «Revivirán tus muertos, tus cadáveres resurgirán, despertarán y darán gritos de júbilo los moradores del polvo; porque rocío luminoso es tu rocío, y la tierra echará de su seno las sombras» (Isaías 26, 19).

Audiencia del Miércoles 20 de marzo del 2002

INDICE

SALMOS	Página
Salmo 5	1
Salmo 8 (I)	3
Salmo 8 (II)	5
Salmo 10	7
Salmo 14	9
Salmo 15	11
Salmo 18	13
Salmo 23	16
Salmo 26 (I)	18
Salmo 26 (II)	20
Salmo 28	22
Salmo 29	24
Salmo 31	26
Salmo 32	28
Salmo 35	30
Salmo 41	32
Salmo 42	34
Salmo 44 (I)	37
Salmo 44 (II)	39
Salmo 45	41
Salmo 46	43
Salmo 47	45
Salmo 48 (I)	47
Salmo 48 (II)	49
Salmo 50 (I)	51
Salmo 50 (II)	53
Salmo 50 (III)	56
Salmo 50 (IV)	58
Salmo 61	60
Salmo 62	62
Salmo 64	64
Salmo 66 (I)	67
Salmo 66 (II)	69
Salmo 71	71
Salmo 76	73
Salmo 79	75
Salmo 80	77
Salmo 83	80
Salmo 84	82
Salmo 85	84
Salmo 86	86
Salmo 89	88
Salmo 91 (I)	90
Salmo 91 (II)	93
Salmo 92	95
Salmo 95	97
Salmo 96	100
Salmo 97	102
Salmo 98	104
Salmo 99 (I)	106
Salmo 99 (II)	108
Salmo 100	110
Salmo 107	112
Salmo 109	114
Salmo 114	116
Salmo 116 (I)	118

Salmo 116 (II)	120
Salmo 117 (I)	122
Salmo 117 (II)	125
Salmo 118 (I)	127
Salmo 118(II)	129
Salmo 118 (III)	131
Salmo 134	133
Salmo 135	135
Salmo 140	137
Salmo 141	139
Salmo 142	141
Salmo 143	143
Salmo 145	145
Salmo 146	147
Salmo 147 (I)	149
Salmo 147 (II)	152
Salmo 148	155
Salmo 149	158
Salmo 150 (I)	160
Salmo 150 (II)	162

CANTICOS

Página

Cántico del Libro de Isaías (I)	164
Cántico de la Carta a los Colosenses (I)	166
Cántico del Apocalipsis (I)	168
Cántico del Apocalipsis (II)	170
Cántico del Apocalipsis (III)	172
Cántico del libro de Daniel (I)	174
Cántico del libro de Daniel (II)	176
Cántico del libro de Daniel (III)	178
Cántico del libro de Daniel (IV)	180
Cántico del libro de Daniel (V)	182
Cántico del Deuteronomio	185
Cántico de Ezequiel	187
Cántico de Habacuc	189
Cántico del Libro de Isaías (II)	192
Cántico del Libro de Isaías (III)	194
Cántico del Libro de Isaías IV	197
Cántico del Libro de Isaías (V)	199
Cántico del Libro de Isaías (VI)	201
Cántico del Libro de Isaías (VII)	203
Cántico del Libro de Isaías (VIII)	205
Cántico del Libro de Isaías (IX)	207
Cántico del Libro de Isaías (X)	209
Cántico de Jeremías	211
Cántico del Libre de Judith	213
Cántico a los Colosenses (II)	215
Cántico a los Filipenses	217
Cántico del Apocalipsis (IV)	219
Cántico del Libro de la Sabiduría (I)	221
Cántico del Libro del Exodo	223
Cantico del libro de la Sabiduría (II)	225
Cántico de Samuel	227